



Pia Grazdani es una brillante estudiante de medicina que colabora con el programa de investigación del doctor Tobias Rothman en la Universidad de Columbia. El trabajo de este genetista molecular está a punto de revolucionar muchos aspectos de la medicina actual: ha logrado crear órganos de recambio para pacientes con enfermedades crónicas. Para Pia, la participación en este proyecto supone ver cumplido su sueño de formar parte de un equipo cuyo trabajo ayudará a millones de personas. Sin embargo, este gran adelanto científico también va a significar una revolución en la industria de la sanidad y de los seguros médicos, y una pérdida enorme de ingresos para estos últimos.

Cuando un accidente mortal en el laboratorio propicie que toda la investigación se venga abajo, Pia decidirá investigar por su cuenta sobre lo ocurrido. Sus indagaciones la llevarán a descubrir las manipulaciones de información y los actos criminales cometidos por algunas empresas de seguros médicos.

**Lectulandia**

Robin Cook

# **Polonio 210**

ePub r1.0  
epublector 24.10.13

Título original: *Death Benefit*

Robin Cook, 2011

Traducción: Eduardo García Murillo, 2013

Diseño de portada: Manuel Esclapez

Editor digital: epublector

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para todos los hijos adoptivos

## **Agradecimientos**

Un escritor necesita montones de amigos. Al menos, ese es mi caso. Se trata de los amigos a quienes no les importa atender a una llamada, con frecuencia inesperada, y responder a una pregunta sobre datos o preferencias, o prestarse a leer un borrador o un estudio de personaje y dar una opinión. Todos sabéis quiénes sois, y gracias. Por supuesto, siempre está Joe Cox, quien sabe más sobre leyes y negocios de lo que yo sabré jamás, y Mark Flowenbaum, un auténtico patólogo forense. Y, sin duda, Jean Reeds Cook, que es una gran lectora y no me permite el menor desliz. Gracias a todos.

## Prólogo

*Krasnoyarsk, Rusia*

*14 de marzo de 2011, 16.22 h.*

Prek Vllasi se acarició con el dedo índice de la mano derecha la cicatriz que tenía sobre el labio superior, la brecha que le habían curado de manera burda cuando era pequeño. Era algo que hacía muchas veces al día sin pensar, y más cuando estaba bajo presión. En aquel momento, de pie en una mugrienta habitación del décimo piso de un bloque de apartamentos construido en la ciudad rusa de Krasnoyarsk durante la era soviética, iba poniéndose más nervioso por minutos.

Prek consultó el reloj una vez más y echó un vistazo a Genti Hajdini. Genti estaba apoyado contra una mesa plegable y bostezaba periódicamente al tiempo que se cortaba una uña con la navaja. Cada vez que veía a Genti, Prek se sorprendía por las líneas rectas de la nariz ganchuda de su lugarteniente. Desde aquel ángulo se parecía todavía más al extremo afilado de un hacha. Sí, estaba seguro de que los chechenos iban a ir, acababa de repetirle Genti por enésima vez. La buena gente de Albania respondía por aquella organización. Aunque la sentía pegada al cuerpo, Prek tocó la pistola Makarov que llevaba ceñida al cinto en la zona lumbar. La bolsa de Puma que contenía quinientos mil euros descansaba en el suelo. Genti había llevado las armas y el dinero ocultos en un camión cargado de fruta turca que él mismo había conducido hasta el corazón de Rusia. No era de extrañar que estuviera cansado.

Lo único que cabía hacer era esperar.

Hacía mucho frío. La temperatura había caído a veinte bajo cero y el sol se pondría al cabo de una hora y media. En el exterior, el cielo tenía el mismo color sucio que los edificios y el suelo. Prek empezó a pasear por la amplia sala, que en otro tiempo debió de ser una zona comunitaria de aquel bloque de apartamentos situado justo a las afueras de la ciudad. Era un hombre meticuloso. Se había informado sobre Krasnoyarsk. A unos sesenta kilómetros del río Yenisei, se hallaba la ciudad de Zheleznogorsk, más conocida por su antiguo nombre soviético, Krasnoyarsk-26. Era una localidad cerrada que albergaba fábricas que manipulaban Dios sabía qué materiales exóticos y peligrosos para fabricar Dios sabía qué agentes de destrucción. Allí se había producido plutonio apto para armas en tres reactores nucleares, el último de los cuales acababa de cerrarse. Durante años, los soviéticos se habían limitado a tirar al río los desechos radioactivos de las plantas nucleares, hasta que se lo pensaron mejor y cavaron cientos de pozos para bombear el material mortífero al subsuelo. Prek sabía que en las cavernas que rodeaban la ciudad había una radioactividad equivalente a cien Chernóbil, razón por la cual se alegraría mucho de abandonar aquel lugar.

Dos hombres entraron con sigilo. Nervudos y de aspecto duro, llevaban abrigos

idénticos. Genti alzó la vista.

—¿Artur? ¿Nikolái?

Uno de ellos se adelantó hasta detenerse a escasos centímetros de Prek.

—Yo soy Artur —dijo, y señaló a su compañero—. Este es Nikolái.

Prek miró a Genti, quien asintió. Eran los nombres que le habían dado: Artur Zakoyev y Nikolái Dudaev.

—Pedís un montón de dinero —dijo Prek en ruso.

—Este material es difícil de conseguir —contestó Artur—. Si fuera fácil, ¿por qué ibais a necesitarnos? Además, ¿para qué lo queréis? ¿Vais a volar algo gordo?

Artur sonrió. Se refería al hecho de que la sustancia podía utilizarse para montar detonadores de armas nucleares.

Prek se estremeció. Había visto mulas con la dentadura mejor.

—Lo que hagamos es problema nuestro —repuso—. ¿Cómo sabemos que es auténtico? Tiene que ser bueno, no un pedazo de mierda que tuvieseis escondido en algún almacén.

—Has de confiar en nosotros. Por eso nos pagas. ¿Tienes el dinero?

Prek bajó la mirada hacia la bolsa y le dio una patada en dirección a Artur. Después miró a Nikolái, parado detrás de su jefe y a la derecha. «Es la segunda vez que consulta el reloj», se dijo Prek. Artur dio un paso adelante y se acuclilló con las manos por delante. Todo el mundo conocía el ritual: se mantenían las manos hacia abajo y de manera que se vieran desde los lados. El checheno abrió la cremallera de la bolsa y extrajo un fajo de billetes de cien euros que hojeó rápidamente. Prek vio que Nikolái volvía a consultar el reloj.

«Está esperando a alguien —pensó. Miró a Genti, que observaba a Artur mientras este contaba el dinero—. Está esperando a alguien que llega tarde».

—Ahora seréis vosotros quienes tendréis que confiar en mí —dijo Prek. Tenía prisa—. Ahí está la cantidad acordada, de modo que voy a recoger la mercancía.

Artur se incorporó y puso las manos en alto.

—Vale, vale.

Con el brazo derecho todavía levantado como si fuera a prestar juramento, se introdujo la mano izquierda en el bolsillo derecho del abrigo y sacó un pequeño objeto. Prek se balanceó sobre los talones (no habría tenido tiempo de reaccionar, pero sabía que Genti era capaz de volarles la cabeza a ambos chechenos en un segundo). No era una pistola, sino un pequeño frasco de aluminio de unos ocho centímetros de longitud y tres de diámetro. Prek se acercó, cogió el frasco y se lo guardó en el bolsillo de los pantalones. Nikolái dijo algo que él no entendió y, sin más palabras, los chechenos se dieron media vuelta y desaparecieron, Artur aferrado a la bolsa del dinero.

—Vamos —dijo Prek en albanés.

Cuando llegó a la entrada, giró a la izquierda, en dirección contraria a por la que habían entrado y a la que habían tomado los chechenos.

—El coche está ahí —señaló Genti, pero Prek había echado a correr hacia una escalera que había al final del edificio.

Oían voces altas que resonaban en la otra escalera, y el ruido de botas provistas de clavos sobre el cemento. Aquello era lo que los chechenos estaban esperando, y no se trataba precisamente de que la cámara de comercio se acercase a dar las gracias a los albaneses por el negocio. Por suerte, la puntualidad rusa no había mejorado ni un ápice desde la caída del comunismo.

Con las pistolas desenfundadas, Prek y Genti bajaron corriendo la escalera. El primero de ellos vio coches de la policía y furgonetas negras aparcados delante, con las puertas abiertas. Se volvió y corrió hacia la parte posterior del edificio, seguido muy de cerca por Genti. Los chechenos los precedían y corrían hacia un coche solitario aparcado en la esquina de un patio amurallado. «Putos aficionados». Prek vio la oportunidad.

Los chechenos subieron al coche de un salto, Artur dio marcha atrás y le dio la vuelta al vehículo. Antes de que pudiera avanzar en dirección a ellos, Prek y Genti se abalanzaron sobre el coche y dispararon tres veces cada uno a través del parabrisas. Artur recibió un impacto y salió propulsado contra su asiento, pero pisó el acelerador y el motor corrió en punto muerto. Los albaneses abrieron las puertas y sacaron a los chechenos a rastras. Artur estaba muerto, con la cabeza destrozada. Nikolái había recibido dos disparos en el cuello de los que la sangre manaba a borbotones mientras su vida se iba apagando. Prek puso el coche en marcha y se alejó en busca de otro camino que les permitiera salir del complejo. El corazón amenazaba con salirle del pecho, y Prek maldijo en voz alta. Estaba sentado sobre cristales y tenía que ir inclinado hacia delante para que su cabeza no entrara en contacto con la materia gris de Artur, que había salpicado el respaldo del asiento.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Nos han vendido —afirmó Genti—. Allí...

Señaló una desviación de la carretera de servicio que les alejaría del complejo de apartamentos. Sabía que, con un coche carente de parabrisas, no durarían ni cinco minutos en una autopista sin que alguien reparara en ellos.

—Oye... —dijo Genti cuando Prek aminoró la velocidad al entrar en la carretera sin pavimentar.

Su acompañante lo observó y Genti volvió la cabeza para echar un vistazo al asiento trasero. Aunque manchada de sangre, la bolsa estaba sana y salva. Prek dio un puñetazo sobre el volante, miró a Genti y los dos se echaron a reír a carcajada limpia.

# Primera parte

*Centro Médico de la Universidad de Columbia*

*Nueva York*

*28 de febrero de 2011, 7.23 h.*

*La niña, de doce años, se despierta sobresaltada. Está tendida sobre un delgado colchón, en una cama baja y estrecha, y un grupo de chicas da vueltas a su alrededor. Son mayores (dieciséis, diecisiete años), y mientras arrastran los pies en torno a ella la miran con intenciones obviamente siniestras. Algunas reprimen una risita, otras sonrían, pero esos gestos no son señal de felicidad, sino de impaciencia. La noche no ha terminado todavía. Hay otros jergones en aquella sala larga, y la niña sabe que las demás ocupantes están despiertas pero no van a hacer nada para ayudarla, porque saben lo que está a punto de suceder.*

*Paralizada de terror, la niña es incapaz de reaccionar cuando la turba cae sobre ella. La sacan a rastras de la cama y ve a su torturadora, cuyo rostro está retorcido en una mueca maníaca. De todos modos, sabe que no debe gritar para pedir socorro. En algún lugar del dormitorio, se oye un estrépito repentino. Y otro.*

Pia Grazdani, de veintiséis años, se despertó presa del pánico y cubierta de sudor frío, sin saber por un momento dónde se encontraba. Exhaló un suspiro de alivio cuando cayó en la cuenta de que hallaba sana y salva en su residencia del Centro Médico de la Universidad de Columbia. Alguien estaba llamando ruidosamente a la puerta.

Pia respiró hondo de nuevo, saltó de la cama con su pijama de franela, dio tres rápidas zancadas en dirección a la puerta, descorrió el pestillo y abrió. Tal como esperaba, era George, su compañero de medicina de cuarto curso.

—Pia, ¿sabes qué hora es? Hoy no deberías llegar tarde.

Su tono no era tan estridente como insinuaba su sintaxis. Con 1,83, George Wilson le sacaba varios centímetros a Pia, pero siempre se sentía más pequeño cuando estaba en su presencia. Se lo explicaba a sí mismo pensando que ella poseía lo que él llamaba una personalidad fuerte e intrépida, y que a veces podía ser bastante voluble.

Pia mantuvo la puerta abierta y George dio dos pasos hacia el interior de la pequeña habitación. La chica dejó que la puerta se cerrara, se volvió y echó a correr mientras se quitaba el pijama por la cabeza. George contempló la espalda desnuda de Pia, el corte de sus omóplatos, que le enmarcaban la impoluta piel marrón oliva. Ella se paró delante del tocador y sacó diversas prendas de ropa. Mientras lo hacía, vio en el espejo que George la estaba mirando.

—Lo siento, George, no podía dormir y, cuando lo conseguía, soñaba. Ve yendo,

ya te alcanzaré más tarde.

Dicho aquello, Afrodita Pia Grazdani se concentró en sus preparativos. Cuando se bajó el pantalón del pijama, George volvió la cabeza y miró por la ventana. Habría preferido mirarla a ella, pero le daba miedo hacerlo. Se concentró en la impresionante vista que él y los demás estudiantes de medicina se habían acostumbrado a no apreciar. Veía el gigantesco puente George Washington, que comunicaba Manhattan con Nueva Jersey. El habitual tráfico matutino de la hora punta estaba detenido en ambas direcciones.

—No te preocupes, Pia —contestó George—. Esperaré. —Buscó algo que decir y añadió—: Supongo que aún no has descubierto cómo funciona el despertador que te regalé. No puedo venir a sacarte de la cama todos los días. Tienes que mejorar tu puntualidad. Podrías utilizar la alarma del móvil, si lo prefieres.

George dejó de hablar. Había devuelto su atención a la habitación y al instante se quedó fascinado por la visión de Pia cepillándose el pelo negro como el azabache. Experimentó una tristeza inmediata y desoladora. Las pocas veces que George y Pia habían dormido juntos, cuatro exactamente, ella le había pedido que se marchara antes de que se quedara dormido. Y en cada ocasión se había plantado delante de aquel mismo tocador, de espaldas a él, para cepillarse el cabello, tal como estaba haciendo en aquel momento. Con el paso del tiempo, George había tomado dolorosa conciencia de que, en realidad, aquellas cuatro preciosas veces no habían dormido juntos, sino que solo habían practicado el sexo: pim pam, gracias señora, salvo que al revés.

George era aficionado a los deportes y atractivo de una forma pija y estereotipada, con una rebelde mata de pelo rubio y una sonrisa fácil. Durante sus días en una universidad de la Ivy League, había llegado a sus oídos que muchas mujeres también pijas lo consideraban «un macizo». Nunca le habían faltado señoritas bien dispuestas. Pero, desde muy joven se había propuesto llegar a ser médico y no quería complicarse la vida. Como consecuencia, su vida romántica había sido una sucesión de ligues de una noche y breves flirteos con escaso compromiso sentimental. Había hecho daño a algunas chicas, lo sabía, sobre todo ahora que las tornas habían cambiado y él era el «herido» en lugar de «el que hería». Con Pia todo era muy diferente. Ella parecía pasar de él, y eso estaba volviéndolo loco. En numerosas ocasiones se había ordenado olvidarla, se había repetido que ella era una «mercancía defectuosa», pero no podía. Más bien al contrario, se había obsesionado bastante. George deseaba con desesperación mantener una relación romántica con aquella mujer, pero no tenía ni idea de lo que quería ella ni de por qué no había ocurrido. Llevaba intentándolo durante los tres años y medio de facultad de medicina.

—Vamos, ¿a qué estás esperando? —bramó Pia cuando salió por la puerta del diminuto cuarto de baño sin dejar de aplicarse un lápiz de labios pálido que era más

un protector que un carmín. Cogió su bata blanca de estudiante de medicina, se la puso y se colocó alrededor del cuello la identificación del centro médico. Dejó la puerta abierta a su espalda, como si fuera ella la que estuviera esperando.

Emocionalmente desconcertado, George despertó de lo que habría podido considerarse una crisis de ausencia y la siguió. Tuvo que correr para alcanzarla por el pasillo, camino de los ascensores.

Pia continuó caminando a grandes zancadas cuando salieron de la residencia y doblaron a la derecha, en dirección al centro médico. El Centro Médico de la Universidad de Columbia se halla en Washington Heights, en Broadway cuando discurre hacia el norte siguiendo la espina dorsal de la parte alta de Manhattan. Incluso a aquella hora de la mañana, el lugar estaba muy concurrido. Las personas más decididas que caminaban por la calle Ciento sesenta y ocho, vestidas con batas blancas de diversas longitudes, eran los médicos, estudiantes y personal de los hospitales e instalaciones de investigación. Los pacientes y los familiares que llegaban se mostraban más vacilantes, mientras intentaban averiguar adónde debían ir, claramente aprensivos acerca del motivo de su visita y de lo que el día podía depararles.

George se subió el cuello de la chaqueta para protegerse del viento cortante que soplaba desde el río Hudson y pasaba por el embudo de la curva de Haven Avenue hasta desembocar en la calle Ciento sesenta y ocho. Al día siguiente empezaría marzo, el mes en que cualquier día la temperatura podía alcanzar los veinte grados o sorprender con una nevada. En aquel momento no hacía demasiado frío, pero el viento recordaba que al invierno todavía le quedaban fuerzas.

George y Pia se dirigían a diferentes edificios para empezar su mes de optativa de cuarto curso. El cuarto curso de la facultad de medicina consistía en una serie de rotaciones mensuales por diversas especialidades, que incluían un período de optativa en que cada estudiante podía elegir algo que le interesara en particular. Aquel mes, Pia iba a dedicarse a la investigación, como había hecho durante su mes de optativa de tercer curso. George trabajaría en radiología, cosa que también había hecho el año anterior. Tales elecciones eran bastante adecuadas, puesto que tres semanas antes George, Pia y el resto de la clase de 2011 habían conocido los resultados del programa de equiparación para residentes. Tanto ella como él habían sido recompensados con sendos puestos en el Centro Médico de la Universidad de Columbia gracias a su soberbio historial académico y a influyentes recomendaciones del profesorado: Pia en medicina interna y George en radiología. Por dispensa especial, Pia también iniciaría simultáneamente un programa de doctorado en genética molecular, lo cual le permitiría continuar su trabajo en el laboratorio al tiempo que cumplía con los requisitos de residente médica.

El prestigioso genetista molecular Tobias Rothman, ganador de un premio Nobel y un premio Lasker, estaba esperando a Pia aquella mañana en el Edificio de Investigaciones Médicas William Black. Además de ser famoso por sus logros, en el centro médico el doctor Rothman lo era todavía más por ser una persona con la que costaba trabajar, debido a su legendaria falta de tacto social. Rothman no soportaba a los imbéciles. De hecho, no soportaba a nadie salvo a su ayudante de investigación desde hacía mucho tiempo, el doctor Junichi Yamamoto. Al principio, la reputación de Rothman había logrado que George sufriera por Pia cuando empezó su optativa de tercer año en el laboratorio del genetista, pero como sabía que la joven también era de armas tomar su preocupación casi desapareció. Podía atestiguar personalmente que su compañera no perdía los estribos casi nunca. Y después resultó que, para sorpresa de todo el mundo, incluso de la propia Pia, la chica había encajado de maravilla con el famoso y temido investigador. De hecho, había sido Rothman quien había sugerido que Pia siguiera un programa de doctorado en Columbia y llevase a cabo las prácticas en su laboratorio. Hasta la llegada de la joven, jamás había tutorizado a nadie. Durante un tiempo habían corrido todo tipo de habladurías por el centro médico, pues la gente no dejaba de especular sobre qué demonios estaría pasando entre la atractiva y exótica estudiante de medicina y el cascarrabias universalmente odiado, aunque respetado, que era la mayor celebridad investigadora del centro.

—¡Pia! ¡Espera! —gritó George.

Ensimismada, como de costumbre, Pia se había adelantado a George entre la muchedumbre. Este esquivó las tropas de estudiantes de medicina con bata blanca que convergían en el edificio Black y alcanzó a Pia justo antes de que entrara. La llevó a un lado. Pia miró a George con sus grandes ojos castaños muy abiertos, como si estuviera sorprendida de verle, aunque en teoría era su acompañante.

—¿Quieres que comamos juntos? Es el primer día, así que no nos agobiarán mucho. Sé que, en mi caso, a partir de hoy va a ser una locura.

—No sé, George. Rothman es... Rothman es, ya sabes...

—Rothman es un capullo asocial, eso sí que lo sé.

—¡No discutamos! Sé lo que tú y casi todos los demás pensáis, pero ese hombre se ha portado bien conmigo. No sé qué me tiene reservado para hoy, ni para el resto del mes. Lo que sí sé es que no puedo hacer planes para comer hasta averiguar el orden del día.

—Puedo decirte lo que todo el mundo cree que te tiene reservado.

—¡Oh, por favor! —replicó Pia con brusquedad—. No empecemos otra vez con eso. Ya te he repetido mil veces que ese hombre nunca se me ha insinuado ni ha hecho un comentario subido de tono en mi presencia. Es un genio que cree estar rodeado de paletos, y puede que tenga razón, al menos comparativamente. Solo le interesa su trabajo, y a mí también. Soy muy consciente de su reputación de asocial,

pero tengo la suerte de que me tolera. Estoy impaciente por llegar al laboratorio. Si tengo un rato a lo largo del día, te llamaré al móvil.

Durante un breve instante, George lo vio todo rojo. De pronto, su cerebro se inundó de celos irracionales hacia el cerdo de Rothman. Todo el mundo odiaba a aquel tipo, pero allí estaba la mujer con la que se había obsesionado desde un punto de vista romántico diciéndole, en esencia, que se fuera a la mierda y que se moría de ganas de llegar a la cita con el viejo cascarrabias, en lugar de quedar con él para la que tal vez sería la última comida del mes. George inhaló una profunda bocanada de aire mientras contemplaba la mirada claramente desdeñosa de Pia. De inmediato, se preguntó una vez más qué demonios se proponía al seguir acosando a aquella mujer que daba la impresión de apenas tolerar su compañía.

George sabía por instinto que no debería darle tanta importancia al hecho de que Pia hiciera planes o no para comer, pero no podía evitarlo. Era un episodio más en una larga lista de episodios. La última vez que habían hecho el amor, que era la forma en que George quería pensar en el «acoplamiento», tal como ella lo llamaba, había intentado sincerarse sobre lo que sentía cuando ella le pedía que se marchara. Su reacción entonces, como ahora con la comida, había sido de irritación. Por supuesto, en cuanto George salió de su habitación, en lugar de sentirse bien por haber exteriorizado sus sentimientos, se preocupó muchísimo por si la había asustado y alejado definitivamente. Pero no había sido así. Al contrario, un par de días después, George había recibido una sorprendente nota de Pia en su bandeja de entrada. «Tal vez deberías llamar a Sheila Brown». Incluía un número de móvil. George llamó a Sheila Brown y sostuvo una de las conversaciones telefónicas más peculiares de toda su vida. En el curso de aquella conversación iba a averiguar más cosas sobre el pasado de Pia de las que ella le había revelado jamás.

—Hola, me llamo George Wilson. Pia Grazdani me ha pedido que te llame.

—Hola, George. Pia me había avisado de que llamarías. Fui la asistente social y la terapeuta de Pia durante un tiempo. Me ha dicho que no hay problema en que hable contigo.

—Oh, hum, vale...

¿Asistente social? Aquello era algo que George no se esperaba en absoluto.

—Sé que es muy extraño que una terapeuta hable con un desconocido de uno de sus pacientes, pero Pia me ha pedido que lo haga.

¿Terapeuta? Aquello iba a ser interesante.

—En circunstancias normales, no te contaría nada, puesto que viola un montón de normas de mi profesión, pero Pia me ha convencido para que lo haga. Si puedo ayudarla a superar lo que afrontó durante su educación, haré todo cuanto esté en mi mano y sea razonable.

»Trabajé con Pia durante años, puesto que creció en el seno de un programa

tutelar que incluyó un período en lo que se llamaba un reformatorio. Como consecuencia, digamos que siempre le ha resultado muy difícil establecer relaciones significativas. La confianza es un problema. No me dijo gran cosa de ti, pero considero muy alentador el hecho de que me pidiera hablar contigo. Creo que quiere que sepas algo sobre ella, pero no puede decírtelo por sí misma. De modo que le pidió a la persona que cree que la conoce mejor que lo hiciera por ella. Pia tiene ideas diferentes a las de la mayoría sobre la intimidad y las relaciones.

Cosa que George sabía por dolorosa experiencia.

Sin entrar en detalles concretos, Sheila animó a George a «seguir intentándolo» con Pia, pues en su opinión sería «bueno» para ella. Sheila concluyó dándole el número de su consulta para que lo añadiera al del móvil por si alguna vez quería llamarla. George nunca lo hizo, y pese a las explicaciones de Sheila, cuestionó la profesionalidad de la conversación. Al mismo tiempo, agradeció la información. Nunca le había sacado el tema a Pia diciéndole que sabía lo del programa de acogida, sino que más bien había intentado que se sincerara sobre su infancia en general. Por desgracia, ella siempre respondía que se trataba de algo de lo que no quería hablar. Era una zona prohibida. A George le parecía bien. Lo apartó de su mente y no pensó en ello. Le concedería todo el tiempo que necesitara.

George dejó escapar el aire con los labios fruncidos. El leve retraso le había dado la oportunidad de serenarse y no soltar algo de lo que más tarde se arrepentiría. Incluso trató de disimular el hecho de que estaba disgustado.

—Bien, espero que el día te vaya tan bien como cabe esperar —dijo por fin—. Sé que puedes arreglártelas sola, Pia, pero todavía no entiendo cómo soportas trabajar con él.

—No tengo por qué llevarme bien con él, George. No es una guardería. Si me tolera y aprendo de él, y además puede impulsar mi carrera, es lo único que pido. Somos adultos. No es necesario que seamos amigos.

Ya había utilizado aquella frase antes, y George sentía curiosidad, ¿hablaba de Rothman o de él? La preocupación de que Pia pudiera abandonarle resurgió con fuerza.

—¡De acuerdo! —se limitó a responder George al tiempo que alzaba las manos en señal de fingida rendición—. Lamento haberlo siquiera mencionado.

—¡Deja de disculparte! —repuso ella con brusquedad, y consultó su reloj—. Pareces tonto cuando te disculpas. Ahora sí que voy a llegar tarde.

Pia se alejó a toda prisa. George se preguntó a qué hora se habría levantado Pia si él no hubiera ido a su habitación a despertarla. No pudo evitar fijarse en que no se había molestado en darle las gracias, y mucho menos en quedar para comer con él. Por desgracia, todo resultaba de lo más irritante.

Pia mostró su identificación al guardia de seguridad mientras todos los demás estudiantes, la mayoría de primero y segundo curso, se dirigían a su clase de las ocho. En lugar de seguirlos, subió en ascensor al piso catorce del Edificio de Investigaciones Black y se encaminó hacia el extenso laboratorio de Rothman. Ocupaba más espacio que cualquier otro investigador de todo el centro. En cuanto atravesó la puerta metálica de aspecto discreto y entró en la sala, advirtió que la jornada laboral del laboratorio se encontraba en pleno apogeo. Los tres técnicos de investigación, Panjit Singh, Nina Brockhurst y Mariana Herrera, merodeaban en torno a la cafetera comunitaria, después de haber calibrado ya todos los instrumentos que se manejaban a diario. Rothman, muy maniático en cuanto a la comida y la bebida, tenía una máquina Nespresso en su despacho que solo él y su ayudante principal, el doctor Junichi Yamamoto, estaban autorizados a utilizar.

—Buenos días, señorita Grazdani —la saludó Marsha Langman, la secretaria de Rothman, desde detrás de su escritorio. Enarcó una ceja muy bien definida cuando echó un vistazo al reloj de la pared de enfrente—. No debería convertirlo en una costumbre.

Pia siguió la mirada de la mujer y miró el reloj. El minuterero había sobrepasado la vertical: eran las 7.49. Pia se detuvo y se volvió hacia la ultrafiel criada/secretaria para recibir la inevitable reprimenda.

—Ya sabe que a él le gusta que todo el mundo llegue pronto —continuó Marsha en tono acusador.

—No llego tarde —dijo Pia. Se suponía que los estudiantes empezaban las clases y demás actividades a las ocho, a menos que hubieran tenido turno de noche en rotaciones concretas que lo exigieran.

—Ah, pero tampoco llega pronto. No empecemos el mes con el pie izquierdo. Y debo advertirle que va a tener compañía en su despacho. Dentro hay un hombre de mantenimiento intentando localizar un problema en el cableado. El sistema de seguridad no funciona.

—¿Cuánto tiempo tardará?

Marsha, una mujer negra de edad madura y vestida con una bata de laboratorio que su cargo no precisaba hizo una mueca como diciendo «¿y yo qué sé?».

Pia estaba exasperada. Apenas había espacio para ella en lo que de manera generosa llamaban despacho.

—¿El jefe tendrá tiempo para mí esta mañana?

Pia era una de las pocas personas que no se doblegaban ante Rothman ni esperaban a que fuera él quien acudiera a ellas. Cuando formuló la pregunta, se volvió por completo hacia Marsha. Los técnicos de investigación guardaron silencio. Pia se preguntó si habrían programado su pausa para el café con el fin de que coincidiera con su previsible retraso, y estaban atentos a cualquier chismorreo.

—Ya sabe que siempre va justo de tiempo —contestó Marsha—. Está recibiendo presiones para acabar su actual experimento con la *Salmonella typhi* con el doctor Yamamoto. Tendremos que enviar el manuscrito por correo electrónico a *The Lancet* mañana o así.

Marsha siempre hablaba como si estuviera activamente implicada en la investigación. Formaba parte de su estrategia para erigir barreras y construir trampas de arena para los que deseaban unos minutos del tiempo de Rothman. Velaba por él como un perro guardián asesino.

—Está dentro desde las seis... —«Dentro» quería decir en el laboratorio de bioseguridad de nivel 3, al que solían llamar BSL 3, donde se estaba llevando a cabo el trabajo con las cepas de salmonela—. Voy a ver si puedo avisarle de que usted quiere hablar con él.

—Gracias —dijo Pia, cuyos ojos traicionaban su irritación.

«Avisar» a Rothman significaba activar un interruptor y hablar con él por el intercomunicador. La joven detestaba perder el tiempo y, tras haber terminado el último proyecto que le había asignado, Pia necesitaba ver a Rothman para averiguar lo que iba a hacer aquel mes. Y encima en su despacho había un trabajador que complicaba todavía más las cosas.

Tenía suerte de contar con un despacho. Muy pocas personas más del laboratorio gozaban de tal privilegio. Cuando el técnico jefe de Rothman fue despedido después de discutir con el genetista sobre un detalle insignificante del procedimiento en el laboratorio, su sucesor, Arthur Spaulding, ocupó un despacho más cercano a la zona de bioseguridad de nivel 3 y Pia fue a parar al armario de la limpieza de Spaulding. Vio que la puerta de su despacho estaba entreabierta, y se enfureció. Allí guardaba archivos delicados, aunque solo un puñado de personas en todo el mundo comprendería lo que significaban. Al entrar, se dio cuenta de que la zona del banco que también hacía las veces de escritorio estaba ocupada. Un mapa del cableado descansaba sobre la superficie plana, y había herramientas y cables diseminados por encima. En la esquina de la diminuta habitación carente de ventanas había una escalera de tijera con una forma humana subida sobre la plataforma, con la cabeza y los hombros ocultos en el interior del techo bajado. Habían quitado tres paneles, que estaban apoyados contra la pared.

—¡Perdón! —dijo Pia en voz alta. Como no hubo respuesta, gritó con más fuerza —: ¡Eh, usted!

Las bruscas palabras de Pia provocaron que el hombre se encogiera y se diese con la cabeza en una tubería del techo. El electricista lanzó una maldición confusa y emergió poco a poco del techo. Después de dedicarle una mirada a Pia, bajó la escalerilla. Tendría unos cuarenta y cinco años, la barba grisácea y el pelo veteado de gris; iba vestido con un mono azul oscuro. Tenía la frente surcada de profundas

arrugas, las mejillas hundidas y la tez pálida de un fumador recalcitrante. Su cuerpo era delgado pero musculoso. Su etiqueta de seguridad rezaba «Vance Goslin».

—¿Cuánto tiempo va a estar? —preguntó Pia. Tenía los brazos en jarras.

Al instante Goslin se sintió impresionado por la belleza notable y exótica de Pia, su reluciente piel sin mácula, sus labios gruesos y, tal vez por encima de todo lo demás, sus enormes ojos oscuros. Contribuían a su atractivo la aparente confianza en sí misma y su franqueza. En el mundo de Goslin, las mujeres con el aspecto de Pia actuaban de una forma muy diferente. Se sintió más que atraído hacia ella: estaba intrigado.

—Dependerá de cuándo localice el problema —contestó. Señaló dos zonas del plano que descansaba sobre el banco. Tenía un acento característico que Pia creyó reconocer, sobre todo teniendo en cuenta el apellido Goslin—. Si el problema está aquí, la reparación será sencilla. Si el problema está allí, será más difícil, pero de un modo u otro lo solucionaremos. Incluso es posible que hayamos terminado para esta noche.

Goslin asintió cuando acabó de hablar, sin dejar de examinar con detenimiento el cuerpo curvilíneo de Pia, tal como había hecho mientras hablaba. Lo hacía sin disimulos, como si tuviera todo el derecho del mundo. Al final, su mirada se posó en la identificación hospitalaria de Pia.

—Grazdani —dijo en voz alta al tiempo que enarcaba las cejas de manera inquisitiva—. Qué apellido más raro.

Pia no contestó, lo cual llevó al hombre a pensar que tal vez fuera dura de oído.

—Su apellido es poco común. ¿Es usted italiana? —preguntó en voz más alta. Había esbozado una sonrisa irónica, como si supiera que Grazdani no era italiano. Era su manera de flirtear.

—No, no es italiano. ¿Y por qué grita?

Puede que Pia hubiera hablado de su herencia albanesa dos veces en toda su vida, y no estaba dispuesta a hacerlo con aquella persona. Había miles de albaneses en Nueva York, y ella recordaba su idioma lo bastante bien como para reconocer el acento cuando lo oía. En una ocasión, mientras pedía un trozo de pizza, los dos jóvenes empleados que estaban detrás del mostrador se pusieron a analizar sus atributos físicos en su idioma, hasta que Pia les preguntó en inglés si querían que hablara con el encargado acerca de su grosería.

—Albanés, diría yo —dijo Goslin con la misma sonrisa—. Soy de ascendencia albanesa, y tengo muchos amigos albaneses aquí en Nueva York. Trabajan en mantenimiento como yo. Más o menos hemos monopolizado el negocio...

Pia no le prestaba atención. No hacía ni una hora que había tenido una pesadilla de la infancia, y aquel hombre le estaba recordando otra —su padre—, lo cual no hacía más que acentuar su creciente irritación. Aunque no le ofrecía a aquel

trabajador de mantenimiento ninguna señal que pudiera alentarle, Goslin seguía hablando e intentando entablar conversación con ella.

—¿De dónde es? —preguntó. Entornó los ojos y ladeó la cabeza, como si estuviera a punto de adivinarlo. Era una situación habitual para Pia. Mucha gente, sobre todo hombres, intentaba adivinar su genealogía a partir de su apariencia, y por lo general acababan sugiriendo que era griega, libanesa o incluso iraní, pero no iba a seguirle la corriente a aquel hombre aunque hubiera acertado en lo tocante a su apellido. Su padre sí era albanés, pero su madre era italiana.

—Soy estadounidense —replicó—. ¡Dese prisa con lo que esté haciendo! Voy a necesitar el despacho cuanto antes.

—¿Y a qué se dedica? —preguntó Goslin en un vano intento por continuar con la conversación.

Pia no contestó. Salió de la habitación tras recoger un par de carpetas que quizá necesitara.

Ante la sorpresa de los técnicos de laboratorio, que se habían desplazado desde el rincón del café hasta sus respectivos bancos individuales, Rothman salió de repente de la unidad de bioseguridad. Los sorprendió, porque todo el mundo esperaba que estuviera enclaustrado allí dentro el resto del día, como había sido habitual durante las últimas semanas. Siempre respetuoso con las normas, había atravesado el compartimento estanco, se había desprendido del equipo protector de laboratorio, y vestía de calle. Sin la bata blanca parecía un banquero más que un investigador científico que viniera de trabajar con una salmonela extraordinariamente mortífera causante del tifus. Aunque asocial en extremo, era muy cuidadoso en el vestir, una incongruencia, pues sugería que le importaba la opinión de los demás. Pero no era así. Elegía la ropa tan solo para él, y el conjunto era igual día tras día: traje italiano clásico de tres botones, camisa blanca almidonada, corbata azul oscuro con pañuelo a juego, y mocasines negros. No era un hombre alto, pero daba buena imagen y aparentaba más estatura de la real. Se movía con celeridad y resultaba una figura intimidatoria, con su postura marcialmente erguida y una expresión que no invitaba a la conversación. El corte de pelo castaño oscuro era conservador, a juego con su traje. Las gafas de titanio sin montura, casi invisibles, constituían su única concesión a la moda actual.

Cuando Rothman avanzó a grandes zancadas hacia su despacho particular, las miradas de los técnicos le siguieron. A todos les quedó claro qué había sacado a Rothman de la unidad de bioseguridad. Al ver a Pia, le había indicado con un ademán que lo siguiera. En cuanto la puerta del despacho se cerró, los técnicos de laboratorio intercambiaron miradas de complicidad con un resabio de celos colectivos. Todos sabían que, debido a la presión del inminente artículo en *The Lancet*, Rothman jamás habría abandonado la unidad de bioseguridad para hablar con ellos. En su mente, Pia

era una especie de favorita del maestro, y el hecho de que la joven no fuera demasiado cordial empeoraba aún más las cosas. Al igual que Rothman, siempre estaba demasiado ocupada para hablar de trivialidades, y se mostraba muy reservada. Para colmo, todos pensaban que era demasiado atractiva para ser estudiante de medicina, y la criticaban diciendo que habría estado mejor dotada para interpretar ese papel en la televisión. Pia constituía un enigma para el personal del laboratorio, y les resultaba todavía más interesante debido a los rumores de que iba a hacerse monja.

Si los técnicos de laboratorio hubieran disfrutado de la oportunidad de presenciar la escena que tenía lugar dentro del despacho de Rothman, tal vez no habrían sentido celos en absoluto. Daba más la impresión de que Rothman y Pia estuvieran enzarzados en un ritual misterioso que en una verdadera conversación. Ninguno de ellos miró al otro durante el curso de su breve encuentro. Después de que Rothman le dijera que aquel día quería que revisara el artículo sobre la salmonela para *The Lancet*, cogió del escritorio una de las dos copias, y comenzó a estudiarla con detenimiento. Pia parecía estar igual de distraída, con los brazos cruzados y la vista clavada en los pies. El no iniciado podría haber experimentado una sensación de ineptitud social por parte de ambos a medida que el incómodo silencio se prolongaba. Un psicólogo clínico, si se le diera el tiempo suficiente, habría emitido un diagnóstico más preciso.

Por fin, Rothman, erguido a medias, se inclinó sobre el escritorio y le entregó a Pia una copia del trabajo.

—Encárguese de que quede decente. Lo quiero mañana por la mañana. Entonces hablaremos de lo que va a hacer este mes. —Continuó sin mirarla—: Permítame decirle que sé que siempre ha estado más interesada en mi trabajo con las células madre que en mi trabajo sobre la salmonela, y me parece bien. Se lo ha merecido, teniendo en cuenta que al fin sabe algo práctico sobre genética aparte de la basura que les enseñan en clase. Y otra cosa: la maldita decana me ha adjudicado dos estudiantes de cuarto para el mes de optativa. Quiero que piense en qué pueden hacer mientras estén aquí. No será fácil. Estoy seguro de que no valdrán para nada.

—¿Dónde están y cómo puedo conocerlos?

—Se supone que empiezan mañana. El doctor Yamamoto se los presentará. Lo principal es que no quiero que le roben mucho tiempo a Junichi, pues parece que le gusta ese tipo de estupideces. Necesito que esté concentrado en nuestro trabajo.

—No puedo hacer nada con el empleado de mantenimiento en mi despacho.

—Tengo entendido que terminará hoy. Bien, hasta mañana.

A Rothman nunca le interesaban demasiado los detalles de gestión de su inmenso laboratorio. De pronto, se absorbió de nuevo en el manuscrito para *The Lancet*.

—Quiero decirle algo —dijo Pia, sin hacer caso de la despedida de Rothman—. Han llegado los resultados de la equiparación de residencia. Estaré aquí, en

Columbia, cursando un programa combinado para obtener el doctorado en biología celular con usted, gracias a su generosa oferta, y la residencia en medicina interna. Espero que se sienta satisfecho.

—¡Bien, pues no! —exclamó Rothman; su tristemente famosa ira había estallado—. Me decepciona. Le he repetido una docena de veces que, para usted, hacer una residencia en medicina interna sería una absoluta pérdida de tiempo, como lo fue para mí. Creo que resulta del todo evidente que, al igual que yo, está hecha para la investigación, no para la medicina clínica. ¡Debería trabajar en el laboratorio a tiempo completo! Eso dije en mi carta de recomendación enviada al programa de doctorado.

La tensión flotaba en el aire. Durante unos segundos ninguno de los dos habló, ni siquiera intercambiaron una mirada.

—Pero tengo que pensar en las hermanas —repuso Pia.

Las Hermanas Misioneras del Sagrado Corazón, una orden religiosa internacional radicada en el condado de Westchester, habían sufragado en parte la educación de la joven. Pia había recurrido a la orden en busca de seguridad emocional, después de abandonar el programa de acogida temporal a los dieciocho años. Aunque al principio pensó, durante una breve temporada, en hacerse monja de la orden, después de terminar el instituto y una parte de la enseñanza superior en la Universidad de Nueva York, cambió de opinión. En consecuencia, la relación con las hermanas, sobre todo con la madre superiora, se había convertido en algo más transaccional. Pese a que Pia terminaría sus estudios de medicina e iría a África para colaborar con la obra misionera de la organización, no se haría novicia.

Si bien había recibido becas de la Universidad de Nueva York y de la Facultad de Medicina de Columbia, la contribución de las hermanas había sido considerable. Se sentía en deuda, y de manera justificada.

—Creo que no puedo renegar de un plan que proyecté hace diez años. Si bien he llegado a darle la razón en que estoy más dotada para la investigación, creo que he de seguir el plan original de convertirme en médico y, al menos durante un tiempo, servir a las necesidades de la orden.

Un torrente de blasfemias masculladas escapó de los labios de Rothman. Sacudió la cabeza con incredulidad.

—Le estoy ofreciendo formar parte de la historia de la medicina con mi investigación sobre células madre, y he de preocuparme por un puñado de monjas de Westchester. —Hizo una pausa para ordenar sus pensamientos—. ¿De qué cantidad de dinero estamos hablando?

—No sé a qué se refiere.

—Vamos, no sea obtusa. ¿Cuánto considera que les debe en dólares?

—No creo que pueda planteármelo en esos términos.

—No me lo ponga difícil. Dígame una cifra, sea cual sea.

Pia lo pensó un momento. No era tarea sencilla. Nunca había puesto precio a los cuidados de las hermanas, ni a la sensación de protección de los horrores que había vivido en el programa de acogida provisional. Se encogió de hombros.

—No lo sé. Tal vez cincuenta mil. Algo por el estilo.

—Hecho —dijo Rothman—. Mi banco le concederá un préstamo por la cantidad de cincuenta mil dólares, y yo la avalaré.

Pia se quedó sin habla un instante. Nadie la había apoyado económicamente en toda su vida, y mucho menos por una cantidad como aquella. No sabía cómo reaccionar.

—No sé qué decir —musitó.

—¡Pues no diga nada! Ya volveremos sobre el tema, pero hoy quiero que se ponga con el artículo para *The Lancet*. Necesita otro par de ojos y que se revisen las estadísticas. Sé que es usted un genio de las estadísticas.

Rothman se levantó de detrás de su escritorio. Con la atención concentrada en la hoja de papel que había estado estudiando de forma intermitente, salió del despacho. Pia estaba estupefacta. Básicamente, Rothman le había prestado una importante suma de dinero y solicitado su ayuda para un trabajo de vital importancia.

«Vale —se dijo Pia—. Tengo trabajo que hacer. Ahora he de expulsar a ese hombre de mi zona laboral».

Salió tras Rothman y volvió al banco del laboratorio donde había montado su espacio de trabajo provisional.

*Convento de las Hermanas del Sagrado Corazón  
Westchester, Nueva York  
28 de febrero de 2011, 19.20 h.*

Armada con la promesa del doctor Rothman de apoyarla económicamente, Pia concertó una cita con la madre superiora del convento de las Hermanas del Sagrado Corazón para aquella misma tarde. No se trataba de un encuentro que deseara. Pia recordaba que, años atrás, la madre superiora la había encontrado, adolescente, sentada sobre el muro del convento tras una pelea con la familia de acogida de turno, que vivía a unos tres kilómetros de distancia. El resultado fue que Pia regresó el siguiente fin de semana, con permiso de su familia, para colaborar de una manera informal. El resto era historia, y culminaba con la decisión de Pia, al alcanzar la mayoría de edad, de ingresar en el convento con la idea de, quizá, llegar a ser novicia.

La joven se sentiría eternamente agradecida por lo que la madre superiora había hecho por ella en los años posteriores, sobre todo porque supuso una mejora sustancial respecto a lo que había experimentado en el sistema de acogida provisional. Aunque en realidad aquello era otra institución, Pia al fin había encontrado la paz. La madre superiora no solo la apoyó a la hora de adaptarse a la vida del convento, sino que también la ayudó a navegar por las tempestuosas aguas del mundo real, más allá de la tranquilidad del convento. La insistencia de la madre superiora era lo que había llevado a Pia a entrar en la universidad y convertirse en una estudiante destacada, en lugar de solo aceptable. Pero obtener el título del instituto e ir a la universidad le había permitido conocerse a sí misma hasta el punto de darse cuenta de que la vida de monja no era para ella. En lugar de eso, decidió seguir la carrera de medicina, donde intuía que podría destacar y encontrar una paz equivalente. Al fin y al cabo, a lo largo de toda su tumultuosa experiencia en el programa de acogida, siempre había considerado al médico como el *sine qua non* del poder y el control del destino personal. Pero la decisión había tenido consecuencias, sobre todo con relación a la madre superiora.

Unos cinco años antes, Pia había concertado una cita similar con la mujer. Fue entonces cuando la muchacha admitió que no iba a ser monja, sino médico. Había sido un encuentro difícil, pues la madre superiora se había llevado una gran decepción y así lo había manifestado. Al mismo tiempo, había alentado a Pia a seguir su nueva vocación profesional y expresado la desesperada necesidad de médicos en sus misiones de África Oriental. En aquel momento, cuando Pia entró en el espartano despacho de la madre superiora, supo que iba a enfrentarse a una situación igual de difícil (quizá incluso más), que cuando había decidido no convertirse en monja.

Cuanto más pensaba en sus objetivos, más se convencía de que Rothman tenía razón sobre lo de que estaba más que capacitada para la investigación médica.

—Pia, querida, es una bendición verte. Todas te hemos echado de menos. Todas las hermanas preguntan por ti todos los días.

—Y a usted, reverenda madre.

La joven mantuvo la mirada clavada en sus manos entrelazadas sobre el regazo. Su angustia se había disparado. Confiaba en que su voz no la traicionara. Iba vestida con un sencillo vestido negro hasta las rodillas y zapatos planos. A primera vista, la madre superiora tenía el mismo aspecto que en su primer encuentro de hacía diez años. El hábito de la orden contribuía a esa impresión. Pero Pia observó que la edad le estaba pasando factura. La madre superiora se había movido con lentitud al rodear su escritorio para saludarla. La joven creyó notar una mano más huesuda y delicada que en la visita del mes anterior cuando la monja se la puso sobre el hombro.

Durante el breve trayecto de tren desde Manhattan, Pia había ensayado lo que iba a decirle. Quería dejar las cosas claras para que no hubiera malentendidos. Estaba segura de su decisión, más de lo que había estado en el despacho de Rothman, pero sabía que la madre superiora tenía un talento especial para hacer caso omiso de lo que decía la gente y reconducir la conversación hacia un punto más acorde con sus intereses y opiniones.

Mientras continuaba el intercambio de trivialidades, Pia repasaba mentalmente a toda prisa los extraordinarios cambios que había experimentado su vida desde que llegara al convento en lo que, en aquel momento, se le antojaba una vida anterior. Ya cursaba cuarto curso en la Facultad de Medicina de Columbia, por asombroso que todavía le pareciera incluso a ella. Recordaba lo difícil que había sido convencer a Columbia de que la aceptaran. Se acordaba de haber tenido que explicar por qué, a la edad de dieciocho años, había decidido ingresar en una orden misionera católica africana. Su experiencia en la Universidad de Nueva York había sido sencilla. Desde el primer momento, el personal de admisiones de la universidad había estado convencido, sin necesidad de hacer preguntas, de que Pia, una joven emancipada del sistema de acogida, constituiría una valiosa incorporación al rico tapiz de la vida universitaria de la NYU.

Columbia, por el contrario, había expresado tempranas preocupaciones acerca de la historia de Pia y sus potenciales efectos sobre su independencia y capacidad para empatizar con los pacientes. No expresaron sus temores de una forma tan clara, pero Pia captó el mensaje, sobre todo cuando le pidieron que se sometiera a una entrevista con uno de los psiquiatras del centro médico. Se dio cuenta de que no le habrían pedido que realizara la entrevista si no estuvieran interesados en ella, así que accedió. Para su sorpresa, la entrevista resultó ser más agradable de lo que se temía. El psiquiatra conocía bien las deficiencias del sistema de acogida de Nueva York y

pareció solidarizarse cuando averiguó que Pia había estado sometida a su dudosa tutela desde los seis hasta los dieciocho años. Por desgracia, jamás había experimentado la adopción, ni siquiera un acomodo definitivo.

Aunque la ley impedía que el psiquiatra tuviera acceso a su historial, Pia fue bastante sincera con él y le explicó sus experiencias, si bien restó importancia a algunos de los pasajes más sórdidos. Admitió sin ambages que, con el paso del tiempo, se había dado cuenta de que había sido víctima de malos tratos y de que se había visto obligada a crecer sin una presencia afectiva en su vida, pero añadió que, en su opinión, aquella circunstancia, en lugar de entorpecerla, la convertiría en un médico mejor. También minimizó cualquier síntoma que hubiera experimentado, como su leve coqueteo adolescente con un desorden alimenticio y las pesadillas recurrentes que todavía padecía.

A medida que la entrevista avanzaba, la franqueza de Pia debió de imponerse, porque el psiquiatra se mostró tan sincero como ella. Le dijo que estaba impresionado por su forma de sobrellevar aquel calvario y se mostró de acuerdo con que tal vez sus experiencias la convirtieran en mejor médico, sobre todo si se interesaba en especialidades como la pediatría. Le comentó que estaba particularmente impresionado por su casi perfecto expediente académico en la NYU, su casi perfecto examen de acceso a la Facultad de Medicina, y el hecho de que hubiera triunfado como actriz en el grupo de teatro de la NYU. Aseguró que todo ello era indicativo de su compromiso con el objetivo de convertirse en médico y de lo bien que se había adaptado a la vida cotidiana a pesar de su historial. También dijo que la recomendaría para ser admitida en el curso de 2011.

Después de la entrevista con el psiquiatra, Pia confiaba en que la aceptaran. Pero meses después descubrió que no había sido suficiente para convencer al comité de admisiones. Por lo visto, tres personas habían puesto reparos, convencidas de que el riesgo era excesivo pese a la recomendación del psiquiatra. Fue necesaria la desesperada y sorprendente intervención de dos personas para conseguir que la admitieran. En primer lugar, la madre superiora se ofreció a colaborar y envió un torrente de correos electrónicos redactados con sumo cuidado, llenos de hermosas argumentaciones muy convincentes. La segunda persona fue el doctor Rothman, quien, en aquel momento, estaba cumpliendo con la obligación de formar parte del comité de admisiones durante un período de tres años. Pia se enteró de aquel sorprendente giro de los acontecimientos años más tarde, después de trabajar con Rothman durante su optativa de tercer año. El genetista había sacado el tema durante una de sus típicamente incómodas reuniones. Admitió algo que, dijo, nadie más sabía: él también había sido víctima del sistema de acogida temporal del estado de Nueva York por ser un niño hiperactivo y difícil. Le explicó que no habían dado con un diagnóstico hasta que fue adulto, cuando él mismo reconoció que sufría el

síndrome de Asperger. Pia se quedó estupefacta, y aún continuaba anonadada ante aquellas palabras. Respetó su confidencia y no le contó a nadie aquella revelación.

—La última vez que solicitaste una entrevista oficial conmigo —continuó la madre superiora—, nos trajiste tristes noticias al convento, pues comunicaste que habías decidido renunciar a ser novicia. Mi intuición me dice que hoy has venido por motivos similares. Espero que no sea el caso. En el convento te queremos, y estamos muy orgullosas de ti y de tus logros.

Pia alzó un momento la vista para encontrarse con la mirada impertérrita de la madre superiora, pero fue incapaz de sostenérsela. La desvió casi de inmediato y se descubrió contemplando el crucifijo que había colgado en la pared sobre el hombro de la mujer y pensando en el dolor, el sacrificio y la traición. Pia respiró hondo para coger fuerzas. Como de costumbre, la madre superiora le llevaba kilómetros de ventaja e intuía lo que se avecinaba.

—Voy a empezar otro mes de investigación en el laboratorio del doctor Rothman.

—Es un hombre de gran talento. El Señor lo ha tratado con magnificencia.

—Va a hacer historia marcando el inicio de la medicina regenerativa. Su trabajo con las células madre será seminal. Quiero formar parte de ello.

—Desde mi punto de vista ya es así. Por lo que nos has contado, le has caído bien. Cosa que no me sorprende. ¿En qué puedo ayudarte?

Pia volvió a mirarse las manos. Sintió una punzada de culpa. Después de todo lo que la madre superiora había hecho por ella, allí estaba, ofreciéndose a hacer más.

—Me parece que quiero dedicarme a la investigación médica a tiempo completo, lo cual significa que no creo que quiera ir a África.

«Ya está», pensó la joven. Sintió un alivio inmediato. Durante unos momentos el silencio reinó en la habitación. La joven reparó al instante en el frío que hacía.

—Soy consciente de que se trata de un cambio importante, puesto que me ofrecí a ir a África para devolverles a usted y a la orden la ayuda que me han proporcionado durante años, desde que abandoné el programa de acogida temporal.

—Que fueras a África era por ti, no por nosotras —repuso la madre superiora—. Pia, por favor, no te precipites. Sé que va a parecerle muy anticuado, pero ¿hay un hombre de por medio? Tiene que haberlo. Llevas la carga de la belleza. Confío en que el doctor Rothman se esté portando de forma honrosa.

Pia reprimió una sonrisa. La insinuación de la madre superiora estaba tan alejada de la realidad que era merecedora de dicha reacción. A Rothman y a ella les costaba establecer contacto visual, no digamos ya algo más íntimo.

—Puedo asegurarle que el doctor Rothman siempre se ha comportado de una manera impecable.

—Dios tiene innumerables formas de ponernos a prueba —continuó la madre superiora.

—Reverenda madre, no creo que Dios me esté poniendo a prueba. Esto no tiene nada que ver con ningún hombre, se lo aseguro. He tomado la decisión porque me hace feliz y porque Dios me ha concedido talento para ese trabajo. Pero me gustaría satisfacer mi deuda con el convento. Gracias a la generosidad del doctor Rothman, tengo acceso a cincuenta mil dólares. Me gustaría donar ese dinero al convento.

—Aceptaré de buen grado cualquier donativo, pero no como pago de una deuda. No nos debes nada por nuestros servicios. Al fin y al cabo, tu presencia ya fue suficiente recompensa.

—Me agradaría donar ese dinero —insistió Pia.

—Como desees. Pero quiero pedirte otra cosa. No quiero que nos olvides. Confío en que aún vengas a visitarnos de vez en cuando. Si nos olvidas, lo consideraré una traición.

Pia, que estaba contemplando el crucifijo, se quedó anonadada. De pronto, en su coraza apareció una abolladura y bajó la mirada hacia sus zapatos; se sentía como una niña pequeña y menuda. «Traición. Traición». La primera vez que descubrió la palabra «traición» en una novela, a la edad de once años, la buscó en el gran diccionario del colegio. La definición parecía correcta. Aquello era lo que había hecho su familia: traicionarla. La traición era la tragedia que había acechado a Pia desde los seis años, el día en que la policía derribó la puerta del apartamento que compartía con su padre y un tío, y la colocó entre las garras del programa de acogida temporal de la ciudad de Nueva York.

### 3

*Centro Médico de la Universidad de Columbia*

*Nueva York*

*1 de marzo de 2011, 7.30 h.*

Sabe que el hombre es importante, pero es incapaz de recordar su nombre. La chica está de pie delante de un largo escritorio, ataviada con un vestido gris institucional muy holgado, con los hombros caídos, las manos enlazadas delante de ella y los codos pegados a los costados. Incluso sentado, el hombre es muy grande, enorme en realidad, y está inclinado hacia delante hablando con ella, sin mirarla a los ojos, sino directamente al pecho. Ella no entiende lo que le dice. Ha sido mala, se ha portado mal, es preciso castigarla, eso es lo único que sabe.

*Ahora lo oye. Es incluso más grande que antes, y le está diciendo que enderece la espalda y eche los hombros hacia atrás. ¿Por qué lleva esa ropa informe? Pia recuerda que tiene quince años, dieciséis como máximo, y que el hombre es el director del colegio; es como si se encontrara al fondo de la habitación observando a esa chica que es ella pero no lo es. El hombre empuja la silla hacia atrás y se levanta. Rodea el escritorio y se acerca con una sonrisa cruel y lasciva. «Pia... — ordena—. Pia...».*

—¡Pia... Pia!

Pia se incorporó en la cama y exhaló un profundo suspiro de alivio. Cuando se estiró hacia delante, oyendo que George la llamaba desde el otro lado de la puerta, se dio cuenta de que tenía la camiseta pegada a la espalda sudada. Lo dejó entrar y corrió a vestirse mientras se juraba que aquella noche se acordaría de poner el despertador. Su reloj interno solía despertarla a las seis sin falta, pero durante las dos últimas semanas había tenido problemas para dormir, pues sufría pesadillas recurrentes con frecuencia. Se sentía agotada. No había dormido lo suficiente. Después de ir a ver a la madre superiora, había vuelto al laboratorio de Rothman. Para cuando regresó a su dormitorio para meterse en la cama eran las 4.23 de la madrugada.

Mientras se vestía, se descubrió reflexionando sobre su entrevista con la madre superiora, y le contó parte de ella a George mientras iban al centro médico.

—Me alegro de que fueras —dijo George cuando ya caminaban bajo el fresco sol de la mañana—. Es decir, nunca ibas a ingresar en la orden, y no te veo en África haciendo lo que quiera que hagan hoy en día las misioneras. Nunca he conocido a ninguna monja, pero no creo que te pegue serlo.

Sacada de uno de sus cuatro encuentros sexuales, una imagen erótica de una Pia saciada, desnuda sobre la cama, destelló en su mente. Se percató de que ella le

lanzaba una mirada y se estremeció. ¿Sería capaz de leer su mente? No era la primera vez que aquella preocupación asaltaba a George.

—No creo que ser monja y tomar los votos hubiera supuesto un problema para mí, George. No estoy diciendo que no vaya a hacerlo nunca. He visto la vida en un convento, y es muy apacible. Es diferente del mundo exterior. Las hermanas se apoyan unas a otras. Te sientes seguro.

George se sintió incómodo de inmediato, como si estuviera tratando a Pia con condescendencia. No podía culparla por desear algo de seguridad en su vida, a partir de lo poco que sabía de su infancia. Pero ¿ser monja? Le resultaba extremo.

—Supongo que lo que quiero decir es que parece una manera de esquivar la vida. Hay otras formas de obtener seguridad, aparte de ir a esconderse en un convento.

—No creo que hacerse monja sea esconderse. Es justo lo contrario: han de entregarse por completo al mundo que han elegido.

«Tampoco se traicionan mutuamente», pensó Pia. Habían llegado al edificio de investigación Black.

—De hecho, creo que también estarías ocultándote si terminaras por pasarte toda tu vida profesional trabajando ahí dentro con Rothman —dijo George al tiempo que señalaba el edificio con un gesto de la cabeza.

Su concepto de la medicina implicaba ayudar a la gente de manera directa, cara a cara, influir en la vida de personas que podía ver y tocar. En su opinión, la investigación era demasiado fría y abstracta, y estaba habitada por fanáticos asociales como Rothman, tan cálidos y amables como un archivo lleno de algoritmos.

—¿Qué me dices de comer hoy? —preguntó George para cambiar de tema.

Nunca perdía la esperanza. Tal como se temía, no habían quedado para comer el día anterior. Durante los tres años y pico que habían pasado desde que conocía a Pia, nunca se habían citado oficialmente para comer. Habían comido juntos en numerosas ocasiones, pero no de forma planificada. Durante los dos primeros años habían coincidido más o menos en el horario, de manera que surgía espontáneamente. Pero ahora que George estaba en optativa de radiología y Pia encerrada en el laboratorio de Rothman, el joven sabía que las posibilidades de encontrarse por casualidad eran mínimas. Pero ignoraba por qué se tomaba la molestia de preguntarlo si ya sabía que no iba a suceder. ¿Y por qué demonios era siempre tan complaciente?

—Lo siento, George, no puedo hacer planes —contestó—. Ayer tuve que pasar todo el día y parte de la noche trabajando en un artículo de Rothman para una revista, y aún no lo he terminado. Para colmo, tendré que reunirme con él en algún momento para saber qué me tiene preparado este mes. Hasta dudo que pueda comer.

Pia se llevó un disgusto cuando vio que el molesto empleado de mantenimiento continuaba en su despacho. Estaba de nuevo subido en la escalerilla, pero en aquella

ocasión encarado en otra dirección. El día anterior, mientras trabajaba en el artículo de Rothman en uno de los bancos del laboratorio, se había fijado en que se había marchado a las doce y tardado cuatro horas en volver. A aquel ritmo, le preocupaba que estuviera dando la lata y la mantuviera alejada de su cubículo durante una semana. El despacho era pequeño, pero era suyo y podía dejar sus cosas esparcidas sobre las encimeras, cosa que no podía hacer en el laboratorio principal.

Cuando dejó el bolso sobre el escritorio sembrado de herramientas, Pia hizo el suficiente ruido como para conseguir que Vance se enterara de su llegada y de que no estaba especialmente contenta.

—Eh, usted —gritó.

Vance bajó la cabeza y, al ver a Pia, descendió sonriente y se frotó las manos con un trapo.

—¡Ah, señorita Grazdani! ¿Cómo está hoy? Ayer no la vi cuando me fui.

—Me di cuenta de que se tomó cuatro horas para comer. Tendría que haberme avisado de que estaría ausente tanto rato. Podría haber trabajado aquí, en mi despacho. En cualquier caso, dijo que terminaría ayer. ¿Qué pasa? ¿Cuánto tiempo va a tardar?

—El trabajo está resultando más difícil de lo que imaginaba. Lo único que puedo decirle es que me estoy esforzando al máximo. En cuanto descubra qué demonios está averiado, lo arreglaré enseguida y me marcharé.

Pia se limitó a emitir un suspiro de irritación y levantó el bolso.

—Señorita Pia, tengo una sorpresa para usted. Hoy he preparado dos bocadillos para comer, uno para mí y otro para usted. ¿Qué le parece si nos reunimos para comer algo? Hago unos estupendos bocadillos de pastrami en chapata. ¿Qué me dice?

Volvía a sonreír. Jesús, qué predecibles eran los hombres. Pia lo fulminó con la mirada. ¿Es que aquel tipo tenía alucinaciones? Ni iba a quedarse para averiguarlo, ni quería alentarle.

—Limítese a terminar cuanto antes. ¡Por favor! —replicó con brusquedad. En cuanto a la oferta del bocadillo, ni siquiera la mencionó.

Acto seguido se dio media vuelta y entró en el laboratorio principal. Dejó el bolso en la zona de bancos donde había trabajado el día anterior, pero, en lugar de ponerse manos a la obra de inmediato, se encaminó hacia el escritorio de Marsha para averiguar dónde estaba el líder aquella mañana. Para su sorpresa, le dijeron que Rothman estaba esperándola en su despacho. Complacida, Pia entró a toda prisa por la puerta abierta. Reparó al instante en que el hombre estaba padeciendo el mismo problema de mantenimiento. Habían desaparecido varios paneles del techo, y de los huecos colgaban cables como espaguetis. Una de las encimeras estaba plagada de diversas herramientas, y había otras cuantas diseminadas por el suelo. En la esquina había una escalerilla apoyada contra la pared, y la cámara de seguridad había

desaparecido de su plataforma.

—Buenos días, doctor Rothman —gorjeó Pia. Nunca sabía qué se encontraría en cuanto a su humor, pero esperaba tener suerte—. Marsha me ha dicho que me estaba esperando.

—Señorita Grazdani. ¿Cómo se deletrea «catéter»? —preguntó Rothman sin molestarse en levantar la vista de la hoja de papel que sostenía.

Pia observó que era parte del manuscrito de *The Lancet* en el que había estado trabajando.

—C-A-T-É-T-E-R. ¿Por qué?

—Bien, por lo visto sabe deletrearlo, así que me pregunto por qué sintió la necesidad de inventarse una versión alternativa para mi artículo.

Pia había trabajado en el artículo de Rothman añadiendo diversas sugerencias para cambios estructurales y reescribiendo toda una parte que le pareció excesivamente ininteligible. A última hora de la noche tenía ganas de terminar y no había repasado la ortografía.

—Me pregunto qué le enseñaron en la NYU, si es que le enseñaron algo. Había varias faltas de ortografía y dos gramaticales.

Por experiencia, Pia sabía cómo trabajaba Rothman. Aquellos errores de ortografía y gramática significaban casi con toda seguridad que había aceptado sus cambios estructurales. Si vivías de felicitaciones y alabanzas, te morías de hambre trabajando para Rothman. Este daba por descontado el buen trabajo. Si no eras bueno, no durabas mucho, de modo que los únicos elementos de los que valía la pena hablar eran los defectos menores. Rothman se volvió en su asiento de cara al Mac y empezó a teclear. Pia supuso que estaba añadiendo sus cambios al manuscrito original. Se sentó sin que el investigador se lo pidiera. Si esperaba a que lo hiciese, se quedaría de pie todo el día.

A Pia le había encantado trabajar en el artículo de *The Lancet*. La literatura científica era algo que le gustaba, y daba la impresión de que tenía facilidad para ella. A lo largo de los últimos tres años, había colaborado con Rothman en sus estudios sobre la salmonela y hasta había aparecido como coautora de varios. Había sido un trabajo estimulante. Rothman continuaba con su importante investigación, galardonada con varios premios, sobre la virulencia de la salmonela, un tema que le había reportado los premios Nobel y Lasker. La virulencia era la capacidad del microorganismo para invadir y matar a sus células huésped, algo que a la salmonela se le daba especialmente bien. Con los años, Rothman había descubierto, clasificado y definido las cinco «islas», o zonas, patógenas del genoma de la salmonela que codificaban diversos factores relacionados con la virulencia (como toxinas específicas y la resistencia a los antibióticos), los cuales habían contribuido a que la salmonela fuera, con mucho, la causa más importante de las enfermedades

alimentarias humanas mundiales. Todos los años, la salmonela causaba la mortalidad y morbosidad de incontables millones de personas. Todos los años, la fiebre tifoidea mataba a más de un millón de personas, una situación que Rothman se había propuesto rectificar, y cada año estaba más cerca de ello.

Al principio, cuando Pia se unió al laboratorio de Rothman, tenía mayor interés en su más reciente parcela de investigación, las células madre, y albergaba la esperanza de trabajar con ellas. Pero el investigador tenía otras ideas y quería que ella se curtiera con su trabajo sobre la salmonela. Con el tiempo, Pia se comprometió tanto como él en el terreno de la microbiología, fascinada por las bacterias y los virus en general, y por la salmonela en particular, así como por el reino microscópico en que habitaban. No tardó en deleitarse con aquella ciencia, al tiempo que disfrutaba de la emoción de trabajar con una de las mayores mentes de la especialidad. La joven gozaba perfeccionando a diario sus conocimientos de genética, con la idea de poder realizar algún día su propia contribución a la investigación básica. Poco a poco, había llegado a darse cuenta de lo emocionante que podía ser la investigación y de lo bien que encajaba con su personalidad.

Pia observó a Rothman mientras tecleaba delante de ella. Su nivel de concentración era notable. En un momento dado estaba hablando con ella, y al siguiente estaba absorto por completo, como si ella ya no estuviera allí. Pia no se tomaba ningún rasgo del comportamiento de su jefe como algo personal. Después de que él le hubiera confesado lo del síndrome de Asperger, había leído al respecto y deducido que muchos aspectos de su personalidad venían dictados por el síndrome, incluso ignorarla como estaba haciendo en aquel momento. En lugar de irritarse, pensó en el contenido del artículo que había reescrito. Versaba sobre los estudios que Rothman había hecho acerca de la salmonela cultivada en el espacio exterior, a bordo de la Estación Espacial Internacional que orbitaba alrededor de la Tierra. Había descubierto que cultivar la bacteria en un entorno de gravedad cero la hacía mucho más virulenta que la bacteria de control cultivada en la Tierra. Rothman creía que las condiciones del espacio imitaban hasta cierto punto las presentes en el íleon humano, lo cual provocaba que las bacterias despertaran los genes de las islas patógenas para que produjeran proteínas efectoras. Pia era una de las pocas personas enteradas de que, en aquel momento, la instalación de almacenamiento refrigerado ubicada dentro de la unidad de bioseguridad contenía tres cepas de aquella salmonela tan virulenta cultivada en el espacio. También sabía que el objetivo de Rothman era descubrir por qué la gravedad cero causaba aquellos cambios, pues tenía la esperanza de averiguar cómo anularlos no solo en el espacio sino también en el íleon humano.

Aunque Pia había aprendido a ser paciente en presencia de Rothman, tenía sus límites. Al cabo de unos minutos, tosió levemente. Se había dado cuenta por experiencia de que la tos parecía alterar la concentración de Rothman más que

cualquier otra cosa. Casi de inmediato, el hombre asomó la cabeza tras la pantalla de su Mac y empujó una caja de pañuelos de papel en su dirección. Tenía fobia a que la gente tosiera en su presencia. Al fin y al cabo, creía firmemente en la teoría de los «gérmenes». Pia cogió uno de los pañuelos obligatorios.

—Bien, señorita Grazdani, en cuanto a su tarea de este mes... —Desapareció de su vista de nuevo. Continuó tecleando con dos dedos, pero al menos no dejó de hablar. Pia no le veía la cara, pero lo prefería así. Él lo hacía porque a ambos les costaba mantener contacto visual, y no solo ocurría entre ellos, sino a todo el mundo —. Quiero trasladarla a nuestro trabajo con células madre inducidas. Ha hecho una labor excelente con la salmonela, pero ya es hora de que se inicie en la otra parcela.

Una sonrisa de impaciencia apareció en el rostro de Pia. Las palabras de Rothman fueron música para sus oídos.

—Últimamente hemos llevado a cabo grandes descubrimientos relacionados con la organogénesis.

El corazón de Pia se aceleró. Era la primera vez que Rothman le hablaba de su trabajo con células madre. Sabía lo que era la organogénesis, porque la palabra se explicaba por sí misma. Se trataba de la vanguardia actual de la investigación con células madre. Era el último obstáculo antes de la creación de órganos aptos para ser trasplantados a pacientes, órganos como corazones, pulmones y riñones. Le entusiasmaba pensar que Rothman estaba realizando enormes descubrimientos. Y la idea de que ella fuera a participar en aquel esfuerzo le provocó escalofríos.

—En esta fase, nuestro mayor problema consiste en que las técnicas y líquidos de cultivo de tejido no han estado a la altura de los avances que estamos logrando. Las actuales técnicas de cultivo de tejidos se desarrollaron para capas de células, no para órganos sólidos. Estoy seguro de que comprende a qué me refiero. Está relacionado con la oxigenación y la eliminación de desechos metabólicos mientras se mantiene el equilibrio ácido-base dentro de unos parámetros muy estrechos. Ha sido, en esencia, una combinación de ampliar los límites de la bioquímica y la ingeniería. Hemos conseguido varios impresionantes avances en cuanto al hardware, pero los líquidos implicados no han seguido el mismo ritmo. El problema que nos está entorpeciendo en este momento es el equilibrio ácido-base. Yo diría que el pH varía en exceso. No conseguimos averiguar por qué. Lo que quiero que haga es convertirse en experta en líquidos de tejido de cultivos y que descubra por qué aparece ese problema del pH. ¿Comprendido?

—Creo que sí —balbució Pia. Sabía que nunca era positivo cuestionar una directriz de Rothman. Todo, lo que fuera, podía hablarse más adelante, pero no sin pensarlo antes.

—¡Bien! ¡Póngase manos a la obra! Cuando termine de introducir estos cambios en el manuscrito, le diré a Marsha que le envíe una copia para que lo revise por

última vez. ¡Bien, lárguese de una vez!

Rothman aceleró la velocidad de su mecanografiado, unas cuantas pulsaciones seguidas de varias supresiones frenéticas. Pia continuó en su asiento pese al comentario final de Rothman. Presentía que aquella era toda la información que, de momento, iba a recibir acerca de su optativa del mes, y no era gran cosa. Se estremeció un poco por dentro. Se esperaba trabajar en algún aspecto de la investigación sobre la salmonela de Rothman, tal como había hecho el año anterior. El cultivo de tejidos era una disciplina nueva para ella, y lo que le habían encomendado sonaba a proyecto de doctorado completo, no a una tarea para un mes. Iba a necesitar mucha ayuda de Rothman y de los demás técnicos, sobre todo de Nina Brockhurst, cuyo trabajo consistía en encargarse de la planta física de los experimentos de cultivo de órganos de Rothman, lo cual incluiría los baños. En el pasado, Nina se había mostrado abiertamente resentida con Pia al afirmar que era la favorita del genetista. Ella se había tomado la situación con calma, pues sabía que siempre se producían roces cuando obligaban a dos personas a trabajar juntas, sobre todo cuando resultaba tan difícil descifrar las señales del jefe.

Pero con independencia de la carga de trabajo y del comportamiento de su colega, Pia sabía que el mes iba a resultarle fascinante. Aunque el encargo del baño de fluidos no fuera muy emocionante por sí mismo, la verdad, la llevaría a adquirir una experiencia fundamental, y aprendería las técnicas básicas para cuidar órganos recién creados, un peldaño vital en el paso que llevaba de estudiar la organogénesis en ratones a estudiarla en personas. Y aún más importante: el trabajo tenía que ver con la especialidad de células madre, el lugar donde ella creía que deseaba estar.

Pia tosió de nuevo, esta vez contra el pañuelo que tenía en la mano. La cara de Rothman volvió a asomar por un lado del Mac. Su expresión al ver que Pia seguía allí fue de sorpresa.

—Anoche fui al convento para ver a la madre superiora —le informó Pia—. Le anuncié que no quería ir a África.

—Bien —se limitó a contestar Rothman. Su rostro desapareció. Retomó su tarea de teclear.

—Se comportó con amabilidad, pero me di cuenta de que no le hacía ninguna gracia.

—Es su problema, no el de usted. Colaborará mucho más con Dios trabajando en mi laboratorio que marchándose a cualquier lugar perdido de África.

—Dijo que no quería cobrar su deuda.

—Estupendo. Así sea.

—Pero yo creo que debería hacerlo. ¿Sigues estando dispuesto a avalar un préstamo de cincuenta mil dólares?

—Sí, pero creo que está loca. Ella no quiere cobrar la deuda, al menos eso dice.

Ahórrese el dinero.

—Utilizó la palabra «traición» —siguió Pia. Sabía que estaba tergiversando la razón por la que la madre superiora había utilizado dicha palabra, pero el mero hecho de que la hubiera empleado seguía incomodando a Pia.

Rothman lanzó una breve carcajada burlona.

—¡Traición! Solo intenta despertar su sentido de culpa católico, Pia. Por el amor de Dios, dele el dinero si necesita hacerlo y acabemos de una vez. Le diré a Marsha que hable con mi banco. Como estudiante de cuarto curso de medicina, estoy seguro de que su crédito es correcto. Recuerde que se trata de su vida, no de la de la madre superiora. Bien, líguese de aquí y póngase a trabajar.

Pia se levantó y dejó que Rothman continuara tecleando. Tras pasar delante de Marsha, pensó en ir a la biblioteca. Su plan inicial era leer todo cuanto pudiera encontrar sobre ingeniería de tejidos. No le cabía duda de que iba a resultar una cantidad de información abrumadora.

*Centro Médico de la Universidad de Columbia*

*Nueva York*

*1 de marzo de 2011, 13.15 h.*

Cargada con libros e impresiones de la búsqueda en Google que había hecho en la biblioteca, Pia dedicó la mañana a leer, sentada, muy concentrada, en una zona con bancos situada fuera de su despacho sin ventanas. Era vagamente consciente de que el empleado de mantenimiento continuaba con lo suyo, pero lo ignoró hasta que se plantó detrás de ella. Sin tener en cuenta que la joven llevaba puestos los auriculares del iPod en los oídos, el hombre tuvo la osadía de darle unos golpecitos en el hombro.

—Pia, cariño, ¿quieres reconsiderar mi invitación a pastrami? No te decepcionaré.

—Ni en un millón de años —dijo Pia con la esperanza de que el hombre comprendiera un mensaje que para ella era definitivo.

Él se encogió de hombros e hizo un gesto tonto con la mano, como si Pia hubiera sido graciosa en lugar de brusca. La joven empezaba a pensar que Vance era uno de esos hombres que disfrutaban con el rechazo. Irritada, volvió a ponerse los auriculares y reanudó la lectura. Cuando oyó que volvían a decir su nombre, se puso momentáneamente furiosa, mientras se preguntaba qué iba a tener que hacer para que la dejara en paz. Se quitó los auriculares con brusquedad, alzó la vista y vio al ayudante de Rothman, el doctor Yamamoto, de pie frente a ella, flanqueado por un hombre y una mujer jóvenes que vestían batas de laboratorio blanquísimas y recién lavadas.

—Señorita Grazdani —comenzó Yamamoto. Era un hombre menudo con una especie de media sonrisa siempre pintada en la cara—. Me gustaría presentarle a los nuevos estudiantes que nos acompañarán durante este mes.

En el centro médico solía ponerse al doctor Yamamoto como un perfecto ejemplo de que los extremos se atraen. Caía bien, hablaba sin alzar la voz, era considerado y comunicativo, y siempre animaba a la gente a llamarlo Junichi: el positivo del negativo de Rothman. También en contraste con Rothman, iba siempre vestido de manera informal, con una camisa hawaiana debajo de su bata de laboratorio arrugada y no demasiado limpia. En lo tocante a su vertiente chistosa, se decía que Yamamoto era el inventor de bromas pesadas, brillantes y rebuscadas, procedentes de sus años de posgrado, que consistían en enviar a un estudiante de medicina especialmente pretencioso a una «convención» carísima e inexistente en Ginebra. Por el lado serio, la característica más importante del doctor Yamamoto era su absoluta y total devoción hacia Rothman y su trabajo. Lo que todo el mundo aseguraba en el centro médico era que Rothman era el cerebro y Yamamoto la abeja obrera. Eran el yin y el

yang.

—No sé si conoce a Lesley Wong y a William McKinley —dijo Yamamoto.

—Como el presidente —intervino el joven—. Pero llámeme Will.

Will se adelantó con una gran sonrisa en la cara y la mano extendida. La Facultad de Medicina de la Universidad de Columbia tenía unos seiscientos cuarenta estudiantes repartidos en cuatro años de carrera. En general, los dos primeros años se dedicaban a asimilar la ciencia de la medicina, y progresivamente se iba empleando cada vez más tiempo en el contacto con los pacientes de una manera creativa. El tercer año era considerado el año clínico principal, pues la mayor parte de la atención se centraba en la medicina interna y la cirugía. El cuarto año se componía sobre todo de rotaciones en varias subespecialidades clínicas combinadas con optativas que dependían de los intereses personales de cada estudiante. En Columbia se hacía hincapié en la medicina académica. Lesley y Will eran estudiantes de cuarto año que iban a la clase de Pia. Ambos estaban convencidos de que habían desarrollado un nuevo interés en la investigación, por eso los habían elegido para pasar un mes en el laboratorio de Rothman.

Pia estrechó la mano de Will y se levantó.

—Pia. Grazdani.

Observó que Will era alto, incluso un poco más alto que George, que ya superaba la media. Al igual que George, Will tenía el pelo rubio y rebelde.

—Eres amiga de George, ¿verdad? —preguntó Will.

—¿George? Sí, por supuesto.

—George es genial, un gran tipo. Juego con él al baloncesto a menudo.

—Yo soy Lesley Wong —dijo la chica, que también estrechó la mano de Pia.

Durante un momento se hizo un silencio incómodo. Pia les echó un breve vistazo a los dos estudiantes y cayó en la cuenta de que debían de ser los alumnos a los que Rothman se había referido de pasada el día anterior y que no había vuelto a mencionar. Había dicho algo acerca de que les buscara algo que hacer a ambos, como si no fuera a estar ya bastante ocupada. En cualquier caso, iba a ser una lata.

Lesley y Will también examinaban a Pia. Ellos tampoco estaban precisamente emocionados por conocerla. Para ambos, descubrir que habían sido asignados al laboratorio de Rothman era equivalente a ser enviados a algún rincón del infierno de Dante. El investigador tenía fama de destruir la confianza en sí mismos de todos y cada uno de sus estudiantes a base de hacer que se sintieran estúpidos, cosa que siempre resultaba cierta en comparación con los conocimientos enciclopédicos de Rothman. Y también habían oído hablar de Pia. Ella era asimismo famosa por ser increíblemente inteligente, muy reservada y extraña y por haberse interesado desde el principio por la investigación, además de seguir el programa de estudios habitual. Para casi todo el mundo, ser estudiante de medicina ya era lo bastante exigente.

Estaba muy unida a George Wilson, uno de los estudiantes más populares de la carrera, un punto a su favor, pero por lo demás Pia nunca había tenido tiempo ni ganas de mostrarse simpática con sus compañeros de carrera. Y para colmo circulaban habladurías de que Rothman y ella tenían algo, puesto que Pia era la única persona de todo el centro médico con la que él se llevaba bien, aparte de con el doctor Yamamoto.

Lesley miró a Will, pero este estaba estudiando a Pia. Cuando les habían asignado aquel laboratorio, Lesley le había contado a Will que se había sentado con Pia en un laboratorio todos los días durante un mes en primer curso, pero que estaba segura de que ella no se acordaría. Lesley aún no tenía claro si Pia estaba demasiado concentrada en su trabajo o era una cuestión de simple grosería, aunque se inclinaba por lo primero. En cuanto a Will, estaba encantado de coincidir al fin con Pia: llevaba tres años y medio deseándolo. Se había asegurado de presentarse a todas las mujeres del campus que consideraba atractivas, pero nunca había estado tan cerca de ella.

—De acuerdo. Efectuadas las presentaciones —dijo Yamamoto. No había sido tan incómodo como se temía, y estaba aliviado. Podían ir al grano—. Si les parece bien, vamos a mi despacho. Me gustaría que usted también viniera, Pia. Hay un par de cosas que hemos de hablar, y después iremos a echar un vistazo a los baños de órganos con el doctor Rothman.

Yamamoto les dedicó una enorme sonrisa y se alejó, seguido de cerca por los dos nuevos estudiantes. Pia cerraba la comitiva, reticente a abandonar su lectura pero al mismo tiempo entusiasmada. Aunque llevaba años trabajando allí, nunca había visto los baños de órganos. Pese a que en realidad había pasado más tiempo con el doctor Yamamoto que con Rothman, no le parecía que lo conociera del todo. Para ella, era más complicado que Rothman. Lo consideraba un hombre amable, pero sabía que, a su manera, era igual de exigente que el jefe. Tampoco aguantaba a los idiotas, pero sus reprimendas y correcciones eran expresadas con más educación y menos volumen. Pia había llegado a la conclusión, según su propia experiencia, de que cuanto más bajo hablaba Yamamoto, más importante era escuchar.

—Muy bien, chicos, sentaos.

El estado del despacho de Yamamoto en comparación con el de Rothman era tan diferente como las personalidades de ambos hombres. Daba la impresión de que un tifón hubiera asolado el de Yamamoto. Había libros, revistas, carpetas y documentos diseminados por todas partes, incluidos los dos asientos que había delante del escritorio. Las visitas tenían que realizar un acto de fe para creer que Yamamoto tenía un escritorio, pues cada centímetro cuadrado del mismo estaba sepultado bajo papeles, entre los que se contaba una montaña de revistas académicas colocada de tal manera que alguien que pasara por allí no podría ver si el médico estaba sentado allí o no.

—Aparten esos papeles —prosiguió Yamamoto cuando Pia y Lesley Wong los levantaron de las sillas, pero buscaron en vano una superficie libre donde depositarlos. El doctor señaló el suelo, una sugerencia que ambas aceptaron. Él apoyó el trasero contra la parte delantera del escritorio y se cruzó de brazos—. Podría ir a buscar una silla al laboratorio —sugirió a Will.

—No pasa nada —contestó el joven—. Me quedaré de pie.

—Pensé que sería conveniente hacer un pequeño repaso y recordar el material introductorio para que puedan apreciar mejor lo que están a punto de ver —explicó Yamamoto—. Hoy van a disfrutar de un lujo. El doctor Rothman me ha concedido un permiso especial para enseñarles nuestro programa de baños de órganos, que se ha mantenido más o menos en secreto hasta ahora. No podría haberse mantenido en completo secreto porque aquí trabaja demasiada gente, y nos encontramos en un centro médico público. Como el profesor y yo estamos muy cerca de publicar los resultados, el secretismo ya no constituye un problema, puesto que la universidad ya se ha encargado de solicitar las patentes apropiadas. Aun así, preferiríamos que no hablaran con nadie de lo que van a ver hoy. ¿Trato hecho?

Los tres estudiantes asintieron.

—Muy bien, empecemos por el principio. Pero no quiero que esto se convierta en un monólogo aburrido, de manera que van a echarme una mano. Que alguien me diga qué es una célula madre.

Los tres estudiantes intercambiaron miradas. Will tomó la palabra:

—Con palabras sencillas, es una célula inmadura indiferenciada que posee el potencial de transformarse en una célula madura diferenciada.

—Exacto —dijo Yamamoto—. Un ejemplo es la célula madre de médula ósea, que puede convertirse en un glóbulo adulto. Esas células suelen recibir el nombre de células madre adultas. ¿Qué es una célula madre pluripotente?

Lesley intervino:

—Una célula madre capaz de transformarse en cualquiera de los aproximadamente trescientos tipos de células que componen el cuerpo de un organismo multicelular como un humano.

—Exacto también. Me lo están poniendo fácil.

Pia sintió que la invadía una oleada de impaciencia. Estaba ansiosa por ver la unidad de baños de órganos. De haber dependido de ella, habría preferido saltarse cualquier sesión de repaso.

—Hasta hace cuatro o cinco años, ¿cómo se obtenían las células madre pluripotentes?

—A partir de blastocitos.

Pia contestó como por reflejo. Quería terminar con aquella cháchara.

—Muy bien —continuó Yamamoto—. Blastocitos de óvulos fertilizados, es decir,

embriones en una fase muy temprana. ¿Por qué supuso un problema que conllevó graves retrasos en la investigación de células madre?

—Porque ofendía a la gente de mentalidad conservadora —respondió Pia—. Sobre todo aquí, en Estados Unidos, se impusieron límites a lo que podía hacerse en la investigación con células madre financiada con fondos gubernamentales.

—Bien dicho —comentó Yamamoto—. Voy a hacerles una pregunta más difícil. Supongamos que se hubiera permitido que la investigación de células madre embrionarias continuase sin obstáculos. ¿Alguien puede decirme cuál habría sido el principal problema si la investigación hubiera avanzado hasta el punto de utilizar las células madre para tratar pacientes?

Ninguno de los estudiantes se movió.

—Voy a darles una pista —dijo el doctor—. Me refiero a un problema inmunológico.

—¡Rechazo! —gritó Lesley con los ojos brillantes.

—Exacto. Rechazo, lo cual significa que cualquier uso de tales células madre embrionarias habría implicado cierto grado de rechazo. Algunas técnicas habrían reducido este problema, pero sin eliminarlo por completo.

Los tres estudiantes asintieron. Ya habían oído antes todo lo que Yamamoto estaba diciendo.

—Bien, ¿alguien puede definir «células madre pluripotentes inducidas» en contraste con células madre embrionarias? Esas son las células con las que el doctor Rothman y yo hemos estado trabajando de manera exclusiva.

—Son células madre pluripotentes hechas de células maduras, por lo general un fibroblasto y no cigotos —explicó Pia—. Ciertas proteínas concretas las «inducen» para que pasen a ser células madre a partir de fibroblastos maduros.

—Exacto —corroboró Yamamoto—. ¿Y no es prodigioso que funcione? Durante mucho tiempo, uno de los dogmas de la ciencia biológica fue que la diferenciación celular ocurría solo en un sentido, de modo que el proceso nunca podía invertirse. Pero, al fin y al cabo, se sabía que ciertos animales podían regenerar partes del cuerpo, como las estrellas de mar y las salamandras. También el cáncer debería habernos sugerido que el proceso de diferenciación podía ir en dirección contraria, ya que muchos cánceres están compuestos de células inmaduras que crecen en órganos poblados por células maduras.

Pia se sorprendió consultando el reloj, cada vez más erguida en su asiento. Quería acelerar la sesión de repaso, pero no sabía cómo. Gimió por dentro cuando Lesley lanzó la siguiente pregunta:

—¿Cómo cambian exactamente las células de maduras a inmaduras?

—Del mismo modo que se logra todo lo demás en su interior —replicó Yamamoto—: conectando y desconectando genes. Recuerde que cada célula

eucariota, es decir, las células con núcleo, contiene una copia del genoma completo de un organismo. Y eso quiere decir que cada célula con núcleo posee toda la información necesaria no solo para construirse a sí misma, sino para construir el cuerpo entero. Este proceso se llama expresión genética, lo cual significa conectar y desconectar los genes en una especie de ballet molecular. Sé que aprendieron todo esto en sus asignaturas de genética en la universidad y durante sus dos primeros años aquí, en Columbia. En cualquier caso, la maduración celular evoluciona a base de la conexión y desconexión secuencial de los genes apropiados. Se creía que los genes funcionaban mediante la producción de proteínas específicas, un gen por proteína, más o menos. Pero ahora sabemos que es mucho más complicado, pues existen muchos menos genes de los que se pensaba al principio. Para que la célula emprenda el camino contrario al de la maduración, hay que invertir la secuencia. ¿Me siguen todos hasta el momento?

Los tres estudiantes asintieron. A pesar de sentirse impaciente, en aquel momento hasta a Pia le resultaba fascinante el repaso de Yamamoto. Como todos los demás investigadores, Pia era consciente de que se estaban desvelando los misterios de la ciencia de la biología a una velocidad mareante y cada vez más rápida. En el siglo XIX había sido la química, en el XX la física. En el siglo XXI iba a ser, sin duda, la biología.

Yamamoto le echó un vistazo a su reloj. Como en respuesta a las esperanzas de Pia, dijo:

—Hemos de darnos prisa si queremos encontrar al doctor Rothman en la unidad de baños de órganos. Volvamos a nuestra charla sobre las células madre. Ahora que tenemos el tipo pluripotente inducido, que va a evitar los problemas de rechazo inmunológico y será más aceptable para los conservadores religiosos, ¿cuál es el primer paso para que podamos tratar con ellas al paciente que donó el fibroblasto? ¿Alguno de ustedes?

Yamamoto los miró de uno en uno.

Will se encogió de hombros y probó suerte:

—Hacer que maduren de nuevo, pero para convertirse en el tipo de célula que necesita el paciente —dijo.

—Gracias —contestó el doctor—. En realidad, eso es exactamente de lo que los investigadores de células madre llevan años ocupándose: de descubrir cómo regular la expresión genética para que las células madre maduren y se transformen en el tipo de células que componen el cuerpo, como células del corazón, de los riñones, del hígado, etcétera. Los investigadores de células madre, como el doctor Rothman y yo, nos hemos hecho expertos en esto. Pero justo aquí es donde ambos nos hemos separado del resto, porque estamos a punto de iniciar la medicina regenerativa del siglo XXI, que va a aumentar y mejorar la calidad de vida. Hemos sido capaces de dar

importantes saltos en la capacidad de estas células maduras para organizarse como órganos completos. En otras palabras, hemos logrado dar con un anfitrión de genes estructurales y otros procesos de transcripción que son los responsables de crear el andamiaje de aspecto cuadrículado que forma la base de un órgano tridimensional. Una vez tuvimos la estructura, fue relativamente fácil poblarla con las células apropiadas. Es un proceso llamado organogénesis. Tomemos, por ejemplo, un hígado. Si bien tanto nosotros como otros investigadores somos capaces desde hace años de crear células hepáticas, nunca habíamos conseguido que se organicen en un hígado completo con fibras colágenas, nervios y vasos sanguíneos, todo el lote. Ahora podemos hacerlo. Lo estamos logrando con una eficacia cada vez mayor. Es fenomenal.

—Supongo que lo están haciendo con modelos animales —intervino Pia.

—¡Por supuesto! Sobre todo ratones. Todo el campo de las células madre posee una amplia experiencia con el modelo murino.

—¿Y creen que lo que están descubriendo será aplicable a las células humanas?

—Sí, y no solo sobre una base teórica. Al mismo tiempo, también hemos desarrollado esta investigación con células humanas. —Yamamoto levantó el brazo izquierdo y se bajó la manga de la bata de laboratorio con la mano derecha. Señaló con orgullo cierto número de cicatrices de unos tres centímetros de longitud y diversos grados de antigüedad que le recorrían el antebrazo—. Yo he sido el conejillo de Indias para la fuente de fibroblastos humanos. Aunque la mayor parte de nuestra investigación se lleva a cabo con ratones, tenemos algunos órganos humanos que funcionan igual de bien, órganos humanos que podrían utilizarse para tratarme si los necesitara. Lo verán dentro de unos minutos. ¿Alguna pregunta antes de dirigirnos hacia la unidad?

Yamamoto miró a los tres estudiantes alternativamente, y después hizo una pausa.

—Muy bien —dijo por fin—, vamos a iniciar la visita. Espero que estén preparados. Van a visitar el futuro.

Se irguió por completo.

Cuando las jóvenes empezaron a devolver a las sillas los papeles y revistas que habían apartado al llegar, Yamamoto les indicó con un ademán que no se molestasen. Con el doctor al frente, el grupo salió del despacho. Atravesaron todo el laboratorio, ya que la unidad de baños de órganos estaba situada al fondo, en el lado opuesto a la de bioseguridad. Mientras lo recorrían, algunos técnicos alzaron la vista de su trabajo y los miraron con aire inquisitivo. Las visitas a la unidad de baños de órganos no eran muy habituales.

Entraron primero en una antesala donde había gorros, batas, botines, mascarillas y guantes. Había una habitación similar al otro lado del laboratorio que protegía la entrada a la unidad de bioseguridad, del mismo modo que aquella protegía el acceso a

la unidad de baños de órganos. No dejaba de ser curioso que el motivo fuera justo el contrario. En la unidad de bioseguridad, el equipamiento servía para proteger al visitante. En la unidad de baños de órganos, las precauciones se tomaban a la inversa, para proteger las muestras que contenía. No entraron hasta que todo el mundo estuvo vestido y se sometió de la inspección de Yamamoto.

*Centro Médico de la Universidad de Columbia*

*Nueva York*

*1 de marzo de 2011, 14.00 h.*

El doctor Yamamoto marcó una combinación en un teclado y abrió una sencilla puerta. Aunque no era su intención, Pia se dio cuenta de que se trataba del mismo código que se utilizaba en la unidad de bioseguridad, una secuencia alfanumérica que era la hora y la fecha del nacimiento de Rothman. Yamamoto se apartó para dejar pasar a los tres estudiantes a una moderna y muy bien iluminada sala en la que reinaba el sonido hipnótico y suave del agua en movimiento. La joven sintió que una leve brisa la acariciaba cuando avanzó. Sabía que era la prueba de que la sala contaba con presión positiva, lo cual significaba que el aire salía de la sala, pero no entraba. Ocurría lo contrario que en la unidad de bioseguridad, donde el flujo laminar penetraba en la sala.

Pia se protegió los ojos de la deslumbrante luz azulada que proyectaban las hileras de dispositivos de iluminación de fibra óptica empotrados. Supuso que la luz estaba relacionada con la esterilización de la sala. Se detuvo junto a los demás y contempló la escena que tenía ante ella. Habían entrado en un amplio espacio pintado de un blanco brillante. Se quedó perpleja al ver hasta qué punto el laboratorio encajaba con el resto de los aposentos de Rothman: parecía más grande de lo que podía ser. Al fondo de la sala, una figura vestida con un atuendo protector similar estaba encorvada sobre un carrito de acero inoxidable con ruedas, efectuando algunos ajustes en un panel de control. Había tres filas de aquellos carritos, Pia contó treinta en total. Sobre cada uno de ellos descansaban contenedores de plexiglás rectangulares y transparentes, parecidos a acuarios, de diversos tamaños. Debajo había estanterías que albergaban diversos aparatos. Cada uno contaba también con un poste fijo en el que había un panel de control con una pantalla LED. Uno de los carritos se encontraba a escasa distancia de Pia, hacia la izquierda, y esta se acercó para examinarlo más de cerca. Lesley y Will la siguieron.

Era uno de los baños donde se cultivaban órganos, el líquido que contenía sería lo que Pia tendría que investigar durante aquel mes. Se inclinó y observó en el interior del contenedor un minúsculo objeto translúcido suspendido en el líquido mediante una especie de telaraña que, más adelante, averiguaría que estaba hecha del mismo material que las telarañas de verdad. En cuanto al objeto en sí, vio que estaba conectado mediante unos cables delgados como filamentos a la abrazadera central en la que convergían los cables. Otro cable más grueso salía del baño y penetraba en el armazón del carrito, donde había un aparato cuadrado con múltiples lectores que

monitorizaban las condiciones del baño. También conectado al carrito había un aparato de aumento sujeto a un brazo móvil. Pia se lo acercó para estudiar mejor el objeto del baño. Aunque no era mucho más grande que un piñón, su apariencia era sin duda la de un riñón, aunque diminuto. La mayoría de los cables contenían un líquido rojo, y había otro más grande que era transparente. Los rojos debían funcionar como venas y arterias. El transparente hacía las veces de uréter para eliminar la orina que el órgano en miniatura producía. A un lado del contenedor había un surtidor, como los que van sujetos a un circulador de piscina, solo que en miniatura. Vibraba a un ritmo muy rápido. Suaves remolinos de líquido giraban alrededor del contenedor, lo cual provocaba que la superficie del órgano vibrara levemente.

—Hemos descubierto que debemos mantener el líquido de los baños en movimiento constante pese a que los órganos se irrigan de manera interna. Pero hay que modularlo con sumo cuidado. De vez en cuando, el baño rígido levanta una pequeña ola que puede alterar el órgano.

Yamamoto se había acercado a los estudiantes. Se dio cuenta de que Pia se enderezaba y miraba al fondo de la sala.

—Es impresionante, ¿verdad? —le comentó directamente a ella—. Claro, yo lo veo cada día, de modo que ha dejado de afectarme.

—¿Cómo se inician los órganos? —preguntó ella.

—Se inician en placas de Petri diseñadas para imitar el entorno uterino del ratón en términos de temperatura y con ondas de pulsación cercanas a la velocidad cardíaca normal de los ratones, unos quinientos cincuenta latidos por minuto. Como ya he dicho antes, todo el proceso, primero en las placas de Petri y después en estos baños de órganos, es un *ballet* de expresión genética que se ciñe a una secuencia y una cadencia estrictas. Empieza con una alícuota de células madre pluripotentes inducidas que se mantienen en estrecha proximidad gracias a unas sujeciones que parecen telarañas. Recuerden que para formar un órgano completo hemos de implicar a las tres capas germinales: ectodermo, mesodermo y endodermo. Una vez que el órgano alcanza un tamaño que puede manipularse, se traslada a estos baños para que se desarrolle plenamente.

—¿Hay otros órganos aquí, aparte de riñones? —quiso saber Will.

—Sí, ya lo creo —contestó Yamamoto—. Tenemos todos los órganos trasplantables habituales; hasta el momento, hígados, páncreas, pulmones y corazones. El programa de riñones es el más avanzado, ya que con él empezamos. Para demostrar que vamos por el buen camino, ya les hemos trasplantado algunos órganos a los ratones de los que se obtuvieron los fibroblastos, con un éxito total y absoluto. Y permítanme anunciarles otro salto adelante que estamos a punto de dar. Hemos descubierto que llevar a cabo la organogénesis con múltiples órganos funciona incluso mejor que cultivarlos de manera individual, lo cual significa que

tenemos preparados en que los órganos en desarrollo se ayudan mutuamente, como el corazón, que bombea el líquido de irrigación, y los riñones, que eliminan los desechos.

—¿Cree que, en el futuro, podrían crear un organismo completo y totalmente nuevo? —preguntó Pia estupefacta y un tanto consternada.

—Al paso que vamos, considero que se trata de una posibilidad muy cierta, aunque me cuesta imaginar cuál sería el fundamento.

Pia se estremeció en un acto reflejo cuando cayó en la cuenta de que Frankenstein, aquella pesadilla del siglo XIX, bien podría resucitar y atormentar al XXI de una forma atterradoramente plausible. Si la organogénesis de Rothman y Yamamoto funcionaba bien con riñones, corazones y páncreas, no había motivos para que no funcionara también con los cerebros.

—¿Dónde están los órganos humanos? —preguntó.

Yamamoto avanzó unos pasos en paralelo a la hilera de riñones y señaló un contenedor de plexiglás más grande.

—Esto es humano, como habrán adivinado por su tamaño. También se trata de uno de los preparados compuestos, contiene un corazón humano que se encarga de la irrigación interna del riñón.

Pia contempló el baño, fascinada por lo que estaba viendo. El riñón parecía humano, pero el corazón no. Le preguntó a Yamamoto por qué.

—Buena pregunta. Dado que la oxigenación del líquido de perfusión la lleva a cabo el oxigenador del estante inferior, no necesitábamos un corazón de cuatro cavidades, pues con dos ya bastaba. De modo que alteramos el diseño del corazón.

Pia se quedó asombrada una vez más.

—¿Poseen tanto control sobre el proceso de organogénesis como para alterar la arquitectura tridimensional global?

—Absolutamente. Como ya he dicho, en cuanto realizamos los primeros avances en organogénesis, nuestros progresos han sido verdaderamente espectaculares, y desde entonces el ritmo no ha bajado.

La figura que Pia había visto antes terminó lo que estaba haciendo, se irguió y caminó hacia el grupo. Mientras se acercaba, y pese a la mascarilla quirúrgica, Pia se sorprendió todavía más. Se percató de que era Rothman. Provisto de una especie de gafas con cristales gruesos y tintados, era una figura tenebrosa, como el típico científico loco en su guarida. Pia sabía que lo que el doctor Yamamoto había dicho antes era cierto: se trataba de un trabajo revolucionario. En la carrera por hacer avanzar las células madre desde una hipótesis prometedora a lo clínico, Rothman y Yamamoto habían progresado mucho más que cualquier otro equipo del mundo.

Rothman se colocó las gafas encima de la cabeza cuando se detuvo. Miró a Yamamoto.

—¿Les has impartido una breve introducción?

—Sí, doctor.

Rothman asintió. Sabía que tendría que mostrarles su trabajo a bastantes inversores de empresas biotecnológicas en los años venideros, a pesar de que no era algo que le gustara o resultase fácil. Yamamoto le había ayudado a preparar un guión que había ensayado una y otra vez con su esposa. Los estudiantes iban a convertirse en una especie de ensayo general.

—Bienvenidos al laboratorio de organogénesis de la Universidad de Columbia —dijo Rothman. Yamamoto se tapó la boca con la mano y emitió un tosecilla. A Rothman le costaba desviarse, aunque fuera lo más mínimo, del texto preparado.

»Todo el mundo sabe que, en estos momentos, en este país hay más de cien mil personas en lista de espera para recibir un trasplante de órganos, y se trata de pacientes con enfermedades terminales. La lista crece a razón de quinientas personas cada mes. En la actualidad, el mismo número de enfermos, unos quinientos, mueren cada mes. Además de estas sombrías estadísticas, hay miles y miles de pacientes más que podrían beneficiarse de un trasplante de órganos aunque todavía no se encuentren en circunstancias que amenacen su vida. Es evidente que, con tal situación, las reservas de órganos viables procedentes de un donante vivo o de un individuo muerto en fecha reciente distan mucho de poder satisfacer la demanda. Incluso en el caso de los pacientes lo bastante afortunados para recibir un órgano, la compatibilidad suele estar lejos de ser óptima, lo cual significa que quedan relegados a una vida de inmunosupresión con consecuencias fatídicas para su salud. Lo que estamos haciendo aquí, siempre controlando los gastos, es crear órganos que resolverán al mismo tiempo el problema del suministro y el inmunológico. Aún no hemos alcanzado ese objetivo, pero estamos llevando a cabo progresos significativos. En esta fase, estamos buscando fondos externos para elevar la producción en múltiples centros de todo el país.

»Lo que ven en esta fila de baños son riñones que han sido creados a partir de células madre derivadas de fibroblastos, células de tejido conectivo, de ratones específicos. —Yamamoto intentó interrumpirle para decirle que él ya había mencionado aquellos aspectos, pero no logró atraer la atención de Rothman. El científico había puesto la directa—. Llevo estas lentes de aumento para poder trabajar con los cables, pero, créanme, cada órgano se halla vinculado a una bomba que hace penetrar una solución similar a la sangre en la principal arteria del riñón y que salga por la vena principal. Está conectada mediante una cánula, un tubo delgado, desde el uréter a un puerto en el que se toman muestras de la orina que sale. Es una de las funciones que realiza la unidad de monitorización que hay debajo del baño. Todos los datos se acumulan en el ordenador central para que podamos ver cómo las pequeñas fluctuaciones de las condiciones afectan al riñón y a su desarrollo.

»Cada riñón será implantado en el mismo ratón que aportó los fibroblastos originales. Ya lo hemos hecho dos veces sin ninguna reacción adversa. —Rothman señaló con la mano otro grupo de baños—. Estos recipientes contienen páncreas, cuyas necesidades son diferentes a las de los riñones. Al principio, nos costó más iniciar el proceso de organogénesis que en el caso de los riñones, pero los rechazos iniciales se han solucionado y ahora funcionan igual de bien. Con los páncreas, hemos tenido que ser muy cuidadosos con la integridad de las conexiones con el conducto pancreático, puesto que las secreciones pancreáticas contienen enzimas digestivas. Al principio, algunos de nuestros preparados se autodigerían.

—¿Han aparecido problemas de teratomas? —preguntó Pia. Al contrario que los demás, no se sentía intimidada por Rothman. Sabía que los teratomas, una especie de tumor encapsulado, eran algo a lo que los biólogos de células madre tenían bastante miedo.

Rothman vaciló un momento. No esperaba que le interrumpieran en mitad de sus comentarios preparados. Salvo por el sonido del líquido en movimiento que manaba de todos los baños de órganos, se hizo un breve silencio.

—Nada de teratomas —respondió Yamamoto, que acudió al rescate de su jefe. Era muy consciente de la personalidad extravagante del científico.

Como si se hubiera olvidado de la presencia de sus estudiantes y de Yamamoto, la atención de Rothman se desvió hacia la aparición de una lucecita parpadeante, acompañada de un sonido metálico, procedente del panel de control de uno de los baños. Sin pensarlo dos veces ni dar explicaciones, Rothman se encaminó hacia allí mientras se ponía las gafas.

—Esa alarma indica que algún aspecto de los parámetros del baño ha empezado a cambiar —explicó Yamamoto.

Los estudiantes le vieron alejarse. Lesley y Will estaban sobrecogidos por haber estado en presencia del famoso investigador y haber sobrevivido sin que les hubiera denigrado. Pia estaba impresionada por la alarma.

—¿Qué habría pasado si nadie hubiera oído la alarma?

—Ningún problema —repuso Yamamoto—. El ordenador central de la universidad sigue toda la información en tiempo real, y el doctor Rothman y yo contamos con aplicaciones que nos habrían avisado de inmediato en nuestros iPhones.

—Antes, el doctor Rothman me ha hablado de un problema con el líquido de cultivo de los tejidos —comentó Pia—. ¿Se refería al líquido de estos baños?

—Estoy seguro de que sí —dijo Yamamoto—. Mantener el equilibrio correcto de pH ha supuesto un problema constante para nosotros. ¿Le ha pedido que investigue el problema? Porque, en tal caso, nos sería de gran ayuda. No es que se trate de una complicación insalvable, pero ninguno de nosotros ha tenido oportunidad de

investigarla. Sé que me sentiría mucho mejor si pudiéramos solucionarlo.

—Haré lo que pueda —contestó Pia—. El problema es que empiezo de cero. Carezco de experiencia en cultivo de tejidos.

—Eso no pareció ser una dificultad en relación con la salmonela —repuso Yamamoto.

Pia sonrió detrás de la mascarilla. Se tomó el comentario de Yamamoto como un cumplido.

—¿Qué me dice de Lesley y Will? Tal vez iría bien que me echaran una mano.

—Una gran idea —aprobó Yamamoto. Miró a Lesley y Will—. ¿Qué les parece?

Ambos estudiantes se encogieron de hombros.

—Suenan bien —dijeron al unísono.

Cuando estaban a punto de abandonar la unidad de baños de órganos, Pia se volvió justo antes de cruzar la puerta. Miró a Rothman, que se estaba ocupando del baño. El sonido metálico había cesado. Una vez más, le pareció representar la imagen de un científico loco en su guarida, y una vez más se estremeció. Había visitado el futuro en aquella sala, y tenía muchas ganas de entrar a formar parte de él. Al mismo tiempo, instintivamente sabía que todo aquello podía tener un lado oscuro. La ciencia biológica estaba avanzando casi demasiado deprisa, y el problema de la ciencia es que no puede desaprenderse.

*Greenwich, Connecticut*

*1 de marzo de 2011, 15.30 h.*

Edmund Mathews fue a abrir la puerta principal de su mansión, erigida a la orilla del agua en un enclave megaexclusivo de la ya exclusiva ciudad de Greenwich, en Connecticut. Era raro que estuviera solo en casa, pero su esposa, Alice, había ido a la ciudad de compras con una amiga y la *au pair*, Ellen, todavía no había vuelto del colegio con Darius. No había ningún jardinero en la finca, ni empleados en la casa, ni pintores, decoradores, mensajeros, mecánicos, cocineros, ni nadie más en la propiedad. La casa, de diez millones de dólares, estaba silenciosa y desatendida, tal como le gustaba a Edmund.

«Será Russell», pensó Edmund. Edmund y su socio, Russell Lefevre, habían decidido tomarse aquel martes libre porque su trabajo estaba a punto de ponerse complicado. Aquel sería el último día libre que tendrían en meses, y daba la impresión de que iba a perder parte de su tarde de descanso. Russell había llamado unos minutos antes, preocupado, y había dicho que quería ir a verle de inmediato para hablar sobre algo importante. Russell tenía la costumbre de insistir en hablar en persona de cualquier tema delicado. En Morgan Stanley, cuando trabajaban juntos en valores garantizados por activos, grababan sus llamadas por si más adelante alguna de las partes recordaba mal las condiciones de una transacción. Edmund dudaba mucho que alguien los escuchara en la actualidad, pero Russell conservaba la vieja costumbre. Era aprensivo, y siempre lo había sido.

Edmund abrió la puerta y saludó a Russell. Su socio era un hombre alto y ágil, con una mata de pelo rubio veteado de gris. Llevaba pantalones de tenis y un jersey sobre los hombros. Para ser un hombre que solía ir ataviado como un dandi, parecía bastante desaliñado. Cuando no iba con traje, Edmund prefería vestir camisetas viejas y pantalones cortos, incluso en invierno. Era más corpulento que Russell, aunque no tenía sobrepeso, y siempre llevaba el pelo corto y cuidado, pues visitaba semanalmente al barbero de la ciudad.

Edmund observó que Russell había aparcado su Aston Martin DB9 de cualquier manera en el camino de entrada, y no en uno de los garajes, como Edmund prefería. El Aston Martin era una hermosa pieza de ingeniería automovilística, pero resultaba un vehículo demasiado ostentoso para uso diario, en opinión de Edmund. La pintura púrpura chillona no hacía más que exacerbar la sensación. Edmund prefería la desafiante declaración de principios que lanzaba con su Escalade negro, pero, para gozar de la conducción, nada le gustaba más que correr con su pequeño Morgan por las carreteras secundarias de Connecticut. Su orgullo y su alegría lo conducía en muy

raras ocasiones: en su garaje había un Ferrari 250 GTO que le había costado millones por aquellos días en que no le parecía una extravagancia.

—Tenemos un problema —dijo Russell en cuanto entró en el patio interior.

—Ya me lo suponía. Vamos a la cocina —dijo Edmund, que prefería mantener los negocios alejados de su casa si podía. Aquel iba a ser uno de aquellos días en que no le quedaba otra opción.

Tanto Russell como Edmund habían trabajado como operadores de derivados financieros en Morgan Stanley. Edmund era uno de los mejores operadores de la firma, ágil, decidido y muy capaz de encontrar a alguien que ocupara el otro lado de la posición que él tuviera. Sabía que Russell adolecía de algunas limitaciones como operador, pero poseía una mente cuantitativa capaz de calcular el riesgo de inmediato, y Edmund podía confiar en que le dijera si lo que estaba planeando era factible. Russell había visto la posibilidad de ganar dinero con las CDO (Obligaciones de Deuda Garantizada), productos financieros exóticos que aprovechaban el mercado de las hipotecas *subprime* para crear inversiones aparentemente libres de riesgo que podrían producir miles de millones de beneficios para la empresa y decenas de millones para los operadores. Con los precios de la propiedad en una curva que parecía que jamás dejaría de subir, las inversiones eran tan seguras como las casas, tal como le gustaba decir a los iniciados en la materia.

Al final resultó que muchos ejecutivos de las agencias de corredores de bolsa que vendían CDO y de las instituciones financieras de Estados Unidos, Alemania, Japón y otros países que las compraban ignoraban por completo qué era una CDO en realidad. Sabían lo que eran los valores garantizados por activos, pero en aquel caso los activos eran conjuntos de obligaciones hipotecarias divididos y vendidos en paquetes. Muchos de los préstamos individuales que respaldaban las obligaciones eran préstamos *subprime* que nunca se amortizarían, y bastaba con que fallaran unos cuantos para que todo el paquete quedase en mora. Era inevitable que aquello sucediera.

Cuando Russell le explicó a Edmund con todo lujo de detalles lo que la crisis de préstamos *subprime* iba a significar para las CDO y otros productos financieros, así como para el sistema en general, Edmund se inquietó y se entusiasmó al mismo tiempo. De inmediato, y en secreto, utilizó su propio dinero para vender en corto su firma y apostar por el fracaso de otras empresas expuestas a las CDO. Continuó vendiendo las obligaciones condenadas, incluso cuando el desastre era inevitable. Ganó cantidades asombrosas de dinero y, al cabo de un tiempo, le contó a Russell, un hombre leal a la empresa que jamás habría soñado con actuar de aquella manera, lo que había hecho. Tal como Edmund había predicho, Russell quiso participar, y Edmund le regaló algunas acciones.

Cuando se produjo la catástrofe bancaria hubo muchas víctimas: inversores que

habían perdido su dinero, accionistas que descubrieron la absoluta falta de valor de sus acciones, incontables trabajadores que perdieron su empleo. Los hombres como Edmund Mathews y Russell Lefevre no se contaban entre ellos. En medio del clamor por que los banqueros implicados fueran a la cárcel, abandonaron la firma con cerca de cien millones de dólares de compensación entre ambos.

Hasta cierto punto, Edmund había disfrutado de su primer fin de semana de paro llevando a Darius a su entrenamiento de fútbol sin cargar con la BlackBerry, cenando con Alice y con otra pareja en la ciudad, leyendo el periódico del domingo. Pero a las nueve y cinco minutos del primer lunes, ya estaba muerto de aburrimiento. En el despacho de su casa tenía dos pantallas conectadas a Bloomberg y MSNBC, de modo que se dedicó a jugar un rato y efectuó algunas transacciones humildes por valor de varias decenas de miles de dólares a través de su cuenta online. A las diez, llamó a Russell y le sugirió que volvieran a practicar su juego favorito.

—Muy bien, Russell, ¿cuál es el problema? —preguntó Edmund después de darle un vaso de agua helada.

Los hombres estaban de pie, uno a cada lado de la isla situada en mitad de la modernísima cocina. Edmund le lanzó un posavasos antes de que Russell pudiera dejar el vaso perlado de gotas de agua sobre la tabla de cortar carne.

—Estaba jugando al tenis con Teddy Hill...

—¿Teddy Hill? Debe de tener sesenta y cinco años. Espero que no abusaras del viejecito.

—Ed, esto va en serio. Juego con Teddy porque conoce a todo el mundo y me cuenta todo lo que llega a sus oídos. Como ha hecho hoy. Cuando me lo ha dicho, prácticamente he salido corriendo de la pista y lo he dejado plantado.

—¿Qué te ha dicho, Russell?

—Están aumentando la presión de posiciones cortas sobre nuestras acciones.

Russell tenía razón. La situación era grave.

Cuando llamó a Russell durante su primer lunes de presunta libertad, Edmund descubrió que su ex compañero estaba tan ansioso como él por hacer algo. Edmund no lo sabía, pero Russell estaba necesitado de dinero. En 2008, se encontró con que poseía un exceso de bienes raíces, así como una cartera de propiedades en Florida y California que, de repente, valían muchísimo menos que sus hipotecas. Cuando Russell logró solucionar su problema, se quedó con poco capital, así que necesitaba apalancar el dinero de la indemnización para convertirlo en algo más sustancial.

Como habían hecho tantas veces como miembros de un gran grupo empresarial, los dos hombres se fueron un fin de semana a un hotel de Boca Ratón para

intercambiar ideas. Antes de centrarse en el asunto, Russell había insistido en acudir al centro comercial local para comprarles unas camisetas a sus cuatro hijos. Edmund esperó a Russell frente al Gap, mientras veía pasar a la gente.

—Mira a esa gente, Russell —dijo Edmund cuando su socio volvió—. ¿Qué ves?

—Familias, paseantes, parejas, montones de viejos. ¿En qué estás pensando?

—Exacto. Viejos. Es Florida, famosa por las naranjas y los viejos. ¿Qué hacen los viejos?

—No sé, ¿primas elevadas del seguro del coche?

—Sí —admitió Edmund—, pero esa generación también tiene montones de seguros de vida.

Y Edmund le contó a Russell su idea. Se llamaba «Compensación vital».

Los socios se dieron cuenta de que habían tropezado con algo grande. Russell estuvo haciendo números durante semanas, mientras Edmund, discretamente, pedía asesoramiento a sus antiguos contactos: abogados, operadores, banqueros, expertos en clasificación crediticia y administradores de fondos de inversión libres. La idea era legal, y también factible. Y Russell afirmaba que las cifras eran incontrovertibles.

—La única manera de que esto no funcione es que se produzca la Segunda Venida y Jesús impida que la gente muera —aseguró Russell.

—Y sabemos que eso no va a suceder.

A principios de 2010, se formó LifeDeals Inc., con Russell como director general y Edmund como presidente del consejo de administración. El dinero utilizado para la puesta en marcha fue la mayor parte de los cien millones que habían ganado gracias a la debacle de las *subprime*, y lo emplearon en adquirir las pólizas de seguros de miles y miles de norteamericanos desesperados por conseguir dinero en metálico. Edmund contrató a los vendedores más agresivos que conocía y les pidió que, a su vez, contrataran a gente todavía más codiciosa que saliera a patearse la calle y comprar pólizas por no más de 15 centavos el dólar. Había millones de estadounidenses que necesitaban dinero para cuidados a largo plazo, o para financiar una operación que su seguro médico no cubría, o, como era cada vez más frecuente, incluso cuando la cubría pero la cobertura no era la adecuada o la compañía de seguros se las ingeniaba para no pagar. LifeDeals tenía que pagar el saldo de sus primas de seguro, pero cuando el asegurado falleciera, cosa que sucedería con tanta seguridad como la noche sigue al día, la indemnización iría a parar a sus bolsillos.

Al cabo de seis meses, el consejo de administración de LifeDeals se sentía lo bastante seguro como para salir a bolsa. Edmund y Russell tenían opciones que les habían vuelto a hacer muy ricos, pero querían capitalización para comprar más pólizas. La estadística favorita de Edmund era que ahí fuera había más de veintiséis mil millones de dólares en pólizas de seguro esperándoles. Su plan consistía en empezar a titulizar las pólizas, agregarlas y vender bonos. Esta vez, los activos que

respaldarían los seguros serían irrefutables, garantizados por la mismísima Parca. Y miles de personas se despedían cada día de las pólizas que habían estado pagando durante años porque no podían permitirse las primas. Eran fruta madura a punto para la cosecha.

A Edmund le gustaba pensar que algún día su empresa valdría un billón de dólares.

—¿Quién es? —preguntó Edmund.

—Teddy no lo sabe. Se enteró por un amigo que se enteró por un amigo. Pero confía en la información. Jura que es verdad.

—No es más que alguien que quiere hacerse el listo.

—No. Es una apuesta grande. Sea quien sea, está seguro de que vamos a palmarla.

—Bien, pues más vale que nos enteremos de quién es antes de que cojamos un resfriado.

Russell conocía lo que aquello implicaba tan bien como Edmund. Necesitaban un inversor institucional de envergadura para garantizar su paquete titulado, y si llegara a hacerse público que la presión de posiciones cortas sobre LifeDeals estaba aumentando, sería muy difícil encontrar ese socio. Todo el mundo recordaba lo sucedido en 2008.

—Hemos de empezar con los trece ahora mismo —dijo Russell refiriéndose a las declaraciones cuatrimestrales que los gerentes de inversiones institucionales tenían que entregar a la SEC<sup>[1]</sup> con el resumen de sus participaciones—. Y yo tengo que empezar a hacer algunas llamadas.

Russell se había marchado de Wall Street con más relaciones intactas que Edmund, y le resultaba fácil captar todo tipo de rumores. Al fin y al cabo, se trataba de una comunidad muy pequeña. Edmund no tuvo que decir nada, ambos hombres sabían lo que se jugaban.

*Centro Médico de la Universidad de Columbia*

*Nueva York*

*1 de marzo de 2011, 19.30 h.*

Sin más compañía que la mutua, Pia, Lesley y Will estaban sentados en la cafetería del hospital, casi vacía, ante unas tazas de café y té de sobremesa. Ver en qué estaban trabajando Rothman y Yamamoto les había dejado pasmados. Como estudiantes de medicina, eran muy conscientes, desde el punto de vista académico, de lo que se estaba gestando en el laboratorio, y haberlo visto con sus propios ojos lo convertía en algo real y concreto. Habían visitado el futuro, y costaba asimilarlo.

—No puedo remediarlo —dijo Lesley Wong—. Todavía estoy alucinada. Cultivar órganos a partir de las propias células madre de un paciente. Es algo que va a revolucionar la medicina.

—Sin duda va a revolucionar el tratamiento de las enfermedades degenerativas —dijo Pia—. Podrán curarlas, en lugar de tan solo tratar los síntomas.

—En el futuro, podremos cultivar nuestros propios órganos y congelarlos para cuando los necesitemos —intervino Will—. Me pregunto cómo divide la pasta Columbia cuando se produce un avance médico como este. Va a ser importantísimo. Yamamoto ha dicho que la universidad ha presentado patentes, pero ¿no creéis que Rothman y Yamamoto se llevarán una parte? ¿No te lo parece, Pia?

Pia había acompañado a Lesley y Will no porque deseara la compañía per se, sino porque todavía se sentía inquieta por lo que había visto y tenía ganas de hablar de ello. Después de que el doctor Yamamoto les hubiera acompañado aquella mañana hasta la salida del laboratorio interior que albergaba los baños de órganos, se habían instalado en una esquina del laboratorio con la intención de hablar del líquido de cultivo de tejidos. Pero no habían podido dejar de hablar de los progresos que Rothman había hecho en la organogénesis. Por interesados que estuvieran, comprendieron que leer libros de la biblioteca y llevar a cabo búsquedas en la web era infructuoso. Los libros de texto sobre aquella materia no se habían escrito todavía.

—Estás preguntando a la persona equivocada —respondió Pia a la pregunta de Will sobre si Rothman y Yamamoto se llevarían una parte del dinero—. El dinero y yo no tenemos una gran relación.

—Pero debe de esperar ganar miles de millones, ¿verdad? Voy a llamar a mi padre, él conocerá a alguien enterado.

—¿Tu padre? —preguntó Lesley.

—Sí, su corredor de bolsa tiene muy buenos contactos.

—No creo que debas hablar de esto con nadie —advirtió Pia—. Sobre todo con

gente ajena al centro médico. Recuerda lo que ha dicho Yamamoto. Al menos durante este mes, mientras estés trabajando aquí, o hasta que la publicación salga a la luz.

—Puede que tengas razón —admitió Will—, pero no creo que sea tan secreto, como ha confesado el propio Yamamoto. Aunque lo mejor será no empezar con mal pie con Rothman, sobre todo teniendo en cuenta su fama.

—Me alegra participar en esto —dijo Lesley—. Me bastaría con controlar las temperaturas de los baños durante este mes.

—Después de todas las historias terribles que he oído acerca de cómo trata Rothman a los estudiantes, hoy me esperaba lo peor —prosiguió Will—, sin embargo, nos ha tratado con mucha amabilidad. Tal vez no supiera que íbamos hoy, o quiénes éramos.

—Tenía que saber quiénes éramos —dijo Lesley—. Creo que nos ha utilizado para practicar la charla sobre los progresos que están llevando a cabo. Pero sea cual sea el motivo, me da igual. Me alegro de haber podido verlo.

Por dentro, Pia estaba pensando exactamente lo mismo. Entrar en el santuario de Rothman había sido una experiencia mágica para ella. La espera había sido larga, pero no le importaba. Tampoco sentía resentimiento por que Lesley y Will la hubieran acompañado el primer día de su optativa. Para Pia, era como haber entrado en una dimensión física diferente. La sala, y lo que estaba aconteciendo en su interior, parecía pertenecer a un reino distinto a todo lo que había fuera. La joven recordaba un espacio blanco, una luz azulina, como algo salido de una película de ciencia ficción.

—Ha sido una de las experiencias más increíbles de la facultad de medicina —dijo Will—. Me ha encantado.

—A mí también —corroboró Pia—. Habría podido quedarme mirando los baños todo el día.

—Atención, todo el mundo —anunció una voz. Era George Wilson; estaba de pie junto a la mesa, cargado con una bandeja de la cafetería. Acababa de abandonar la cola de la comida—. ¿Se trata de una fiesta privada o puede sumarse a vosotros un cansado radiólogo externo?

Los tres estudiantes intercambiaron una mirada. Fue Will quien habló:

—¡Pero si es el señor Wilson! Hola, George.

—¿Cómo va, Will? —contestó George. Intentó disimular su disgusto por ver a McKiney sentado a una mesa con Pia.

—Ya conoces a Lesley Wong —dijo Will desempeñando el papel de anfitrión—. Y a Pia, por supuesto.

—Hola, Lesley, ¿cómo estás? Pia, ¿qué tal ha ido tu día con Rothman?

George se sentía de lo más incómodo, pues aún no le habían invitado a tomar asiento. Seguía de pie, algo violento, ante la mesa ocupada por el trío. Era tarde, y

había estado a punto de no llegar a la cafetería antes de que cerrara. La última persona a la que esperaba ver era a Pia. La penúltima era Will McKinley, quien, por lo general, merodeaba por la cafetería de la residencia de la facultad de medicina conversando con todas las estudiantes.

—Estábamos hablando de eso —contestó Pia sin darse cuenta de la incomodidad de su amigo. Las habilidades sociales no eran su fuerte—. Lesley y Will también realizarán su optativa en el laboratorio de Rothman. En cuanto al día, digamos que ha sido... interesante.

—Rothman el Loco salva el mundo —dijo Will.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Pia. El tono de su voz había sido brusco.

—Nada, nada. —Will alzó las manos, como si esperara que Pia le atacase—. Ya sabemos que veneras a ese tipo...

—Respeto a ese tipo...

—Escucha, no pasa nada, es una especie de genio loco.

La expresión de Pia convenció a Will de que lo mejor sería cambiar de tema de conversación.

—Lo que nos estábamos preguntando es cuánto dinero piensa ganar Rothman si encuentra inversores que le respalden —dijo Will.

—Tú te lo estabas preguntando —apuntó Lesley.

—Sí, me lo estaba preguntando. Esto dará muchísimo dinero. Rothman está sentado sobre una mina de oro. ¿No opinas lo mismo, George?

—No estoy muy seguro de qué estáis hablando —dijo George—, pero sí sé que estoy interrumpiendo una reunión. —Se dispuso a marcharse, pero Will lo agarró por la chaqueta justo a la altura del codo y le detuvo—. ¡No te vayas! ¡Siéntate!

George miró a Pia y ella le hizo un gesto con la cabeza para que se sentara, cosa que él hizo sin saber si estaba haciendo lo que debía.

*Greenwich, Connecticut*

*1 de marzo de 2011, 21.10 h.*

Edmund Mathews fue de nuevo a abrir la puerta, y una vez más era Russell. Esta vez, su socio no había llamado para avisarle. Se había limitado a enviarle un mensaje a la BlackBerry para decirle que iba a su casa. Solo había una razón para que volviera. Edmund supuso que habría descubierto quién estaba vendiendo valores de LifeDeals en corto.

—Tenemos que hablar, Edmund.

—Dime qué has averiguado.

—Necesito una copa, y tú también. ¿Puedes prepararme un whisky?

Edmund sabía que a Russell le gustaba el Talisker de dieciocho años que guardaba en su estudio, de modo que le guió hasta la habitación y cerró la puerta a sus espaldas. Antes había estado allí, leyendo un rato para informarse, y había encendido el fuego de la chimenea. La habitación olía un poco a humo, y cuando Edmund abrió la botella, el aroma a turba del whisky de malta intensificó el efecto de que se encontraban en una posada de las Highlands.

—¿Qué sabes?

Edmund sirvió dos copas y le ofreció una a Russell, que no apartaba la mirada del fuego, con un codo apoyado sobre la repisa de la chimenea.

—Soy adulto, Russell, ya he oído malas noticias antes. ¡Suéltalo!

—Gloria Croft —contestó Russell al tiempo que lanzaba una mirada a Edmund; después vació la copa de un sorbo.

—¿Perdón? Por un momento me ha parecido que has dicho Gloria Croft.

—Eso es. Es ella, Edmund, la jodida Gloria Croft. Lo está haciendo a plena luz del día por mediación de BigSkies.

—Me estás tomando el pelo. ¡Tienes que estar tomándome el pelo, joder!

Edmund gritaba casi a pleno pulmón. Aquello era lo que preocupaba a Russell. Sabía que Edmund iba a cabrearse. Alguien llamó con los nudillos a la puerta, y Alice, la esposa de Edmund, asomó su cabeza rubia.

—Ah, hola, Russell. Edmund, Darius se va a la cama...

Alice le echó un vistazo a la cara de su marido, contraída en un rictus de rabia incontrolada. Comprendió que sería una tarea inútil tratar de conseguir algo de él en aquel estado.

—Le daré las buenas noches en tu nombre. Adiós, Russell —barbotó Alice, y se retiró cerrando la puerta tras ella.

El interludio interrumpió la diatriba de Edmund. Se sirvió otra copa, después le

puso otra a Russell, y luego cerró los ojos un momento y respiró hondo. ¿Por qué tenía que ser Gloria Croft?

—Será mejor que me lo cuentes todo.

Russell se sentó en un taburete bajo almohadillado junto al fuego. Edmund se quedó de pie.

—He hecho algunas llamadas. Han bastado dos, en realidad. Llamé al tipo que le dijo a Teddy Hill que había oído algo sobre la venta en corto y él me reveló su fuente. Se trataba de alguien a quien yo había conocido en una convención hipotecaria de Las Vegas. Dirige el maldito boletín financiero de noticias. Lo sabía de buena tinta.

—Pues vaya mierda. ¿Te ha dicho por qué lo está haciendo ella?

—No ha dicho gran cosa. Creo que en cuanto lo soltó se lo pensó mejor y colgó el teléfono enseguida. Se puso nervioso. Gloria es un pez gordo. BigSkies tiene mucho dinero.

Edmund estaba experimentando una sensación de *déjà vu* muy desagradable. Por medio de su fondo de inversión libre, BigSkies, Gloria Croft se había posicionado apostando mucho por el fracaso de las CDO emitidas por, entre otras, la firma de Edmund y Russell. Había tomado posiciones antes, en 2006, cuando nadie más lo estaba haciendo y cuando salía barato. Cientos de miles de dólares podían convertirse en decenas de millones. Lo que estaba dando a entender era su convicción de que los bonos respaldados por hipotecas AAA fracasarían y pondrían en peligro el futuro de gigantes de Wall Street como Bear Stearns y Lehman Brothers. Casi nadie le dio la razón en su momento: era imposible que sus acciones pudieran bajar tanto. Pero sí lo hicieron, y bajaron aún más.

Russell y Edmund guardaron silencio, el primero con la mirada clavada en el fondo de su copa, el segundo contemplando el fuego que chisporroteaba y silbaba en la chimenea. Echó hacia atrás la rejilla y añadió otro tronco a las llamas.

—Esa tía tiene pelotas —dijo Russell por fin.

—Pues sí.

—Pero la situación es diferente.

—Tienes razón.

Los pensamientos de Russell y Edmund seguían la misma línea. Las hipotecas *subprime* eran un desastre. Como valores, resultaban simplemente terribles. En su paradigma «Compensación vital», los deudores eran las compañías de seguros más importantes del país, algunas de las instituciones más ricas de la nación. La conclusión era sólida, expresada en uno de los dichos favoritos de Edmund de los últimos meses: «¿Qué van a hacer los titulares de pólizas de seguros, no morir?».

—¿Qué está haciendo esa mujer? —preguntó al cabo de otra larga pausa—. Es absurdo. Conocemos las cifras, ¿verdad? Nuestra solidez es a prueba de bombas. Desde el punto de vista actuarial, nos hemos puesto en el peor caso, gente que vive

más de la cuenta por motivos que solo Dios sabe, y hemos considerado esa permisividad. A menos que vaya a vendernos en corto a ti y a mí personalmente. Pero es demasiado lista para eso. Tiene que estar viendo algo en las cifras.

—Si hubiera algo en las cifras, yo lo habría visto —replicó Russell, algo irritado.

—Lo sé, Russell. Ella ve algo que no existe. En realidad no importa por qué lo hace, el hecho es que lo está haciendo y que podríamos quedarnos tirados bajo la lluvia con los pantalones bajados. Maldita sea.

—Entonces ¿qué vamos a hacer?

—Hemos de hablar con ella, averiguar qué sabe —respondió Edmund—. Intentar inculcarle algo de sentido común. Cuando comprenda las ventajas, tal vez podamos ayudarla.

Edmund estaba hablando de ofrecerle a Gloria una posición ventajosa para invertir en la empresa y compartir las enormes ganancias que esperaban obtener.

—Tal vez sea eso lo que desee —dijo Russell—. Está enviando señales de humo.

—Podría llamarnos por teléfono y preguntar. —Edmund reflexionó un momento—. Vamos a llamarla ahora mismo.

—¿Ahora? Son más de las nueve de la noche.

—Da igual, llámala. Siempre está trabajando. No sé si podré dormir esta noche si no hablamos con ella. ¿Tienes su móvil?

—Sí, pero ¿por qué yo?

—Hiciste negocios con ella. A mí no va a contestarme. Así de sencillo.

Hacía años, Gloria había trabajado para Edmund como humilde analista, dos trabajos antes de independizarse. La empresa de Edmund era un club de chicos, y las mujeres tenían que ser muy duras para trabajar allí. Hasta ahí lo que sabía Russell. Lo que no sabía podría resumirse diciendo que la relación no había terminado bien. Russell estaba presente la última vez que Edmund vio a Gloria, cuando ella se marchó de un bar repleto de operadores a punto de dejar de serlo adonde había ido a consolar a una amiga a la que habían despedido. Se fue por culpa de Edmund, que estaba muy borracho y se puso a gritarle.

—Tú eres el motivo de que esta gente se haya quedado sin trabajo —había vociferado Edmund.

Mucha gente habría argüido que eran los productos que vendía él lo que arruinaba empresas y provocaba despidos, no quienes vendían en corto y aprovechaban una oportunidad. Pero desde el punto de vista de Edmund, su participación era un recurso a corto plazo. El papel de Gloria era más causativo.

Russell buscó el número de Gloria Croft en su BlackBerry. Marcó, y ella descolgó al cabo de un par de timbrazos.

—Gloria, soy Russell Lefevre.

—Russell, ¿cómo estás?

La voz de Gloria era desapasionada y decidida. No mostró la menor sorpresa al oír la voz de Russell, pese a la hora.

—Bien, gracias. Espero que tú también. ¿Dónde estás? Confío en que no sigas en el despacho a esta hora.

Russell oyó ruidos de fondo que indicaban que así era.

—Estoy viendo la apertura de Asia. Esperaba tu llamada. ¿Edmund está contigo? Pon el manos libres si quieres.

—Espera un momento, Gloria.

Edmund puso los ojos en blanco y Russell toqueteó los botones de su teléfono, que después apoyó contra la botella de Talisker.

—Vale, Gloria —dijo Russell.

—Hola, Edmund. ¿Cómo estás?

—Muy bien, Gloria —contestó él con la intención de sonar distendido. Le lanzó una mirada implorante a Russell. Era su llamada, ¿no podía continuarla solo?

—Gloria, nos gustaría reunirnos contigo —intervino Russell—. Nos gustaría hablar de algunos temas.

—¿Qué tipo de temas, Russell?

Hablaba con tranquilidad, como si se estuviera divirtiendo.

—Deja de dar por el saco, Gloria —interrumpió Edmund. De su voz había desaparecido todo asomo de delicadeza—. De LifeDeals, como sabes muy bien.

—Ay, el mismo Edmund Mathews encantador que tan bien recuerdo. Si queréis hablar, venid a verme a mi despacho.

Era un movimiento que pretendía demostrar quién tenía el poder, y Edmund hizo un vigoroso gesto de rebanarle el pescuezo con la mano derecha. No quería ir a su despacho y cederle la ofensiva.

—¿Qué te parece si quedamos para comer? —sugirió Russell—. Recuerdo que te gusta Terrasini, y hace tiempo que no voy. ¿Te va bien?

Estaba sugiriendo un excelente restaurante italiano del centro, uno de los favoritos del mundo financiero desde hacía mucho tiempo.

—Lo siento, Russell, estoy muy ocupada. Y me voy de la ciudad. Es aquí o nada hasta la semana que viene.

—Espera un momento, Gloria.

Russell levantó el teléfono y cortó el sonido justo a tiempo.

—Jesús, ¿quién se cree que es?

Edmund tenía las venas del cuello abultadas. Era como si Gloria siguiera trabajando para él y le estuviera replicando.

—Edmund, nos tiene entre la espada y la pared y lo sabe. Tenemos que averiguar qué quiere. Ya iré yo, si tú no puedes soportarlo.

—No, iré yo. Como un maldito suplicante. Me las pagará por esto. En algún

momento. Y a lo grande.

Por una vez, la curiosidad de Edmund se había impuesto a su vanidad. Russell volvió a hablar por teléfono.

—Gloria, lo siento. ¿Podemos vernos mañana?

—¿Qué tal a las nueve de la mañana?

Aquello provocó otro desplante de Edmund. Las nueve de la mañana significaba conducir hasta Manhattan y batirse en duelo con todos los trabajadores que vivían fuera. Edmund tenía aversión al transporte público, de modo que ir en tren estaba descartado. Repitió el gesto de cortarle el cuello.

—Lo siento, Gloria, tengo una cita pronto que no puedo anular. ¿Qué te parece las diez y media?

—De acuerdo, Russell —contestó ella divertida. Imaginaba cómo habría recibido su petición Edmund.

—Hasta mañana —dijo Russell, y colgó. Edmund suspiró, agradecido por la ínfima concesión.

*406, Park Avenue*

*Nueva York*

*2 de marzo de 2011, 10.37 h.*

Edmund y Russell entraron en un rascacielos de tamaño medio en Park Avenue, en el centro de Manhattan. Como era de prever, Edmund se había mostrado de mal humor durante el trayecto a bordo de un Town Car desde Greenwich. Russell había insistido en acompañarle. Quería ver si podía calmar a su socio antes de que se reunieran con Gloria Croft. Edmund había sido un bravucón toda su vida, y se sentía incómodo en cualquier situación que no controlara. Y en aquel caso no solo no al mando de los acontecimientos, sino que tenía la impresión de que le estaban manipulando, y encima una mujer, y para colmo una mujer que antes trabajaba para él. Russell dudaba que sus palabras tranquilizadoras hubieran tenido algún efecto.

Cuando llegaron, Gloria utilizó un guión que había aprendido de Edmund, y él se dio cuenta. Los dos hombres llamaron al intercomunicador de la suite, entraron y fueron acompañados a una sala de conferencias con paredes de cristal, donde les dejaron cocer en su propia salsa durante unos quince minutos. La recepcionista fue muy educada, y les ofreció café o agua. Fuera de la sala, la oficina presentaba un aspecto sereno y plácido, pues tan solo el zumbido del aire acondicionado rompía el silencio. Proyectaba una imagen de tranquila autoridad.

Entonces apareció Gloria. Había cambiado de aspecto desde la última vez que Edmund la vio. Una leve onda adornaba ahora su lustrosa melena castaña. Llevaba un traje hecho a medida, con blusa lavanda y zapatos de tacón negros. Lucía el escote justo para resultar insinuante. Tenía un aspecto de diez millones de dólares.

—Caballeros, lo lamento mucho, ha pasado algo en Singapur.

Russell y Edmund se habían levantado al verla entrar, y ella se acercó y les estrechó la mano a ambos. Tenía una sonrisa casi imperceptible en el rostro. No cabía duda de que se lo estaba pasando en grande.

—¡Seguidme!

Salió de la sala de conferencia a toda prisa, y Edmund y Russell recogieron sus abrigos y maletines para correr tras ella.

—Nos hace trotar detrás de ella como si fuéramos un par de caniches —masculló Edmund.

Gloria ya estaba sentada delante de su escritorio cuando los hombres entraron en su despacho. Un cuadro abstracto, gigantesco y probablemente carísimo colgaba de la pared que había tras ella. El escritorio estaba vacío, salvo por varios teléfonos grandes. Los cubículos que había a sus espaldas estaban sembrados de folletos y

diversos archivadores. Toda una pared de caoba acogía el obligatorio despliegue de televisores conectados con los canales financieros. Gloria apretó un botón que había en la parte inferior del escritorio, y la puerta del despacho se cerró sin hacer el menor ruido. Cuando habló, lo hizo con algo que podía recordar a la timidez, aunque Edmund sabía que aquello era algo absolutamente impropio de aquella mujer.

—Me siento como si volviera a tener veinticinco años. En aquel entonces era como una rémora nadando entre grandes depredadores, en busca de los restos de comida que hubieran desechado. El mar estaba lleno de sangre. Entonces era mucho más divertido que ahora, ¿no creéis?

A Edmund no le gustó aquella forma de empezar. Ni siquiera él habría sido tan atrevido. Ahora ella era el tiburón, y ellos las rémoras, y era su sangre la que olía en el agua. Se mordió la lengua hasta que Gloria empezó a hablar de las «oportunidades» de que había gozado en el campo de las *subprime*, oportunidades que agradecía que el mercado (refiriéndose a Edmund y Russell) hubiera puesto a su alcance.

—Bien, Gloria —dijo Edmund mientras intentaba controlarse—, no eres tan lista como te crees. El rollo de las *subprime* nunca estuvo destinado a triunfar. Sabíamos que iba a fracasar. Nos estábamos vendiendo en corto mutuamente. Nos estábamos vendiendo en corto a nosotros mismos.

—Es posible que lo hicierais, pero no hasta el final. Yo empecé a comprar *swaps* cinco años antes que vosotros —Edmund resopló—, mientras continuabais apalancando vuestra posición a base de vender bonos carentes de valor hasta que Lehman quebró. Dime que no fue así.

Gloria se había quitado uno de los guantes, como mínimo. Creía que tenía una mano ganadora contra LifeDeals. Quizá la partida durara más si no enseñaba las cartas, pero tenía a Edmund y Russell justo donde quería, y podría disfrutar de su reacción si jugaba su mano en aquel momento. Era probable que, a la larga, ganara el mismo dinero si LifeDeals no salía a bolsa. Dependía de hasta qué punto estuviera Edmund dispuesto a tentar su suerte. Aquella mañana, antes de que llegaran, Gloria se había mirado en el espejo del cuarto de baño y anunciado: «Llegó la hora de la revancha».

Entonces, carraspeó y continuó:

—Los operadores que vendieron aquellas CDO tendrían que haber ido a la cárcel. Todo Wall Street estaba contaminado por esa basura. Inmorales, codiciosos, egoístas... Fue un robo.

—Tonterías —replicó Edmund—. Tú misma lo dijiste: fue una oportunidad. Vosotros destruisteis aquellas empresas. Vuestras huellas dactilares están en los cadáveres. El gobierno ordenó que las entidades de préstamos hipotecarios llegaran a acuerdos *subprime*. Todo el mundo tenía que ser propietario de una casa. Nadie le

puso una pistola en la cabeza a nadie... No entiendo por qué le estamos dando vueltas a esto otra vez. Hemos pasado página. Está claro que tú no, pero te instaría en los términos más perentorios posibles a superarlo de una vez.

Edmund estaba controlándose cuanto podía, y hablaba con voz lenta y calmada. Russell sabía que el volcán estaba a punto de entrar en erupción. Su socio continuó como un robot.

—Tenemos confianza plena en que LifeDeals es una jugada ganadora, y vamos a demostrarlo en un futuro muy cercano.

—¿En serio? —dijo Gloria—. Bien, pues yo tengo medio millón en CDS que me dice que no. Y voy a comprar más. Y te diré que me alegraré cuando quiebre, porque creo que estáis robando una vez más, solo que esta vez os estáis quedando con los seguros de vida de gente vulnerable a la que pagáis una miseria. Son personas mayores desesperadas por tener dinero porque necesitan operarse y no quieren arruinarse porque nuestro sistema sanitario las haya dejado plantadas.

Edmund se estaba masajeando las sienes. Eran banqueros, ganaban dinero, fin de la historia.

—El Tribunal Supremo ha dictaminado que las pólizas de seguros de vida son valores que la gente puede comprar o vender —replicó.

—Estáis pagando el quince por ciento del valor nominal. El diez, si podéis.

—Estamos ofreciendo un servicio financiero legítimo a ancianos estadounidenses que necesitan dinero en metálico por los motivos que sea. Nosotros no hemos creado la necesidad, tan solo la satisfacemos. No me importa lo más mínimo si un individuo utiliza el dinero para pagar una cadera nueva o un crucero a Alaska. Tal vez no deseen que los ingratos de sus hijos se queden con el dinero. No hay nada inmoral o antiético en ello. Estamos contribuyendo a inyectar dinero en la economía. Deberíais darnos las gracias.

—Oh, no me vengas con esas, Edmund. Ahora que el mercado de las hipotecas se ha secado, algún analista inteligente pensó en los seguros de vida. Es otra mina de oro, y da igual qué consecuencias tenga para la gente implicada.

Russell comprendió que aquello no iba a ningún sitio. Se inclinó hacia delante en su asiento.

—Gloria, con el debido respeto, Edmund y yo no hemos venido hasta aquí para debatir sobre la ética de la adquisición de pólizas de vida, aunque debo decir que llevan años en vigor y nadie ha protestado. Tendremos que mostrarnos de acuerdo en que estamos en desacuerdo. Nos gustaría saber por qué estás tan segura de que nos hemos equivocado. He traído conmigo varias investigaciones a modo de respaldo.

Russell colocó delante de Gloria una serie de estados financieros, junto con complicadas gráficas que mostraban campanas de Gauss referentes a la esperanza de vida de la gente cuyas pólizas había comprado LifeDeals, separadas por las

enfermedades que padecían los titulares. Le explicó a la mujer el panorama global y permitió que viera más información de la que solían mostrar a los posibles futuros administradores de fondos de inversión libres. A continuación le describió el plan, cómo iban a convertir las pólizas en bonos mediante la titulización, lo cual daría lugar a inmensos ingresos que, después, utilizarían para comprar más pólizas que convertirían en más bonos. Los bonos estaban ponderados: el mayor segmento se basaba en la diabetes, el segundo en las enfermedades cardiovasculares y el tercero en enfermedades renales. Mientras Russell hablaba, Gloria examinaba los estados financieros y las campanas de Gauss. No tardó mucho. Cuando terminó, las apartó a un lado como si no creyera ni una palabra.

Por fin, Russell le explicó que, como las campanas de Gauss podían predecir con precisión cuándo se harían efectivas las pólizas, podrían incluir como factores a tener en cuenta todos los demás datos convincentes, determinar su flujo de caja con extrema precisión y comprar tantas pólizas como permitieran las vías de ingresos. Sus datos actuariales eran enormes, se remontaban a cincuenta años atrás, e incluso más cuando era necesario.

—No hemos dejado nada al azar —afirmó Russell—. Es infalible, basado en cifras reales. Sí, algunas personas tendrán remisiones espontáneas, pero otras pagarán antes de lo previsto. Todo se basa en matemáticas establecidas, y el fundamento son las compañías de seguros. Podría ser la mejor oportunidad de inversión de todos los tiempos, y está apoyada por la legislación del Tribunal Supremo, de modo que no existe el riesgo de que la industria de los seguros pueda cabildear en el Congreso para obligar a cambiar leyes y normas. Las compañías de seguros van a pagar hasta el último centavo que las pólizas hayan acumulado.

Russell enmudeció de repente, faltarle de aliento. Russell y Edmund miraron a Gloria, quien les sostuvo la mirada durante un par de segundos. Se hizo el silencio.

—¿No lo ves? —preguntó Russell.

—Yo sí lo veo —respondió Gloria—. Sois vosotros quienes no lo veis.

—Es real. Hemos repasado las cifras de arriba abajo, y las hemos confirmado con todas las empresas actuariales. Es real. Ya poseemos cincuenta mil pólizas...

Gloria silbó.

—¿A cuánto ascienden las primas de cincuenta mil pólizas, Russell? Estaréis pagando cuatro, cinco millones al mes. Os quedaréis sin capital a finales del año que viene si no empezáis a tener ingresos significativos.

Russell y Edmund sabían que estaba en lo cierto. Que Gloria era lista no era ninguna novedad para Edmund. De lo contrario, no la habría contratado. Pero en aquel caso todo saldría bien, estarían capitalizados por completo a finales de aquel mismo año. Se preguntó si Gloria se estaría echando un farol, y empezaba a pensar que así era. Hasta el momento, no les había dado nada. Ya se estaba hartando de

aquello.

—Gloria, lo único que nos has dicho es que somos unos mezquinos y despiadados hijos de puta que robamos dinero a las viejas —intervino—. Pero eso ya lo sabíamos. Creo que andas a la caza de algo. Dijiste a un tipo que estabas vendiéndonos en corto a sabiendas de que eso nos aterraría y nos obligaría a venir aquí a explicarte nuestros planes. Cosa que hemos hecho. Felicidades. Ahora deberíamos marcharnos y no robarte más tiempo. Será un gran placer para nosotros enviarte por correo electrónico una propuesta a su debido momento.

La expresión irritada de Edmund se había metamorfoseado en el insufrible rictus petulante que Gloria recordaba de cuando le echaba la bronca en el pasado. La mujer abrió el cajón central de su escritorio y sacó un rotulador Sharpie rojo. Sin dejar de mirar a Edmund, cogió una de las gráficas de Russell y copió la campana de Gauss, aunque más escorada a la derecha que la impresa en el papel. Alzó la gráfica.

—Si esto sucediera, ¿qué significaría para ti?

Russell clavó la vista en el papel: era la gráfica de la diabetes.

—Eso no va a ocurrir.

—Compláceme. Lanza una hipótesis.

—Estás proyectando pacientes crónicos de diabetes que viven unos diez años más de lo que les corresponde. Como ya he dicho, eso no va a suceder.

—Digamos que el cuarenta por ciento de vuestras pólizas son de pacientes de diabetes. Si tenemos una curva como la mía en lugar de una como la vuestra, deduzco que vais a quedaros con veinte mil pólizas durante diez años más de la cuenta. Eso son, hum, doscientos cuarenta millones en primas que no esperabais pagar. Eso interfiere en vuestro modelo, ¿verdad? Tal vez sumen la mitad de vuestras pólizas. Creo que la curva necesita moverse un poco más. Quince años, y ya son cuatrocientos cincuenta millones. Vuestra mayor fuente de ingresos se convierte en un sumidero de activos tóxicos.

—Eso es hipotético, y contradice cincuenta años de datos actuariales. ¡Cincuenta años!

Edmund comenzó a gritar, pero Gloria seguía mirando a Russell. Este parecía preocupado.

—Sí, contáis con cincuenta años de datos antiguos. Pero no miráis al futuro. La tecnología puede conseguir que el presente cambie en un abrir y cerrar de ojos. Si tenéis alguna idea estupenda más, haced el favor de compartirla conmigo. Será un placer tomar también posiciones en su contra.

—¿De qué coño estás hablando? —preguntó Edmund.

—¿Sabéis lo que es una célula iPS?

—He oído hablar de ellas, sí. Algo relacionado con las células madre. Pero no veo...

—Células madre pluripotentes inducidas —interrumpió Gloria—. Si miraras hacia el futuro en lugar de al pasado, tal vez supieras que las células iPS van a tener un impacto enorme en la medicina regenerativa.

—¿Te refieres a la terapia con células madre? ¿Esa burbuja que estalló hace diez años, todos aquellos adelantos biotecnológicos? Acciones que se cotizan a menos de un dólar en la actualidad.

—Edmund, continúas hablando del pasado. —Gloria ya estaba harta—. Estás ignorando el futuro.

—Vale, Gloria, ¿qué ves en tu bola de cristal?

—¿Has oído hablar del premio Nobel Tobias Rothman? ¿O de Junichi Yamamoto? ¿O de lo que están haciendo en su laboratorio de investigación del Centro Médico de Columbia?

—No —contestó Russell, que se sentía como si el techo estuviera a punto de aplastarle.

—A través de un contacto que sigue la pista de las patentes biotecnológicas, he averiguado que Rothman tiene órganos de ratones, órganos completos, que ha cultivado a partir de células iPS y que ha vuelto a trasplantar a los mismos ratones que donaron las células. De un momento a otro va a hacer lo mismo con células iPS humanas, si es que no lo ha hecho ya. Podrá cultivar páncreas. Para seres humanos. Que fabricarán insulina. Páncreas hechos a la medida de los pacientes para que no se produzca rechazo. ¿Sabes cuál va a ser el efecto de eso? —Gloria señaló la curva que había dibujado y movió el dedo desde la campana de Gauss de Russell hasta su versión en rojo—. Este.

Gloria se reclinó en su asiento.

Russell había efectuado los cálculos en su cabeza. Gracias a algunos vendedores particularmente agresivos de Texas y Florida, iban sobrados de pólizas de diabetes. De hecho, Gloria se había quedado corta: constituían casi dos tercios de sus pólizas. Lo cual significaba que podrían estar colgados con casi seiscientos millones de dólares en primas adicionales. Nadie podía saber si la ciencia iba a funcionar y cuándo, y no todos los pacientes iban a recibir aquella ayuda, pero, de todos modos, si ella estaba en lo cierto, su paradigma habría quedado destrozado. ¿Existiría algún modo de desprenderse de aquellas pólizas? ¿Podrían titularlas de todas formas? ¿Quién invertiría en la empresa, con tantas dudas sobre la naturaleza del riesgo? Russell se estaba haciendo aquellas preguntas. Edmund solo quería salir de allí lo más rápido posible.

—Piensa en LifeDeals como si fuera una piscina —prosiguió Gloria—. Ya está perdiendo agua, y va a entrar mucha menos de la que habíais pensado a corto plazo. Os vais a quedar con el culo al aire y sin salvavidas.

Gloria estaba disfrutando de lo lindo.

—¿Queréis un consejo? Lo dudo, pero voy a dároslo de todos modos. Daos prisa y titulizad y vended esos tramos de inmediato, antes de que otros empiecen a darse cuenta de que LifeDeals está asentada sobre arenas movedizas más que sobre un lecho de roca. En cuanto eso ocurra, nadie querrá vuestros bonos. Si sois listos, y sé que lo sois, podrías esconder parte del dinero procedente de los bonos, pero de ninguna manera vais a recuperar el capital semilla. A menos que queráis violar la ley. Lo cual cierra el círculo a la perfección. Es posible que esta vez acabéis en la cárcel.

—Hemos de irnos, Russell —dijo Edmund mientras su socio recogía sus papeles.

Edmund y Gloria se sostuvieron las miradas. Gloria había jugado sus cartas, y se daba cuenta de que había dado en el clavo.

—Siento que tengáis que irnos corriendo, pero tengo que marcharme a comer de todos modos —comentó.

Gloria le entregó a Russell el resto de sus papeles. Ya había decidido fortalecer significativamente su posición contra LifeDeals aquel mismo día. Edmund tenía razón en parte: Gloria había querido que le contaran su plan de negocios y había dado por sentado que la arrogancia de Edmund le llevaría a contarle demasiado. Ahora había visto su modelo, y era peor de lo que había esperado. O mejor. Puede que le costara algo de dinero, pero ya tenía más del que podría gastar en tres vidas.

Aquella expresión de Edmund no tenía precio.

Edmund y Russell guardaron silencio mientras esperaban el ascensor. Russell le echó un vistazo al rostro de su socio, y detectó una expresión que no había visto jamás. Parecía dolor. Entraron en el ascensor.

—Sujétame esto un momento —le dijo Edmund al tiempo que le tendía el maletín y el abrigo. Entonces dio un paso al frente y golpeó la puerta del ascensor con el puño izquierdo. Gritó y se agarró la mano. El dolor, cuando llegó, supuso un alivio.

*Centro Médico de la Universidad de Columbia*

*Nueva York*

*2 de marzo de 2011, 13.00 h.*

Pia había aprendido enseguida a sentirse como en casa en lo que al doctor Yamamoto le gustaba llamar el «cuarto de baño», la instalación de baños de órganos donde cultivaban riñones, corazones, pulmones y páncreas de ratones. Se había pasado la mañana allí, recogiendo montones de datos sobre los niveles de pH en los baños y sirviéndose de una tableta para examinar los historiales de los pocos órganos que habían fallado. Después se había descubierto que existían sutiles variaciones en la acidez o la alcalinidad con relación al resto de las muestras. La tarea de Pia consistía en controlar los baños, y estaba intentando averiguar una forma de improvisar una alarma electrónica en su móvil, como habían hecho Rothman y Yamamoto, que la avisara cuando un baño padeciera una leve variación de pH.

El doctor Rothman había entrado y salido dos veces. Pia sabía, porque se lo había dicho el doctor Yamamoto, que a la vez el equipo estaba realizando complicados y absorbentes estudios, tanto en los baños como en el laboratorio de bioseguridad de nivel 3, al otro lado del complejo de Rothman. El trabajo de este sobre la salmonela había forjado su reputación, y no estaba dispuesto a abandonarlo, aunque aquello significara trabajar a niveles de energía y concentración sobrehumanos. El científico agradecía mucho el acceso a las cepas altamente virulentas que le había proporcionado la NASA, y ahora que iban a clausurar el programa de la lanzadera espacial, no sabía cuándo podría conseguir más.

Lesley y Will habían salido de la sala para ir en busca del doctor Yamamoto. Habían decidido que, además de ayudar a Pia, iniciarían sus propios estudios sobre los efectos de leves variaciones en la temperatura de los baños. Por desgracia, su estudio no había tardado en llegar a un callejón sin salida, y preferían consultar al socio del doctor Rothman antes que al gran hombre en persona.

El doctor Rothman entró en la sala y caminó hacia las últimas filas de baños.

—Parece que tenemos un problema con el número diecinueve —comentó al parecer a nadie en particular.

Pia se sumó a él, que estaba manipulando la unidad de control que había debajo del baño.

—El flujo sanguíneo corre peligro. Hay un bloqueo, así que es posible que debamos seccionar el órgano para ver si el problema es de desarrollo o se debe a alguna especie de émbolo. Pocos viajes son más largos que el de *in vitro* a *in vivo*.

—¿Cuánto falta para que pueda empezar a experimentar con órganos humanos?

—preguntó Pia.

Rothman se encogió de hombros y la miró; parecía sorprendido. ¿Habría estado hablando consigo mismo?

—Estamos un poco más cerca con los riñones que con los páncreas. El riñón es, en esencia, un filtro. Bastante sencillo. Pero el páncreas es muy complicado. Me fascina que una glándula tenga tanto que hacer, y tantas tareas importantes.

—Hormonas y enzimas.

—Los islotes de Langerhans. Siempre me ha gustado ese nombre. Fueron descubiertos por un alemán de veintiún años llamado Paul Langerhans en 1869. Recuerdo que, cuando era adolescente y oí por primera vez el término, pensé que les habían dado el nombre de unas islas de verdad.

Pia había visto pocas veces al doctor Rothman tan jovial. Daba la impresión de disfrutar en su guarida. La joven pensó que era propio del temperamento de su jefe apreciar el nombre de las células productoras de hormonas del páncreas que bombean insulina y glucagón hacia el torrente sanguíneo con el fin de regular los niveles de azúcar. O, al menos, esa era su misión.

—Por supuesto, era necesario ubicar el páncreas junto al duodeno para que pudiera inyectar sus enzimas en el sistema digestivo. La ampolla de Vater, otro de mis favoritos.

Rothman se estaba refiriendo a la confluencia del conducto biliar y el conducto pancreático, donde los alimentos que pasaban a través del intestino se mezclaban con los agentes necesarios para su digestión y para controlar el nivel de acidez.

—Pero está muy enterrado, escondido. Es muy escurridizo. Por eso el cáncer de páncreas es tan difícil de detectar y tan mortífero. El órgano posee un suministro de sangre tan grande que los cánceres tienden a propagarse con mucha rapidez.

Rothman estaba dejando divagar su mente. Parecía muy relajado, algo insólito.

—Su organogénesis es también muy escurridiza. Todas las células productoras de hormonas y enzimas han de estar codificadas genéticamente para crear la glándula, y apenas estamos empezando a entender el proceso.

Rothman se había desplazado hacia otro baño.

—El páncreas del ratón es increíblemente similar al nuestro. Estamos haciendo grandes progresos, pero quiero acelerar las cosas.

Algunos científicos estaban trabajando en la implantación de sensores de glucosa y bombas de insulina en pacientes. Otros se dedicaban a examinar soluciones de terapia genética con pacientes que ingerían un medicamento que contenía un virus, el cual provocaba la producción de insulina en presencia de glucosa. Rothman estaba abordando el problema de la única forma que sabía: lanzándose de cabeza. A Pia le gustaban su confianza y ambición. Pensaba que se le había contagiado algo de eso durante el tiempo que había pasado con Rothman a lo largo de los tres últimos años.

También sabía qué opinaban de él otras personas. Consideraban que su confianza era una arrogancia de la peor clase, pero solo podía ser arrogancia si el engreimiento era deliberado. No se trataba únicamente de que a Rothman no le importara lo que pensaran los demás, sino de que ni siquiera se daba cuenta.

—Quería darle las gracias, doctor —dijo Pia.

—¿Por qué?

—Pues por ofrecerse a prestarme dinero para pagar a las hermanas.

—Las hermanas la ayudaron en el pasado, pero el pasado es pasado. Usted ya no las necesita. Ha de dejar atrás todos los problemas que el sistema de acogida temporal le causó, tal como hice yo.

—Ya lo intento —contestó Pia; se refería a superar la herencia de sus experiencias infantiles, pero no estaba tan segura de no necesitar ya a las hermanas.

—Mis hijos no están tan sanos como me gustaría. Me siento muy culpable —dijo Rothman sin venir a cuento, lo cual sorprendió a Pia. Pocas veces hablaba de cosas personales, sobre todo de algo tan íntimo. La única ocasión anterior había sido cuando admitió padecer Asperger.

—Lo siento mucho. No tenía ni idea.

—Nadie lo sabe —repuso Rothman en un tono extrañamente nostálgico—. Nunca hablo de eso. Pero es el motivo más importante de mi dedicación a las células madre y a la ciencia de las células madre.

Pia no sabía qué decir. Lo que de repente quedaba muy claro era por qué Rothman se había desviado hasta tal punto de su actividad científica, después de su éxito con el trabajo sobre la salmonela.

Rothman continuaba contemplando el diminuto páncreas suspendido en el fondo del baño. Ella solo podía imaginar hacia qué sendero de esperanza le estaría conduciendo su mente en aquellos momentos. Vio que se lo sacudía de encima de una forma casi física. El doctor echó un vistazo más a las cifras del monitor y se fue sin decir nada. Su facilidad para conectar y desconectar era asombrosa e inquietante.

*Nueva York*

*2 de marzo de 2011, 13.30 h.*

Después de abandonar el despacho de Gloria Croft, Edmund Mathews, todavía rabioso y con la mano izquierda dolorida, giró hacia el este por Lexington Avenue y localizó una farmacia Duane Reade. Compró un frasco de Motrin y se tomó cuatro comprimidos. Le dolía bastante la mano, pero estaba seguro de no haberse roto ningún hueso al golpear la puerta del ascensor. De haber utilizado la mano derecha, más fuerte, lo habría conseguido sin la menor duda. Russell Lefevre solía considerar impredecible y alarmante el comportamiento de Edmund durante las crisis, pero sabía que su socio poseía una capacidad de concentración digna de un láser, y que era capaz de emplearla en momentos como aquel. Edmund tenía la habilidad de descomponer los problemas complicados y atacarlos pieza a pieza hasta solucionarlos.

Mathews hizo que el coche fuera a recogerlos y los dos hombres se quedaron sentados en doble fila en la calle Cincuenta y ocho Este. Russell podría haber jurado que oía los pensamientos de Edmund.

—Hemos de apresurarnos a titulizar lo que tenemos —empezó Russell.

—Sí. Sin duda. Y echa un vistazo a las pólizas de diabéticos que tenemos —dijo Edmund—. Quizá sea más barato anular algunas que mantenerlas. Y deberíamos despedir a algunos comerciales hasta nuevo aviso.

Edmund le pidió a Russell que llamara a un contacto de Goldman Sachs, un hombre llamado McDonald, de la división de seguros respaldados por valores. Se había mostrado interesado en LifeDeals, pero era precavido. Russell todavía confiaba en que uno de los mejores jugadores del tablero se sumara a ellos, pero hacía tiempo que no hablaba con McDonald. Resultó que el hombre podía concederle unos minutos a un viejo cliente, de forma que Russell y Edmund se dirigieron hacia West Street, en Battery Park City, y el cuartel general de Goldman.

—Ese tipo es un mediocre, carece de visión —aseguró Edmund después de la insatisfactoria entrevista.

Russell había contestado a todas las preguntas de los operadores acerca de titulizar su cartera de adquisiciones de pólizas de vida lo antes posible. Pero ellos no entendían a qué venían las prisas. Desde su punto de vista, cuantas más pólizas acumularan, mejor sería el producto. Y no habían llevado a cabo el penoso trabajo legal preliminar de crear las complicadas CDO para estar en condiciones de sacarlas al mercado. Lo que Russell y Edmund habían ido a buscar después de su entrevista

con Gloria Croft era tranquilidad. Cuando se fueron de Goldman, admitieron que no habían recibido una reacción exactamente negativa, pero tampoco positiva.

En el coche, ambos tomaron otra decisión. Tal y como Gloria Croft había demostrado de una forma tan devastadora, los principales problemas a los que se enfrentaban eran las campanas de Gauss de tasa de mortalidad, de las que dependía la viabilidad de LifeDeals, y los perjuicios que los adelantos médicos provocarían en términos de desplazar la curva a la derecha.

—Tenemos que ir a ver a Henry Green —dijo Edmund.

Henry Green era el director general de Statistical Solutions SL, la empresa que había presentado todos los datos actuariales, incluidas las campanas de Gauss. Edmund sacó la BlackBerry. Quería ocuparse de la llamada personalmente.

—Henry Green, por favor... De acuerdo, bien, dígame que Edmund Mathews está en la ciudad y necesita verle ahora mismo... Bien, estoy seguro de que él lo entenderá cuando usted se lo diga. Nuestros datos principales son incorrectos. Ha surgido nueva información. Hemos de solucionarlo. —Edmund colgó—. Nos recibirá —predijo.

LifeDeals había contratado a Statistical Solutions con un generoso anticipo sobre los honorarios. Russell quería disponer de los mejores análisis estadísticos disponibles cuando salieran a vender su producto. Una presunta lección de la debacle de las *subprime* era que los inversores querían saber con exactitud en qué estaban invirtiendo. Podía parecer evidente, pero no lo era. Russell quería poder enseñarle al inversor los últimos datos, incluso pólizas individuales, si deseaba verlas.

Por su parte, a Henry Green no le hacía la menor gracia recibir noticias de Edmund Mathews, y mucho menos cuando pedía una entrevista cara a cara sin previo aviso. Aunque Russell Lefevre exigía el máximo de la capacidad investigadora que ofrecía Statistical Solutions, concedía tiempo a la empresa para que lograra su objetivo. Por el contrario, Edmund Mathews llamaba y quería respuestas a preguntas complicadas de inmediato. Green tenía que exigir el máximo a su gente, exprimiendo hasta el último centavo de la empresa, para cumplir el encargo. Edmund esperaba que Henry lo dejara todo cuando él llamaba.

Edmund y Russell llegaron a las oficinas de Statistical Solutions, en Chelsea, al cabo de poco rato, y pasados un par minutos estaban sentados con Green en su despacho.

—Edmund, tengo entendido que por teléfono has dicho algo acerca de «nueva información» —empezó Green vacilante.

—Exacto —dijo Russell, que deseaba evitar como fuera que su socio chillara a Henry Green, cosa que ya había sucedido en el pasado—. Existe material nuevo y queremos conocer tu opinión de experto, por si deberíamos estar preocupados.

Edmund suspiró ante aquel eufemismo.

—Lo que mi colega intenta decir, Henry, es que podríais haberos equivocado en algunas de vuestras previsiones por cantidades que nos expulsarían del negocio. De modo que te lo agradecería mucho, Henry, si pudieras convocar a esos genios de los que nos hablaste, que habrían podido conseguir empleo en Google, para que vengan aquí y nos demuestren que al fin y al cabo son lo bastante listos como para saber atarse los cordones de los zapatos.

Su voz fue aumentando de volumen, pero el dique resistió por los pelos. Henry Green pulsó un número en el teclado de su teléfono y descolgó el receptor.

—Sí, Laura, ¿puedes decirles a Tom e Isabel que se unan a nosotros en la sala de reuniones ahora mismo?

Green colgó el teléfono.

—¿Vamos, caballeros?

Russell y Edmund tan solo veían jóvenes en la oficina. Henry Green al menos aparentaba el aspecto de un hombre de negocios con sus pantalones de vestir y su camisa oscura, pero llevaba el pelo despeinado y al menos cinco centímetros demasiado largo por detrás. Los genios de las cifras, vestidos de negro, parecían recién llegados de una fiesta que hubiera durado toda la noche. Statistical Solutions estaba cosechando fama de recoger toda clase de datos y solucionar algoritmos, y muchos de sus empleados acababan trabajando para gigantes de Silicon Valley que les pagaban hasta la tintorería y que tenían guardería para sus perros en el trabajo. Para conservarlos, Henry Green tenía que ser igualmente tolerante y generoso. Mientras le dieran seis meses de trabajo duro, a Henry Green no le importaba. Statistical Solutions gozaba de muy buenos ingresos.

Intuyendo que Russell querría hablar, Edmund se le adelantó y se dirigió a Isabel y Tom directamente.

—¿Qué sabéis sobre investigaciones de células madre en relación con el tratamiento de la diabetes?

—Sé lo que son las células madre —contestó Isabel Lee.

—¿Las tuviste en cuenta en tus proyecciones?

—¿Cómo?

—El hecho de que un profesor de Columbia esté dando pasos de gigante hacia la creación de páncreas humanos fuera del cuerpo para ser utilizados como trasplantes. Si lo logra, prolongará la vida de los pacientes de diabetes.

—Algo muy positivo, por cierto —replicó Isabel.

Ni a Isabel ni a su colega, Tom Graham, les había gustado trabajar con estadísticas de mortalidad para LifeDeals, y todavía menos cuando descubrieron lo que la empresa estaba haciendo con ellas. Le mencionaron sus recelos a Green, pero él contestó que no les pagaba para emitir juicios de valor ético. Sí, la idea de ganar dinero gracias al fallecimiento de la gente era repulsiva, pero pagaban bien.

—Sí, es un día maravilloso para la medicina y los gordos, pero no tanto para mis inversores —le espetó Edmund.

—Escuchad, os dimos carta blanca para que trazarais nuestros parámetros, utilizando datos actuarios y cruzándolos con nuestras proyecciones de movimiento de caja, pero no vimos información de ese tipo en ningún sitio —dijo Russell.

Edmund le concedió un gesto de asentimiento.

—Russell, incluimos el aumento de la expectativa de vida y añadimos tolerancias para desarrollos inesperados, pero con un tope del cinco por ciento —intervino Henry—. Así lo hablamos, y vosotros accedisteis. Si se va a producir un adelanto tan importante como el de los páncreas trasplantables hechos a medida a partir de la investigación con células madre o del proyecto del genoma humano, no se nos puede considerar responsables. Es imposible predecir un acontecimiento que ocurre una vez cada cien años.

—En tal caso, toda esa puta investigación estadística no sirve de nada —replicó Edmund al tiempo que alzaba las manos en señal de frustración—. Solo son pajas mentales.

—Ni hablar —dijo Isabel, que no se dejaba intimidar—. Son buenos datos teniendo en cuenta el material de partida. Si existe un cambio de paradigma, las cifras cambian y las gráficas han de adaptarse para reflejarlo. Así de sencillo.

Se encogió de hombros y se reclinó en la silla.

Tom Graham se estaba contemplando las uñas y no contestó.

—¡Se acabó! ¡Eso es lo que conseguimos! Uy, lo siento, se equivocó de número. ¡No pensamos en eso! Os pagamos para que pensarais en todo. No es que las células madre hayan caído del cielo. ¿Qué clase de empresa diriges?

—Vale, no nos pongamos nerviosos —intervino Russell—. Henry, Edmund quiere disculparse...

—Que no me pida disculpas a mí, que se las pida a ellos —dijo Henry, y señaló a Tom e Isabel. Ella fulminó a Edmund con la mirada, quien al final levantó una mano para hablar. No iba a mostrarse más arrepentimiento que aquel.

—Henry, escucha, necesitamos una nueva tendencia de modelos basada en nuevos supuestos que te enviaré por correo electrónico dentro de más o menos una hora, en cuanto volvamos. Debemos saber hasta qué punto se ve afectado nuestro movimiento de caja con estos nuevos escenarios. Tendréis que hacer suposiciones, puesto que no existen datos reales disponibles. Os estaríamos muy agradecidos si pudierais hacerlo por nosotros. Y lo necesitamos enseguida. Como ya sabéis, en nuestro contrato existe una provisión...

—Sí, Russell, lo sé —interrumpió Henry—. De hecho, le he echado un vistazo a nuestro contrato mientras veníais hacia aquí. Haremos el trabajo, lo tendremos preparado mañana, lo antes posible. Como ya sabes, Russell, en el contrato existe una

provisión mutua de cancelación en veinticuatro horas bajo ciertas circunstancias. Creo que estas circunstancias cubren dicha provisión de manera más que adecuada. Daos por avisados.

Más desanimados que cuando habían llegado, Edmund y Russell no tuvieron fuerzas ni para protestar. Se levantaron para marcharse.

*Residencia geriátrica Castle Towers*

*Phoenix, Arizona*

*2 de marzo de 2011, 11.50 h.*

En su casa de las afueras de Phoenix, Sally Mason estaba sentada en un banco al lado de la entrada, disfrutando de los últimos vestigios del aire matutino antes de que el sol consiguiera que sentarse fuera resultara insoportable. Aunque había nacido en aquel estado y vivido allí toda su vida, el calor siempre había podido con ella. Se sentía orgullosa de ser arizoniana de toda la vida. En Arizona solo vivían 450.000 personas cuando ella nació en 1933, y aquel era aproximadamente el número de residentes actuales de Mesa, apenas un punto en el mapa cuando ella era adolescente.

Aquel día Sally iba a recibir otra visita de Howard Essen, el vendedor con el que se había reunido un par de veces y hablado por teléfono con cierta frecuencia durante las últimas semanas. Sally agradecía que Essen no se hubiera mostrado demasiado agresivo, no tan implacable como el hombre que le había vendido la póliza de seguro de vida a su marido. De hecho, le gustaba hablar con Howard de la familia de él, de su esposa y sus tres hijos, a los cuales no cabía duda de que adoraba. El hombre también había demostrado interés en la historia de Sally, le preguntaba sobre Arizona cuando era pequeña y todavía ataban a los caballos delante de las tiendas en el centro de Phoenix, sobre su Preston, que ya llevaba veinte años muerto, y sobre su única hija, Jean, y su nieto. Aquel era uno de los días buenos, un día en que no tenía que viajar cuarenta y cinco minutos para unas cuantas horas de tediosa e incómoda diálisis.

Sally había decidido que aquel día iba a decirle a Howard Essen que aceptaba su propuesta.

Howard había accedido a la petición de Sally de ir a mediodía, pues quería tener la tarde libre. Consultó su reloj; faltaban unos diez minutos. Cerró los ojos y pensó en Preston, como hacía casi siempre. Él era muy joven cuando se conocieron, apenas tenía dieciocho años, y estaba muy elegante con el uniforme de las Fuerzas Aéreas cuando entró en la tienda de su padre. El quinto día consecutivo que entró, se le habían acabado las cosas que comprar y se dejó de excusas: había ido a ver a Sally. La vida con Preston no siempre había sido fácil, pero fue un hombre solícito en todo momento. Hacia el final, contrató el seguro de vida para ella y aportó los fondos para una pensión anual con lo que sobró. Preston quería asegurarse de que cuidarían de su hija Jean, y confiaba en ahorrarle aquella preocupación.

A Sally siempre le había parecido que el dinero que iba a parar a Jean gracias a la póliza era una cantidad enorme. Eso fue hasta que el marido de Jean murió de repente

y la dejó con una montaña de facturas y deudas de cuya existencia ella no tenía ni idea. El dinero que Sally había conseguido reunir después de vender la casa que Preston compró en 1965, el mejor año para su negocio de fontanería, se había visto menguado por la necesidad de ayudar a Jean a pagar las facturas. Ahora, su hija tendría que desprenderse de la mayor parte de su herencia para ayudar a su madre. Sally se resistió un poco, pero Jean insistió, y Sally sabía que tenía razón. Preston Mason no habría vacilado jamás. Habría hecho cualquier cosa con tal de ayudar a su esposa a gozar de la mejor calidad de vida posible.

El riñón de Sally se encontraba en la fase cinco, la fase final, de modo que necesitaba un órgano nuevo. Pero había miles de personas en la lista de espera, y el estado acababa de decidir que dejaría de pagar los trasplantes de pulmón, así como ciertos tratamientos de corazón y médula espinal. ¿Cuánto tardarían en añadir a la lista los trasplantes de riñón? Sally no quería esperar a averiguarlo. No quería pasar sus últimos años encadenada a una máquina. Quería recuperar su libertad, pero eso tenía un precio. Necesitaba doscientos cincuenta mil dólares, como mínimo, para la operación. Además del dinero que necesitaba para conservar su plaza en Castle Towers, tenía algunos ahorros y la escasa cantidad que Jean había prometido darle. Aún le faltaban varias decenas de miles de dólares, por eso se mostró receptiva a la idea de vender su seguro de vida cuando se la propusieron.

La llamada de Howard Essen llegó en un momento particularmente apropiado. No fue una coincidencia, aunque Sally se habría llevado un buen disgusto de haber sabido cómo sucedió. Howard descubría clientes en potencia mediante una red informal de contactos que había establecido en más de dos docenas de residencias geriátricas y centros socio-sanitarios. Sobornaba a una mezcla de camilleros, ordenanzas y recepcionistas para que lo informaran cuando algún residente les hablaba de ciertos problemas médicos o personales, como el inicio de una diálisis, una visita al cardiólogo o no poder colaborar en el pago de la matrícula universitaria de algún nieto. Howard lo consideraba de mal gusto, pero pensaba que no tenía otra opción. Corrían tiempos difíciles, y tenía que encontrar una forma de mantener a flote a su familia. En aquel caso, Sally le había contado a un camillero simpático sus apuros, el hombre se lo había comentado sin pensar al director y este había llamado a Howard.

Durante diez años, Howard había vivido bastante bien vendiendo hipotecas a jóvenes de Arizona. Cuando las cosas iban viento en popa, se había visto atrapado en la histeria colectiva de las propiedades inmobiliarias. Todo el mundo estaba vendiendo hipotecas sin documentación de apoyo, de modo que ¿por qué no él? Nadie decía que fuera malo. Después de más de seis meses en el paro, había encontrado empleo en LifeDeals. De hecho, habían ido a por él, en busca del brillante vendedor de hipotecas de otros tiempos, y le habían ofrecido un trabajo pagado casi

al ciento por ciento en comisiones. Cuanto más barata compraba Howard la póliza, más alta era su remuneración. Le ayudaba a dormir por las noches el que no consiguiera sacarle ese porcentaje extra al titular. Tampoco pensaba que Sally Mason fuera a capitular con tanta facilidad.

La primera vez que fue a verla, Howard se había presentado y Sally le había preguntado:

—¿Essen, como la ciudad de Alemania?

—Sí, señora. Exacto.

Aquella mujer era avispada, saltaba a la vista.

Howard le soltó su perorata, le enseñó a Sally las gráficas y las tablas que indicaban cuánto dinero ahorraría si no tenía que pagar las primas y cuánto dinero ganaría si lo invertía con prudencia.

—Así que, si dejo de pagar la póliza y utilizo el dinero de la anualidad, ¿dispondré de esta cantidad cuando tenga, veamos, ciento dos años?

Sally señaló una cifra muy grande en el borde exterior de una de las proyecciones.

—Eso es. ¿Quién dice que no va a vivir veinte años más con el riñón nuevo? Además, nosotros basamos nuestras proyecciones en una tasa media histórica de rendimientos según una combinación sensata de inversiones. Puedo darle el nombre de un gran especialista en inversiones que podría ayudarla con eso.

—Estoy segura de que sí, Howard. ¿Y qué tasa de rendimientos calcula usted?

—Como ya he dicho, utilizando medias históricas, en torno al ocho por ciento, más o menos.

—Oh, Howard, ojalá me hubiera llamado hace treinta años. De haberlo hecho, no me encontraría en esta situación.

Un par de minutos antes de la hora, Sally vio que Howard llegaba en su camioneta Ford y aparcaba. Le saludó con la mano, y el hombre se acercó.

—Hola, señora Mason —dijo.

—Buenos días, Howard. Vamos a hacer negocios.

Howard sonrió.

La habitación de Sally era muy pequeña, así que se sentaron en el comedor de la casa, donde ella se sentía más a gusto. Howard había llevado todos los papeles y se los colocó delante a Sally para que los firmara. La mujer levantó la pluma, pero volvió a bajarla.

—Verás, Howard, cuando Preston compró esta póliza, dijo que íbamos a asegurar la vida de nuestra hija. Pero en lugar de eso la estoy utilizando para concederme otros diez años de vida, porque ya no puedo confiar en la ayuda del estado en el que he vivido desde que nací. Me he quedado casi sin dinero, mi hija también. Solo nos queda mi nieto, George, que está en Nueva York en una facultad de medicina y

siempre dice que quiere ganar dinero para ayudar a su madre a salir del paso. No sabe nada de esto porque ya está más endeudado de lo que va a costarme el riñón. Nadie tiene dinero, solo deudas. ¿Cómo es eso posible, Howard?

Howard Essen se miró los pies. Habían hablado un poco de la anterior carrera de Howard, de la locura de las hipotecas y de que, a veces, el padre de Sally concedía un poco de crédito a los clientes de la tienda antes del fin de semana, cuando ya se habían gastado la paga anterior. Y de que casi siempre se arrepentía de hacerlo.

—Juro que no lo sé, señora Mason.

—Oh, bueno, yo diría que sí tenemos cierta idea de por qué, Howard.

Howard observó a Sally mientras firmaba el papel que convertía su seguro de vida de medio millón de dólares en poco más de setenta y cinco mil, un quince por ciento de su valor.

Sally se había sumido en el silencio y no le dijo gran cosa a Howard después de finalizar la transacción. El vendedor volvería al cabo de unos días con el talón y la copia del contrato para Sally. Cuando terminó, se despidió y se fue sin añadir nada más, Howard tenía ganas de volver a casa y darse otra ducha. Sally decidió que esperaría un par de horas más para llamar a su nieto, George, y dejarle un mensaje. Quería asegurarse de que las cosas le seguían yendo bien en Nueva York.

*Greenwich, Connecticut*

*3 de marzo de 2011, 6.45 h.*

Edmund Mathews estaba sentado a la isla de su cocina con una taza de café cuando sonó el teléfono. Lo descolgó en mitad del primer timbrazo. Era Russell.

—Lo siento si te he despertado.

—Dios, no, llevo horas levantado. ¿Sabes algo?

—Henry me ha enviado un correo electrónico hace un par de minutos. Su equipo ha reunido algunas cifras y quieren enseñárnoslas a las nueve de la mañana. ¿A qué hora puedo recogerte?

—Puedes recogerme ya. ¿Qué ha dicho sobre las cifras? ¿Le has llamado?

—No, su mensaje no hablaba de llamar, solo de ir.

—Así que no tienes ni idea de qué han encontrado. Fantástico. Bien, pásate cuando quieras. Estoy preparado.

Edmund colgó el teléfono.

Nada de lo que había pensado desde la reunión en Statistical Solutions de la tarde anterior le había ofrecido mucho consuelo. No era un genio de los números, como Russell, pero era consciente del enorme riesgo que corrían con las pólizas de seguros que habían comprado a diabéticos. Aquellas personas le habían parecido una base sólida para su negocio: una enfermedad crónica y muy extendida, con graves complicaciones y un montón de titulares con bajos ingresos. Había visto numerosos correos electrónicos de comerciales diciendo que habían localizado a alguien que iba atrasado en el pago de la póliza, justo cuando estaba a punto de perderla. Eran los candidatos perfectos, gente que se alegraba de llegar al acuerdo de diez centavos por dólar de algo que, para ellos, no valía nada.

Edmund no era un hombre que dedicara mucho tiempo a lamentos o recriminaciones. Si rompías algo, lo reparabas. La cuestión era adelantarse al problema antes de que se agravara. Su personaje histórico favorito, cosa bastante predecible, era el general George S. Patton. Le gustaban los hombres de acción. Si hubieran permitido a Patton llegar el primero a Berlín en 1945, y después le hubieran dejado continuar hasta Moscú, el mundo sería muy diferente. Esos grandes hombres de la historia siempre se veían frustrados por los débiles y los mezquinos.

Lo que más detestaba Edmund era sentirse impotente, como le habían dejado los acontecimientos del día anterior. Gloria Croft había disparado la primera bala, y después Henry Green les había asestado el golpe de gracia. Se sentía pillado a traición. No lo había visto venir, ni tampoco Russell. Se suponía que su socio era el experto en detalles, el que conocía a gente que conocía a gente que sabía lo que

estaba pasando, el que estaba atento a todo. Así se lo había manifestado Edmund la noche anterior durante el largo regreso en coche desde Statistical Solutions. Gloria se habría alegrado mucho de saber cuánto rato pasaron retenidos a causa del tráfico.

Cuando llegó a casa, Edmund ya había acabado de verter críticas sobre Russell y una sombra oscura se había extendido sobre su cara. Alice pasó otra noche procurando evitar a su marido y, una vez más, Edmund no tuvo muchas palabras para su hijo. Con la botella de whisky como compañía, el financiero se había entregado a la brujería. Intentó introducirse en el software de simulación de Henry Green con el deseo de encontrar alguna forma de paliar los daños que amenazaban el futuro de LifeDeals. Lejos de confiar en la magia, estaba seguro de que podría hacer algo. Tenía que trasladar su empresa, y a él mismo, a Berlín.

*Centro Médico de la Universidad de Columbia*

*Nueva York*

*3 de marzo de 2011, 7.15 h.*

La llamada de su abuela Sally, recibida la tarde anterior, había devuelto a George a sus desvelos habituales. Un día antes de aquello, había encontrado a Pia en la cafetería del hospital con Will McKinley. Lesley Wong también les acompañaba, pero George se había obsesionado con que Will McKinley hubiera conseguido colocarse al lado de Pia durante una optativa de un mes. Si bien George se consideraba razonablemente hábil con las mujeres, en el sentido de que se llevaba bien con casi todas, Will era un seductor con más práctica y menos escrúpulos. George jamás habría imaginado que Pia pudiera interesarse por un tipo como Will, pero ¿qué sabía él? Los celos eran un sentimiento cruel y, mientras los cuatro estuvieron sentados juntos, el joven había sufrido creyendo que Will disfrutaba con su gran incomodidad. Will jamás había ocultado que consideraba a Pia muy atractiva. En más de una ocasión le había preguntado a George qué creía que Pia veía en él. En su fuero interno, George se había alegrado de la grosera pregunta de Will, pues implicaba que él, y otros, los veían como una especie de pareja.

George conocía lo bastante bien a su abuela como para saber que no aprobaría a Pia. O, mejor dicho, que consideraría que su continuado interés por ella era enfermizo. Con todo lo que tenía encima, George se preguntó por enésima vez qué hacía persiguiendo aún el afecto de Pia. No se trataba tan solo del tiempo que le ocupaba, aunque era bastante, sino de la cantidad de energía emocional que invertía en ella, diseccionando sus palabras y actos, pensando en estrategias dirigidas a ganarse su cariño, preocupándose por su bienestar. Necesitaba conservar aquella energía para sus estudios. Ante todo, deseaba ser el mejor médico posible.

George sabía cuánto estaba aportando su familia para que triunfara. Habían sufrido muchos reveses, y daba la impresión de que seguían resbalando pendiente abajo, como tantas otras familias de clase media. Si no alcanzaba su objetivo, sabía que su madre y su abuela pondrían al mal tiempo buena cara, pero se sentirían destrozadas por dentro.

George también sabía que su madre, Jean, tenía problemas económicos. Se había trasladado a una casa mucho más pequeña en el mismo barrio de Baltimore unos años antes, pero aun así parecía no tener más dinero. Jean había tenido la mala suerte, o la falta de previsión, de trabajar en industrias decadentes después de la muerte del padre de George. Había sido contable en las obras de Bethlehem Steel, en Sparrows Point, durante un tiempo, y después encontró y perdió un empleo en la planta de General

Motors. Siempre contestaba que le iba bien cuando él le preguntaba por su situación económica, pero se negaba a dejarle ver sus extractos bancarios. Aunque George gozaba de una beca completa, ella jamás dejaba de enviarle un billete de veinte dólares siempre que podía.

—Eres estudiante, George —le decía—. ¡Concéntrate en tu educación!

Cuando Sally había llamado eran las cinco en el este, y no esperaba que George descolgara el móvil. Su intención era dejarle un mensaje de ánimo sin hacerle perder ni un segundo de su precioso tiempo. Exageraba al pensar lo ocupado que estaba George a cada minuto.

—¿Un día ajetreado?

—No demasiado. Todavía no nos están machacando. De hecho, has llamado en un buen momento, porque es la hora del descanso. He escogido una optativa de radiología, y no se matan trabajando como en otras especialidades. ¿Cómo te va el día?

—Oh, ya sabes. Hay mucha tranquilidad por aquí últimamente. ¿Has hablado con tu madre hace poco?

—No. ¿Qué pasa?

—Ayer sucedió algo interesante. Vendí la póliza del seguro de vida de tu abuelo a un caballero muy simpático. Me pagarán dentro de unos días. ¿Cómo vas de dinero? ¿Te va bien? Podría enviarte un poco.

—Me va bien —contestó George, aunque en realidad siempre iba justo. Estaba impaciente por que llegara el 1 de julio, cuando empezaría su residencia. En lugar de tener que gastar dinero, recibiría un sueldo. No iba a ser muy alto, pero cualquier cosa era mejor que lo que tenía en aquel momento. Aun con su beca, había acumulado unas deudas considerables.

—Si necesitas dinero, avísame.

—Lo haré —dijo George, aunque no albergaba la menor intención de pedirle dinero a su abuela—. No conozco a nadie que haya vendido su seguro de vida. ¿Es habitual?

—El señor Howard Essen, el hombre que la ha comprado, dice que es muy habitual.

—Ah —contestó George. Se dijo que intentaría acordarse de investigar esa posibilidad en internet cuando volviera a su cuarto. En aquel punto desvió la conversación hacia los problemas de salud de su abuela, pues sabía que no era buena y que se mantenía con vida gracias a diálisis renales.

Más tarde, cuando George consultó «Adquisición de pólizas de vida» y se informó sobre el tema, no se alegró mucho. Pensó que era una forma más de tratar injustamente a los ancianos, en aquel caso por parte del mundo económico. Empezó a preocuparle la posibilidad de que se hubieran aprovechado de su achacosa abuela, y

aquella idea contribuyó a que reordenara sus prioridades.

Cogió la chaqueta del armario y se encaminó hacia los ascensores. Una vez allí, pensó un momento en Pia y se preguntó si debería subir a su habitación para asegurarse de que estaba despierta. Pero apretó el botón de bajada. Joder, si iba a pasar el día con Will, podía levantarse sola. Decidió tomarse un café, una forma de iniciar el día más relajada de lo normal.

*Statistical Solutions, S. L.*  
*Chelsea, Nueva York*  
*3 de marzo de 2011, 9.17 h.*

Como de costumbre, Edmund se encargó de que Russell y él llegaran con un elegante retraso a su cita en la sede central de Statistical Solutions. Henry Green les recibió con frialdad y les condujo hasta la misma sala de reuniones del día anterior. La atmósfera era sombría, si no lúgubre. La sala estaba ocupada por media docena de personas, incluido el holgazán de Tom, vestido con una camisa a cuadros arrugada, bermudas y chancletas. Isabel no estaba presente. Dos de las personas de la sala, un hombre y una mujer jóvenes, iban vestidas con el mismo estilo informal que Tom. Otros dos hombres, un par de años mayores, llevaban camisas sin chaqueta, pantalones de pinzas y corbatas a rayas. Sus cortes de pelo eran cuidados, conservadores. El último hombre llevaba un traje oscuro y tenía un maletín de avestruz al lado.

Henry Green fue el primero en hablar. Tenía delante varias copias de lo que parecía un informe encuadernado.

—Gracias, caballeros, por venir hoy. Como ya dije ayer, Statistical Solutions SL ha decidido ejercer su opción de concluir su acuerdo de consultoría con LifeDeals, Incorporated, al finalizar el día de hoy, 3 de marzo de 2011. De esta forma, estamos actuando sin prejuicios y nos ceñimos a los artículos de nuestro acuerdo inicial...

—Sí, sí, bla-bla-bla —interrumpió Edmund con brusquedad—. Ya lo pillamos, Henry, nos estás leyendo la letra pequeña para que nos lo pensemos dos veces antes de demandaros por incompetencia. «Si nuestra información no sirve de nada, no nos echen la culpa a nosotros». Bien, vamos a jugar. Que levanten las manos los presentes que sean abogados. ¿Tú? —preguntó Edmund, al tiempo que señalaba rápidamente a Tom. Este le sostuvo la mirada impertérrito—. No lo creo —continuó Edmund con una risita—. ¿Ustedes dos? —Entonces indicó a los dos hombres vestidos con camisa y corbata—. Me equivoco de nuevo. Yo diría que son contables.

—Señor Mathews, intento hacerlo de la manera más indolora y profesional posible. Sí, les he pedido a nuestros representantes legales que nos acompañen, como ya ha observado astutamente...

—Ahora me llama señor Mathews —dijo Edmund dirigiéndose a Russell—. No cabe duda de que ha estado hablando con sus abogados.

—Vale, Edmund, ya está bien —murmuró Russell. Estaba cansado de excusarse en nombre de su socio cuando estallaba así en público. Era como moverse por la ciudad con un adolescente rebelde y repelente.

De hecho, Russell y Edmund habían hablado de si deberían llevar a sus abogados al encuentro. Russell defendió que, si cada bando se presentaba con sus abogados, la reunión se abortaría antes de empezar. Un abogado hablaría, el otro protestaría, y tanto a LifeDeals como a Statistical Solutions se les aconsejaría que dejaran el asunto en manos de sus representantes legales. Lo que Russell no había previsto era que Edmund se pusiera hecho un basilisco en cuanto detectara al asesor legal de Statistical Solutions, que destacaba sobre los demás como un pulgar dolorido. Furioso por todo lo que estaba pasando, el financiero se tomó la presencia del hombre como una afrenta personal.

—Si me permitís una sugerencia —dijo Russell—, esta mañana hemos venido en busca del informe que nos prometisteis. Abordemos los problemas legales de nuestra relación después de eso.

—Muy bien, Russell, gracias —concedió Henry sin dejar de mirar con fijeza a Edmund, que parecía haber recuperado la compostura. «Bueno, no parecerás tan sereno dentro de cinco minutos», pensó Henry—. Procederemos con nuestra presentación. Hay una copia de nuestra carta de terminación en los paquetes que les daremos al final de la reunión, así como una nota de nuestro departamento legal, absolutamente carente de perjuicios, en la que se reitera el alcance razonable de nuestros servicios, que es lo que yo intentaba hacer hace unos minutos. Pero deduzco que están ansiosos por saber los resultados. Quiero darles mi palabra de que hemos puesto a nuestra mejor gente a trabajar en ello. Isabel Lee, a quien conocieron ayer y que hoy no ha podido reunirse con nosotros, dedicó toda su jornada laboral a esto. También Tom Graham, que se graduó hace dos años en el MIT...

Edmund se rodeó un puño con el otro, como un árbitro que indicara la reanudación del partido. Quería los datos, no el soporte que había detrás de los datos, y aquella tardanza a la hora de facilitarles la información implicaba que no iba a ser de su agrado.

—... y Paul, con más de cinco años de experiencia en el Departamento de Defensa.

Edmund tamborileó con los dedos sobre el escritorio.

—Muy bien. El trabajo que llevamos a cabo anoche, a lo largo de toda la noche, para ser exactos, fue calcular cómo afectaría al flujo de caja un desplazamiento hacia la derecha de las campanas de Gauss que ya habíamos creado, referentes al momento de amortización de las pólizas de seguros de vida que posee LifeDeals. Tendremos el informe oficial dentro de uno o dos días, pero hoy les facilitaremos el provisional. Debo decir que nos sentimos sorprendidos.

Henry hizo una pausa y tomó un sorbo de agua.

—Nos sorprendimos por la celeridad con que el cambio más ínfimo de las campanas de Gauss afectaría a la situación económica de la empresa. Daría lugar a un

período de tiempo durante el cual sería necesario continuar pagando las primas con el fin de mantener los valores de las pólizas con ingresos limitados. Ese efecto se predice debido a lo pronunciadas que son las curvas de la campana. Tal como ya sabemos, una vez que LifeDeals empiece a cobrar las pólizas, los ingresos aumentarán con gran rapidez, por eso les habíamos aconsejado que maximizaran su adquisición de pólizas de seguros de vida en relación con la capitalización. ¿Todo el mundo lo tiene claro?

Russell asintió vigorosamente. Hasta el momento, no había nada nuevo.

—Bien, sigamos. A continuación, examinamos las estadísticas de expectativas de vida de individuos lo bastante afortunados como para conseguir un nuevo órgano gracias a los actuales protocolos de obtención y distribución, ya sea un pulmón, un corazón, un hígado, un riñón o un páncreas, dependiendo de la enfermedad degenerativa que padezcan. Descubrimos que obtener un órgano altera las expectativas de vida de estas personas hasta un grado notable. Tengan en cuenta que ya habíamos tomado en consideración las tasas normales de sustitución de órganos en los datos preliminares que todos aprobamos, y en aquel momento se trataba de una variable pequeña. Pero las nuevas circunstancias, las nuevas circunstancias en potencia, debería decir, han provocado que ahondáramos más en esas estadísticas y que descubriéramos varias investigaciones que antes carecían de importancia.

Henry hizo una nueva pausa para beber. Edmund estaba a punto de estallar.

—Existen nuevas estadísticas que demuestran lo bien que les funcionan los nuevos órganos a los pacientes durante un período largo. Las cifras antiguas insinuaban que los receptores de órganos todavía tenían propensión, fuera cual fuera, a perjudicar al nuevo órgano. Pero, en mayor medida de lo que habíamos esperado al principio, los nuevos órganos, o al menos un elevado porcentaje de ellos, funcionan muy bien durante muchos años, siempre que sean compatibles. Por supuesto, los más recientes fármacos antirrechazo también han colaborado a ello. En muchos o casi todos los casos, pueden añadirse entre diez y quince años a la esperanza de vida de los pacientes. Para resumir, da la impresión de que puede ponerse un radiador nuevo en el motor de un coche hecho polvo y, da igual cómo conduzcas, el radiador va a aguantar.

»Hemos aplicado estas estadísticas recién desarrolladas a las campanas de Gauss de los titulares de pólizas de LifeDeals, y no hay vuelta de hoja: las consecuencias para el flujo de caja son catastróficas si un porcentaje de los titulares consigue órganos nuevos. Cuanto más alto el porcentaje, más catastrófico el efecto, por supuesto.

—¿Qué porcentaje? —bramó Edmund.

—Bien, por lo visto el problema reside en que el problema del flujo de caja aparece casi de inmediato con el más mínimo desplazamiento hacia la derecha. Solo

unos cuantos puntos de porcentaje.

—¿Qué quiere decir «unos cuantos»? ¿Cinco? ¿Diez?

—Hum, cinco no sería bueno, diez, como ya he dicho, sería catastrófico.

—Por lo tanto, sería necesario entre un cinco y un diez por ciento de diabéticos que consiguieran un nuevo páncreas —dijo Edmund—. ¿Qué probabilidades hay de que eso suceda?

Se hizo el silencio.

—No son personas ricas. No podrán permitírselo. Son putos castillos en el aire.

—No necesariamente —intervino Tom Graham, que hablaba por primera vez y con una voz sorprendentemente profunda—. Lo que ha dicho acerca de que la gente no se lo podrá permitir. Mire las estadísticas. En este país bien podría haber treinta y cinco millones de diabéticos. Tratarlos cuesta unos ciento cincuenta mil millones de dólares al año. ¿Cree que las compañías de seguros no se abalanzarán sobre esa oportunidad? ¿Ha pensado en los programas estatales que han de costear el gasto de esas personas durante décadas? Por no hablar de Medicare o Medicaid. Hasta los políticos de extrema derecha encontrarán una forma de sortear sus prejuicios acerca de las células madre, porque ¿quién no querrá ayudar a veinte, treinta millones de norteamericanos a recuperar la salud? Es la panacea. Si funciona, cura a la gente. Y en cuanto el órgano sea aceptado, no cuesta nada. ¿El páncreas no funciona? Le cultivaremos uno nuevo, de nada. La gente ha estado buscando durante décadas una forma de reducir los gastos sanitarios. La medicina regenerativa va a ser la respuesta.

Era peor de lo que Edmund se había atrevido a pensar. Él era comercial. Sabía que, aunque no todos los diabéticos consiguieran un páncreas nuevo, la idea de comprar pólizas de seguro de vida de diabéticos en un entorno en que la gente podía recibir órganos nuevos parecía anticuada de repente, como invertir en máquinas de vapor después de que produjeran el modelo Ford T.

—¿Todo esto se especifica en el último informe? —preguntó Russell.

—Así será —contestó Henry—. Se resume en el informe que les daremos hoy.

—Todo esto es confidencial, por supuesto.

—Por supuesto.

—Pero todo depende de la fecha en que los órganos producidos a partir de células madre inducidas comiencen a estar disponibles —aseguró Edmund—. No va a suceder la semana que viene. Al menos eso creo. ¿Cuánto tardarán? ¿Dos años? ¿Cinco? ¿Lo habéis investigado?

—Tal vez Ginny nos pueda decir unas palabras a ese respecto —contestó Henry.

Sentada al lado de Tom Graham, una mujer alta con el pelo negro y largo le hizo un gesto de asentimiento a Henry. Compartía el sentido de la estética de Tom y vestía una camiseta con la alegre imagen de un robot delante.

—He leído las revistas que he podido encontrar online y he tratado de esbozar

una especie de cronología —dijo—, pero los artículos sobre ese campo no son muy especulativos. Se trata de una tecnología nueva, de modo que no existen estadísticas capaces de predecir un avance de ese calibre en algo como la medicina regenerativa.

Ginny continuó hablando sobre los rápidos adelantos que ya se habían logrado en la maduración de células madre en líneas de células específicas, obra de investigadores de todo el mundo.

—El siguiente paso sería convertir esas células en órganos, o aparatos similares a órganos, mediante un proceso llamado organogénesis. Este trabajo se está realizando en Rusia, en China y en Alemania, pero donde se está obteniendo un mayor éxito es en la Universidad de Columbia, con los doctores Rothman y Yamamoto. Corren rumores de que estos dos investigadores ya han formado órganos enteros que han sido trasplantados a los ratones donantes de las células a partir de las cuales se formaron. En teoría, más o menos el mes que viene se publicará un artículo en *Nature* sobre el tema, con todos los datos acreditativos. Por lo visto, han alcanzado tal éxito que ya han solicitado permiso a la FDA<sup>[2]</sup> para probarlo en seres humanos. Están esperando la autorización de la FDA para dar el siguiente paso.

—¿Y cuándo ocurriría eso? —preguntó Edmund.

—Anoche hablé con un amigo científico —explicó Ginny—. Me dijo que nadie lo sabe, pero podría llegar a lo largo de los dos próximos meses.

—Desde el punto de vista comercial, las cifras sugieren que en esas circunstancias se lograría un remedio parcial si los propietarios de las pólizas reunieran capital de inmediato como protección contra esa nueva eventualidad.

Henry tomó la palabra con la esperanza de dar por concluida la reunión. Se daba cuenta de que Edmund estaba a punto de perder los estribos. En aquel momento, Henry estaba prácticamente leyendo un guión.

—También realizamos modelos de ingresos basados en la idea de titularizar tramos de pólizas de seguros de vida, y si bien es difícil integrar en los modelos la perspectiva de valores degradados, en el informe final constará la recomendación de que se proceda de inmediato a la titularización y de que se aparte una cantidad importante de los fondos obtenidos para pagar las primas de las pólizas que se prolonguen más de lo esperado. En cuanto a la adquisición de más pólizas de vida, sería sensato comprar tan solo las pertenecientes a individuos con enfermedades terminales claras, como cáncer con metástasis, ELA, cosas por el estilo.

La lista era mucho más larga, pero la repugnancia que aquello le provocaba a Henry pudo más que él.

Edmund pensó que lo único que había logrado aquella reunión era para confirmar lo que Gloria Croft les había dicho hacía menos de veinticuatro horas. Era lógico: Gloria era una de las mejores analistas que hubiera tenido jamás. Y ella lo sabía mejor que él. Mathews estaba perplejo por el hecho de que su gran plan para ganar

dinero a espuertas pudiera irse al garete por culpa de dos empollones de los que nunca había oído hablar.

—Deja que te haga una pregunta —le gruñó a Ginny—. Descubres esta investigación y conoces a un científico al que puedes llamar por la noche y que te confirma que la FDA va a dar luz verde a este proyecto capaz de revolucionar la medicina o lo que sea. ¿Por qué no puede leerse nada al respecto en *The New York Times*?

—Porque los investigadores y sus universidades han mejorado mucho con relación al problema de las patentes. Antes se precipitaban a publicar porque anhelaban la notoriedad, pero ahora son mucho más listos. Van a ganar fortunas con la biotecnología, y esta especialidad de la organogénesis podría ser aún más importante. Es probable que eclipse todos los demás hitos tecnológicos de la historia de la medicina. Créame, cuando el artículo de Rothman llegue a *Nature*, saldrá también en *The New York Times*, *The Wall Street Journal* y todos los demás medios.

Edmund y Russell bajaron en el ascensor en silencio. Era la misma cabina que el primero de ellos había golpeado el día anterior. Se había tomado un analgésico de su botiquín personal, así que solo sentía un dolor sordo en la mano izquierda. La observó con detenimiento y creyó distinguir una tenue mella en la puerta metálica del ascensor. El problema era que tenía ganas de repetir la jugada.

Solo cuando llegaron a la calle, alejados de oídos curiosos, hablaron.

—¿Qué opinas? —preguntó Russell.

—Creo que les hemos pagado a esos idiotas demasiado dinero. Y vamos a demandarlos.

Llegaron al coche, aparcado delante del edificio, y subieron. Edmund reflexionó durante un instante. Las ideas se apelotonaban en su mente.

—Vale, esto es lo que vamos a hacer. Hoy. Se han acabado los diabéticos, eso es evidente. Díselo a los comerciales, aunque estén a punto de cerrar el trato y tengas que amenazarlos, que den marcha atrás. Cualquier contrato en ciernes, cancelado. Talones que vayan a pagarse, cancelados.

»Que alguien revise los acuerdos de personas enfermas de diabetes y algo más. Ahora nos gusta lo de “algo más”. Que el abogado redacte una carta con su mejor jerga legal incomprensible para informar de que ya no estamos interesados en la diabetes y que se la envíe a esas personas. Saca a esa gente de las estadísticas. Nunca sufrieron diabetes. Y necesitamos pólizas nuevas. Fumadores. Sé que son los peores, porque ninguno cree que vaya a enfermar y, cuando lo hacen, mueren demasiado deprisa. Averigua si podemos localizar a fumadores o ex fumadores que no hayan pagado un par de mensualidades de la póliza. En cualquier caso, todos están mintiendo. Y ofréceles el veinticinco por ciento...

—Pero el modelo... —empezó Russell.

—¡Que le den por el culo al modelo! —rugió Edmund—. ¿No lo entiendes? A día de hoy, no existe modelo alguno. Nos quedamos sin negocio si esta mierda sigue adelante, con modelo o sin él. Jesús. Estoy hablando de tiritas, y tenemos una herida en la cabeza.

—En potencia.

—Sí, exacto, existe la posibilidad de que esa investigación no llegue a ningún sitio. Pero, en cualquier caso, estamos con el agua al cuello. Gloria Croft ya nos está vendiendo en corto, y no se cortará a la hora de hablar de ello. Hemos de hacer algo. No podemos vender nuestras acciones y largarnos.

—Tal vez deberíamos ir a ver a Jerry Trotter —sugirió Russell tras una incómoda pausa.

—Sí, yo estaba pensando lo mismo —repuso Edmund.

El doctor Jerred L. Trotter, viejo amigo de ambos, dirigía un fondo de inversión libre de mucho éxito. Trotter era un hombre que disfrutaba superando en inteligencia a la gente, lo cual significaba que no le hacía ascos a las prácticas que rozaban lo ilegal si confiaba en salir indemne. Había muchas áreas en que las autoridades reguladoras eran laxas, y otras en las que, simplemente, no existía regulación. Por medio de las buenas artes de Trotter, y de cierto número de disfraces también creados por Trotter, Edmund había adquirido las CDO sobre su propia empresa al tiempo que continuaba vendiendo bonos *subprime* a sus clientes empresarios. Era el tipo de travesura que Trotter disfrutaba. Sobre todo cuando su porcentaje de beneficio era tan generoso.

Edmund había sondeado a Trotter en la fase de planificación de LifeDeals. Envió a Russell en lo que parecía una misión de búsqueda de datos. ¿Creía Jerry que un modelo así funcionaría? ¿Pensaba que se trataba de valores aptos para derivar fondos de ellos? ¿Creía que habría suficientes inversores dispuestos a comprar semejante producto? Russell no había mencionado en ningún momento que buscaban inversores.

Tres días después, Jerry había llamado y prácticamente le había mordido el brazo a Edmund a través del teléfono. Había repasado las cifras y quería participar. Edmund, después de simular que se lo estaba pensando, fingió permitir a regañadientes que Jerry invirtiera veinticinco millones de dólares de su propio dinero, y más de su fondo. A Trotter le encantaría conocer las nuevas condiciones del mercado. No le gustarían, por decirlo de una manera suave, pero siempre había sido un hombre de acción y pensaría en algo.

El conductor se había mantenido a la espera de instrucciones mientras los dos hombres permanecían sentados en el asiento trasero del coche. Edmund le dio una dirección, y partieron.

*Restaurante Terrasini*

*Manhattan*

*3 de marzo de 2011, 12.45 h.*

«Es imposible que nos veamos hoy, chicos, imposible». Y entonces, Russell dijo la palabra mágica: «Terrasini».

Todo el mundo rió, incluso Edmund, que estaba haciendo un esfuerzo por calmarse.

El doctor Jerred L. Trotter, ex cirujano plástico, actual experto en fondos de inversión libre y ángel inversor de LifeDeals, estaba acaparando la atención, junto con su número dos desde hacía mucho tiempo, Maxwell Higgins. Siempre había una mesa en Terrasini para Trotter, así que los cuatro hombres (Higgins, Trotter, Mathews y Lefevre) ocupaban una en un rincón de la sala principal del restaurante.

—Pensé que no nos haría ningún daño —dijo Russell tratando de sonar despreocupado.

Edmund y Russell se alegraron de que Trotter hubiera podido reunirse con ellos sin previo aviso, aunque aquello significara matar un par de horas hasta el almuerzo.

—Ya sabes que es mi restaurante favorito. A menos que me toque pagar a mí, ¿verdad, Edmund?

—No hay peligro de que suceda eso, Jerry —contestó Edmund—. Todo el mundo sabe que pagar por comer va en contra de tu religión.

Trotter lanzó una carcajada.

—Tienes toda la razón —dijo en voz alta, y agitó las manos sin dirigirse a nadie en particular. Un camarero se acercó enseguida.

—La copa de Barolo, que sea una botella. Confío en que les parezca bien, caballeros. Pensándolo mejor, traiga las copas y después la botella, dentro de unos minutos. Necesito beber de verdad después de la mañana que he tenido.

Edmund lo miró con fijeza mientras reprimía su irritación. Aquel pequeño capricho le costaría como mínimo un par de cientos de pavos. Pero aquellas escenas iban incluidas en el lote de hacer negocios con Jerry Trotter.

—Espero que no sea nada grave, Jerry —dijo Edmund.

—Todo es un jodido problema —replicó Jerry con su voz penetrante.

Un hombre con un jersey de Cucinelli que había ido a comer con su familia se volvió y le fulminó con la mirada.

—Caramba, discúlpeme, olvidé dónde estaba —le dijo Jerry.

—Pensé que nos reuniríamos en el despacho —dijo Edmund—. Ya sabes, se puede hablar con mayor libertad.

Jerry Trotter, como muchos financieros, decía tantos tacos como un estibador. A Edmund le daba igual, pero quería hablar de los problemas de LifeDeals sin tener que contenerse delante de los demás clientes.

—Hay que comer, Edmund —dijo Trotter, y cogió la carta.

—Por supuesto, Jerry.

Edmund pensó que era probable que Jerry se supiera la carta mejor que los camareros del restaurante. Todo el mundo insistía en practicar aquellos juegos infantiles, pensó Mathews, consciente de que, una vez más, estaban jugando con él. Estudió la cara de Trotter. Sabía que el inversor tenía sesenta años como mínimo, pero parecía estar más cerca de los cuarenta y cinco con su mata de pelo gris oscuro, algunas arrugas provocadas por la risa y unos brillantes ojos azules que aún conservaban un tono celeste que dejaba sin aliento a más de una cuando los veía. Si se había retocado algo, no se notaba.

—Max, recuérdame el plato especial del día.

El camarero estaba distribuyendo las copas de Barolo.

—¿La pasta? —preguntó Higgins con su acento de miembro de la clase alta londinense—. Orechiette con salchicha italiana dulce, broccolini y un toque de ricotta. Suena maravilloso.

—Ay, me he empalmado solo de pensar en ello. Por supuesto. Y de primero, ¿qué os parece, chicos? Hace frío, eso exige una sopa, ¿no? El otro especial, sopa de calabacín, con un poco de crema, ¿verdad, Max? Para todos, señor, si no le importa.

El camarero comentó que era una estupenda elección. Edmund insistió en continuar examinando la carta un par de segundos más, después la dobló y se la devolvió. Estaba demasiado disgustado para protestar. Trotter estaba dando vueltas al vino tinto en su copa. Era de un hermoso color rubí y, en otra ocasión, Mathews lo habría cubierto de alabanzas.

En el mundo con frecuencia extravagante de la administración de fondos de inversión libre, Jerry Trotter era lo más parecido a una celebridad. Ya había disfrutado de una carrera triunfal como cirujano plástico, casi en exclusiva al servicio de las damas adineradas del Upper East Side de Nueva York, a las que retocaba caras, ojos y nalgas. En verdad, Trotter era mejor *showman* que cirujano plástico. Sabía, como todos los miembros de la profesión médica, que durante la carrera de medicina, a la hora de obtener la residencia en especialidades quirúrgicas como el ojo o el cerebro, o la cirugía plástica, contaban más las notas que la demostración de buenas aptitudes físicas. Trotter se había asegurado de obtener siempre buenas notas para compensar su coordinación óculo-manual, lo bastante mediocre para que considerara la cirugía una tarea muy pesada y exigente. Pero aquello había sido en el pasado, y ya no necesitaba una buena coordinación óculo-manual para ganar dinero.

A Trotter siempre le había gustado cuidar de su propio dinero, corriendo algún

riesgo de vez en cuando. Tras años de trabajar seis días a la semana en su consulta, tenía mucho de que hacerse cargo. Hacía muchos años que Trotter conocía a Max Higgins, y lo bastante bien para saber que ardía en deseos de independizarse de Goldman, donde trabajaba de operador. Trotter le hizo una propuesta a Higgins: crearemos un fondo, tú lo dirigirás y me enseñarás lo que sabes, y yo aportaré el dinero. Funcionó, y Trotter no tardó en descubrir que sus pacientes confiaban en él, se sentían agradecidos, y muchos estaban contentos de dejarle invertir en sus nombres. Trotter llevó a cabo un rápido estudio y su fondo, cuyo inmodesto y poco imaginativo nombre era Trotter Holdings, pronto se encaminó hacia la categoría media de los fondos con apellido.

—Bien, Edmund, Russell, ¿qué es tan urgente para tener que reunirnos hoy?

Russell miró a su socio antes de empezar. El retraso de Trotter al menos les había permitido decidir cómo iban a darle la noticia. Habían estado una hora sentados en un bar de Lexington Avenue trazando estrategias.

—Tenemos un problema de relaciones públicas potencial del que queremos advertiros. Pensamos que quizá podríais ayudarnos a adelantarnos a la posible publicidad, cortarla de raíz, digamos.

—Edmund, ¿tu accidentado pasado te ha pasado factura al fin? —preguntó Jerry, y no dio la impresión de que estuviera bromeando.

—Nos hemos enterado de cierta investigación médica que se está llevando a cabo —continuó Russell para evitar que Mathews contestara—. Se encuentra en fase experimental, no hay la menor garantía de que vaya a funcionar, pero en algunos ámbitos se toma más en serio que en otros.

—¿Cómo afecta eso a LifeDeals? —preguntó Jerry, que miraba alternativamente a Edmund y Russell, aunque fuera este último quien hablaba. Su voz había perdido todo asomo de jovialidad. Los dos camareros les llevaron la sopa y se marcharon en silencio al detectar la tensión de la mesa.

—Puede que no signifique nada —continuó Russell—. Como ya he dicho, queremos adelantarnos a cualquier mala publicidad posible.

Jerry Trotter levantó la cuchara y probó la sopa. Estaba deliciosa, por supuesto, pero cuando presentía que iba a escuchar algo desagradable perdía el apetito.

—Russell, tendrás que explicarme con un poco más de claridad qué está pasando.

—Vale, Jerry, claro. En Columbia hay un par de investigadores convencidos de que pueden cultivar órganos artificiales a partir de células madre humanas creadas con las propias células del paciente. Es obvio que no conozco los detalles, pero el proceso se llama organogénesis. Se supone que dará inicio a lo que se conocerá como medicina regenerativa. Si son capaces de cultivar páncreas nuevos, por ejemplo, ayudarán a los diabéticos a prolongar sus vidas. Pero, en este momento, no son más que hipótesis.

—Leí algo sobre esa idea en una investigación que llevamos a cabo a propósito para LifeDeals, pero sonaba a ficción científica —dijo Jerry.

—Por lo visto ya no. El futuro es ahora, como suele decirse. O podría serlo —dijo Russell.

—¿Cuántas personas están enteradas de esto? —preguntó Max Higgins.

—No muchas —respondió Russell—. Fuera de Columbia y de la especialidad de células madre, yo diría que muy pocas.

—¿Cómo os enterasteis?

Se produjo una pausa. En aquel momento era cuando la situación empezaba a complicarse.

—Nos lo dijo Gloria Croft —contestó Edmund.

Max Higgins dedujo al instante las consecuencias y, adelantándose a Trotter, le formuló a Russell la pregunta principal.

—¿Va a emprender alguna acción?

—Sí.

—Conociendo a Gloria, está vendiendo LifeDeals en corto, ¿verdad?

—Sí.

—Espera, espera un momento —intervino Jerry—. ¿Están vendiendo en corto acciones de LifeDeals debido a cierto trabajo que están realizando en un laboratorio de Columbia?

—Me temo que sí, Jerry.

Higgins continuó:

—¿Debo suponer que habéis hecho números a partir de proyecciones de caja basadas en un potencial avance revolucionario en el tratamiento de la diabetes? ¿Y que las proyecciones no pintan muy bien?

—¿Es eso cierto? —preguntó Trotter. Higgins había dado en el clavo en cuestión de segundos.

—En líneas generales, pero escucha...

—¿Es eso cierto?

—Como ya he dicho, aún es pronto...

—¿Os importaría decirme por qué describís como un problema de relaciones públicas este... este puto desastre?

Jerry echaba humo y utilizaba la cuchara sopera para señalar primero a Edmund y después a Russell. Se hizo el silencio en la mesa hasta que Max Higgins volvió a hablar:

—Es posible que la ciencia fracase a la larga, pero el hecho de que Gloria Croft tome una posición hará que los inversores se alarmen cuando lo sepan. Por tanto, todo depende tanto de Gloria como de la ciencia. Esa mujer es como un barómetro. Desde esa perspectiva, tienen razón, Jerry, es un problema de relaciones públicas.

—¿Y si la ciencia tiene éxito? —preguntó Jerry.

—Entonces el problema será mucho mayor —contestó Edmund.

Jerry bajó la cuchara y le dio un largo sorbo a su copa de Barolo de treinta dólares.

—¿No lo visteis venir?

—Es evidente que no —respondió Edmund—. Si ocurre, será un adelanto único. No pueden hacerse proyecciones para saber si va a alcanzarte un asteroide.

Nadie estaba comiendo. El camarero, que se había acercado por segunda vez, preguntó si alguien iba a tomarse la sopa, y la respuesta fue negativa. Sí, la sopa estaba estupenda, pero todo el mundo estaba preocupado. Los platos que quedaban desaparecieron.

Ante la insistencia de Jerry, Russell les informó de lo que sabían sobre la investigación. Hizo hincapié en que no existían garantías de que triunfara. Las probabilidades eran escasas, porque en la inmensa mayoría de los proyectos de investigación siempre aparecía algún imprevisto importante que frustraba el resultado esperado.

—¿Qué probabilidades hay de que salga bien? —preguntó Trotter.

Mathews dijo que era imposible saberlo. Después, invitó a su socio a hablar de los efectos que tal eventualidad tendría en el flujo de caja de LifeDeals. Tal como ambos habían convenido antes de reunirse con Trotter, Russell se decantó por la vertiente más conservadora.

—¿Cuál es nuestra posición de cara a la oferta pública?

Jerry dirigió la pregunta a Max, su socio. Le daba igual ofender a sus anfitriones.

—El período de pignoración expira el 31 de mayo —dijo Max.

Cuando un inversor toma parte en una oferta pública inicial, no puede vender sus acciones durante un cierto tiempo, en aquel caso 180 días. Trotter Holdings se encontraba a la mitad del período obligatorio de prohibición de transacciones, lo cual significaba que Jerry Trotter y su fondo tendrían sus acciones inmovilizadas durante otros tres meses.

—Mierda. ¿Hay alguna posibilidad de que Gloria Croft mantenga la boca cerrada durante tres meses?

—Escucha, Jerry, los seguros de vida siguen constituyendo un negocio de veintiséis billones de dólares —dijo Edmund—. Podemos ganar mucho dinero. Estas pólizas de diabetes son, básicamente, un grano de arena en el desierto. No se trata de tirar a la basura las acciones de LifeDeals, es un problema que necesita una solución. Por eso hemos acudido a ti; eres el hombre que solventa los problemas, todo el mundo lo sabe.

Edmund estaba halagando a Trotter a propósito, y a este no le disgustaba. Era cierto, era un tipo capaz de solucionar un problema, pero aquel no solo era gordo,

sino también nuevo.

—A Gloria Croft se le ha subido tanto a la cabeza que no te lo creerías —continuó Edmund—. Nos dijo que nuestros bonos de adquisición de pólizas de vida eran un mal producto, y bla-bla-bla. Hasta nos dijo que tendrían que habernos llevado a juicio por las *subprime*.

—Es una zorra mojigata, eso sí que lo sé —admitió Jerry.

—Le encantó contarnos lo de la investigación, remover el cuchillo en la herida.

Dejaron un plato de pasta ante cada comensal. La tensión en la mesa había disminuido ligeramente: se había identificado el problema, tenían un enemigo común y los cuatro estaban en el mismo bando. Era posible resistirse a la sopa, pero la pasta era otra cosa, así que los cuatro hombres comieron.

—Por supuesto, existe una perspectiva médica, Jerry, con la que creemos que podrías ayudarnos. Además, Statistical Solutions está trazando proyecciones sobre el efecto en los ingresos si hemos de retirar las pólizas de diabéticos. Vamos a necesitar más capital. Veremos si podemos subsanar esos déficits de capital con diferentes iniciativas. Ya hemos ordenado a nuestros equipos de ventas que den marcha atrás y busquen pacientes con metástasis cancerígenas con pólizas grandes. Costará más dinero comprar esas pólizas, pero están libres de riesgos.

—¿Por qué más dinero? —preguntó Higgins.

—Hemos autorizado a los comerciales a ofrecer más del quince por ciento habitual. Los pacientes con metástasis no van a causarnos ningún problema por no morir a tiempo. Solo tendremos que ser más agresivos para localizarlos.

—De acuerdo, Edmund, te escucho. No hace falta decir que Max y yo tendremos que reunirnos para hablar de este asunto de la investigación. Queremos ver los datos de Statistical Solutions lo antes posible, por supuesto. Y esta tarde tenemos un montón de reuniones, de modo que, lo lamento, pero hemos de comer y salir corriendo.

Jerry tomó un poco más de pasta y la engulló con los restos de su tercera copa de vino. Las despedidas fueron rápidas y menos efusivas que los saludos del comienzo de la reunión. Trotter y Higgins dejaron a Edmund y Russell atrás, recogieron sus abrigos y subieron al coche que les esperaba en la calle Cincuenta y cuatro.

—¿Y bien? —preguntó Trotter cuando se hubo acomodado en su asiento. Se dirigían hacia el sur por Park Avenue.

—Gloria Croft —dijo Higgins—. Es un tiburón.

—Presiento que hay algo que tiene que ver con Edmund. No todo gira alrededor del producto.

—Tal vez ambas cosas. Ha descubierto un fallo en el modelo, y resulta que además es Edmund Mathews, con lo cual se lleva doble premio.

—Sea como sea, tenemos que hacer algo. Y no podemos dejarlo en manos de ese par. Se están hundiendo, es evidente. Queda demasiado tiempo hasta que podamos vender las acciones.

—Estoy de acuerdo, pero Edmund tiene razón en una cosa: sigue siendo un buen negocio, aunque exista un fallo en el modelo actual. Tendremos que hacer juegos malabares. No es el momento de que cunda el pánico. Además, como no podemos vender las acciones de LifeDeals, no podríamos dejarnos arrastrar por el pánico aunque quisiéramos. También estoy de acuerdo en que, en un mundo ideal, tendríamos que haberlo visto venir, pero nuestra diligencia debida tampoco lo captó. Es una función de los tiempos. La tecnología cambia con tanta celeridad como los mercados. Cada vez es más difícil tomar en consideración ese tipo de cosas.

—Bien, creo que hemos de investigar por nuestra cuenta. Un poco más a nivel de la calle. Está claro que no podemos confiar en Edmund y demás para eso. Enviaremos un investigador a Columbia para que husmee un poco. Y que alguien indague sobre Gloria Croft. Una mujer así no llega a donde está ahora sin cabrear a un montón de gente. Hay que darse prisa. Hemos de trabajar algunos ángulos, conseguir apalancamiento.

—Muy bien, lo pondré en marcha de inmediato. Esto es nuevo para mí: vender acciones en corto debido a un descubrimiento médico.

—Es nuevo para todos. Tendremos que ser más creativos —afirmó Trotter mientras observaba el tráfico de Park Avenue, que avanzaba despacio bajo la lluvia pertinaz.

Jerry Trotter sabía cómo hacer su entrada en una sala, y también sabía cómo desaparecer de ella. Mathews no sabía qué pensar de lo sucedido. Sí, Jerry se había cabreado como una mona al enterarse del problema, pero parecía más tranquilo al marcharse. El problema era lo repentino de la partida.

—¿Qué opinas? —preguntó a Russell. Habían pedido capuccinos.

—Para mí, Higgins es el cerebro de la operación, la ve desde una perspectiva más amplia. No ha tardado nada en detectar el núcleo del problema. No cabe duda de que han comprendido el mensaje.

—¿Crees que nos harán alguna sugerencia?

—Sí. Creo que hemos hecho bien al decírselo en esta fase temprana de la partida. Está bien que Jerry Trotter y su equipo trabajen con nosotros. Solo espero que nos informen lo antes posible.

—Yo creo que lo harán. Jerry no es de los que se quedan sentados mientras sesenta millones de dólares se convierten en calderilla. Pero tengo una reserva.

—¿Cuál?

—Nunca estaré totalmente seguro de que Jerry trabaje con nosotros.

*Centro Médico de la Universidad de Columbia*

*Nueva York*

*3 de marzo de 2011, 18.23 h.*

Pia alzó la vista de su lectura y vio que eran casi las seis y media; se preguntó cuánto tiempo más iba a tener que esperar. Estaba sentada en el desierto laboratorio, delante de su despacho, que continuaba inaccesible. Estaba esperando a Rothman, que seguía en la unidad de bioseguridad intentando terminar de reunir los datos para el artículo de *The Lancet*. Yamamoto le había dicho que esperara porque Rothman quería hablar con ella. Sobre qué, no tenía ni idea. Fuera lo que fuese, la ponía nerviosa.

El día había sido interesante en algunos aspectos, aunque no había sido de los mejores. Se había pasado la mañana haciendo las tareas equivalentes a las de un pinche de cocina en el laboratorio, lavando y volviendo a lavar objetos de cristal. Había llegado tarde por segundo día consecutivo, y no solo según los criterios de la secretaria Marsha Langman. Por segundo día consecutivo, George no había ido a despertarla, y se preguntaba por qué. La irritaba hasta cierto punto, porque había llegado a contar con ello, si bien era la primera en reconocer que no tenía ninguna obligación de hacerlo. Había vuelto a dormir mal, algo que se repetía desde hacía una semana o más. Como de costumbre, eran pesadillas relacionadas con recuerdos infantiles que había luchado por eliminar y que la sorprendían por su claridad. Incluso años después, aún poseían un enorme poder de sorprenderla e inquietarla.

El jefe técnico, Arthur Spaulding, parecía haberse divertido con el castigo de Pia. Se había tomado la molestia de dar un rodeo cuando entraba en el laboratorio para pasar al lado de Pia, sin decir nada. No era necesario, bastaba con su sonrisita burlona. Spaulding llevaba años en el centro de investigaciones, y le gustaba que las cosas se hicieran bien. Había empezado a trabajar para Rothman hacía dieciocho meses, y se llevaba tan bien con él como su antecesor antes de que lo despidieran. Daba la sensación de que todas las peticiones irregulares de Rothman le ofendían, y como Rothman era Rothman, casi todas sus peticiones eran irregulares.

—¿Necesita algo, señor Spaulding? —terminó por preguntarle Pia cuando pasó a su lado por quinta vez—. Parece que se desvía de su camino para acercarse por aquí.

Spaulding no dijo nada y se fue, pues Yamamoto había aparecido de repente para hablar con la joven.

—Señorita Grazdani, nos gustaría verla en el laboratorio de baño de órganos.

El doctor Yamamoto no había dicho nada directamente relacionado con el retraso de Pia, pero tampoco era necesario: Pia había captado el mensaje. Se levantó al instante y se dirigió hacia el laboratorio para reunirse con Lesley y Will, que llevaban

allí toda la mañana. Estaban en una habitación lateral con Rothman, quien sujetaba un grueso libro en rústica con una mano al tiempo que presionaba con impaciencia la pantalla de una máquina recién instalada que parecía una enorme impresora de chorro de tinta.

—Doctor Yamamoto, por lo visto hemos comprado un cacharro —dijo Rothman.

Will señaló el enchufe múltiple de la pared. Yamamoto se agachó y conectó el protector de sobrecargas. La máquina zumbó y cobró vida.

—¿Alguien sabe qué es esta máquina? —preguntó Rothman sin alterarse; a continuación, se agachó para inspeccionar las tripas del aparato. Cuando se acercó, Pia comprobó que la ingeniería del aparato era muy complicada, con barras correderas y un artilugio grande, como el chorro de tinta de una impresora. Abrió la boca para contestar, pero Lesley se le adelantó.

—¿Una impresora de órganos?

Había visto la portada del libro que Rothman sujetaba.

—Sí, para bioimprimir en 3-D. Tenemos una máquina más antigua, pero esta es nueva. Alguien de la empresa fabricante vendrá mañana para enseñarnos a utilizarla.

—Tal vez deberíamos esperar hasta entonces para conectarla, doctor —insinuó Yamamoto.

—No irá mal que se caliente un poco. Señor McKinley, ¿qué sabe usted sobre bioimpresión en 3-D?

—Creo que funciona como una impresora normal, esparce células vivas sobre una hoja de... una hoja de algo. Va reconvirtiendo las capas en una estructura tridimensional. Es habitual que las células se organicen por sí mismas para funcionar en conjunto. Hasta el momento, se aplica para fabricar piel y cartílago.

—En efecto. Se pueden imprimir hernias discales. Cosa que tal vez necesite probar mañana —dijo Rothman al tiempo que se incorporaba y se masajeaba la región lumbar—. Todos vamos a tener que darnos prisa con esta máquina. Cuando esta ingeniería madure, tal vez sea más rápida que el cultivo de órganos. En esta fase, creo que la utilizaremos para reparar defectos en los órganos que estamos cultivando, pero ¿quién sabe? El valor de esta tecnología consiste en que un órgano se crearía como el reflejo invertido del perteneciente al paciente, utilizando datos de estudios de resonancias magnéticas. Como suele ocurrir con la organogénesis, lo más difícil no es replicar la función de los órganos o glándulas, sino conectarlos con el resto del cuerpo. Hay que orientar venas, arterias, conductos, etcétera, de la manera apropiada para que la cirugía sea factible.

Rothman había localizado un interruptor y lo estaba conectando y desconectando. Después, volvió a abrir el manual de instrucciones y se absorbió de inmediato.

Yamamoto salió con los estudiantes. Will se volvió para mirar a Rothman.

—Espero que ese trasto todavía funcione cuando el tipo venga mañana.

Los estudiantes pasaron el resto del día controlando los baños de órganos. Habían descubierto que algunos experimentaban leves cambios de temperatura o de pH de forma espontánea, y los tres hablaron con Yamamoto acerca de diseñar un sistema de alarma incluso para aquellas fluctuaciones sin importancia. Les parecía que hasta aquellos cambios tan pequeños podían influir en los resultados. Era ciencia de verdad, exigente y estimulante para cada uno de los alumnos. Will y Lesley trabajaban juntos, a una distancia respetuosa de Pia, que estaba en su propio mundo.

Después de que el doctor Yamamoto se despidiera de los estudiantes hasta el día siguiente, le pidió a Pia que se quedara un momento.

—Al doctor Rothman le gustaría hablar con usted después, cuando hayamos terminado en el laboratorio de nivel tres. Espero que no le importe.

—Por supuesto que no —contestó Pia. ¿Qué otra cosa podía decir?

*1, Central Park West*

*Nueva York*

*3 de marzo de 2011, 20.30 h.*

Jerry Trotter y Max Higgins les dejaron a Edmund Mathews y Russell Lefevre un bonito recuerdo de la comida que habían compartido en el Terrasini. Era una cuenta bastante abultada, así que cuando Edmund la pagó depositó su confianza en que Jerry y Max hicieran algo que la justificara. Albergaba una esperanza razonable, pues sabía que no eran gente que le diera largas a un problema. Eran famosos por hacer lo que fuese necesario.

Y Jerry y Max no les decepcionaron. Al cabo de una hora de salir del restaurante, Trotter y Higgins tenían a dos de sus mejores investigadores trabajando en los dos casos, uno en el problema de la regeneración de órganos en Columbia y otro escarbando en los trapos sucios de Gloria Croft con la intención de obtener algo con lo que controlarla. Jerry sabía que todo el mundo, sobre todo la gente de Wall Street, tenía secretos. También dieron a los investigadores los nombres completos de Edmund y Russell, para que buscaran en Google más información sobre su pasado.

Jerry no podía utilizar a su mejor agente, que en realidad era una mujer llamada Jillian Jones, porque ya estaba dedicada a investigar una empresa que, en opinión de Higgins, podría estar falseando sus cuentas a la baja con el fin de allanar el camino para una opa. Pero como investigadores, Tim Brubaker y Harry Hooper estaban a muy poca distancia de Jones. Llevarían a cabo un trabajo concienzudo, y serían rápidos.

Era la primera vez que Jerry tenía a tres investigadores en nómina al mismo tiempo. Hablando con propiedad, Jones, Brubaker y Hooper no figuraban en las cuentas de Trotter Holdings. Se les contrataba extraoficialmente y cobraban solo en metálico. No existía documentación, ni comprobantes ni recibos; esto último porque Trotter confiaba en que ninguno de ellos inflaría la cuenta de gastos. Los investigadores aceptaban suficientes casos legales de vigilancia doméstica para declarar a Hacienda unos ingresos que justificaban su nivel de vida. Por lo general, eran capaces de incluir un trabajo realizado en negro para alguien como Jerry Trotter en otro reflejado en su contabilidad empresarial.

A Jerry Trotter le encantaba aquel trabajo clandestino semiilegal porque estaba muy alejado de todo lo que había hecho como cirujano plástico o administrador financiero. Le gustaba todo lo relacionado con el asunto, y con solo decir «Brubaker» y «Hooper» experimentaba cierta emoción. En su opinión, eran los nombres perfectos para unos investigadores. Para él, era como actuar en su propia película. Brubaker y

Hooper eran ex policías y habían visto de todo. Jillian Jones también había visto de todo, pero nadie sabía a qué se había dedicado antes, y nadie se atrevía a preguntárselo. Al contrario que la mayoría de los investigadores, siempre parecía angustiada y se ofendía a la más mínima. También era cinturón negro de karate y siempre iba armada.

Como de costumbre, Higgins se ocupó de todos los trámites prácticos. Compró tres teléfonos móviles de usar y tirar y utilizó uno para hacer una llamada de telemarketing convenida de antemano a los despachos de Hooper y Brubaker. La llamada pretendía ser de una empresa interesada en hablar con el gerente acerca del franqueo mecanizado de la empresa. Aquello identificaba el origen de la llamada. El primer dígito del número que les facilitaba para que se la devolvieran indicaba la tarifa ofrecida. Los cuatro últimos especificaban la hora del encuentro en el lugar habitual. Brubaker y Hooper tenían la costumbre de escuchar sus mensajes con regularidad, y ambos oyeron el de Higgins al cabo de media hora. La promesa de trescientos dólares por hora les condujo al lugar de encuentro, un reservado de la parte de atrás del bar Flanagan, en la Segunda Avenida, a las cuatro. Higgins tardó cinco minutos en darles las instrucciones, entregarles un teléfono móvil a cada uno y un anticipo de mil doscientos dólares por su trabajo.

Otro aspecto del juego que le encantaba a Trotter era preguntar a sus chicos cómo habían logrado descubrir cualquier información que aportaran. Al principio, ni Hooper ni Brubaker querían hablar de su *modus operandi*, pero al final se plegaron a los caprichos del ex cirujano. Al fin y al cabo, era él quien firmaba los talones.

Cuando su teléfono sonó a las ocho y media, Trotter estaba en su apartamento, cerca de la cumbre del Trump International, en la esquina de Central Park West con Columbus Circle, preparándose su segundo Glenlivet. Trotter vivía a tanta altura que no se había molestado en colgar cortinas en la sala de estar. No quería que nada interfiriera con su vista de Central Park. Aquella noche, solo se veían bancos de nubes bajas y lluvia. Le alegró que fuera Brubaker. El número que aparecía en su pantalla era el del móvil que Higgins le había dado.

—Soy B —dijo Brubaker. Era el nombre en clave que Trotter había insistido en que utilizara.

—¿Tan pronto?

Trotter apenas podía disimular el nerviosismo infantil de su voz.

—Sí, he conseguido hablar directamente con la secretaria del laboratorio haciéndome pasar por periodista. No había forma de callarla. Creía que le estaba haciendo un favor a su jefe hablando de él. Considera que es tímido y necesita que le echen una mano. Eso me ha dicho.

—Así que ha sido una mina de información.

—En efecto. No he entendido ni la mitad de lo que ha dicho, pero estaba muy

bien informada. Estoy transcribiendo la cinta palabra por palabra. No quiero que ningún servicio de transcripción vea este material.

—Muy prudente, por supuesto. Hazme un resumen.

—De acuerdo. Los dos nombres que me dio son esos tipos, sin duda...

—Rothman y Yamamoto —interrumpió Trotter.

—Mierda, ¿de qué sirven hablar en clave y todo el secretismo si usted no lo respeta? Sí, son esos dos. El primero es el pez gordo.

—Lo siento —dijo Trotter maldiciéndose por dentro.

—Bien, así que me suelta todo ese rollo sobre lo que están haciendo, pero se supone que yo soy un periodista científico y que entiendo lo que me está diciendo. Al final le pedí la versión abreviada dirigida a todo tipo de lectores.

—¿En qué periódico cree que va a salir?

—En ninguno. Le dije que estaba haciendo una investigación para ver si podía escribir un artículo y que, si era así, la llamaría para avisarla.

—¿Y si te llama ella?

—No tiene mi número. Le dije que mi investigación era muy confidencial y le pedí que no le dijera a nadie que habíamos hablado, porque se trata de una historia tan importante que otros reporteros no tardarían en enterarse y yo quería tener la exclusiva. De hecho, estoy pensando en escribirla en serio. No le estaba mintiendo, esto va a ser un bombazo.

La alegría de Jerry por jugar a Dick Tracy se evaporó de repente.

—¿Qué quiere decir «un bombazo»?

—Bien, según ella, esos tipos están a punto de cultivar órganos fuera del cuerpo a nivel comercial, órganos perfectamente adaptados a las personas que los necesiten. Las pruebas con animales han salido bien, y ahora quieren pasar a utilizar células madre humanas.

—¿Cuándo?

—Ahí se mostró más reservada. No porque no quisiera decírmelo. Creo que no lo sabía y no quería que se notara que era así. Pero dentro de pocos meses, tal vez semanas, experimentarán con células humanas, y desde luego no serán años.

—¿Semanas o meses? La diferencia es importante.

—Bien, creo que tendré que hacer algunas llamadas más, pero ya está sucediendo. Y pronto. El científico también está trabajando en otra cosa. Algo relacionado con cultivar cepas de salmonela que causan fiebre tifoidea en la lanzadera espacial. ¿Se le imagina? Piense en adónde van a parar nuestros impuestos. Me pone enfermo.

—Dímelo a mí —contestó Jerry—. Vale, gracias, B. Mantenme informado.

—Entendido, jefe.

Después de recibir las noticias de Brubaker, Trotter estaba impaciente por saber qué tipo de progresos, si existían, estaba haciendo Hooper. Aunque técnicamente iba

contra el protocolo, llamó al nuevo teléfono móvil del investigador privado.

—Sí —contestó Hooper al cabo de un timbrazo. Estaba haciendo llamadas acerca de su investigación sobre Gloria Croft y creyó que se trataba de alguno de sus contactos.

—Hola, soy el jefe.

—Hola, jefe.

—¿Qué hay de nuevo? ¿Has averiguado algo?

—Solo llevo tres horas en ello. Nada, de momento.

—¿Cuál es la tapadera?

—Soy un cazatalentos en busca de alguien para el empleo de director general de un banco importante. La junta quiere una mujer por aquello de guardar las apariencias. Voy preguntando por las diferentes personas de mi supuesta lista.

—Nuestra amiga no necesita un empleo, gana más de siete cifras al año —dijo Trotter decepcionado. Evitó a propósito utilizar el nombre de Croft.

—Lo sé. Ellos lo saben. Pero a la gente le gusta presumir de lo mucho que sabe. Creo que alguien me explicará hasta qué punto no necesita un empleo en un banco. O si es necesario que la sometan a examen para dirigir una empresa pública, más en concreto.

—O sea, quieres que alguien se jacte de lo que sabe.

—Claro, todos lo hacemos. Casi todos. Y el mundo financiero es como un pequeño club competitivo que se alimenta de habladurías.

De acuerdo, aquello estaba mejor. Jerry volvió a quedarse sorprendido por lo parecidos que eran Hooper y Brubaker. Parecían polis de Brooklyn, y eso era lo que habían sido.

—¿Has averiguado algo ya?

—Acabo de hablar con un tipo que la conoció en Morgan. Le he dicho que alguien le había mencionado como posible referencia y se ha echado a reír. Un auténtico capullo, se cree que soy un idiota que iba al Brooklyn College por las noches. No me gustan esos tipos de la Ivy League. Pero sabe algo, estoy seguro. Intenta tocarme un poco los cojones. Espero que no se pase, porque se ha equivocado de tipo. Puedo conseguir que la grúa se lleve esta noche su maravilloso coche, y no acabará en el depósito.

—Sí, estoy seguro de que puedes hacerlo. Por eso soy sincero en nuestra relación. Hooper rió, y a continuación añadió:

—Otra cosa. Me ha dicho que podía preguntarle a uno de los banqueros que Higgins mencionó cuando hablamos este mediodía. Que si quería desenterrar basura sobre nuestra amiga le preguntara a él, porque cree que estuvo jodiéndola, literal y figuradamente, en sus tiempos de Morgan.

Trotter frunció el ceño.

—¿Cuál?

—El tipo corpulento del pelo corto.

—Eso sí que es bueno. No llames, pregúntaselo a él directamente. Conviértelo en parte de tu investigación. Podría ser interesante.

—Comprendido.

Cuando Trotter colgó el teléfono, sonrió.

—Edmund, pillastre.

*Centro Médico de la Universidad de Columbia*

*Nueva York*

*3 de marzo de 2011, 21.02 h.*

Pia esperó más de dos horas a que Rothman y Yamamoto acabaran de trabajar en el laboratorio BSL-3. Invirtió el tiempo de manera productiva, leyendo artículos publicados en internet sobre ingeniería de tejidos e impresión de órganos, que era lo que habría hecho si hubiera vuelto a la residencia. Con el transcurso del tiempo y los ruidos de su estómago vacío, iba aumentando su preocupación acerca de que la charla estuviera relacionada con el hecho de que hubiera llegado tarde dos días seguidos. Por fin aparecieron Rothman y Yamamoto. Este último se marchó de inmediato. Rothman le indicó a Pia sin pronunciar palabra que se reuniera con él en su despacho, donde fue al grano.

—Quiero hablar con usted sobre el futuro. Su futuro. He de saber si está comprometida con este trabajo.

—Sí, de veras —contestó Pia. El pánico se había apoderado de ella—. Sé que esta mañana he llegado tarde...

—Ha llegado tarde dos mañanas seguidas, al menos eso dice la señorita Langman.

—Lo siento... —tartamudeó Pia. Sus temores se estaban confirmando.

—No sirve de nada lamentarlo —replicó Rothman—. Me preocupa lo que eso implica.

—Me aseguraré de que no vuelva a suceder.

Rothman desechó sus excusas con un ademán.

—Déjeme hablar mientras tenga ganas de hacerlo. Como ya sabe, no estoy acostumbrado a hablar demasiado sobre este tipo de tonterías. No tengo tiempo. El año pasado le confié cierta información sobre mí porque cada vez estaba más seguro de que usted se estaba convirtiendo en la persona que yo creía que podía llegar a ser. Recuerde que, tal como le dije, intervine para que la admitieran cuando otros miembros de ese maldito comité de admisión en el que me vi obligado a participar se mostraron reticentes debido a su experiencia en el programa de acogida temporal. Dado que yo compartí la misma experiencia, pensé que usted podría tener madera de investigadora.

—Yo he llegado a la misma conclusión.

—¡No me interrumpa! —le espetó Rothman—. El año pasado, cuando le conté unos secretos sobre mí que solo conoce mi esposa, que Dios la bendiga por aguantarme, relacionados con mi historia en hogares de acogida y mi Asperger, no fui

del todo sincero. Le dije que mis hijos no estaban tan sanos como a mí me gustaría. Para ser más concreto, no solo se encuentran también dentro del espectro del Asperger, sino que, para colmo, padecen diabetes tipo 1. Haberles transmitido el Asperger ya era motivo suficiente de culpa y depresión. La diabetes ha sido la puntilla. El principal motivo de que me haya volcado en el trabajo con células madre es intentar que mis hijos se curen antes de que yo muera. Es un objetivo que me salvó de una depresión muy grave. La depresión ha sido mi *bête noire*.

—Siento lo de sus hijos —dijo Pia.

—No le cuento esto para que me compadezca. Se lo cuento para que me comprenda mejor. Nunca he accedido a ser mentor de nadie, y no solo porque el Asperger me coloque en desventaja social. Creo que no tengo tiempo para las tonterías de los demás, y eso incluye tanto a estudiantes de posgrado como a estudiantes de carrera. Usted ha sido la primera. Creía que su experiencia en los hogares de acogida conseguiría que floreciera en la solitaria búsqueda de la ciencia y que se merecía una oportunidad.

—Creo que tiene razón. Sé que también me enfrento a prejuicios sociales.

—Pia, el compromiso con la investigación ha de ser total. Hace dos días entró aquí y me dijo que sí, que iba a aceptar mi oferta de cursar el doctorado en mi laboratorio. Al mismo tiempo, me dijo que iba a hacer una residencia simultánea en medicina interna. Y esperaba que eso me complaciera. Pia, ese viejo mito del médico que se dedica al mismo tiempo a la medicina clínica y a la investigación está desfasado. Ni siquiera era cierto cuando sucedía. La investigación es algo más que un trabajo a tiempo completo.

Pia y Rothman se sostuvieron la mirada, una de las escasas veces que había sucedido a lo largo de los tres años y medio que hacía que se conocían. Era como si hubieran entrado en tablas mexicanas. Ambos se sentían en conflicto. Pia había luchado mucho y superado considerables obstáculos en su camino para llegar a ser médico. Ya estaba muy cerca. Dentro de unos meses conseguiría la licenciatura. El problema residía en que aún no sería médico con autorización del estado. Un residente era alguien en proceso de convertirse en un médico de verdad. Si no hacía la residencia, siempre sería una estudiante de medicina con una licenciatura.

Al final, ambos apartaron la mirada.

—Me doy cuenta de que soy difícil de entender —dijo Rothman, rompiendo el breve silencio—, o al menos eso dice mi mujer. Me aconsejó que conversara con usted.

—¿Me conoce?

—Sabe todo lo que ocurre en mi vida. Así hemos podido sobrevivir como pareja. No es fácil convivir conmigo.

Rothman llevaba días ensayando aquel discurso, de modo que se sintió

relativamente a gusto cuando empezó a hablar.

—Lo que busco en un colega es el compromiso. Un estudiante de medicina no sabe nada. No se ofenda. Pero si consiguen superar la facultad de medicina, significa que poseen los recursos intelectuales básicos para dedicarse a la investigación. Después del destello de inspiración inicial que te indica el camino a seguir, la mayor parte del éxito de la investigación reside en la tenacidad. En cubrir cada ángulo, en seguir todas las pistas posibles. Estoy mezclando metáforas, pero ya sabe a qué me refiero. De hecho, el doctor Yamamoto era un estudiante bastante mediocre, pero dio muestras de más aplicación que diez otros hombres que habían sacado mejores notas. Ya puedo decirle qué clase de médicos serán sus colegas. La señorita Wong está desesperada por ayudar a los enfermos, y será muy buena en ello. El señor McKinley acabará probablemente haciendo algo llamativo pero poco gratificante, como la cirugía, y peor todavía, la cirugía plástica.

Pia no sabía qué decir.

—Me complace que tomara la decisión correcta en relación con las monjas. Me demuestra que se está orientando en dirección a la investigación, pero no quiero que cometa las mismas equivocaciones que yo. Para mí, hacer una residencia en medicina interna fue una gran pérdida de tiempo.

Rothman hizo una pausa.

—Creo que nos parecemos en muchos aspectos.

Pia abrió los ojos como platos, se ruborizó y bajó la mirada hacia sus pies. No compartía el consuelo que Rothman acababa de descubrir en hablar de aquellos asuntos personales.

—Necesito más ayuda aquí. El doctor Yamamoto no puede hacerlo todo, y yo no puedo confiar en los estudiantes de medicina que entran y salen del laboratorio por rotación. No se ofenda. Los dos estamos demasiado dispersos trabajando en la salmonela y la organogénesis al mismo tiempo. Pero la universidad se ha comprometido a ayudarnos, y espero que podamos contar con más personal y ocupar más espacio de laboratorio para acelerar nuestro trabajo sobre la organogénesis. Necesitamos otro investigador, como mínimo. Por eso le estoy hablando de compromiso. Aunque, por lo general, no tengo tiempo para excusas, dígame por qué ha llegado tarde estos dos últimos días.

—En realidad no hay excusa —admitió Pia—. Pero he tenido problemas para dormir

En silencio, maldijo a George por acostumbrarla a que la despertara, aunque sabía que estaba siendo muy injusta.

—¿Por qué tiene problemas para dormir? ¿Angustia?

—Pesadillas.

—¿Sobre qué, si me permite la pregunta?

—Recuerdos de la infancia. Historia antigua.

—Pia, creo que necesito conocerla mejor. Me ha hablado poco sobre su vida, a pesar de que yo he intentado sincerarme con usted sobre mí.

—¿Qué quiere saber?

—¡Todo!

Pia respiró hondo. A veces, en la vida hay un momento decisivo que puede identificarse como tal en el instante mismo en que está sucediendo. Pia comprendió que no podía esconderse ni mantenerse callada. Había llegado el momento de hablar. Salvo con su asistente social, Sheila Brown, nunca había hablado de su infancia. Respiró hondo de nuevo. Se sentía como si las paredes de la habitación se estuvieran estrechando a su alrededor. La única luz del despacho procedía de una pequeña lámpara de lectura que descansaba sobre el escritorio de Rothman, y proyectaba sombras sobre el rostro del científico.

—Me acuerdo de mi madre, no mucho, solo pequeñas cosas. También se llamaba Pia. De hecho, mi verdadero nombre es Afrodita, pero a las dos nos llamaban Pia. A veces, sin venir a cuento, un perfume o un gesto me hacen pensar en ella. Pero murió cuando yo era pequeña. No sé cómo, y ni siquiera sé cómo sé que murió, pero lo sé. Vivía en la ciudad con mi padre, Burim, y su hermano mayor, Drilon, que se alojaba con nosotros. Eran albaneses, albaneses de verdad, inmigrantes con muy pocos estudios. Mi padre se ausentaba con mucha frecuencia, y yo tenía que quedarme con mi tío, que era un verdadero cerdo. ¿Tiene agua?

Pia tenía la garganta seca.

Rothman sacó una botella de una pequeña nevera que había bajo la máquina de Nespresso. La empujó, junto con un vaso, sobre la superficie de cuero del escritorio.

—Mi tío me pegó un par de veces. También solía tocarme, siempre cuando mi padre no estaba delante, con eso tenía mucho cuidado. Me obligaba a tocarle de una manera indecente, por decirlo con delicadeza. Me hacía fotos, ya sabe, y él mismo las revelaba; creo que se las vendía a otros cerdos como él. Así se sacaba un sobresueldo. Una noche me harté, y fui por él.

—¿Qué hizo?

—Intenté apuñalarle en el pene con unas tijeras. Por desgracia, fallé. Sangró un montón. Recuerdo que más adelante, cuando estudiaba primero de anatomía, el profesor habló de la arteria femoral y bromeó diciendo que había que evitar heridas punzantes en esa zona. Supongo que fue ahí donde apuñalé a mi tío.

»Cuando salió del hospital, me dio una buena paliza, y supongo que alguien llamó al 911 para denunciar el caso de una niña con la cara amoratada, porque la policía fue a buscarme. Arrestaron a mi tío y a mi padre. Así me convertí en propiedad del Servicio de Protección de Menores de Nueva York.

Pia tomó otro sorbo de agua.

—¿Y su padre?

—Desapareció. Años después, convencí a Sheila Brown, mi última y mejor asistente social, de que me contara lo sucedido. Logró averiguar que los dos pagaron la fianza y desaparecieron en la ciudad. No tengo ni idea de dónde está, ni siquiera sé si vive. Supongo que me autoconvencí de que no debía culpar a mi padre por lo que su hermano me hizo. Cuando estaba en el programa de acogida, fantaseaba con que de repente aparecería y me rescataría de los lugares adonde me enviaban, pero nunca lo hizo. Abandoné toda esperanza al cabo de unos años.

—¿Cuántos años tenía cuando entró en el programa?

—Seis. Desde el principio me convertí en un problema para la gente del programa de acogida. Mi padre no había renunciado de manera oficial a la patria potestad, de manera que no podía ser adoptada. Antes tuvo que inscribirse en el Servicio de Atención a la Infancia (yo no iba al colegio, supongo) y, como era un genio, dijo que era musulmana, lo cual, siendo él albanés, es posible que fuera cierto. Según Sheila, debió de pensar que me tratarían mejor si pertenecía a una minoría, pero el resultado fue que ninguna agencia religiosa me reclamó. En aquella época, el sistema estaba dominado por las organizaciones católicas, protestantes y judías. Por lo tanto, en lugar de tener posibilidades de dar con una familia adecuada, me colocaron en una especie de hogar colectivo provisional y un conserje intentó abusar de mí igual que mi tío, pero le planté cara. Me quejé al respecto, y creo que aquello me dejó estigmatizada como una niña problemática.

»Acabé en el juzgado de menores un par de veces. Tuve suerte de que no me encerraran, supongo, pero me etiquetaron como “persona necesitada de supervisión”. Me encanta esa frase. De manera que el primer tugurio al que me enviaron se llamaba Refugio Wilhelmina para Niños Problemáticos. Me metí en muchos líos. Me amonestaban por no mirar al personal a los ojos, cosa que interpretaban como que no sentía el suficiente arrepentimiento, ese tipo de cosas.

Pia miró a Rothman. Su expresión era impenetrable. Su jefe asintió de manera casi imperceptible.

—Cuando tenía doce años, me enviaron a la Academia Femenina Hudson Valley, en una ciudad llamada Eden Falls. Suena agradable, ¿verdad? Eden Falls. La supuesta escuela era una institución del siglo XIX. Allí solían enviar a las prostitutas adolescentes para reformarlas, pero en mi época era a donde iban a parar todos los casos difíciles que habían sido expulsados de todas partes: las chicas a las que nadie quería adoptar o al menos tratar como era debido. Las internas vivían en casas. La pintura se desprendía, las cañerías no funcionaban. Te asabas en verano, te helabas en invierno. Aquello era soportable. Aunque el problema eran las otras chicas.

»Las bandas de chicas dirigían el lugar como familias mafiosas. Bien organizadas (los “papás” en la cima, después las “amas de casa”, los “primos”, los “tíos”,

etcétera). Te robaban el dinero, te obligaban a hacer sus tareas, te golpeaban sin motivo alguno. Actuaban por las noches. Había muchos malos tratos, abusos físicos, a veces sexuales. El personal lo sabía, pero pasaba. Las chicas mantenían el orden mucho mejor de lo que ellos habrían podido hacerlo. Intenté pasar desapercibida, pero al final nos tocaba a todas. Una noche me encontraron escondida y me atacaron en un cuarto de baño...

Hizo una pausa.

—Al final, encontré un viejo manual de boxeo en la biblioteca, y dos de las chicas más jóvenes sabían algo karate, de modo que montamos una clase improvisada de autodefensa. Yo estaba decidida. Cada vez que venían por mí, les plantaba cara. Así que nunca llegué a formar parte de su «sociedad en las sombras», como lo llamaba una asistente social. Me metí en montones de peleas, pasé muchos días y noches en la habitación de castigo que era un eufemismo para la celda de aislamiento. En una ocasión me pasé allí toda una semana. Lo que hice fue pillar a solas a la líder del grupo que me había atacado en el cuarto de baño y darle una buena paliza.

Pia se inquietó por si estaba hablando demasiado, pero Rothman se limitó a cabecear de nuevo cuando ella le miró.

—Me esforzaba mucho en las clases que se impartían en la Academia Hudson Valley. Era una escapatoria. Algunos profesores sí se implicaban. Estaba decidida a no terminar embarazada en la beneficencia o en la cárcel, como les pasaba a la mayor parte de las chicas cuando salían. A casi ningún miembro del personal le importaba lo que pasara o lo que hiciesen las internas mientras no nos matáramos mutuamente. Perdón por la expresión, pero era como un maldito vertedero de basura. Abandonan allí los desperdicios hasta que cumplen dieciocho años y se han enganchado a las drogas y luego los lanzan al mundo sin la menor supervisión. Buena suerte.

»El director sabía que el sistema creaba tantos problemas como pretendía solucionar. Se llamaba Papitano. Quería conseguir mejores terapeutas y profesores. Hasta intentó que clausuraran la institución, pero le amenazaron y dejó de insistir.

»Nos enteramos porque el director vivía en una gran mansión que había en los terrenos de la escuela y algunas le limpiábamos la casa y cocinábamos para él. Me ayudó destinándome a esas tareas y derivándome a los buenos profesores. Pero era un inútil y un maltratador. Deduje que su esposa le había dejado y nunca veía a sus hijos. Yo tenía dieciséis años, andaba mucho por su casa y se le metió en la cabeza que estaba interesada en él a pesar de que me había resistido a todas sus insinuaciones. Una noche él estaba muy borracho y yo leyendo en la biblioteca (era la única biblioteca de toda la escuela). Entró y me dijo que me quería. Fue de lo más patético, pero me acorraló en una esquina, y a mí no me gusta que me acorralen. Me parece que dijo que el ojo se le había puesto morado debido a una caída en la ducha.

»Creo que Papitano estaba más avergonzado que enfadado conmigo, porque no

me pasó nada. Salvo que quiso expulsarme, lo cual era bueno. Ahora que lo pienso, me parece que no fue por mí, sino para no caer de nuevo en la tentación, o para evitar el problema que tuviese. Pero por su intercesión conseguí una asistente social buena y competente.

—Sheila Brown —dijo Rothman.

—Sheila Brown. Era muy persistente; fue a los tribunales, y los Servicios de Protección de Menores accedieron a trasladarme a un hogar colectivo con el fin de que pudiera conseguir mi diploma escolar antes de «emanciparme» del sistema. Emancipación, una palabra muy bien elegida. Y así me fui de Eden Falls, gracias a Dios. Me marchaba muy contenta, pero el tal Papitano...

Pia enmudeció e hizo una pausa para serenarse. Cuando volvió a hablar lo hizo en voz muy baja e inclinada hacia delante, con la mirada clavada en el escritorio de Rothman.

—Había llegado a confiar en él. Pensaba que nos llevábamos bien. Pero antes de que me marchara, volvió a emborracharse, y era un hombre muy grande. Me volvió a pillar a solas en la biblioteca. Había bajado la guardia y él me traicionó.

Pia dejó de hablar. Estaban sentados tan inmóviles que el interruptor de detección de movimientos del despacho de Rothman apagó las luces. La repentina oscuridad provocó que tanto el científico como Pia pegaran un bote. Las luces volvieron a encenderse al instante.

—Dios, creía que lo habían arreglado —dijo Rothman—. Me pasaba continuamente.

—Debe de pensar que padezco un trastorno de personalidad antisocial —dijo Pia, que lamentaba haber contado tantas cosas de su violento pasado. Había sido como una presa al reventar—. Nunca he hablado de esto con tanta sinceridad. A nadie, salvo quizá a Sheila. Pero con ella no ocurrió enseguida. Pasó con el tiempo.

—No creo ni por asomo que padezca algún trastorno de personalidad —contestó Rothman—. Hizo lo que debía. La admiro. Mi experiencia en los hogares de acogida no fue tan mala, ni mucho menos. Al tener padres judíos, conseguí un buen puesto enseguida. No fue un camino de rosas y tuve que arreglármelas sin muchos cuidados, pero yo era mayor. Tenía once años en aquel tiempo. Además, pasaba las vacaciones con una tía que no era la más tierna de las almas, pero al menos era de la familia. Aunque solo me habían diagnosticado TDHA, mis padres no podían conmigo, así que habían tirado la toalla. En su defensa, debo decir que yo era un buen elemento. Tenían cuatro hijos mayores, y supuse que se les había agotado el amor para cuando yo llegué.

»Escuche, Pia, no intento que se sienta agradecida hacia mí o que cambie de opinión sobre mí a causa de lo que le he contado. Solo estoy diciendo que en parte comprendo lo que sufrió, sobre todo después de lo que me ha confesado esta noche.

No me extraña que tenga pesadillas, y si quiere que le diga la verdad, el que llegue tarde no me molesta tanto como a Marsha y Junichi, sobre todo con lo que sé ahora. Irónicamente, a ellos les molesta porque creen que a mí me molesta. Lo que quiero grabar en su cerebro es que la investigación es mi vocación, donde me encuentro bien a pesar de mi pasado y mi Asperger. Creo que también podría ser la de usted, pero tendrá que tomar una decisión. No puede ser a medias. Ha de elegir la investigación o la medicina clínica. No pueden ser ambas.

—Trastorno reactivo del apego —dijo Pia—. Una de las asistentes sociales de la academia de Hudson Valley me dijo que sufría trastorno reactivo del apego. Se supone que significa que no puedo mantener una relación con nadie.

—Bien, en ese caso me parece que hacemos una buena pareja —comentó Rothman, y sonrió. Pia nunca había visto sonreír a su jefe, y toda su cara se iluminó durante un segundo—. Piense en su futuro. No hace falta que conteste ahora. Pero he de saberlo cuanto antes para prepararme. Una vez se publique nuestro artículo en *Nature*, las cosas van a acelerarse.

Rothman se levantó.

—Ahora he de volver a la unidad de bioseguridad durante otra hora o así.

Típico del comportamiento inducido por su síndrome de Asperger, se fue sin hacer más comentarios.

La joven permaneció allí sentada después de que Rothman se marchara. Salvo por los sonidos que emanaban de la maquinaria automática del laboratorio, reinaba el silencio. La lámpara del escritorio se apagó de nuevo, hasta que ella sacudió una mano en el aire. Se había quedado estupefacta por los acontecimientos de la noche. Se sentía expuesta, desnuda emocionalmente, y comenzó a preocuparse por si Rothman acababa decidiendo que corría un riesgo demasiado elevado con ella. Continuó sentada en la silla otros diez minutos, hasta que al final se levantó y se fue. Mientras bajaba en el ascensor, empezó a sentirse mejor, aliviada hasta cierto punto por haberse mostrado tan franca. Rothman había pasado también por el programa de acogida temporal, así que la comprendía. De repente, Pia tuvo la seguridad de que todo iba a salir bien. En su opinión, solo podías fiarte de un hombre cuyos actos confirmaban sus palabras, o mejor todavía, que actuara sin pedir nada a cambio. Solo conocía a una persona que cumpliera aquellas condiciones, el doctor Rothman. Sabía que incluso George, generoso como era, perseguía sus propios fines.

Salió a la fría noche sin saber exactamente qué iba a hacer, pero tenía que admitir que Rothman había hablado con mucha sensatez. Por increíble que pareciera, pensó que se había metamorfoseado en la figura paterna que nunca había tenido.

*1, Central Park West*

*Nueva York*

*4 de marzo de 2011, 8.05 h.*

Cuando el teléfono del despacho de su casa sonó poco después de las ocho de la mañana, un Jerry Trotter muy angustiado lo descolgó con brusquedad. Estaba esperando a que sonara y confiaba en que fuera Harry Hooper.

—Acabo de desayunar con ese tipo de Morgan del que hablé anoche —dijo Hooper, sin andarse por las ramas, en cuanto Trotter descolgó.

—¿Te has reunido con ese tipo? ¿Te has sentado delante de él y te has puesto a desayunar?

Trotter estaba sorprendido. Brubaker y Hooper solían ser más indirectos, evitaban los encuentros cara a cara.

—No quiso decir nada más por teléfono. Quería una entrevista, insistió en ello. A las seis y media de la mañana. Cree a pies juntillas que soy un cazatalentos, y quiere un nuevo empleo, como ayer. Me pareció inofensivo. No creo que vuelva a verle.

—Pero ¿tú que sabes de los cazatalentos?

—¿Qué hay que saber? Solo le pedí que me hablara de él, de sus capacidades, de dónde se ve dentro de cinco años, todo ese rollo. Le dije que no conocía a nadie que necesitara a alguien exactamente como él, pero que estaría atento, no me olvidaría de él.

—¿No te pidió la tarjeta?

—Le dije que se me habían acabado. Le conté que me había reunido con un montón de banqueros durante las dos últimas semanas y había calculado mal las que necesitaría. Casi llegué a convencerme a mí mismo de que estaba así de ocupado. En cualquier caso, al final acabamos hablando de su amiga, jefe. El tío corpulento para el que estaba trabajando y ella se acostaron juntos sin la menor duda. Más de una vez. No fue solo un ligue de borrachos durante una convención, sino una relación en serio: habitaciones de hotel por las tardes y todas esas cosas.

—¿Y cómo lo sabe el tipo de Morgan?

—Salía con una mujer que era buena amiga de esa chica. Amigas de verdad, de las que se lo contaban todo mutuamente. Así que la chica le confiesa a esta mujer que está saliendo con un tío casado. Después, le dice que es su jefe. Le pidió a la otra que jurara guardar el secreto, que no se lo contase a nadie, todo el rollo. Pero ella se lo contó a mi contacto. La información es valiosa, como ya sabe, y todo depende de las circunstancias. Esa mujer pensó que aquello la ayudaría en su relación con el tipo de Morgan, que les acercaría más, ya que compartirían un secreto. No funcionó. Se

separaron al cabo de un tiempo.

—¿Por qué te lo ha contado?

—Como ya he dicho, la información puede ser valiosa. Yo estaba preguntando por esa chica, y él sabía algo. Tal vez quisiera el supuesto trabajo que yo estaba buscando para ella. La verdad es que no lo sé. Tal vez le indujese a creer que estoy mejor relacionado con Wall Street de lo que estoy en realidad.

—Se va a cabrear cuando desaparezcas de repente.

—¿Y qué va a hacer, decírselo a su jefe? Pienso llamarle la semana que viene, para ir desinflándole poco a poco. Por lo visto, a mí también van a despedirme. Este es un mundo cruel.

—Vale —dijo Jerry—. Dame un momento para pensar.

Trotter sujetó el teléfono con ambas manos. Aquello era bueno: Gloria Croft y Edmund Mathews se habían acostado juntos hacía diez, doce años. Y la relación no había terminado nada bien, porque, al parecer, Gloria disfrutaba intentando arruinar a Edmund. Pero para lo que Jerry tenía en mente, debía haber más. Aquello era bueno, pero no suficiente.

—Vale, me gusta, pero necesito más. Sigue indagando. Intenta averiguar por qué rompieron y por qué terminó tan mal.

—De acuerdo, comprendido.

Jerry se reclinó en su silla. Era un hombre con un montón de secretos, y por eso daba por sentado que todo el mundo los tenía. Algunos de los secretos de Jerry estaban relacionados con el hecho de que le era infiel a Charlotte, su esposa desde hacía veintidós años. Había tenido aventuras con algunas pacientes, y una de ellas había continuado después de que Trotter cerrara la consulta y se dedicase a las finanzas. Todavía se veían, organizaban citas clandestinas en un apartamento que Trotter tenía en el Village para ese fin concreto. No se sentía culpable por Charlotte. Lo consideraba una especie de acuerdo, aunque nunca se lo había consultado a su esposa. Él jugaba, y ella vivía a lo grande. Ir de compras era su deporte favorito.

Desde el punto de vista del ex cirujano, el riesgo era algo muy importante en la vida. Cada uno lo maneja de una manera diferente. Creía que él lo gestionaba bien y por eso era un buen administrador de fondos de inversión libre. Otros se llevaban muy mal con los riesgos. La pregunta que verdaderamente atormentaba la mente de Jerry en aquel momento era hasta qué punto debía estar alguien al límite para hacer algo desesperado. Estaba empezando a pensar que quizá existiera una forma de solucionar el problema que Edmund le había cargado sobre los hombros.

Jerry Trotter escondía otro secreto, uno que le pesaba más que cualquier otro. Nada que ver con las mujeres. No solo tenía una participación personal bastante importante en LifeDeals, además de la posición que su fondo había adquirido de manera pública, sino que también había hecho hasta dos y tres inversiones

clandestinas más grandes que las otras dos participaciones juntas. Jerry había estudiado lo que Edmund y Russell habían montado con LifeDeals, leído los planes de negocios y examinado los informes de ventas. Había encargado su propia investigación secreta y pagado generosos honorarios a los abogados con el fin de disponer de instrumentos financieros listos para venderse en cuestión de días. Y después, parapetada tras una serie de empresas fantasma extranjeras, había montado la estructura esencial de una empresa paralela que remedaba a LifeDeals, incluido el tipo de pólizas que buscaban. Como Edmund nunca se cansaba de decir, los seguros de vida constituían un negocio de veintiséis billones de dólares solo en Estados Unidos. Había mucho dinero en juego.

La mala noticia de Edmund y Russell acerca de la medicina regenerativa había supuesto un mazazo para Trotter, mucho más de lo que Mathews podría haberse imaginado. Su diligencia debida la había pasado completamente por alto, al igual que Edmund. Para su socio y para su empresa, el problema de LifeDeals era desafortunado, pero apenas amenazaba el éxito del fondo de inversión libre, ni siquiera a corto plazo. Pero Jerry podía perder mucho más. Su participación personal era muy grande, pero también salvable. Sin embargo, si la empresa oculta que estaba lanzando se venía abajo, era probable que se arruinara. Las diversas firmas subsidiarias ya estaban comprando pólizas. Tomadas de una en una, eran diminutas comparadas con LifeDeals. Juntas, Trotter había pensado con orgullo hasta aquel momento, eran enormes.

A lo largo de las últimas dieciocho horas aproximadamente, desde que salió del restaurante Terrasini, Jerry Trotter se había convertido en un hombre desesperado. No había dormido en toda la noche, sino que había estado centrado en su vieja calculadora y en diversas carpetas y archivos intentando descubrir formas de salir indemne del desastre. Sabía que se estaba agarrando a un clavo ardiendo con lo de Harry Hooper, pero no perdía la esperanza de que Edmund Mathews se estuviera jugando algo más que dinero, algo que significara que Jerry no tenía que intentar solucionar el desastre por sí mismo. Trotter tenía pocos escrúpulos, pero prefería delegar en otros el juego sucio, el que podía acabar con tus huesos en la cárcel o algo peor.

*1, Central Park West*

*Nueva York*

*4 de marzo de 2011, 11.55 h.*

A mediodía, el de Jerry estaba a punto de convertirse en un caso perdido. Después de hablar con Harry Hooper, reanudó lo que había estado haciendo al final de la noche: navegar por internet solo por hacer algo. Trotter estaba como una moto debido a las anfetaminas que se había tomado para mantenerse despierto, y sabía que le faltaban entre treinta y seis y cuarenta horas para quedarse dormido. Cada dos horas se bebía un Red Bull, y tomaba Coca-Cola Light sin parar. Su esposa, Charlotte, no tenía ni idea de qué estaba sucediendo, pero conocía lo bastante bien aquella rutina como para mantenerse alejada de su marido. Para Jerry, internet era un recurso maravilloso y una canguro, por decirlo de alguna manera. Podías encontrar cualquier cosa que quisieras saber, así como cantidad de datos que ignorabas que querías saber. No servía de gran cosa para descubrir la fuente de la eterna juventud o demostrar la existencia de Dios, pero por lo demás era formidable.

Internet era particularmente útil cuando se trataba de proporcionar soluciones prácticas para todo tipo de problemas. Jerry había descubierto hacía poco cómo sintonizar su mando a distancia universal para que manejara los controles de su televisor, y lo agradecía mucho. Aquel problema era de una índole diferente. Sentado a oscuras y solo en su estudio, con las persianas bajadas, contemplaba la pantalla de su Mac para seguir distintos hilos en misteriosos grupos de discusión, hacerse socio de diversas organizaciones esotéricas, clicar en links que le conducían a torturados recovecos de nuestra conciencia colectiva tal como aparecían en la web.

Algunas lecturas le recordaban que había ido a la facultad de medicina. ¡Lo que habría dado entonces por contar con aquella fuente de recursos! La árida redacción del material médico no había cambiado en treinta años. Jerry pensó que tal vez hubiera dedicado un par de horas a leer sobre la salmonela cuando era estudiante. Siempre había tenido un poco de fobia a los gérmenes, sobre todo cuando se trataba de los microbios más potentes, y leer sobre aquel en concreto le inquietaba. Pero la primera especialidad del doctor Rothman, la que le había granjeado su primer Nobel, era fascinante.

Era una bacteria muy versátil y peligrosa.

Cuanto más se informaba, más convencido estaba Trotter de que solo tenía una forma de proceder. Al principio, la idea le aterrorizó, pero daba la impresión de que no había más opciones, y detestaba sentirse acorralado. Siempre que sentía aprensión, Jerry meditaba sobre la perspectiva de verse arruinado y caído en desgracia. Si todo

se iba al garete, se convertiría en el hazmerreír de todo el mundo. Algún escritorzuelo ambicioso publicaría un libro sobre él, y quedaría como un bufón y un idiota. Tenía que evitar aquel destino a toda costa.

Una vez que la idea se filtró en su mente, lo único que necesitaba era determinación y dinero. Dedicar horas a investigar en internet ciertas actividades especializadas le había convencido de algo más: el dinero podía comprarlo todo. Él lo tenía. Solo tenía que convencerse de que era capaz de llegar hasta el final.

Hacia mediodía, su móvil desechable volvió a sonar. Trotter esperaba que fuera Hooper, pero oyó a Brubaker.

—¿Qué tienes? —preguntó Trotter.

—La confirmación de que esos dos tipos son los líderes definitivos en la especialidad de creación de órganos. Muy por delante de los demás. Confirmado de manera independiente, además de la fuente que mencioné. Y nadie sabe con exactitud cuándo se producirá el gran avance, porque depende de unos resultados de pruebas que nadie puede predecir. Podrían realizar un experimento y que fracasara, lo cual les retrasaría una semana, o un mes. O que saliera bien y entonces pasaran a lo siguiente.

—Pero, a la larga, ¿funcionará?

—Eso me han dicho.

—Esperar que les explote en la cara sería demasiado, ¿no?

—Si confía en que fracasen, parece que eso no va a suceder. Todas las fuentes se han mostrado muy seguras.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me lo han dicho. Además, han formado una empresa privada para controlar las patentes que han presentado. Y no se trata de una sola patente. Es toda una serie de patentes para asegurarse de que controlan todo el campo.

—Gracias, ya me lo imaginaba. Eso significa que están cerca.

—No necesariamente. Solo significa que confían en lograrlo.

—¿Cómo has sabido lo de la empresa?

—¿De veras quiere saberlo?

—Por favor.

—De acuerdo, jefe. Tengo un amigo en la División de Corporaciones del Estado de Nueva York. Puede averiguar cuándo se registran corporaciones o sociedades de responsabilidad limitada. Va muy bien cuando un tío funda empresas de responsabilidad limitada para esconderle dinero a su mujer.

—No lo olvidaré.

—La llaman Rothman Medic. No fue difícil localizarla. La registraron hace dos semanas. Es probable que también lo hayan hecho en el extranjero, en países con un mejor sistema impositivo. Como ya he dicho, están siendo muy concienzudos.

—¿Quiénes son los socios?

—¿Los miembros de la empresa? Los dos mismos tíos.

Jerry finalizó la llamada. Rothman y Yamamoto. Daba la impresión de que aquel par estaba pilotando el barco sin ayuda. Trotter consultó el reloj. Eran casi las doce y media y habían pasado casi cuatro horas y media desde que habló con Hooper. De repente, se sintió muy cansado. Era vital para él que Hooper descubriera algo que pudiese utilizar para presionar a Edmund Mathews. Su cerebro estaba a punto de fundirse. Tenía que conseguir la ayuda de alguien. Sabía que Hooper le llamaría en cuanto tuviera algo, pero, al igual que la noche anterior, no pudo resistir la tentación de llamar.

—Soy yo —dijo de manera redundante cuando Hooper descolgó.

—¿Algún problema?

—Solo para saber cómo va —contestó Jerry tratando de controlar su voz.

Con las antenas siempre a punto, Hooper intuyó que sí había un problema, y se trataba de Jerry. Solo había pronunciado cinco palabras, pero al investigador le sonaron como si Trotter se hubiera metido cristal. Cuando era policía, había tenido que lidiar con todo tipo de drogas.

—No parece que se encuentre muy bien.

—Estoy cansado, nada más.

—Bien, he puesto varios cebos. Estoy esperando a que piquen. Procure relajarse.

«Claro —pensó Jerry cuando interrumpió la comunicación—. Para ti es fácil decirlo».

*Centro Médico de la Universidad de Columbia*  
*Nueva York*  
*4 de marzo de 2011, 12.35 h.*

La noche anterior, Pia se había acordado de poner el despertador que George le había regalado, así como el de su móvil. Se había despertado recuperada y a las seis y media ya estaba lista para marcharse. Había dormido como un tronco. Por primera vez en más de una semana. Después de ducharse, Pia había ido a la cafetería y llamado a la puerta de George para llevarle un baguel tostado con crema de queso y una taza de café.

—Uau, la primera vez —le había dicho George al abrir la puerta—. Y has traído el desayuno. ¡Entra!

—Te estoy devolviendo el favor. O favores. Pero ¿dónde estuviste ayer y anteayer? Llegué tarde los dos días, y ayer acabé limpiando vasos de precipitación durante dos horas como castigo.

—Oh, yo...

—Da igual. Tengo noticias.

—¿Buenas?

—Eso creo.

George continuó preparándose y Pia se sentó en la cama.

—Rothman quiere que trabaje en su laboratorio a tiempo completo cuando me gradúe.

George había salido del cuarto de baño con el cepillo de dientes en la mano. Estaba boquiabierto y lleno de espuma.

—¿Puede hacerlo?

—Creo que aquí puede hacer lo que le dé la gana. Le bastaría con amenazarlos con irse a Harvard o Stanford.

—¿Qué le has dicho?

—Nada. Para empezar, estaba demasiado estupefacta, y para continuar, me dijo que me lo pensara. Pero no hay nada que pensar. Voy a aceptar. Hablaré con la decana acerca de posponer mi residencia. Supongo que aun así cumpliría los requisitos para ser estudiante de doctorado. Pero lo importante es trabajar en su laboratorio. No podrías creerte lo que está sucediendo allí. Va a hacerse más famoso todavía. No me sorprendería que ganara otro Nobel.

George había vuelto al cuarto de baño y se había parado ante el espejo. Se miró a los ojos y se mordió la lengua.

—Eso es fantástico, Pia. Felicidades.

Había intentado hablar de manera convincente, pero no creía haberlo logrado.

—Pensaba que ibas a lanzar alguna de tus diatribas contra Rothman.

—Eh, si eso es lo que quieres hacer, creo que deberías hacerlo.

Volvió a morderse la lengua.

—Yo opino lo mismo. ¡Vamos, George! Date prisa, vamos a llegar tarde.

Aún estaba oscuro y caía una fría llovizna. Marzo no era uno de los mejores meses de Nueva York. George y Pia se habían dirigido a toda prisa a sus respectivas ocupaciones mientras hablaban de cómo les habían ido los primeros días.

—¿Qué tal se trabaja con Will McKinley?

—Es un poco gilipollas y un creído. Rothman cree que se dedicará a la cirugía plástica. De todos modos, se controla, porque es bastante listo. Lesley me cae bien.

—Estoy seguro de que el comentario de Rothman no pretendía ser un cumplido. Me han dicho que nunca dice nada positivo sobre nadie.

Pia se había limitado a enarcar las cejas sin hacer comentarios.

—McKinley cree que es un regalo de Dios para las mujeres. Supongo que ya te habrás dado cuenta.

Pia se encogió de hombros, como diciendo «¿Y?».

—¿Te deja en paz?

—Puedo manejar a Will McKinley, créeme. Además, es bastante mono.

George volvió a ponerse a la altura de Pia después de rezagarse un poco. La miró. Su amiga estaba sonriendo, divirtiéndose a costa de George. No pudo evitar reírse con ella. Se reprendió en silencio por ser tan blando.

La mañana transcurrió sin pena ni gloria para los alumnos. La pasaron concentrados en sus respectivos proyectos de la unidad del baño de órganos. Pia también dedicó varias horas a leer sobre tampones químicos diseñados para utilizarse en el cultivo de tejidos. El empleado de mantenimiento aún no había terminado en su despacho ni en el de Rothman, y de ambos techos continuaban colgando cables. Los planos que antes se hallaban en el cubículo de Pia estaban entonces en el despacho de Rothman. La joven había ido a ver si el empleado se encontraba allí, ya que no estaba en su espacio. Quería llamarle la atención por el trabajo que no había hecho. Pero tampoco estaba en la oficina del jefe y, después de iniciar su lectura, se olvidó de él por completo.

Como dándole la réplica a George el celoso, Will se acercó a ella y trató de entablar conversación. Pia no estaba segura de si estaba ligando con ella o no, pero le daba igual. Respondió a sus primeras preguntas, pero después le dijo sin rodeos que pretendía concentrarse en su lectura. El joven captó la indirecta y se esfumó.

A las doce y media, Rothman y Yamamoto emergieron de las profundidades del BSL-3. Pia no pudo evitar observar que su comportamiento era inusitado. Hablaban entre ellos con mucho entusiasmo. La joven les observó por el rabillo del ojo. En el laboratorio reinaba el silencio, por eso les había oído salir. Parecía que todo el mundo había salido a comer.

Yamamoto se acercó a ella en cuanto Rothman desapareció en su despacho, aunque sin cerrar la puerta. Incluso aquello era extraño. Pia presintió que pasaba algo.

—¿Dónde están los otros estudiantes? —le preguntó Yamamoto cuando llegó a su lado. Pia habría descrito su tono como de impaciencia.

Alzó la vista.

—Creo que en la unidad del baño de órganos —contestó.

—Bien. Quiero que se reúna con ellos. Rothman y yo queremos enseñarles algo.

Cinco minutos después, los cinco se encontraban en la sala del baño de órganos, provistos de gorros, batas, mascarillas y botines, como de costumbre.

—Muy bien —comenzó Rothman al tiempo que daba una palmada de entusiasmo con sus manos enguantadas. Después de la sorprendente charla que había mantenido con él la noche anterior y de su comportamiento entusiasta de aquel día, Pia pensó que estaba viendo una faceta de Rothman que jamás habría imaginado que existiera —. El doctor Yamamoto y yo queremos enseñarles algo, pero en el más estricto secreto. Estarán aquí un mes, Pia más, pero les agradeceríamos mucho que callaran lo que están a punto de ver durante ese período y después. ¿De acuerdo?

Los tres asintieron.

—Bien. No queremos que nadie se emocione antes de tiempo. Hay mucho en juego.

Mientras hablaba, Rothman se encaminó hacia el fondo de la sala. Encajada en la pared, había una puerta con otro teclado de seguridad como el de la puerta principal. Rothman ocultó el teclado con el cuerpo, marcó un código, que Pia supuso que debía de ser el mismo que el de las demás puertas, y la abrió. El doctor Yamamoto la sostuvo mientras Rothman atravesaba el umbral, seguido de los estudiantes. Yamamoto entró y cerró la puerta a su espalda.

Se encontraban en una habitación de unos tres metros cuadrados, una versión idéntica pero más pequeña de la que acababan de abandonar. Con cinco personas en el interior, la sala parecía estar abarrotada. La misma luz azulina bañaba la estancia, que contaba con su propio sistema de climatización, cuyo zumbido era un poco más intenso que el de la sala contigua. La luz del techo iluminaba dos carritos iguales a los que había en la habitación de al lado. Estaban uno al lado del otro, pero solo uno funcionaba.

Rothman señaló el baño que había sobre el carrito. Era similar a los de la sala principal. En él había un riñón mucho más grande que los órganos de ratones. No

tardaron en averiguar que era un riñón humano y, al igual que los riñones humanos de la sala exterior, había sido creado a partir de los fibroblastos de Yamamoto. Era de un color pálido y tenía la forma esperable en un riñón. La diferencia consistía en que aquel órgano tenía puertos vinculados con conectores en Y a la arteria, la vena y el uréter del órgano a través de la pared de plexiglás.

—Lo que están viendo es lo que va a ser el primer órgano humano de exoplanto del mundo creado a partir de células pluripotentes inducidas. Esta mañana hemos recibido el permiso oficial de la FDA para conectar este órgano con la arteria y la vena inguinal canuladas del doctor Yamamoto. Permitiremos que el órgano funcione como si hubiera sido trasplantado al abdomen del doctor Yamamoto.

—¿Se ha presentado usted voluntario? —le preguntó Will a Yamamoto.

—Sí, por supuesto —contestó con entusiasmo—. Para mí es un gran honor.

—¿Cuándo lo harán? —preguntó Pia. Tenía la sensación de que en el laboratorio de Rothman la abrumaban a diario.

—En cuanto podamos programarlo con el departamento de cirugía. Se llevará a cabo en uno de los quirófanos principales por motivos de seguridad. Dejaremos que el órgano funcione durante varias horas mientras lo monitorizamos todo con mucho cuidado. Será un gran día. Un hito, en realidad.

Pero lo que Pia veía delante de ella parecía ya el final del camino. Los sueños inherentes a lo que se estaba cultivando en la habitación de al lado se estaban convirtiendo en realidad en aquella diminuta cámara secreta. Estaba impresionada por el mero hecho de estar presente en la creación de algo tan inmenso y extraordinario. Todo el mundo guardaba silencio. Ella no podía apartar la mirada del riñón artificial en su solución de nutrientes. La luz azul se reflejaba en el baño y destellaba sobre su rostro. Había estado trabajando en la catedral de Rothman, pero ahora había visto el santuario. Sabía que su jefe habría preferido que el órgano fuera un páncreas, pero también sabía que él sabía que ya faltaba poco.

Apenas podía esperar a ser testigo de que sucediera.

1, *Central Park West*

*Nueva York*

*4 de marzo de 2011, 13.20 h.*

Jerry Trotter estaba derrumbado en su estudio, con la cabeza extrañamente retorcida sobre el escritorio, al lado de su delgado teclado de Mac. Mientras roncaba, Trotter estaba teniendo un sueño particularmente vívido. Está todo lo reclinado que puede en una silla mientras un hombre le grita justo en la cara. En el sueño, Jerry llega tarde a una cita vital, pero no sabe para qué es, y no lo averiguará hasta que el hombre deje de chillarle y se aparte. Jerry se medio despertó, pero no se movió. Había babeado el escritorio y le dolía la cabeza. Un teléfono sonaba cerca.

Aquella mañana, al cabo de una hora, Jerry había desconectado los timbres de todos los teléfonos de la casa y también el de su móvil habitual. Por lo visto, había mucha gente que quería hablar con él. No había ido a la oficina, de modo que suponían que estaba en casa, o al menos en algún lugar donde pudiera atender el móvil. Pero las únicas llamadas que le interesaban llegarían al aparato que Max Higgins le había dado. Así que debía de ser ese el teléfono que estaba sonando.

Jerry se incorporó sobresaltado y le dio un tirón en el cuello. Un veloz espasmo de dolor le subió hasta la cabeza mientras tanteaba en busca del móvil. Dejó de sonar.

—Mierda, mierda.

Aunque seguía prácticamente dormido y no era capaz de orientarse del todo, Jerry encontró el teléfono y pulsó aquellos botones poco familiares. Apareció un 917 y apretó el botón verde. El móvil volvió a marcar. No era Higgins, y no recordaba los números de Hooper o Brubaker.

—Que sea Hooper —dijo en voz baja y con resolución—. Que sea Hooper.

Alguien descolgó.

—¿Dónde estaba? He llamado dos veces.

Era Hooper.

—¿Tienes algo?

—Bingo.

—¿Qué es? Has de decirme...

—Tenemos que vernos. El Starbucks en la esquina de la Dieciséis. Frente al Mandarin Oriental.

—Eso está enfrente de mi casa.

—Dentro de diez minutos.

Jerry Trotter consultó su Rolex una vez más y después paseó la vista por el Starbucks.

Harry Hooper había dicho diez minutos, y eso había sido hacía casi media hora. Trotter había salido al instante de su rascacielos y atravesado a toda prisa Columbus Circle; había llegado al local en cuatro minutos justos. Max Higgins aparecería en el apartamento de un momento a otro. Jerry le había llamado enseguida para pedirle que fuera desde la oficina con el coche. Daba la impresión de que las cosas empezaban a moverse.

Como de costumbre, el Starbucks estaba atestado. Por el local serpenteaba una cola de gente que esperaba para pedir, y los clientes de su izquierda aguardaban a que les sirvieran las bebidas. Casi todas las mesas para dos personas estaban ocupadas por individuos con ordenadores portátiles y montones de libretas. ¿Quién era aquella gente?, se preguntó Jerry. ¿No tenían casa, u oficina? Un sin techo había encajado sus bolsas de la compra en una esquina y luego se había acomodado contra ellas. Sostenía un vaso de agua y, mientras se mantuviera despierto, podría quedarse allí sentado el resto del año.

¿Qué clase de local era aquel para celebrar una reunión?, se preguntó Trotter. Había pocas probabilidades de encontrar un sitio para sentarse, y menos aún de hablar con discreción. Jerry sacó el teléfono y estaba a punto de llamar a Hooper de nuevo, cuando sintió que una mano le apretaba el codo, y no sin fuerza. Se volvió en redondo. Hooper.

—Vamos a dar un paseo —dijo.

Hooper guió a Jerry hasta la salida del local y cruzaron la calle para rodear el edificio de Time Warner. Hordas de personas salían y entraban por las puertas.

El investigador giró a la derecha por la calle Cincuenta y ocho y caminó hacia Columbia, dirigiendo a Jerry a través del tráfico hacia la parte sur de la calle. Entraron a través de unas puertas de cristal verde claro y subieron en una escalera mecánica hasta el vestíbulo del hotel de lujo de la esquina. Hooper guió a Trotter hasta una parte tranquila del enorme vestíbulo y se sentaron a una mesa sobre la que descansaba la carta de bebidas.

—Esto está un poco más tranquilo —dijo Hooper.

—¿A qué ha venido esto? Podríamos habernos encontrado directamente aquí.

—Parecía muy tenso por teléfono. Yo diría que hasta nervioso. Y la gente nerviosa me pone nervioso. Solo precauciones básicas.

Jerry miró al ex policía. ¿Cuántos años tendría aquel tipo, cincuenta y cinco? Era más menudo de lo que Jerry recordaba, no pasaría del metro setenta, con el pelo oscuro y tal vez teñido, pero al menos no llevaba peluquín. Tenía la cara demacrada de los fumadores y ojos cordiales. Trotter no confiaba nada en él.

—¿Tomamos una copa?

—Claro —dijo Jerry, que estaba de los nervios. Hooper hizo un gesto y un camarero se acercó desde la barra.

—Whisky, hielo y un poco de agua —dijo Hooper.

—Vodka Martini con una rodaja de limón —pidió Jerry—. Gracias.

—Parece un poco hecho polvo, jefe.

—No he dormido bien. Nada que unas buenas noticias no puedan curar. Supongo que son buenas noticias, porque no podías hablar por teléfono.

—Quería hablar con usted, cara a cara.

—Ah, sí.

—Me intriga por qué está tan interesado en ese tipo.

—Bien, ¿y a ti qué más te da, Harry? Te pedí que descubrieras cierta información, y da la impresión de que lo has hecho. Es obvio que quiero presionar un poco a esa persona, pero no es nada de lo que debas preocuparte.

—Siento curiosidad por el posible valor de la información.

Jerry guardó silencio mientras el camarero les servía las bebidas. ¿Aquel capullo estaba intentando sacarle dinero? El camarero se fue y Trotter levantó el vaso poco a poco.

—Salud, Harry. —Jerry vació la mitad de su copa y dejó el vaso sobre la mesa—. Yo diría que la información vale los trescientos a la hora que te estoy pagando. Ese fue nuestro acuerdo, si no me equivoco. Un acuerdo muy generoso.

—Los acuerdos están hechos para renegociarse.

—¿En qué estás pensando?

—Otros diez de los grandes.

—¿Diez de los grandes? ¿Estás de broma?

—En absoluto.

Trotter se echó a reír, no pudo contenerse. Diez mil eran una bagatela. Previendo que Hooper intentaría algo por el estilo, aunque con un poco más de sutileza, llevaba encima cincuenta mil dólares, y tenía ganas de gastarlos.

—Deja que me lo piense —dijo, y adoptó una falsa expresión pensativa—. Debéis de creer que soy idiota —añadió; a continuación, tomó otro sorbo de vodka—. Tú y Brubaker. ¿Os llamáis y decís «Mira lo idiota que es Jerry Trotter, que se cree una especie de espía»?

Hooper lo miró con frialdad. No lo negó.

—Soy idiota, pero no tanto.

Jerry se metió la mano en el bolsillo delantero de la chaqueta de cuero y sacó una pequeña grabadora digital, de las que Hooper conocía bien.

—¿Qué es eso?

Hooper estaba sonriendo.

—He grabado nuestras llamadas, Harry. No con este aparato, sino con otro igual. ¿Qué dijiste... «precauciones básicas»? Prefiero considerarlo un seguro. Ja, que me hablen a mí de seguros.

Jerry se acabó la copa y alzó el vaso hacia el camarero. El detective no había tocado su bebida.

—Ahí no hay nada. Jamás digo nada por teléfono.

—¿De veras? En ese caso no tienes por qué preocuparte.

La mirada de Hooper exploró la sala un momento; luego le dio un sorbo a su whisky.

Jerry le estaba dando que pensar, aquello estaba claro.

—Estamos juntos en esto, amigo mío. No tengo la intención de hacer nada con las grabaciones. Como tú dices, es probable que no haya nada ahí, pero no cabe duda de que hemos entrado en una nueva fase de nuestra relación. Has sido muy sincero conmigo: quieres más dinero. De acuerdo.

Jerry volvió a introducir la mano en la chaqueta y sacó un grueso sobre de papel manila. Lo tiró sobre la mesa, al lado de la bebida de Hooper. Este lo cogió, lo metió debajo del tablero y lo abrió con un dedo. Observó los billetes y miró a Trotter, que pensó que, si Hooper había visto tanto dinero antes, era la demostración de que había aprovechado alguna investigación y la tenía guardada bajo siete llaves.

—No lo entiendo —dijo el ex policía—. Hay mucho más de diez.

—Sí. Hay cincuenta.

—¡Cincuenta de los grandes! Joder.

—Ay, señor Hooper, su lúgubre exterior se está desmoronando.

Jerry se terminó la copa. Se sentía mucho mejor.

—¿Qué debo hacer?

—Me dices dos cosas y te doy otro sobre idéntico a este dentro de un par de semanas. Eso es todo. En primer lugar, voy a decirte lo que pienso. Creo que eres un hombrecillo codicioso. Sé que manipulas las facturas que me entregas. Bueno, todo el mundo lo hace. Pero ahora estamos hablando de dinero de verdad. Y tengo más dinero de verdad que tengo intención de ir dándote mientras podamos seguir ayudándonos mutuamente. Porque es verdad que estamos juntos en esto. También creo que no sabes exactamente qué tengo grabado, ¿hum?

Hooper había recuperado la compostura y miraba a Jerry a los ojos.

—Me he fijado en que ya has cogido el dinero. También creo que estás pensando, joder, quiero el dinero. Y es dinero fácil, Harry, porque sé que tú ya sabes la primera cosa. Y la verdad es que me parece que averiguarás la segunda muy rápidamente, teniendo en cuenta tu experiencia.

—Está jugando a un juego peligroso. No es más que un simple aficionado.

—Lo sé. —Jerry cerró los ojos y sonrió—. Pero aprendo rápido. Dime qué has descubierto sobre Edmund Mathews y la señorita Croft.

Con unas cuantas frases, Harry Hooper le resumió a Jerry Trotter lo que le habían dicho y reveló su fuente de información. Para Hooper, no cabía duda de que todo era

cierto.

—Gracias, Harry. Eso podría bastarme.

—¿Qué es lo otro que quiere saber?

Trotter se inclinó hacia él.

—Quiero que me digas cómo puedo hacerme con un poco de polonio 210.

*Greenwich, Connecticut*

*4 de marzo de 2011, 15.23 h.*

Había unos cuarenta y cinco kilómetros, más o menos, desde Columbus Circle, en Manhattan, hasta la casa de Edmund Mathews en Greenwich, y milagrosamente, el conductor de Jerry, ex policía de tráfico del estado de Nueva York, realizó el desplazamiento en poco más de cincuenta minutos. Después de dejar a Harry Hooper en el bar del hotel, Trotter había encontrado a Max Higgins esperándolo en la limusina delante de su edificio. Se subió y llamó a Mathews de inmediato, básicamente para ordenarle que Russell y él abandonaran su oficina de Greenwich y se dirigiesen a casa de Edmund, donde se reunirían al cabo de una hora. Jerry no le había contado nada a Max. Este pensaba que su socio presentaba un aspecto espantoso: ojos inyectados en sangre, mejillas sin afeitado, cabello desordenado y una extraña y arrugada combinación de camisa y pantalones caqui bajo una vieja chaqueta de cuero, al estilo de cualquier motero. Además, percibió el olor a alcohol de su aliento. Max tendría que esperar por la explicación, porque en cuanto hubo hablado con Edmund, Jerry se estiró en el amplísimo asiento trasero de la limusina y se sumió en un sueño ruidoso e inquieto.

Durante las horas transcurridas desde su comida con Jerry y Max el día anterior, Edmund y Russell no habían hecho nada importante en cuanto a solucionar sus problemas. Lefevre se había dedicado a supervisar la puesta en práctica de algunas ideas de Edmund, consistentes en comprar diferentes tipos de pólizas de seguros de vida. Los asesores legales habían empezado a examinar las pólizas de diabéticos que ya tenían en busca de lo que Russell había denominado «anomalías». Debían estudiar a cualquiera que hubiera utilizado la inicial del segundo nombre en un documento pero no en otro para comprobar si existían fundamentos que permitieran finalizar la póliza. Cualquier acuerdo en ciernes se interrumpiría para llevar a cabo una investigación. Pero se trataba de medidas provisionales. Si existía una solución mágica, Edmund y Russell confiaban en que Jerry se la proporcionara.

Cuando Mathews recibió la llamada de Trotter, se sintió optimista, convencido de que la salvación estaba al alcance de la mano. Jerry le había hablado con voz ronca, y se había mostrado aún más brusco de lo habitual. Pero daba igual. Russell se había mostrado alegre mientras esperaban a Jerry; Edmund, más reservado. Por experiencia, sabía que si Trotter había pensado en algo no sería indoloro. Tendrían que pagar un precio.

La limusina de Jerry se paró ante la puerta de Edmund. Mientras este observaba

desde la ventana del segundo piso, el conductor bajó y abrió la puerta para que Trotter saliera poco a poco al frío aire invernal. Incluso desde aquella distancia, Jerry no parecía estar en muy buena forma. Mientras Mathews bajaba las escaleras, Alice, su esposa, siempre una perfecta anfitriona, abrió la puerta.

—¡Alice! —exclamó Jerry con jovialidad—. Esperaba verte. Estás tan adorable como siempre.

Y así era; llevaba la melena corta metida detrás de las orejas, los ojos verde claro realzados por un jersey color menta y las piernas tonificadas por el gimnasio embutidas en una elegante falda larga hasta la rodilla.

—Hola, Jerry, ¿cómo estás?

Alice le agarró del codo y se inclinó para besarle en la mejilla. Trotter había intentado domeñar su pelo y se había zampado medio paquete de caramelos de menta, pero no había logrado hacer desaparecer por completo su desaliño. Tampoco se había preocupado de mitigar un sutil aire de madurez que se cernía sobre él como una nube invisible. Alice retrocedió un poco.

—Estaba diciéndole a Max —continuó Jerry mientras Edmund se reunía con ellos— la maravillosa pareja que forman Alice y Edmund. Y el pequeño Darius completa el trío. Una hermosa esposa, un heredero saludable, una casa increíble. Edmund, eres un hijo de puta afortunado. El hombre que lo tiene todo. ¿No te estaba comentando eso, Max?

—Por supuesto, Jerry, ¿quién podría decir lo contrario?

Max no tenía ni idea de sobre qué estaba hablando su socio, pero le siguió la corriente. Dos minutos antes, Jerry estaba completamente ausente del mundo.

Jerry pasó el brazo por los hombros de Alice cuando el grupo entró en la casa. Mathews se preguntaba qué demonios estaba pasando. Trotter no había demostrado jamás el menor interés por Alice, ni él por Charlotte Trotter. No tenían esa clase de relación: solo hacían negocios.

—¿Ha venido Russell? Ah, sí, míralo —dijo Jerry cuando lo vio salir de la biblioteca.

—¿Puedo ofreceros algo? —preguntó Alice liberándose de la presa de Jerry. Este se apoyó contra una pared. A Edmund le daba la impresión de que le costaba mantenerse en pie.

—Me apetece mucho un café, Alice, gracias. Tienes una de esas cafeteras de moda, ¿verdad? El más fuerte posible, y en una taza grande, si no te importa. Esta noche no he dormido muy bien.

Alice se encaminó hacia la cocina y los cuatro hombres se quedaron en el ostentoso vestíbulo de Edmund.

—No tenemos toda la documentación de Statistical Solutions para corroborar nuestras preocupaciones sobre las campanas de Gauss —dijo Edmund, ansioso por ir

al grano.

—Eso no me preocupa —contestó Jerry—. La situación es tan mala como pensabas. De hecho, probablemente sea peor de lo que temías. Tenemos que proteger el capital que hemos invertido, y la única manera de hacerlo es actuar con celeridad y decisión. Ahora.

—Bien, ¿vamos a la biblioteca, nos sentamos y hablamos de ello? —preguntó Mathews—. ¿O a la sala de estar?

—No, Edmund —contestó Jerry, que de repente parecía más espabilado—. Tú y yo vamos a ir a dar un paseíto.

—¿Un paseíto? ¡Hace un frío de muerte! Va a ponerse a nevar.

—No te preocupes, Edmund, no vas a morir congelado. Coge un abrigo.

Mientras Russell y Max entraban en la biblioteca de Edmund, Mathews y Jerry salieron, el primero ataviado con un abrigo de lana y el segundo con el café que Alice le había preparado. Eran cinco cápsulas de expreso dentro de un tazón de la Universidad de Syracuse.

—Han montado una empresa para controlar las patentes de las técnicas de organogénesis —le informó Jerry—. Rothman y Yamamoto. Son ellos, no cabe duda. Ellos son el problema.

—Me alegro de que te estés tomando en serio el problema —dijo Edmund. Iban caminando por un sendero ornamental que había delante de la casa, entre macizos de rosas que habían podado de cara al invierno. Los parches de nieve sembraban el jardín a la sombra de los setos. El jardín de Mathews nunca había parecido más yermo.

—Hemos de actuar cuanto antes. Si esas campanas de Gauss se escoran lo más mínimo a la derecha, será un desastre.

—Me complace que veas el mismo problema que nosotros.

Jerry se detuvo justo al borde del césped.

—Por desgracia, no vemos una solución económica sencilla, como vendernos en corto mediante un intermediario o titularizar nuestras pólizas de inmediato. Con Gloria Croft vendiendo en corto a lo grande, es probable que no encontremos un comprador institucional.

—Estoy de acuerdo —dijo Edmund—, pero el concepto de adquisición de pólizas de vida sigue siendo sólido. Quizá sea la mejor oportunidad comercial con la que me he topado en la vida. Sería una pena tirar la toalla en una fase tan temprana.

—Estoy de acuerdo. —«Y más de lo que crees», pensó Jerry, más de lo que siquiera Max sabía—. Por eso se me ha ocurrido otro plan.

Se hizo el silencio, después Trotter continuó:

—Es algo poco ortodoxo, pero es lo que más conviene a nuestros intereses.

Créeme, no he pensado en otra cosa durante las últimas veinticuatro horas. Pero no vamos a hacerlo nosotros: vas a hacerlo tú. Todo este asunto fue idea tuya. Así que debes solucionarlo tú. Solo tú y yo hablaremos de ello, no quedará nada por escrito.

Edmund asintió. No esperaba otra cosa. No de Jerry.

—Solo existe una solución, y ha de ser así porque ese tal Rothman les lleva la delantera a todos los demás.

Siguió otro silencio.

—Creo que hay que detener el ímpetu de Rothman. En ese caso, nos quedarán como mínimo cinco años antes de que el resto de la comunidad investigadora llegue a donde él está hoy.

Ninguno de los dos hombres dijo nada. Las palabras de Jerry quedaron suspendidas entre ellos, como si estuvieran escritas en el aire. Por fin, Edmund rompió el angustioso silencio.

—¿Cómo detenemos el ímpetu de Rothman, Jerry?

—Fácil —contestó—. Le matarás.

Edmund dio media vuelta y se alejó de Jerry, en dirección a la casa. Tomó un sendero que discurría junto al edificio. Trotter dejó la taza de café vacía en el suelo y le siguió hasta el jardín de atrás, donde Mathews se había sentado en un banco que miraba hacia el estrecho de Long Island. Jerry se sentó a su lado.

—¿Asesinarlo, Jerry? ¿Hacer que le peguen un tiro?

Edmund estaba consternado, pero, al mismo tiempo, no creía que pudiera permitirse el lujo de desechar ninguna idea, por más ridícula que pareciera.

—No, en absoluto. Ambos deberían morir de una manera que no invite a sospechar de un homicidio. Ha de parecer un accidente. Ni siquiera debería abrirse una investigación, aunque supongo que eso será inevitable. Pero no puede haber nada que indique que haya sido deliberado. Porque no sería de extrañar que cualquier investigación de asesinato medianamente competente condujera directamente a LifeDeals. Estuviste en Statistical Solutions y hablaste del daño que eso podría provocarle a la empresa.

—¿Alguna sugerencia concreta, Jerry?

Aunque la propuesta era disparatada y aterradora, Edmund quería averiguar qué le estaba proponiendo Jerry con exactitud. No parecía que tuviera un plan B.

—Pues la verdad es que sí.

Mathews continuó contemplando el agua.

—Te contaré que casi todo el estamento médico está enterado de que el principal interés de Rothman en la investigación, antes de implicarse en la medicina regenerativa, era la salmonela, que es la causa principal de las intoxicaciones alimentarias en general y de la fiebre tifoidea en particular. Está investigando la

virulencia de la bacteria, por qué motivo es una bacteria tan tremendamente mortífera por una parte, y la causa de enfermedades gastrointestinales molestas, aunque no letales, por otra. ¿Por qué un tipo de bacteria te provoca cagalera pero otro te mata? Hemos investigado un poco. Ha descubierto que cultivar salmonela en el espacio produce una cepa muy letal. Hay que inocularle esa cepa en particular.

»Le cae mal a mucha gente. Despierta celos por su premio Nobel, y creen que es un engreído. Si muere a causa de la bacteria que está estudiando, mucha gente dirá “Oh, eso es terrible”, pero luego sonreirán por lo irónico del suceso.

Jerry hacía que pareciera muy fácil.

—Supongo que sería una jugada inteligente —comentó Edmund. Le dio la sensación de que debía decir algo.

—Aún no he terminado. La fiebre tifoidea que contraería de inmediato podría matarle, o no. Tiene que haber otra cosa que le mate de una manera rápida y definitiva, pero que no pueda detectarse con facilidad. Existe una sustancia llamada polonio 210, muy radiactiva y mortal de necesidad si la ingieres, pero por lo demás inofensiva. La usaremos porque comparte muchos de los síntomas de la fiebre tifoidea y así quedaría enmascarada. Fue lo que mató a Alexander Litvinenko en Londres hace algunos años.

—Me acuerdo. El polonio no era más que una teoría.

—Creo que fue más que eso.

—¿Por qué lo necesitamos?

—Para asegurarnos de que el tipo muere. Es muy potente. El desafío consiste en que Rothman y su adlátere trabajan en uno de los centros médicos más importantes del mundo. La salmonela, por virulenta que sea, no nos da ninguna seguridad. Uno de ellos podría salvarse. Es un riesgo que no podemos correr. Tenemos que asegurarnos. Al ciento por ciento, de ahí el polonio, y en dosis masivas.

—¿De dónde coño vas a sacarlo? ¿Quién va a comprarlo? ¿Russell?

—Contrata a la gente adecuada. Profesionales.

—Has visto demasiadas películas. Dime, Jerry, ¿quién va a proporcionarnos ese veneno radiactivo y mortífero?

—Los albaneses.

—¿Albaneses?

La voz de Edmund traicionó su escepticismo.

—La mafia albana se ha hecho fuerte en Nueva York durante los últimos veinte años. Son muy violentos, despiadados. Pero también muy de fiar, si haces negocios con ellos. Su palabra es su honor y todo eso. El FBI puso coto a sus operaciones en los noventa, pero han vuelto a crecer y quieren hacerse un nombre de nuevo. Me preguntarás que cómo lo sé. Me lo ha dicho un hombre que dedicó años de su vida a intentar meterles entre rejas. Me ha dado un nombre.

Jerry le ofreció un trozo de papel doblado por la mitad. Edmund se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y miró a Jerry.

—Estás como una puta cabra.

Jerry dejó que Edmund lo rumiara durante un par de minutos. Mathews se había acercado al límite de su propiedad y estaba contemplando las aguas grises del estrecho. Trotter se imaginaba cuál era su estado: por una parte horrorizado por el mero hecho de plantearse algo así y, por otra, convencido de que no tenía más opción que pensárselo. ¿Qué parte ganaría? Jerry decidió jugar su mejor carta. Él tampoco quería hacerlo, pero, de nuevo, no existía otra alternativa. Se reunió con Edmund y se detuvo a un metro, a su derecha, con la mirada clavada en el frente.

—Sé lo tuyo con Gloria Croft.

—¿Lo mío con Gloria Croft? ¿Te refieres a lo personal?

Edmund esperó un momento, y después se volvió para observar a Jerry, que continuaba mirando hacia delante con expresión impenetrable.

—¿Qué tiene que ver eso?

—Así que sabes de lo que estoy hablando, ¿verdad?

—Sí, sí. Gloria y yo tuvimos un... rollo cuando trabajábamos juntos.

—Cuando eras su jefe.

—Sí, Jerry, por Dios, ¿qué tiene que ver eso con todo lo demás?

—Te casaste joven, creo.

—Estaba casado en aquella época. Lo confieso, fui un chico malo. Me dejé llevar, y no he sido el único al que le ha pasado. Dime que nunca lo has hecho. Pero aprendí la lección. Me mantengo alejado de las zorras como ella.

—Lo que quieres decir es que sin pena no hay delito, ¿verdad, Edmund?

—Jerry, te juro que no tengo ni idea de qué importancia tiene esto. Acabas de pedirme que mate a dos personas, por el amor de Dios. —Al decirlo, Edmund volvió la cabeza para comprobar que no había nadie cerca—. ¿Intentas presionarme con eso?

—Creo que hay algo de lo que no eres consciente. Confiaba en no tener que sacar este tema, pero me da la impresión de que no me dejas otra alternativa.

Jerry miró a Edmund. Hacía unos minutos había cruzado un puente con él. Ahora, iba a quemarlo.

—Cuando te acostabas con Gloria Croft, se quedó embarazada...

—Jerry, eso es una gilipollez...

—Se quedó embarazada, Edmund, se sometió a una interrupción y no fue bien. Acudí a una buena clínica, puedo decirte el nombre, pero surgieron graves complicaciones. Puedo darte los detalles, si los necesitas. Sobrevivió, pero se quedó estéril, de modo que no puede tener hijos. Supongo que también quedó muy resentida con el hombre que lo provocó.

—¿Por qué debería creérmelo?

Edmund tenía el rostro encendido de furia y los puños hundidos en los bolsillos del abrigo. Aún le dolía la mano izquierda a causa del puñetazo que le había dado a la puerta del ascensor. Se inclinó hacia Jerry, casi retándole.

—¿Estás intentando chantajearme? No me lo creo.

—Obtuve la información por pura casualidad —dijo Jerry. Lo sorprendía lo sereno que se sentía—. Estábamos buscando trapos sucios de Gloria cuando nos enteramos de esto. Conozco a alguien que tiene contactos en el departamento de historiales de ciertos hospitales, y dio con el historial relevante. La fecha coincide, lo investigamos, y hasta existe una nota que afirma que solo tenía una pareja sexual. Querían descartar enfermedades de transmisión sexual, por eso lo preguntaron. Yo diría que aquella pareja eras tú.

—Chorradas.

—¿Siempre utilizas condón, Edmund? ¿Faltó unos días al trabajo cuando dejasteis de veros? Tal vez no te acuerdes, pero dudo que te gustara que tus analistas se cogieran muchos días. Y quizá hasta abandonara la empresa poco después, ¿no?

Edmund suspiró. Se sentía desinflado, casi literalmente, como si le hubieran arrebatado el aire de los pulmones. Contempló de nuevo el agua.

—¿Qué vas a hacer con esa información? Y no estoy diciendo que sea cierta.

—Acabo de comentar lo encantadora que es tu esposa, lo bonita que es la casa. Es verdad, por supuesto. Solo estaba subrayando lo que te estás jugando, Edmund. Tal vez no veas las cosas con tanta claridad como yo. Todos hemos trabajado muy duro para conseguir lo que tenemos, y hay mucha gente que siente celos de nosotros, que dice que no nos merecemos todo esto, pero ambos sabemos la verdad. Nos lo hemos ganado a pulso. Sin nosotros, este país estaría hambriento de innovación. No se crearía nada nuevo. Muy bien, alguien va a cultivar órganos fuera del cuerpo, pero no ahora, porque destruirían ese maravilloso producto tuyo. Tuviste una idea fantástica. Y has de protegerla.

Jerry hizo una pausa.

—Dices que lo que acabo de contarte son gilipolleces. No todo, ¿verdad? Es imposible. ¿Qué diría Alice si recibiera una nota contándole que su marido se acostaba con su analista y que ella se quedó embarazada? Dudo que vaya a aplacarse con facilidad, con tan solo decirle que son chorradas.

Edmund no dijo nada.

—Te aseguro que esos albaneses pueden facilitarnos la tarea. Te doy mi palabra de que han hecho cosas más difíciles que esta. Resulta que es verdad lo que se comenta: el dinero puede comprarlo todo. Mira a tu alrededor, Edmund, tienes demasiado que perder.

—¿Qué hay de Gloria Croft?

—No te preocupes por ella. Recibirá su merecido cuando el precio de las acciones de LifeDeals se ponga por las nubes.

Jerry volvió a ofrecerle la hoja de papel. En aquella ocasión, Edmund extendió la mano con cautela, la cogió, la desdobló y la leyó. Trotter le tocó en el hombro con la mano izquierda, se volvió y se encaminó hacia la casa. Mathews se quedó inmóvil, contemplando el nombre que había escrito en el papel, un nombre que no significaba nada para él, y que lo significaba todo.

## Segunda parte

*Centro Médico de la Universidad de Columbia*

*Nueva York*

*23 de marzo de 2011, 12.02 h.*

Tobias Rothman era feliz cuando podía trabajar sin interrupciones en los seguros confines de su laboratorio, con el doctor Yamamoto a su lado. Yamamoto era como su brazo derecho. Si extendía una mano, su compañero sabría lo que quería sin necesidad de preguntarlo. Los dos hombres se comunicaban mediante miradas, indicaciones con los dedos y, a veces, juraba Rothman, por intuición. Y si Rothman podía intuir algo aquel día, mientras trabajaban juntos bajo la campana de gases del laboratorio de bioseguridad de nivel 3, era que su colega no se encontraba muy bien, porque había pasado por alto un par de señales de Rothman, cosa muy poco habitual. De hecho, tampoco él se encontraba muy bien desde hacía aproximadamente una hora. Padecía una leve indisposición gástrica, pero lo peor era aquella especie de mareo, como si caminara sobre cáscaras de huevo. Había empezado más o menos una hora después del café de las nueve. Llevaban en la unidad desde las seis.

Rothman miró a Yamamoto. Estaba de cara a la pared, con las manos apoyadas sobre el banco del laboratorio, y respiraba con dificultad. El doctor se volvió para mirar a su jefe, y este se dio cuenta de que estaba temblando. Con la capucha y la mascarilla, lo único que Rothman veía de la cara de Yamamoto eran sus ojos, que reflejaban miedo. De repente, él también lo sintió y empezó a temblar. Era como si acabara de zambullirse en un baño de agua helada, pero estaba sudando y sentía náuseas. Era imposible que estuviera sucediendo lo que acababa de pasársele por la cabeza. Habían tomado las precauciones habituales, y su historial de seguridad era perfecto.

Un instante después, a Yamamoto se le pusieron los ojos en blanco y cayó al suelo. Rothman intentó conservar el equilibrio antes de acudir en ayuda de su colega, pero de pronto se sintió mucho peor. La habitación osciló ante sus ojos. Sabía que iba a perder el conocimiento y, justo antes de hacerlo, buscó el botón rojo de la pared con la mano.

Pia estaba sentada en su despacho intercambiando impresiones con Will y Lesley. Estaban apretujados pero tranquilos. Se habían refugiado en él pese a su diminuto tamaño porque en el laboratorio había otro empleado trabajando en el techo con los cables eléctricos. Había entrado un momento en aquel despacho, al igual que en el de Rothman, pero por suerte ya se había ido. Gracias a Dios, no era el mismo tipo, Vance, que tanto la había molestado hacía unas semanas.

Los tres estudiantes habían formado una unidad eficaz durante las tres semanas que llevaban juntos, y estaban haciendo progresos con los problemas de temperatura y pH de los baños de órganos. Habían pasado casi todas sus horas de vigilia, incluidos fines de semana, en el laboratorio, pero ninguno se arrepentía ni de un minuto.

Entonces, de pronto, fue como si se hubiera producido un motín en la puerta del laboratorio.

—¿Qué demonios pasa? —dijo Will mientras los tres estudiantes salían del despacho de su compañera.

Pia tan solo veía a gente irrumpiendo a través de la puerta. Estaban invadiendo el lugar. Debía de haber unas veinte personas vestidas con batas, gorros, mascarillas y botines corriendo hacia la unidad de bioseguridad. Las seguían dos camillas con postes de los que colgaban bolsas de plástico con fluidos intravenosos que golpeaban contra los palos metálicos, empujadas por todavía más figuras con bata. Las camillas desaparecieron en la unidad de bioseguridad, cuya puerta se mantenía abierta con un tope. Pia notó una terrible sensación en la boca del estómago.

Un hombre se detuvo junto al escritorio de Marsha y se quedó al lado de la aterrorizada secretaria, que se tapaba la boca con una mano. Otro bloqueaba la puerta de entrada, que se había cerrado de nuevo con el fin de impedir el acceso al pasillo y al resto del centro médico. El personal del laboratorio estaba congregado en el centro de la sala, donde reinaba un alboroto de conversaciones en voz alta y preguntas formuladas a gritos.

—¿Es un simulacro? —preguntó Lesley—. ¿Qué está pasando?

La figura que se había situado al lado del escritorio de Marsha se bajó la mascarilla. Era un hombre negro de unos cincuenta años con la piel tan oscura como el ébano. Su voz era serena pero autoritaria.

—Muy bien, chicos, esto no es un simulacro. Se ha producido una emergencia y necesito que se queden aquí, justo donde están. ¿Está reunido todo el personal del laboratorio?

La gente miró a su alrededor y buscó a sus compañeros de trabajo entre los quince técnicos y el personal de apoyo que había por allí. Pia vio al empleado de mantenimiento, con su mono, al fondo de la sala, boquiabierto como los demás.

—¿Está todo el mundo aquí? Muy bien. Me llamo David Winston. Soy de seguridad del hospital. Estas otras personas son una mezcla de personal de Urgencias y del Departamento de Enfermedades Infecciosas. Les daré más información cuando la tengamos. Les pido por favor que permanezcan en esta zona. Gracias por su colaboración.

Entre el personal se formaron pequeños grupos cuyos miembros hablaban entre sí. Pia, incapaz de estarse quieta, daba vueltas describiendo un pequeño círculo. Sabía

que lo que estaba sucediendo, fuera lo que fuese, no era bueno. Una oleada de angustia la inundó.

La puerta del laboratorio se abrió con brusquedad y un hombre alto, de aspecto distinguido, entró y atravesó el cordón de seguridad en dirección a la unidad de bioseguridad. Evitó establecer contacto visual con nadie. Iba vestido con la ropa de protección, como los demás, aunque la mascarilla le colgaba sobre el pecho. Bajo la bata no llevaba pijama, como los otros, sino traje. Pia sabía que era el director de Enfermedades Infecciosas, el doctor Helmut Springer, pues durante patología de segundo había asistido a varias conferencias que había dictado.

El murmullo de fondo aumentó de intensidad. La mayoría había reconocido al doctor Springer. En el laboratorio todo el mundo era muy consciente de que trabajaba con microorganismos muy virulentos y contagiosos. ¿Era posible que se hubiera producido algún tipo de contaminación? ¿Dónde estaban los doctores Rothman y Yamamoto? La aparición de Springer solo consiguió aumentar la tensión. El hombre estacionado junto a la puerta estaba hablando por el móvil, como si estuviera al mando de la situación.

—Vamos de camino; tiempo aproximado, cinco minutos —oyeron que bramaba por teléfono.

Springer se puso la mascarilla a toda prisa y abrió las puertas de la unidad de bioseguridad de par en par. En aquel preciso momento, las camillas reaparecieron. La primera transportaba al doctor Rothman, y la de detrás al doctor Yamamoto. Ambos hombres llevaban vías intravenosas y mascarillas de oxígeno. Rothman pasó por delante de Pia, que se abrió paso a empujones para echar un vistazo. Observó que estaba mortalmente pálido y sufría temblores violentos. Tenía la mirada clavada en el techo. Parecía muerto.

El desfile de médicos desapareció con la misma rapidez que había llegado. Solo se quedaron el doctor Springer y Winston. El primero de ellos se dirigió a los estremecidos testigos, algunos de los cuales se estaban abrazando para consolarse. Otros se tapaban la boca con la mano en señal de incredulidad ante lo que habían visto.

—Como ya han visto, los doctores Rothman y Yamamoto han caído enfermos. A primera vista, hemos de pensar en una fiebre tifoidea grave. Ambos hombres presentan los síntomas clásicos: fiebre, postración repentina, trastornos abdominales, delirios, borborigmos del cuadrante inferior derecho. —Springer contaba los síntomas con los dedos de la mano izquierda, como si estuviera impartiendo una clase. Un profesor siempre era un profesor, pensó Pia—. Es evidente que estaban trabajando en la unidad de bioseguridad, pero ¿alguien puede decirme de qué se estaban encargando exactamente?

El técnico de laboratorio Panjit Singh dio un paso al frente.

—Estaban trabajando con cepas de salmonela cultivadas en el laboratorio de la estación espacial. Lo sé con certeza porque lo he preparado todo esta mañana. Llevan semanas trabajando en ello.

—De acuerdo, gracias, nos resultará muy útil. ¿Sabe si hay disponibles estudios sobre la sensibilidad a los antibióticos de esas variedades especiales?

—Sí, montones. Se los conseguiré.

—Estupendo, voy a necesitarlos, gracias. El señor Winston les hablará del protocolo, pero aquí tienen un adelanto: nadie entrará en el laboratorio del nivel tres hasta que haya sido descontaminado. El laboratorio de Rothman quedará clausurado hasta nuevo aviso. Ya he llamado al CDC para solicitar su ayuda en el aspecto epidemiológico, para que podamos averiguar cómo se ha producido la contaminación. En este mismo momento, todo el mundo ha de seguirme hasta la Clínica de Enfermedades Infecciosas, donde se les someterá a pruebas de fiebre tifoidea. Todos tendrán que recibir también un tratamiento profiláctico de antibióticos. Es muy importante. A lo largo de la próxima semana deberán controlarse la temperatura dos veces al día. Ante cualquier anomalía, acudan a mí de inmediato. Un grado por encima o por debajo de la normalidad, y quiero verles. ¿Alguna pregunta?

—¿Quién pulsó la alarma? —preguntó Singh.

—Hay un botón del pánico en el laboratorio de bioseguridad —contestó Springer—. Uno de los doctores debió de apretarlo. Miraremos la cinta.

—¿Es preciso que todo el mundo vaya a la clínica? —preguntó Pia—. ¿Incluso la gente que no haya estado hoy en la unidad de bioseguridad?

—Desde luego. El señor Winston también recogerá los nombres de todos los que hayan entregado o sacado suministros, o cualquier otro proveedor. Queremos ver a todo el mundo que haya pisado este laboratorio. Eso es todo. Gracias por su colaboración.

El murmullo de conversaciones se elevó de nuevo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Lesley—. ¿Habéis visto su aspecto? Debe de haberles afectado muy deprisa.

—El doctor Yamamoto me dijo esta mañana que no se encontraba bien —explicó Will—. Pero sí, he visto cómo estaban. Será mejor que hagamos lo que ha dicho ese hombre.

Pia miró a su alrededor. El empleado de mantenimiento se había quedado atrás y, aunque no quería hablar con él, sabía que el hombre debía seguir el protocolo.

—Se ha producido un problema médico —le dijo. Su placa de empleo provisional rezaba «O'Meary»—. Tendrá que ir a la clínica como todos los demás.

O'Meary parecía nervioso y no le contestó. Winston llamó a Pia.

—Hora de irnos —dijo—. Vamos a clausurar el laboratorio.

Estaba claro que no era el momento de discutir. Pia esperó a que O'Meary saliera e hizo lo propio delante de Winston. Este fue el último en salir, cerró la puerta y se dirigió a las dos figuras con trajes de protección que aguardaban fuera.

—No debe entrar nadie —ordenó—. Coloquen la cinta de precaución.

Los hombres asintieron y se pusieron manos a la obra.

Mientras caminaban hacia el ascensor, Pia vio que estaban evacuando toda la planta, y que guiaban a más personal escaleras abajo. Había más figuras con trajes protectores que parecían robots. Una vez en el ascensor, la joven notó que tenía el corazón acelerado y tuvo que concentrarse en respirar hondo. Se sentía un poco mareada porque le faltaba el aire. Una oleada de algo similar al pánico se apoderó de ella mientras avanzaba por la acera. Todo cuanto la rodeaba se le antojaba muy cercano y, al mismo tiempo, muy lejano. Había dejado de andar y se había agarrado a alguien. Oía voces altas en el oído.

«Ven conmigo», está diciendo una mujer. Hace un día caluroso y soleado, pero Pia está muerta de frío. La mujer tiene una bonita sonrisa y agarra a Pia de la mano. Está en un lugar nuevo, Pia lo sabe. No lleva mucho tiempo allí. Es la primera sonrisa que ha visto, aunque es extraño: los adultos no sonrían todo el rato. Pia y la mujer han entrado y caminan hacia una puerta grande. Da la impresión de que están subiendo una cuesta. «Este es el despacho del director», dice la mujer. Abre la puerta y la obliga a entrar de un empujón. Pia oye que cierran la puerta con llave. «Hola, Pia», dice el hombre. También sonrío, pero es una sonrisa retorcida, no de bienvenida...

Pia alzó la vista. Estaba sentada en el suelo de la calle Ciento sesenta y ocho y los coches pasaban a su lado. Winston la sujetaba con la mano, con la mirada clavada en ella.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, creo que sí.

—Se ha desmayado. O casi. No está sudando, así que no creo que tenga fiebre. Creo que está bien. ¿Preparada para levantarse?

Pia esperó un momento y dejó que Winston la pusiera en pie. Después, recordó dónde estaba y qué acababa de ocurrir. Con inquietante claridad, vio a Rothman tendido en la camilla, pálido como un muerto, y la imagen la aterrorizó. A lo largo de tres años y medio había llegado a apoyarse cada vez más en la extraña amistad del hombre, sobre todo después de su sincera conversación de hacía unas semanas. Hasta entonces, su relación había sido parecida a la de dos personas que vagan cómodamente por una habitación a oscuras: de vez en cuando advertían la presencia del otro, pero poco más. No obstante, después de la conversación y las revelaciones personales, la joven pensaba que habían accedido a otro nivel. Rothman se había convertido en la figura paterna que ella había anhelado siempre. Lo más importante era que Pia se había permitido empezar a confiar en el doctor, pese a haber aprendido

a no fiarse de nadie, a no permitir que nadie ocupara un lugar desde el que pudiera traicionarla, como habían hecho tantos.

En aquel momento, mientras avanzaba tambaleándose por la calle, se sintió abrumada por la idea de que, justo cuando había permitido que Rothman accediera a su mundo, él iba a abandonarla. ¿Por qué lo hacía? ¿Y por qué ahora? Era irracional pensarlo, pero ¿lo hacía para herirla? ¿Le había tendido una trampa a propósito? Al fin y al cabo, había admitido padecer una depresión. Estaba casi paralizada debido a la angustia.

En la Clínica de Enfermedades Infecciosas, Pia estaba temblando cuando le entregaron el antibiótico profiláctico Z-Pak. Se sentó en la sala de espera y empezó a despejarse la cabeza. Era consciente de que varias personas habían intentado hablar con ella, pero no las había oído.

—¡Señorita Grazdani! —la llamó bruscamente una enfermera que se había colocado justo delante de ella. Estaba dispuesta a llamar a Urgencias si la joven continuaba en aquel estado de fuga, pues creía que tal vez tendrían que ingresarla.

Pia, sin despertarse del todo, se irguió en la silla y se concentró en la cara de la enfermera.

—Estoy aquí —dijo—. Lo siento. ¿Qué ha dicho?

—He dicho que no puede volver al laboratorio. Quedará clausurado hasta que los epidemiólogos del CDC lleguen de Atlanta y lo declaren limpio. Lo que debería hacer, tal como hemos aconsejado a los demás, es irse a casa, empezar con los antibióticos y vigilar su temperatura. ¿Podemos llamar a alguien para que se reúna con usted allí? ¿Señorita Grazdani? ¿Se encuentra bien, señorita Grazdani?

—Estoy bien —la tranquilizó Pia.

*Centro Médico de la Universidad de Columbia*

*Nueva York*

*23 de marzo de 2011, 14.37 h.*

No hacía calor, pero Pia había querido sentarse fuera. Había encontrado unos cuantos bancos en un pequeño rectángulo de cemento público, lo que en Nueva York suele llamarse un parque, así que se sentó, con las manos en los bolsillos del abrigo, la barbilla baja, la capucha sobre los ojos. Su mente repetía la escena que acababa de presenciar. Tenía un toque surrealista, como si fuera una de sus pesadillas. Por desgracia, era real.

Una vez que se consideró razonablemente calmada, se levantó del banco y empezó a caminar hacia la residencia. Al llegar a mitad de camino, cambió de opinión y volvió al hospital. Allí se tomó sus dos primeras pastillas de antibióticos en una fuente de agua, antes de dirigirse a la planta de medicina interna.

En el control de enfermería, preguntó por el doctor Rothman y la derivaron al ala de enfermedades infecciosas, que estaba en el piso de arriba. Allí habían ingresado a su jefe y Yamamoto. Quería conocer el estado de Rothman, con la esperanza de que se hubiera recuperado gracias al tratamiento y, en ese caso, quería preguntarle si sabía cómo se habían contaminado Yamamoto y él. Sabía que los epidemiólogos le harían las mismas preguntas, pero ella tenía motivos personales para averiguarlo: la loca idea de que el hombre lo había hecho a propósito, un pensamiento que reconocía como irracional, pero que exigía, en su cabeza, ser investigado.

Pia tenía otra preocupación. La experiencia le había enseñado a desconfiar de la autoridad de cualquier institución y a asumir que nada iba como era debido. Sabía que Rothman caía mal a casi el cien por cien de sus colegas del centro médico. Era grosero, parecía arrogante y antisocial. Aunque el protocolo médico y la simple decencia humana exigían que cada paciente recibiera toda la atención del personal médico y los mejores cuidados disponibles, no podía evitar pensar que la reputación de su jefe podría degradar dichos principios.

Utilizó sus credenciales de estudiante de medicina para subir a la planta y descubrió que ambos investigadores se hallaban en dos habitaciones contiguas de presión negativa, en las que entraba aire pero no salía. Estaban sometidos a un estricto aislamiento, pero no había vigilantes en las habitaciones. Pia empezó a ponerse el equipo de aislamiento en la antecámara (bata, gorro, guantes y botines), pero, cuando estaba a punto de ponerse la mascarilla, el doctor Springer salió de la habitación de Rothman. Se quitó la mascarilla y miró a Pia.

—¿Qué demonios está haciendo aquí? Es usted una de las estudiantes de

Rothman, ¿verdad? Se supone que debería estar en casa.

—Me he tomado los antibióticos y mi temperatura es normal. Sé que estoy sana. Hoy no he estado en la unidad de bioseguridad, ni siquiera he entrado en contacto con el doctor Rothman o el doctor Yamamoto. Es muy importante que hable con él.

—¡Santo Dios! Por supuesto que no puede hablar con él. Las únicas personas que tienen permitida la entrada son el personal médico asignado al caso. No se admiten familiares, amigos, ni, por supuesto, estudiantes de medicina.

—Ahora no hay nadie con él. ¿Está seguro del diagnóstico? ¿Es este el mejor lugar para tratar su enfermedad?

—¿Qué quiere decir con eso de si es «el mejor lugar»?

Springer sacudió la cabeza con incredulidad.

—Sé lo que piensa la gente de aquí del doctor Rothman...

—Jovencita, no sé lo que está insinuando, pero todo el personal del Centro Médico de Columbia recibe el mismo exquisito trato que cualquier otra persona, amigo o enemigo, rico o pobre. No existe la menor diferencia. Y resulta que a mí sí me cae bien el doctor Rothman.

—Vale, vale. Lo siento, solo estoy preocupada. —Pia no quería dar su brazo a torcer—. Llevo más de tres años trabajando con esos dos hombres en las cepas de salmonela que probablemente los hayan infectado, y he pensado que podría ayudar.

—De acuerdo —dijo Springer. Se relajó un poco. Intuía que las intenciones de Pia eran buenas, aunque muy poco realistas.

—Debo decirle que ambos hombres padecen delirios. Aunque la dejara entrar, no conseguiría obtener nada del doctor Rothman. Sígame.

Springer se quitó el equipo protector y lo tiró al cesto. Pia le imitó.

El doctor guió a Pia hasta el control de enfermería, se sentó y compartió con ella la larga lista de las pruebas solicitadas, entre ellas un hemograma completo, electrolitos, cultivos de sangre, cultivos de orina, cultivos de heces, pruebas de microbiología de ADN, y las radiografías pertinentes. En aquel momento, los resultados ya habían confirmado que el agente infeccioso era una de las cepas de salmonela con las que Rothman y Yamamoto estaban trabajando, la que Rothman denominaba cepa alfa, la más virulenta de las tres cultivadas en el espacio. También mencionó que el recuento de leucocitos indicaba una leve leucopenia, lo cual significaba que estaba ligeramente bajo, un síntoma habitual de la fiebre tifoidea. Comentó que los electrolitos, refiriéndose sobre todo al sodio, el cloro, el calcio y el potasio, eran normales. Springer concluyó diciéndole a Pia que estaban controlando la temperatura, el ritmo cardíaco, la presión sanguínea, el grado de oxigenación de la sangre, la producción de orina y la presión venosa central de Rothman y Yamamoto, y que en aquel momento lo único anormal era la temperatura.

—Ambos se encuentran en mal estado, sobre todo teniendo en cuenta la celeridad

con la que les ha afectado la enfermedad —añadió Springer.

—¿Qué antibióticos están tomando?

Como Pia sabía por sus estudios con Rothman, existía cierta división de opiniones acerca de cuáles eran los mejores para tratar los casos graves de salmonelosis.

—Buena pregunta —dijo el doctor Springer—. De hecho, el doctor Rothman me informó hace poco sobre unos hallazgos que había efectuado en sus estudios sobre la sensibilidad a los antibióticos de estas cepas cultivadas en gravedad cero. Las tres cepas con las que estaba trabajando son muy sensibles al cloranfenicol. Se trata de un antibiótico que, hace tiempo, se consideraba la mejor elección para el tifus, pero dejó de tener aceptación en los años setenta porque las nuevas cepas de salmonela estaban desarrollando resistencia a ese fármaco. El doctor Rothman me comentó que estas cepas, al haberse cultivado en el espacio, son más virulentas, pero que de alguna manera también han perdido su resistencia al cloranfenicol. Le interesaba porque la resistencia a la medicación es un gran problema en la salmonelosis.

—¿Han pensado en probar la ceftriaxona? —le preguntó Pia; se trataba de un antibiótico más nuevo.

Springer vaciló, y la miró de arriba abajo. Había intentado ser amable con ella, pues no cabía duda de que estaba preocupada por su mentor. Cuando volvió a hablar, su voz y sintaxis habían cambiado. Había adoptado un tono crispado.

—En realidad no estaba solicitando una consulta al hablar con usted. Le estoy informando sobre el estado y tratamiento del doctor Rothman por pura cortesía. Pero para contestar a su pregunta, si es que era una pregunta, existe cierta sensibilidad hacia la ceftriaxona, pero muchísima menos que hacia el cloranfenicol.

—El cloranfenicol puede causar anemia aplásica —contestó Pia, indiferente a la señal de Springer de que se estaba pasando.

—Sí, hemos tenido en cuenta los efectos secundarios, por supuesto. Perdona.

Springer se puso en pie de repente. Dejó a Pia con brusquedad, habló un momento con uno de los residentes que colaboraba en el cuidado de Rothman y Yamamoto y abandonó la planta.

Pia esperó unos minutos antes de acercarse al mismo residente, que estaba leyendo una gráfica.

—¿Qué opina del doctor Springer? ¿Cree que está cualificado?

—¿Que qué opino? Es el mejor del país. Yo no estaría aquí si no fuera así.

Asombrado por la pregunta, el residente se alejó y Pia se quedó sola en el control de enfermería.

*Centro Médico de la Universidad de Columbia  
Nueva York  
23 de marzo de 2011, 19.38 h.*

La noticia de la enfermedad de Rothman y Yamamoto se propagó con celeridad entre toda la comunidad médica de Columbia. George Wilson, como todos los demás, se había enterado, y solo podía imaginarse el efecto que aquello estaría teniendo sobre Pia. Preocupado, se había puesto a buscarla. Tardó un rato, pero al fin consiguió localizarla. No contestaba al móvil, y Will y Lesley tampoco la habían visto, así que había tenido que ir a buscarla en persona. George dio con ella entre los libros de la biblioteca, un lugar que sabía que le resultaba reconfortante. Después de engatusarla un poco, Pia accedió a acompañarle a la cafetería de la residencia.

La joven no recordaba haberse sentido tan afligida en su vida. Estaba especialmente preocupada porque sus emociones se hallaban en conflicto. Por lo general, a lo largo de su tumultuosa vida, la angustia había tenido una causa definitiva, pero en aquel momento no sabía si se sentía inquieta por el alarmante estado de Rothman o enfadada por el hecho de que se hubiera dejado infectar por la bacteria con la que estaba trabajando. Y existía un trasfondo: Pia estaba aterrorizada por su propio futuro; creía haber sido muy cuidadosa al trazárselo, pero ahora tenía la impresión de caminar sobre la cuerda floja. También estaba furiosa consigo misma por haber permitido que Rothman penetrara en su tan bien construido escudo protector. Y encima, tenía que lidiar con la distracción añadida de George, que intentaba ser solícito, pero solo lograba empeorar la situación con sus preguntas.

—No puedo continuar aquí sentada —dijo Pia de repente; había interrumpido a George, pero le daba igual.

—No has comido nada —señaló él mirando hacia a su bandeja—. Tienes que comer algo.

—No puedo —se quejó Pia—. Sentir que tengo el control de la situación es importante para mí. Y no creo tenerlo. Mi vida se está desmoronando. He de ver a Rothman. Es preciso.

La seguridad era esencial para Pia, así como el control. En ese momento no experimentaba ninguna de las dos sensaciones.

—¿Está permitido visitarle?

—Ni siquiera sé si está consciente. Pero yo no soy una visita, estoy preocupada por el tratamiento que le han prescrito.

—Te acompañaré —dijo George.

Pia no sabía si quería que la acompañase.

—¿No tienes nada que hacer?

—Nada importante. Quiero ayudarte.

—¡Como quieras!

Pia se levantó de un salto, y dejó la bandeja de la comida intacta. George se metió el bocadillo de pavo de Pia, todavía en su envoltorio, en el bolsillo de la chaqueta y corrió detrás de la joven. Mientras ella caminaba a grandes zancadas hacia el hospital, George procuraba no quedarse rezagado. Intentó hablar con ella, pero renunció cuando no le contestó. Pia tenía una misión.

La planta en la que estaban ingresados Rothman y Yamamoto estaba plagada de enfermeras y camilleros. Se veían pocos pacientes. La mayoría estaban demasiado enfermos para andar paseándose por los pasillos. Pia localizó a la residente de guardia, la doctora Sathi de Silva. Era la única residente de enfermedades infecciosas, de modo que estaba ocupadísima, y no solo con sus dos pacientes famosos, sino con un pabellón lleno de enfermos y varias personas más en la sala de urgencias a la espera de que los atendiera. Pia y George llevaban la bata blanca de la facultad de medicina, así que la doctora De Silva les tomó por estudiantes que debían de estar en su rotación de medicina interna. La doctora se tomaba muy en serio sus responsabilidades lectivas, de modo que cuando Pia empezó a hacerle preguntas sobre el doctor Rothman, hizo una pausa en sus actividades.

—Como contestación a su pregunta, los doctores Rothman y Yamamoto están gravemente enfermos. Ambos sufren delirios y no es posible comunicarse con ellos.

—Tengo entendido que les están administrando cloranfenicol. ¿Qué opina de esa elección?

La doctora De Silva se encogió de hombros.

—Creo que es una buena opción. Sí. Se trata de una situación única, porque existen nuevos antibióticos, pero en este caso contamos con estudios sobre sensibilidad que demuestran la especial sensibilidad de las cepas de salmonela implicadas. El doctor Springer cree que es nuestra mejor esperanza. Estamos monitorizando los posibles efectos secundarios, pero aún no hemos observado ninguno. Si surgen problemas, siempre podemos recurrir a una de las nuevas cefalosporinas de tercera generación.

—Un caso extraño —comentó Pia.

—De lo más raro —admitió De Silva—. Y no deja de ser irónico.

—¿Sabemos cómo se infectaron?

—Si es así, no me han comentado nada. Sé que los epidemiólogos del CDC han analizado el laboratorio y en particular la zona de contención del nivel tres donde se guardaba la cepa de salmonela. Creo que sus preocupaciones iniciales estaban relacionadas con un fallo de funcionamiento de la campana protectora, pero por lo visto marchaba a la perfección. Había algunas bacterias en la campana, pero eso es de

esperar. Tomaron muestras, y tendremos los resultados antes de veinticuatro horas. Todo esto lo sé por rumores. Mi trabajo consiste en cuidarlos.

—Por supuesto —dijo Pia—. ¿El CDC ha terminado con el laboratorio?

—El doctor Springer me dijo hace una hora que la mayoría de expertos ya estaban de vuelta a Atlanta.

El móvil de la doctora de De Silva pitó, y la mujer le echó un vistazo a un mensaje de texto.

—¡Vaya, he de irme! Ha sido un placer hablar con ustedes.

—¿Podemos ver al doctor Rothman?

—No me parece perjudicial, pero no van a ver gran cosa —contestó la doctora De Silva mientras se alejaba—. Como ya he dicho, sufre delirios. ¡Si entran, no olviden ponerse todo el equipo y no saquen nada!

Pia se encaminó al instante hacia la habitación de Rothman. George corrió tras ella.

—¿Qué estás haciendo? —protestó George—. No puedes entrar ahí. Está enfermo, no podrá decirte nada. ¿Para qué correr el riesgo?

Pia no contestó. Se vistió de acuerdo con las Precauciones Universales establecidas por el CDC, que estaban pegadas en la puerta exterior. George continuó intentando disuadir a Pia, pero ella no le hizo caso. Se hizo con un equipo protector para él y siguió a su amiga hasta el interior de la habitación. Cuando atravesaron la puerta, sintieron que el aire entraba con ellos.

Pia se acercó a la cama. Había varias vías intravenosas en funcionamiento, cargadas de antibióticos.

—¿Doctor Rothman? ¿Doctor Rothman?

El hombre se removió y abrió los ojos.

—¿Puede oírme, doctor Rothman?

—¿Qué estás haciendo?

La resolución de George comenzaba a hacer aguas. Ninguno de los dos estaba haciendo la rotación de medicina interna, de manera que no tenían la menor excusa para estar allí. ¿Y por qué intentaba Pia hablar con el doctor Rothman? El hombre sufría delirios. Aparte de los problemas en que podían meterse, George estaba inquieto por la salmonela que había infectado al doctor. El hombre parecía muy enfermo; tenía un color ceniciento y mechones de pelo pegados a la frente pálida.

—Tiene muy mal aspecto —comentó Pia.

—No me digas... —comentó George nervioso.

—¡Dios mío, mira! Está perdiendo pelo.

Pia señaló varios mechones de pelo sobre la almohada de su jefe, pero a George no le interesaba aquello. Rothman se había puesto nervioso, se revolvía contra sus ligaduras mientras trataba de pronunciar alguna palabra. Pia cogió la gráfica y pasó

las páginas.

—Tiene la temperatura alta. No mucho, pero alta.

—Pia... ¡vámonos! —susurró George.

—Vete tú, George. Yo no pienso moverme. Todavía no.

Gracias a su trabajo con Rothman, Pia había aprendido mucho sobre la fiebre tifoidea y su causa, la *Salmonella typhi*. Conocía los peligrosos síntomas de la enfermedad y el hecho de que atacaba el intestino delgado, concentrándose en el tejido linfoide que recibía el nombre de placas de Peyer. Rothman tenía la bata recogida en un costado, y Pia le descubrió el abdomen un poco más. Le presionó con cuidado la parte superior del abdomen, y Rothman se retorció y movió la cabeza de un lado a otro.

—No cabe duda de que muestra señales de malestar, tal vez de dolor, en el abdomen —dijo Pia—. No es una buena señal.

George estaba fuera de sí. Vio pasar a unas cuantas personas por el pasillo a través de las ventanas de cristal armado que guarnecían las dos puertas de la sala de aislamiento. Bajó las persianas, con la esperanza de conseguirle más tiempo para Pia. Cuando esta dejó de presionarle el abdomen de Rothman, el doctor reaccionó un poco, ante la sorpresa de su alumna, como si aquello le causara mayor malestar.

—¿Has visto eso? Se ha estremecido. ¿Tú dirías que se ha estremecido?

Pia repitió la maniobra y obtuvo el mismo resultado.

—Se ha estremecido, sin duda.

—No sé lo que estás haciendo, pero vas a conseguir que nos expulsen a patadas de la facultad de medicina si no nos vamos ahora mismo. Nos estamos pasando con un par de pacientes célebres.

—Es el signo del rebote, o de Blumberg. Una señal de peritonitis, inflamación de la membrana de la cavidad abdominal. Significa que las bacterias han penetrado la membrana del intestino delgado.

Pia estiró la mano y oprimió el botón del intercomunicador. Descolgó la enfermera del control de enfermería.

—¿Está disponible la doctora De Silva? Si es así, dígame que venga enseguida. El paciente presenta signo del rebote.

George cambiaba su peso de un pie al otro. «Ahora sí que la ha cagado», pensó.

La doctora De Silva entró en la habitación al instante, palpó el abdomen del doctor Rothman y confirmó el descubrimiento de Pia.

—Y mire, se le está cayendo el pelo —dijo Pia.

—Eso podría deberse al cloranfenicol. Pero, en cualquier caso, el signo del rebote sugiere que el cloranfenicol no está controlando la infección. Tendremos que cambiar el antibiótico. Llamaré al doctor Springer, a ver qué sugiere. Gracias por su ayuda.

La doctora De Silva salió de la habitación.

—Está empeorando —dijo Pia, y miró al doctor Rothman con tristeza.

—El signo del rebote no es una buena señal, lo sé —confirmó George—, pero ya has hecho todo lo que has podido. Vámonos. Ya la has oído, va a llamar a Springer.

Para cuando George y Pia se quitaron el equipo protector y volvieron al control de enfermería, la doctora De Silva ya estaba hablando por teléfono con Springer. Pia se colocó cerca para escuchar la parte de la conversación de la doctora De Silva. Daba la sensación de que era Springer quien hablaba más.

—De acuerdo, ceftriaxona... —dijo ella—. Y la pérdida de cabello... Exacto, por supuesto que dejaremos de administrar el cloranfenicol... De acuerdo. Hasta pronto, y llamaré al doctor Miller.

La doctora se volvió y vio a Pia. Colgó el teléfono y volvió a marcar de inmediato. Tapó el receptor con la mano izquierda y se dirigió a la chica mientras sonaba el teléfono.

—El doctor Springer viene hacia aquí. Quiere examinar en persona el signo del rebote... Ah, hola. Quiero hablar con el doctor Miller... Doctor Miller, soy la doctora De Silva, de Enfermedades Infecciosas. Estoy tratando a los doctores Rothman y Yamamoto. El doctor Springer querría hacerle una consulta. Hemos detectado el signo del rebote en el doctor Rothman, y tal vez tengamos que extraerle el intestino infectado... No, de momento solo el doctor Rothman... La fiebre le ha subido un poco. Los demás niveles, presión sanguínea, pulso, oxigenación, siguen igual. De acuerdo, gracias.

La doctora De Silva colgó el teléfono y exhaló. Era una mujer menuda, procedente de Sri Lanka, que se enorgullecía de dirigir el barco con orden y disciplina. Se sentía avergonzada de que una estudiante de medicina hubiera detectado una señal importante que a ella se le había pasado por alto.

—Fui a verle unos minutos antes de que ustedes aparecieran. La fiebre se mantenía estable —dijo, en parte para Pia y en parte para sí misma. Se volvió hacia la alumna—. Puede producirse muy deprisa. El doctor Miller, jefe de residentes de cirugía, viene hacia aquí. También el doctor Springer. Bien, ¿quién es su profesor? Al menos, debería reconocerle el mérito del descubrimiento. ¿Cómo sabía lo que tenía que buscar? Estoy impresionada.

—De hecho, en este momento no estoy en medicina interna.

—¿Ha elegido la optativa de enfermedades infecciosas? En ese caso, no sé su nombre.

—Tampoco he elegido la optativa de enfermedades infecciosas.

George intentaba desesperadamente que Pia cerrara la boca. Sin que la doctora De Silva le viera, le hacía gestos frenéticos de que se había acabado el tiempo, como un árbitro de fútbol americano.

—Bien, ¿qué la ha traído por aquí? —preguntó la doctora De Silva.

—Solo da la casualidad de que sé un montón sobre salmonela.

—¿De veras? ¿Gracias a quién?

—Al doctor Rothman —contestó Pia, mientras George la agarraba del brazo y se la llevaba literalmente en dirección a los ascensores.

George se sintió aliviado cuando salieron del hospital. Con lo atareada que estaba la doctora De Silva, confiaba en que no hablara demasiado sobre aquellos dos misteriosos estudiantes de medicina, uno de los cuales había resultado ser muy útil. De hecho, dudaba que lo hiciera. Sabía que no había existido negligencia alguna por parte de la doctora De Silva, pero también era consciente de que, en la atmósfera competitiva del centro académico, probablemente se sentiría mortificada por haber sido eclipsada, de alguna manera, por una simple estudiante. Pia había detectado el cambio en el estado del doctor Rothman antes que ella. Pero su alivio duró poco.

—Quiero volver al laboratorio —dijo Pia tras detenerse de repente. Acababan de llegar a la esquina de la calle Ciento sesenta y ocho con Haven Avenue—. Quiero saber si hay pistas sobre por qué o cómo se infectó. Es muy precavido, no lo entiendo. Es muy metódico y compulsivo con su trabajo, su organización, su técnica, todo es perfecto. Es absurdo.

En las profundidades de la mente de Pia todavía rondaba la idea de que Rothman se había infectado a propósito. Pero ¿por qué mezclaría al doctor Yamamoto? No podía ser, ¿o sí? Lo que Pia quería hacer era eliminar por completo la idea, incluso como una posibilidad remota. Si Rothman moría, sería una especie de traición, pero no quería que fuera intencionada. Pensaba que sería capaz de asumir una traición del destino. Una traición personal de Rothman sería algo muy diferente.

George gruñó para sus adentros. Ir a ver a Rothman ya había sido bastante grave. Entrar en un laboratorio clausurado por orden del CDC era algo impensable.

—El laboratorio está clausurado —dijo de una forma que no admitía discusión—. Por orden del CDC. Subamos a tu habitación. He guardado el bocadillo que no te has comido.

A modo de demostración, George lo sacó del bolsillo.

—Me voy —dijo Pia.

—¿Qué demonios quieres descubrir que no haya descubierto ya el CDC?

—No lo sé, pero no puedo quedarme cruzada de brazos. Puedes acompañarme o no, yo iré de todos modos. Por supuesto, dos pares de ojos ven más que uno solo.

George se dio cuenta de que su amiga estaba pidiéndole ayuda, aunque de manera indirecta. Era la primera vez que sucedía algo así. De todos modos, la decisión no era fácil. No le importaba ser flexible con las normas, pero quebrantarlas de aquella manera... No podía permitirse que le expulsaran de la facultad de medicina. Había sido su objetivo desde que tenía uso de razón, y debía pensar en su familia. Pero

George no tenía tiempo para meditar la decisión. Pia ya se había dado media vuelta y se dirigía hacia el edificio de investigación.

—¿No te preocupa contraer la fiebre tifoidea? —preguntó cuando la alcanzó.

—Estaba allí dentro esta mañana. Y nos pondremos un equipo protector, como el que utilizamos en la habitación de Rothman.

La joven entró en el edificio, seguida de George. Fue como tomar una decisión sin tomarla. Le enseñaron sus identificaciones al hombre de seguridad y se encaminaron hacia los ascensores.

Tal como George se esperaba, una cinta amarilla de precaución impedía el acceso a la puerta del laboratorio.

—Justo lo que imaginaba. No podemos entrar.

Pia no contestó. Se limitó a desprender la cinta y trató de abrir la puerta, que estaba cerrada con llave. Aquello no la disuadió. A lo largo de los últimos tres años y medio, en muchas ocasiones le habían pedido que llevara a cabo una lectura nocturna en el laboratorio o que controlase un experimento automatizado. Sacó la llave que le habían dado para tales eventualidades, abrió la puerta y cruzó el umbral.

—Pia, esto es una locura —dijo George. La siguió a regañadientes. Estaba oscuro y reinaba el silencio.

—Relájate. Las cámaras de seguridad están desconectadas, llevan días reparándolas. ¿Quién va a entrar ahora? Solo quiero comprobar la instalación de almacenamiento refrigerado del laboratorio de bioseguridad y echarle un vistazo al cuaderno de trabajo. Y, antes de que lo digas, ya sé que el CDC lo habrá investigado todo. Hasta es posible que se hayan llevado el cuaderno. Sea como sea, he de asegurarme de que no se les ha pasado nada por alto.

Pia encendió la mínima luz necesaria. Era una pequeña lámpara situada junto a la máquina de café comunal. Después, le echó un rápido vistazo a su propio despacho y también al de Rothman. George la seguía como una sombra. Hasta donde la joven pudo ver, ambos espacios continuaban igual que siempre. Pia le indicó a George el escritorio de Rothman. La bandeja de entrada, los escasos expedientes, las fotos: todo estaba igual.

—¿Ves lo ordenado que es?

George solo podía pensar en largarse de allí. Un circulador de aire se conectó y el chico pegó un bote. Siguió a Pia hasta la sala de bioseguridad de nivel tres y ambos se pusieron los equipos protectores una vez más. Ella se sirvió del teclado codificado para acceder al laboratorio. Como no había ventanas, encendió las luces del techo. El sistema de ventilación continuaba en funcionamiento, y en la sala reinaba una calma sobrecogedora. Pia examinó el cuaderno de trabajo, pues el CDC no se lo había llevado. Observó que contenía las anotaciones habituales. La penúltima era de Panjit Singh, cuando había entrado aquella mañana para prepararlo todo. También estaban

consignadas las entradas de Rothman y Yamamoto. Nada anormal. Después se acercó a la unidad de almacenamiento refrigerado. Tras pulsar los botones de un teclado distinto, estaba a punto de abrirla cuando un ruido llamó su atención.

—¿Has oído eso? —le susurró a George.

—¿Oído qué? —replicó él nervioso.

Pia levantó una mano, se acercó a la puerta y la abrió unos centímetros. Se oían unos sonidos quedos, pero inconfundibles: voces en el laboratorio. Voces que cada vez hablaban más alto.

—Venga, por aquí —lo azuzó ella.

—Mierda —masculló George. También había oído las voces—. Mierda.

En silencio, pero de forma apremiante, Pia le indicó por gestos que la siguiera. George vio adónde se dirigían; atravesaron una salida de emergencia situada al fondo del laboratorio. La puerta chirrió cuando la abrió, pues no la habían abierto desde que la instalaron durante la última renovación del laboratorio. También era hermética.

Pia le pisaba los talones. De haber estado sola, podría haberse quedado y afrontado los hechos, pero era muy consciente de que George tenía pánico a la autoridad. A qué se debía, lo ignoraba.

La puerta de emergencia de la unidad conducía al almacén del laboratorio, donde Pia y George se quitaron el equipo protector; después se precipitaron hacia la parte principal del departamento de microbiología, que albergaba el laboratorio de Rothman. El personal del turno de noche del laboratorio clínico de microbiología sintió curiosidad al ver a dos jóvenes que pasaban corriendo, pero a continuación se quedó estupefacto al observar que, un minuto después, les seguían tres figuras con traje protector completo.

Microbiología conducía al departamento de anatomía, y George y Pia atravesaron las puertas que los comunicaban y accedieron a un entorno familiar. Cuando eran estudiantes de primero habían pasado mucho tiempo en aquel departamento. George iba delante, pero no sabía muy bien hacia dónde. Solo sabía que no quería que le pillaran. Entró en la sala de anatomía, que estaba a oscuras, apenas iluminada por los indicadores nocturnos. Para el provecho de los estudiantes de primer curso que estaban recibiendo clases de anatomía, la habitación estaba bien provista de cadáveres, la mayoría cubiertos con mortajas de hule. Había varios torsos erguidos en la mesa de enseñanza principal. Los habían seccionado por la parte superior del pecho y después dividido con una sección sagital, de manera que la mitad del esófago y la mitad del cerebro eran visibles. A George le quedaban los torsos a la altura de los ojos, y tuvo la sensación de que sus globos oculares brillaban en la penumbra.

Los dos amigos se agacharon detrás de la larga mesa de prácticas, pero no había ningún sitio donde esconderse. Un momento después de su llegada, las hileras de luces del techo se encendieron. Tres guardias de seguridad con trajes protectores

irrupieron en la sala. Pia se levantó, y George, muy a regañadientes, la imitó.

Los hombres de seguridad estaban irritados, y les pidieron que se identificaran. Habían hecho varias llamadas por radio antes de volverse hacia los estudiantes. George se sentía acobardado, pero Pia se tomaba las cosas con calma.

—Acompañénnos —dijo la figura más cercana a George, al tiempo que le agarraba del brazo y le sacaba de la sala. Pia salió detrás de él.

El grupo dejó atrás a los pocos curiosos del laboratorio de microbiología clínica y bajó a la calle en un montacargas. Por la mente de George desfilaban todo tipo de pensamientos, pero no veía forma alguna de que Pia saliera de aquella. Mientras atravesaban el campus, el grupo atrajo un montón de miradas y comentarios de los transeúntes. Algunos se preguntaron si estaban siendo testigos de alguna travesura estudiantil.

Condujeron a Pia y a George por un pasillo situado en las entrañas del hospital, en dirección al departamento de seguridad. Pasaron ante una hilera de monitores de televisión controlados por dos hombres de aspecto aburrido, recorrieron otro pasillo y entraron en un pequeño despacho con un letrero escrito a mano en la puerta: OFICIAL DE SERVICIO. De pie ante un par de monitores montados en la pared estaba David Winston, el hombre que se había hecho cargo del laboratorio aquella mañana. Reconoció a Pia, pues la había ayudado cuando se desmayó en la calle.

—Ah, usted otra vez. Veo que se encuentra mejor que la última vez que la vi.

—Señor Winston —contestó Pia—. Mi amigo y yo estábamos recogiendo algunas de mis pertenencias en mi despacho.

Winston examinó una lista sujeta en una tablilla que descansaba sobre su escritorio.

—Señorita Grazdani y...

Miró a George.

—George Wilson.

—George Wilson. No consta en mi lista. ¿También es estudiante de cuarto?

El joven asintió.

—Bien, usted también tomará antibióticos —dijo Winston—. Chicos, en estas situaciones utilizamos un protocolo. Han irrumpido en una zona de seguridad potencialmente contaminada. Yo mismo les he visto, sentado aquí. Puede que las cámaras no funcionen dentro del laboratorio, pero fuera sí. De modo que veo a dos personas entrar en el laboratorio y he de enviar a buscarlas a tres de mis hombres vestidos con el traje protector completo. Y resulta que son ustedes dos. Ahora el protocolo manda que llame a la decana de estudiantes, a quien le encanta recibir noticias mías, como ya imaginarán. Es una simple cortesía, porque mi siguiente llamada será a mis amigos de la comisaría 33 para sostener una sincera y completa conversación sobre el allanamiento.

George estaba horrorizado. Si la policía intervenía, estaba jodido.

—No sé por qué han entrado ahí y no voy a preguntarlo. Es posible que el CDC lo haya limpiado, pero la cinta de precaución continuaba delante de la puerta. Sobre todo usted, señorita Grazdani, pues le advirtieron específicamente que estaba prohibido entrar en el laboratorio. La verdad, no doy crédito. Pero desde que acepté el trabajo de jefe de seguridad del centro nunca he comprendido a los estudiantes de medicina.

Pia empezó a hablar, pero Winston extendió una mano para silenciarla y llamó a la decana de estudiantes. Le explicó la situación. Después, escuchó durante un buen par de minutos y colgó el teléfono.

—Viene para acá. Si estuviera en su lugar, no sé con quién preferiría lidiar, si con la decana o con la 33.

Winston acompañó a George y Pia a una pequeña habitación contigua y cerró la puerta. George estaba demasiado agitado para hablar. Pia se puso a pasear de un lado a otro de la habitación. No podía permanecer quieta. Después de lo que se les antojó una eternidad pero no fue más que media hora, la puerta se abrió y entró una mujer alta, de pelo oscuro, vestida con chándal y chaqueta de esquí. Cerró la puerta tras ella. Se llamaba Helen Bourse. Hacía casi una década que era la decana de los estudiantes y se llevaba bastante bien con todos, aunque era un hueso duro de roer.

—¿Qué demonios creían que estaban haciendo? Por su culpa he tenido que solicitar más favores de los que me debían, solo para impedir que el señor Winston les detuviera. Quiero que me convenzan de que he hecho bien.

—Lo siento muchísimo, señora Bourse —dijo George. Con un solo vistazo a la expresión desafiante de Pia, decidió que debía hablar en nombre de los dos—. Lo sentimos muchísimo.

—¿Qué estaban haciendo allí, por el amor de Dios? En un laboratorio clausurado y potencialmente contaminado.

—La única parte que podría estar contaminada es la unidad de bioseguridad —contestó Pia interrumpiendo a George, que había empezado a contestar—. Tomamos todas las precauciones necesarias. Quería verlo con mis propios ojos. No puedo entender cómo llegó a infectarse el doctor Rothman, conociéndole como le conozco.

—Por lo tanto, no estaba recogiendo sus cosas, como le ha dicho al señor Winston. ¿Qué pasa, de repente se han convertido en epidemiólogos? Hoy hemos tenido un equipo completo de auténticos epidemiólogos, tanto de aquí como del CDC, examinando el laboratorio. Han peinado toda la instalación, incluida la unidad de bioseguridad.

—¿Qué han encontrado?

—Nada, pero esa no es la cuestión.

—He estado trabajando allí a temporadas durante más de tres años. Quería

investigarlo. Si se hubiera producido algún cambio, yo podría haberlo notado, probablemente con mayor facilidad que unos extraños venidos de Atlanta.

La decana Bourse se calmó un poco. Comprendió que Pia estaba en lo cierto. Aun así, aquello no justificaba lo que aquellos dos estudiantes, por lo demás sobresalientes, habían hecho, algo estúpido y fuera de lugar.

—Bien, ¿qué han descubierto? —preguntó tras una pausa.

—Nada, pero nos interrumpieron. ¿Tiene algún informe de los epidemiólogos?

—Del CDC no, desde luego. Todavía no. Pero he hablado con el jefe de nuestro equipo. Por lo visto, todo funcionaba a la perfección.

La doctora Bourse sabía que Rothman estaba más unido a aquella estudiante que a cualquier otra persona de toda la comunidad médica. Sabía bastantes cosas de Pia, más de las que la alumna sospechaba. Había tenido acceso a todas las deliberaciones del comité de admisiones, y las había examinado con gran detalle. Hasta la llamada de Winston, tenía grandes esperanzas depositadas en ella, y deseaba conservarlas. Bourse tenía la intención de minimizar los perjuicios de la escapada nocturna de Pia. Aquella era la responsabilidad de ser la decana de estudiantes. A primera hora de la noche, había tenido que afrontar un problema todavía más espinoso: en las plantas médicas habían sorprendido a un estudiante de tercero robando fármacos que necesitaban receta. Bourse desvió su atención hacia el segundo delincuente. Al menos él la miraba a los ojos, cosa que no había conseguido de Pia.

—¿Y cuál es su excusa? —le preguntó con cierta resignación en la voz.

—No tengo excusas. Estaba ayudando a mi amiga —contestó George con la mayor entereza posible.

La decana estudió a George. Él también se contaba entre los mejores estudiantes, y en general caía mejor que Pia, a la que podía considerarse muy reservada. Bourse era muy consciente de que George estaba enamorado de Pia, de modo que aceptó su excusa. Una vez más, se maravilló de cómo un joven dotado de tanto talento como George podía comportarse como un adolescente enamorado hasta el punto de arriesgar su futuro. Si Bourse hubiera permitido que Winston le detuviera, tal vez no habría podido llegar a ser médico.

—De acuerdo —dijo la mujer. Respiró hondo y miró hacia el techo un momento para aclararse las ideas—. Vamos a hacer lo siguiente: volverán a sus habitaciones y se quedarán allí. No confraternizarán con nadie ni hablarán del episodio con nadie. Se controlarán la temperatura y se tomarán sus antibióticos, tal como les han indicado. George, yo me encargaré de que se los faciliten. Les veré mañana a las siete de la mañana en mi despacho. Entonces hablaremos de su optativa, señorita Grazdani. Señor Wilson, mañana volverá a radiología. Ambos rezarán una oración por mí y darán gracias al Señor por que esté de buen humor. Ahora, voy a intentar arreglar esto con el señor Wilson. Si puedo.

Una vez la decana hubo salido de la habitación, George exhaló un profundo suspiro y se recostó contra el respaldo de la silla.

—Oh, Dios mío, creía que estábamos muertos. Si la policía no interviene, solo será un asunto interno. No quedará plasmado en nuestro expediente. Será como si nunca hubiera sucedido.

George miró a Pia, que no contestó. Su rostro no expresaba nada, y no cabía duda de que su mente continuaba en el laboratorio.

—¿No puedes dejarlo correr? —preguntó George.

—Pues claro que no puedo dejarlo correr —replicó Pia—. Tiene que haber pasado algo. Algo extraño.

—¿Y si uno de los técnicos metió la pata, por accidente o a propósito? Es decir, Rothman era como un elefante en una cacharrería. Imagino que no mucha gente va a llorar esta noche por lo que le ha pasado.

Pia sacudió la cabeza.

—Había gente en el laboratorio que le consideraba antipático. Pero también le admiraban mucho. No me cabe en la cabeza que alguien del laboratorio haya actuado de manera solapada.

—¿En qué estás pensando?

—No sé qué pensar.

La cabeza no paraba de darle vueltas. Su principal preocupación era si Rothman sobreviviría. Al mismo tiempo, volvía a plantearse las dos posibilidades de lo que había sucedido: que Rothman se hubiera contaminado por accidente o a propósito. Pero entonces, otra idea empezó a cobrar forma en su mente. Comprendió que existía una tercera posibilidad que aún no había tenido en cuenta.

*Centro Médico de la Universidad de Columbia*

*Nueva York*

*24 de marzo de 2011, 5.05 h.*

Aunque pasaban escasos minutos de las cinco de la mañana, Pia desistió al fin de intentar dormir y se levantó de la cama. La noche anterior había vuelto a su cuarto de la residencia de la oficina de seguridad mental y físicamente exhausta. Antes de que George y ella se encaminaran hacia sus respectivas habitaciones, él le dio el bocadillo de pavo que había guardado. Estaba un tanto aplastado, pero aún parecía un bocadillo. Una vez en su cuarto, había mordisqueado una esquina y después tiró el resto a la basura y se fue a la cama con la esperanza de descansar un poco. No había dormido bien, pero al menos no recordaba sus sueños.

Pia se duchó a toda prisa y se vistió. Comprendía que era esencial para su futuro que Rothman se recuperara. Pese a la hora, sabía que tenía que ir al hospital y asegurarse de que su jefe se encontraba bien. Confiaba en que el nuevo antibiótico hubiera obrado maravillas y estuviese controlando la infección. En ese caso, también albergaba la esperanza de que los delirios hubieran desaparecido y pudiera hablar con él. Quería preguntarle si tenía idea de qué había ocurrido en el laboratorio de bioseguridad la mañana anterior.

Salió de la residencia por Haven Avenue y se sintió muy sola. Aún no había amanecido. Se sintió como la única persona del mundo mientras iba de camino al hospital. Una vez dentro, fue diferente, porque el hospital nunca dormía. Subió a toda prisa al ala de enfermedades infecciosas.

Cuando llegó al pabellón se quedó perpleja. Pensó que se había desorientado, porque estaban desinfectando la habitación que creía que era la de Rothman para prepararla para un nuevo paciente. Pero no, aquella era su habitación. De manera que habían trasladado al doctor, tal vez porque estaba dando señales de mejoría con el nuevo tratamiento. Pia no se permitió ni pensar que pudiera ser otra cosa. Miró en la habitación de Yamamoto. La estaban limpiando. También lo habían trasladado.

Pia dio media vuelta y volvió al control de enfermería para averiguar adónde habían enviado al doctor Rothman y al doctor Yamamoto. El control bullía de actividad, incluso a aquella hora tan temprana. Se estaban preparando para el cambio de turno a las siete.

—Perdón —le dijo Pia a una de las enfermeras de noche. La mujer estaba de pie ante el mostrador relleno de uno de los millones de formularios que estaban obligadas a entregar—. Estoy buscando al doctor Rothman y al doctor Yamamoto.

De pronto, Pia sintió náuseas y notó que el pánico se apoderaba de ella. «No los

han trasladado porque estuviesen mejor».

—Dígame dónde están, por favor —suplicó Pia, desesperada.

—¿Quién es usted? ¿Es pariente del doctor Rothman?

—Soy alumna del doctor Rothman. ¿Dónde está, por favor?

La enfermera tomó a Pia del brazo y la alejó del ajeteo del control de enfermería hasta una sala de espera que estaba vacía a aquella hora. No encendió la luz, y las dos mujeres se quedaron inmóviles en la penumbra. Pia estaba preocupada por si le fallaban las piernas y se caía al suelo como una muñeca de trapo.

—Escuche, solo se lo hemos dicho a las familias —comenzó la enfermera—. Lo siento, los dos se han ido. Primero el doctor Rothman, y después el doctor Yamamoto, hace más o menos una hora.

—¿Qué quiere decir con que se han ido? —preguntó Pia. Sin embargo, a nivel intelectual, sabía lo que estaba diciendo la enfermera. Pero quizá...

—Han muerto, cariño, lo siento. El doctor Rothman murió mientras lo preparaban para el quirófano. Es lo único que sé. Es lo único que puedo decirte. Escucha, he de irme.

La enfermera le puso una mano sobre el brazo a Pia y salió de la sala.

Pia se acuclilló y abrió la boca en un grito silencioso. Se rodeó las rodillas con los brazos y se encogió formando un ovillo, como si estuviera intentando esconder algo dentro de su propio cuerpo. Se sentía igual que si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Estaba desorientada y rabiosa... rabiosa con el hospital, rabiosa con el mundo, rabiosa con Rothman. Si los hombres debían ser juzgados por sus actos, ¿qué había hecho él? La había abandonado. Traicionado. Pia salió tambaleándose de la sala y del pabellón, bajó en el ascensor y salió a la calle aturdida. El cielo se estaba aclarando hacia el este, pero el sol aún tenía que elevarse por encima del horizonte.

*Centro Médico de la Universidad de Columbia*

*Nueva York*

*24 de marzo de 2011, 6.30 h.*

Pia bajaba dando trompicones por Fort Washington Avenue, agarrándose el estómago con fuerza. Creyó que iba a vomitar, así que se detuvo junto a un cubo de basura, pero solo fue capaz de inclinarse sobre el borde e intentarlo un par de veces sin conseguirlo. Se incorporó y respiró hondo. Tenía que serenarse, pero ¿qué iba a hacer? Había un problema que debía afrontar de inmediato, y casi se sintió agradecida por la distracción: recordó que George y ella tenían que reunirse con la decana de estudiantes a las siete, de modo que se dirigió hacia la residencia.

George se había puesto el despertador a las 6.15. Estaba acostumbrado a dormir como un tronco, a pesar de que los rigores de la facultad de medicina significaran que solo pudiese hacerlo tres o cuatro horas seguidas. Pero aquella noche había sido incapaz de dormir, salvo por breves cabezadas, pues no había parado de darle vueltas en la cabeza a los acontecimientos de la noche. En un momento dado, se había rendido y se había sentado durante casi una hora en la no demasiado cómoda butaca que había junto a la ventana. Se había servido un vaso de Jack Daniel's de una botella que tenía desde que empezó en la facultad. A través de la ventana veía una parte del puente George Washington y un tramo de los muelles del río Hudson a su paso por Nueva Jersey. Se sentía muy confuso y humillado por sus motivaciones.

La noche anterior, Pia había estado desesperantemente cerca de arruinar todos los planes de George. El joven se contuvo. No había sido culpa de Pia que él la siguiera como un perrito. Tenía que asumir parte de la responsabilidad. El problema era que la chica le importaba demasiado para permitir que se metiera en aquellos líos a ciegas y sola y, tanto si lo reconocía como si no, Pia necesitaba su ayuda. De todos modos, sabía que llegaría un momento en el que tendría que parar y anteponer sus intereses. Lo que no sabía era cuándo llegaría aquel momento.

Llevaba dormido poco más de una hora cuando sonó el despertador. George lo apagó sin enterarse. Nueve minutos después, repitió la jugada, y lo habría hecho una tercera vez si la llamada de Pia a la puerta no le hubiera despertado. Se alegró de verla, hasta que percibió la expresión de su cara y comprendió que algo iba mal.

—¿Qué ha ocurrido? Espera, ¿qué hora es? Hemos de ir a ver a la decana...

Pia entró en la habitación como un zombi reanimado y se desplomó sobre la cama de George. Murmuró algo contra la almohada.

—¿Qué pasa?

El joven comprobó la hora y empezó a vestirse. Al cabo de unos segundos, se acercó a la cama, se sentó en el borde y le apartó unos mechones de la mejilla a Pia. Era un caso perdido.

—Cuéntamelo —susurró.

—Ha muerto. Los dos han muerto.

—¿Quiénes? ¿Rothman? ¿Yamamoto?

—Sí.

—Oh, Pia, lo siento. Lo siento mucho. —George le puso una mano sobre el hombro—. No sé qué decir, Pia. Dios, esto es una verdadera tragedia. A juzgar por lo que me has dicho, estaban a punto de lograr algo enorme. Qué revés para la medicina regenerativa, tal vez un retraso de años, puede que incluso de una década. Nadie podrá sustituirles.

Pia guardó silencio. George apartó la mano. Ella se volvió para mirarle. Su rostro ya no estaba inexpresivo, solo furioso.

—En este momento, me importa una puta mierda el futuro de la medicina regenerativa. ¡Dios!

Pia se levantó de la cama de un salto y salió en tromba de la habitación. George la siguió mientras se metía la camisa por dentro de los pantalones. Al principio no la vio, pero oyó sus pasos al bajar la escalera.

—¡Espera, Pia!

Bajó corriendo a la calle en pos de su amiga, que se dirigía hacia el despacho de la decana a toda velocidad. La alcanzó y corrió a su lado.

—¡Pia!

Ella sacudió la mano para que se callara.

—Escucha, lo siento.

Ella se paró en seco, cerró los puños con los brazos pegados a los lados de su cuerpo y lanzó un grito profundo de exasperación. Se volvió y miró a George a los ojos.

—George, no me digas que lo sientes. ¡Limítate a cerrar el pico, por favor!

Sin más, se alejó y dejó a George parado en mitad de la calle como un amante abandonado. George dejó caer los hombros. Estaba claro que dar el pésame no era su fuerte, pero creía que no se merecía aquel rapapolvo ni por asomo. Recordó su larga noche de autoexamen. Si aquella mujer le necesitaba, sobre todo en aquellos momentos, tenía una forma muy rara de demostrarlo.

*Centro Médico de la Universidad de Columbia*

*Nueva York*

*24 de marzo de 2011, 7.00 h.*

Pia y George llegaron por separado a las oficinas de la decana de estudiantes. Ella misma les abrió la puerta a ambos, pues la secretaria, que entraba a las ocho, aún no había llegado. Se sentaron uno a cada extremo del sofá de cuero que había delante del despacho de la doctora, sin hacer contacto visual, sin pronunciar una sola palabra. Para Pia, aquellos silencios eran normales, mientras que para George, que hablaba con cualquiera, la falta de comunicación era muy incómoda. Por otro lado, no tenía ninguna gana de que Pia lo mandara callar de nuevo, cosa que estaba seguro de que volvería a suceder, puesto que lo único que deseaba era disculparse una vez más por haberla disgustado sin querer. Sentirse responsable era inherente a su naturaleza.

Pasados unos minutos de la hora, Helen Bourse salió de su despacho.

—Gracias por su puntualidad.

Invitó a George y Pia a seguirla. Les indicó un par de sillas de respaldo recto para que se sentaran. Había visto una nota en el expediente de Pia, que había sido su lectura de aquella noche, escrita por una profesora clínica particularmente entusiasta durante su introducción a la cirugía de segundo año. Decía que a Pia le costaba llegar puntual a las citas de primera hora de la mañana, incluso después de haber sido advertida de que tal comportamiento no era tolerable en cirugía. Aunque por lo general los retrasos eran solo de entre cinco y diez minutos, eran constantes. La profesora indicaba que en su opinión constituían una falta grave.

La doctora Bourse se sentó y miró a los dos estudiantes.

—Para empezar, me temo que tengo muy malas noticias. —Su voz encajaba con la gravedad de la situación—. No hay otra forma de decirlo que soltándolo sin más. Los doctores Rothman y Yamamoto han fallecido esta madrugada. Les estaban preparando para ser intervenidos debido a una peritonitis de desarrollo rápido, pero no llegaron al quirófano.

—Lo sé —dijo Pia.

—¿Cómo lo sabe?

La doctora Bourse estaba confusa. Acababa de enterarse.

—He ido a la unidad de enfermedades infecciosas esta mañana. Me desperté temprano. Creía que quizá el nuevo antibiótico les habría hecho efecto, pero me han dicho que habían fallecido.

La doctora Bourse miró a Pia, cuya voz sonaba como si hubiera perdido las ganas de luchar. Observó que los ojos de la joven estaban hinchados de emoción y fatiga.

La decana suspiró. Aquello era un ejemplo más de la característica testarudez de la muchacha, pues ella misma había ordenado a los dos alumnos, y en términos muy claros, que volvieran a sus cuartos, se tomaran la temperatura con regularidad y se quedaran en ellos hasta la hora de su reunión. No obstante, la joven había hecho caso omiso de la orden.

La doctora Bourse volvió a suspirar sin dejar de mirar a Pia, cuya mirada, como de costumbre, enfocaba hacia otra parte.

—Muy bien, intentaré pasar por alto el hecho de que les dije que se quedaran en sus habitaciones. Supongo que ha ido al hospital debido a su buena relación con el doctor Rothman, ¿no?

Pia asintió. Ansiaba admitir que, para ella, Rothman se había convertido en el padre que nunca había tenido, pero se mordió la lengua. No era propio de ella revelar sus secretos.

—Al menos no ha intentado volver al laboratorio. ¿O sí?

George le lanzó una veloz mirada a Pia, preocupado. La idea de que su amiga hubiera intentado volver al laboratorio sin él no se le había pasado por la cabeza.

—No —respondió Pia en voz baja, y George exhaló un suspiro.

—¿Se han tomado la temperatura, tal como les pedí?

Ambos estudiantes asintieron, aunque George había tenido que abandonar su termómetro cuando Pia había salido corriendo de su habitación aquella mañana.

—Y supongo que era normal. De acuerdo. La muerte de los doctores Rothman y Yamamoto ha supuesto un golpe para todos cuantos trabajamos en el centro médico, sobre todo en la facultad. Conocía un poco al doctor Yamamoto, y era un buen colega. Al doctor Rothman lo conocía mejor, por supuesto, y tengo entendido que usted se llevaba bien con él, señorita Grazdani. Sin duda, Rothman se interesó mucho en sus progresos y le dispensó más privilegios que a cualquier otro alumno. —«Y que a cualquier colega», pensó la doctora Bourse—. Entiendo ese interés como un cumplido a sus habilidades como investigadora y al potencial que el doctor Rothman veía en usted.

Pia tenía la mirada clavada en el suelo.

—Por supuesto, es terriblemente irónico que el doctor Rothman, quien dedicó tanto tiempo a descubrir la patogenicidad de la salmonela, haya muerto a causa del mismo organismo que había llegado a conocer tan bien...

Bourse dejó que su reflexión quedara suspendida en el aire.

—Bien, señorita Grazdani, me he ocupado de que se dedique a la investigación, a partir de hoy mismo, con la doctora Roselyn Gorin, una de las personas con más talento del campus. Ganó un premio Lasker, como tal vez sepa, y está llevando a cabo un trabajo revolucionario en la transformación de células madre en células adultas concretas. Roselyn es amiga mía. Es una persona muy comprensiva y afectuosa. He

hablado con ella hace diez minutos, y está muy contenta de acogerla. «Contenta» no es la palabra adecuada en estas circunstancias, pero está decidida a colaborar.

La doctora Bourse sonrió esperanzada.

—¿Hoy? No puedo empezar hoy —dijo Pia.

George se estremeció, pues le resultó evidente que la primera reacción de la doctora Bourse era de intensa irritación.

La decana hizo una pausa con la intención de recuperar el control de sus emociones, ya que estaba tan enfadada como George había intuido. Roselyn era su amiga, pero la verdad era que no le había hecho mucha gracia aceptar una nueva alumna, sobre todo a una de Rothman que ya se había forjado cierta reputación, merecida o no. La doctora Bourse tenía ganas de decirle a Pia que se las arreglara sola, pero se mordió la lengua.

—Le agradezco mucho lo que ha hecho —se apresuró a decir la joven intentando aparentar sinceridad—. De veras —añadió como si sospechara que se estaba pasando—, pero he recibido la noticia hace una hora, y en este momento me siento muy confusa. Necesito un par de días. Para serenarme.

La doctora Bourse suspiró de nuevo. Pia no era una persona fácil de llevar. Por otro lado, no cabía duda de que lo que estaba diciendo era muy cierto. Todo el centro iba a sentirse conmocionado por aquellas muertes. El doctor Yamamoto era un hombre muy popular, y si bien poca gente toleraba a Rothman como individuo, su muerte no dejaba de ser un golpe, sobre todo teniendo en cuenta las circunstancias. Al fin y al cabo, era la celebridad científica del centro.

—De acuerdo, señorita Grazdani. Hoy es jueves. El lunes por la mañana, a primera hora, espero que retome sus responsabilidades como estudiante de cuarto curso. También le recuerdo que ha de mantenerse alejada del laboratorio del doctor Rothman. Le concedo permiso para ausentarse, no para volver a jugar a los epidemiólogos. Contamos con auténticos epidemiólogos, que están cualificados para hacer su trabajo. ¿Comprendido?

Pia asintió.

—Por favor, diga «lo he comprendido» —insistió la doctora Bourse. Quería que no cupiera la menor duda.

—Lo he comprendido —dijo Pia con voz casi inaudible.

—Señor Wilson, volverá hoy mismo a radiología...

—Por supuesto, decana —la interrumpió George.

—Y también dejará de seguirle la corriente a la señorita Grazdani. Tal vez quiera preguntarse por qué usted, que hasta el momento había tenido un historial sin mácula, se ha visto arrastrado hacia el tipo de comportamiento que presenciamos anoche. *Gnothi seauton*. ¿Sabe lo que significa? Significa «conócete a ti mismo», y se trata de algo que los médicos debemos recordar siempre.

»Dudo que fuera idea suya, señor Wilson, entrar por la fuerza en el laboratorio del doctor Rothman, y espero que en el futuro deje que sus acciones se guíen más por su intelecto que por su ello, más por su cerebro que por su hipotálamo.

George asintió muy serio.

—¿Todo el mundo lo ha comprendido? —preguntó la doctora Bourse. Pia y George asintieron al unísono.

—Bien, gracias. Pueden irse.

La decana vio que George abría la puerta para dejar pasar a Pia, que salió sin darle las gracias. Se comportaba como si fuera una cuestión de derechos que George le abriera la puerta.

La doctora Bourse continuó sentada ante su escritorio unos minutos más, meditabunda. Dado que una gran parte de su trabajo consistía en llegar a conocer a la población de estudiantes de medicina de la Facultad de Médicos y Cirujanos de la Universidad de Columbia, pensó en la extraña relación que mantenían George y Pia. Por supuesto, la confraternización entre estudiantes no se alentaba necesariamente, pero tampoco se desalentaba siempre que no interfiriera en el rendimiento. En aquella relación, era evidente lo que él veía en ella, pues Pia era el origen de muchas habladurías en todo el centro, ya que era una joven muy hermosa e inteligente, a la vez que enigmática. Lo que ya no estaba tan claro era si existía una atracción inversa.

Por otra parte, las relaciones entre docentes y estudiante estaban mal vistas oficialmente, pero era difícil prohibirlas por la fuerza, teniendo en cuenta que todos los implicados eran adultos que las consentían y que muchos estudiantes bordeaban ya la treintena. Habían corrido rumores persistentes acerca de Pia Grazdani y el doctor Rothman. Una vez más, la belleza exótica y la evidente inteligencia de Pia habían pasado desapercibidas para poca gente, aunque nadie entendía qué había podido ver ella en el científico. Pero no se había confirmado nada, y si bien existían muchos motivos para creer que el doctor Rothman había conferido a su alumna responsabilidades y privilegios significativos, nunca hubo pruebas de que lo hubiera hecho de manera inapropiada. Y ahora, pensó la doctora Bourse, el enigma de su relación continuaría siendo uno de los pequeños misterios de la vida.

*Centro Médico de la Universidad de Columbia*

*Nueva York*

*24 de marzo de 2011, 12.10 h.*

Después de salir del despacho de la decana, Pia se pasó el resto de la mañana inquieta en su habitación. Sus sentimientos eran un auténtico caos, las emociones y los pensamientos entraba y salían a toda prisa de su conciencia, de modo que en un momento dado se sentía muy deprimida y al siguiente estaba lúcida y motivada. Seguía enfadada con Rothman por haber enfermado, y también con Springer, el jefe de Enfermedades Infecciosas, por permitir que el doctor muriera. En opinión de Pia, era responsabilidad de Springer por haber elegido un antibiótico anticuado, aunque existiera una presunta prueba de sensibilidad realizada por el propio Rothman. ¿Y por qué había tenido que ser ella, una humilde estudiante de medicina de cuarto año, quien efectuase el diagnóstico de peritonitis incipiente, cuya aparición había anticipado la muerte del hombre?

Pero, sobre todo, Pia sabía que estaba desolada por el simple hecho de que Rothman estuviera muerto. Pensar en lo que aquello significaba para su futuro la deprimía. Tenía mucha práctica a la hora de desmenuzar con frialdad una situación e identificar cómo la afectaba. Eran los aspectos emocionales de su estado mental lo que más la contrariaba.

La argumentación de Rothman de que no estaba dotada para la medicina clínica la había convencido por completo, puesto que era cierto que casi nadie le caía bien, y menos los enfermos que se quejaban de su condición. Apenas sentía compasión por los pacientes, y ninguna por los quejicas. Una vez, durante su residencia, después de treinta y seis horas sin dormir, había tenido que extraerle sangre a un hombre, un joven policía de aspecto duro que tenía un miedo mortal a las agujas. Mientras el hombre se retorció y contorsionaba, de modo que Pia era incapaz de encontrarle una vena, le dijo que «dejara de gimotear como un bebé». Por suerte, nadie la oyó y el hombre no presentó una queja, aunque el personal se preguntó por qué se había esforzado tanto por evitar a Pia durante el resto de su ingreso.

Desaparecido Rothman, no sabía si tendría fuerzas para continuar hasta conseguir el doctorado, lo cual era imprescindible si realmente deseaba dedicar su futuro a la investigación. Lo que más la atormentaba era el tema de lo que le había sucedido a su jefe, pues pensaba en ello sin cesar. Sabía que podría haber sido un accidente, pero le resultaba muy improbable conociendo tan bien a Rothman. Era demasiado precavido, demasiado obsesivo. ¿Y que los dos enfermaran al mismo tiempo? Era absurdo. Pero las alternativas parecían igualmente remotas, sobre todo la idea de que el hombre lo

hubiera hecho de manera deliberada. Solo había otra posibilidad que parecía aún más improbable: que un tercero lo hubiese hecho a propósito, alguien como Panjit, que podría haber tenido la oportunidad.

Cuanto más rato pasaba Pia sentada en su cuarto, más nerviosa y más motivada para entrar en acción se sentía. Pero ¿qué podía hacer? Paseaba de un lado a otro como podía, teniendo en cuenta los estrechos confines de la zona de estar. Se tumbó en la cama, pero le resultó intolerable. Pensó en llamar a Will o Lesley, pero no sabía qué podría decirles. Recorrió el pasillo hasta la máquina de refrescos, pero no le apetecía beber nada. Su mente bullía de ideas, saturada.

De pronto, Pia supo lo que debía hacer para centrarse, para recuperar un poco la calma. George había pasado por su habitación para ofrecerle su ayuda. Pensó que sí que había algo que podía hacer por ella, algo que ya había hecho varias veces en el pasado. George no era tan diferente de los demás hombres que había conocido. Pero cada vez que había sucedido, cuando Pia pensaba que sus necesidades habrían aplacado a George, él aparecía de nuevo al día siguiente.

Pia supuso que George estaría en la pausa del almuerzo, uno de los beneficios de hacer la rotación en algo predecible como la radiología o la patología. Se ceñían a un horario preestablecido. Pensó en llamarle, pero no encontró su móvil. Y cuando lo localizó, en el bolsillo del abrigo, vio que se había quedado sin batería. Enchufó el teléfono al cargador y llamó a George, que en aquel momento, como esperaba, se dirigía a la cafetería.

—Iba a pasar a verte después para asegurarme de que estabas bien —dijo George. No se habían separado de manera muy amistosa después de su encuentro con la decana, y la perenne inseguridad de George acerca de Pia había emergido de nuevo.

—Me ofreciste tu ayuda. ¿Sigues en pie o todavía estás enfadado conmigo por meterte en líos?

—No estoy enfadado contigo, estoy preocupado por ti.

Pia puso los ojos en blanco.

—¿Me ayudarás?

Aquello era extraño. Pia quería que George dijera que sí, que iría de inmediato. En cambio, dijo:

—No si eso significa volver al laboratorio.

—No, George. Lo que quiero que hagas es venir aquí unos minutos.

—¿Ahora mismo?

—¡Ahora mismo, George! Supongo que es la hora de tu pausa para comer.

—De acuerdo —dijo George—. Ya voy.

Pia se preparó. Casi en el momento justo en que ella había calculado su llegada, llamaron a la puerta. La abrió de par en par.

George abrió los ojos como platos. Estaba totalmente estupefacto. Miró a un lado

y a otro del pasillo, nervioso, para asegurarse de que nadie podía ver lo que él estaba viendo. Pia estaba de pie en la puerta, desnuda.

—Esto no es lo que esperaba —balbució George, pero Pia tiró de él para que entrara en el cuarto.

Lo tenía todo premeditado, como en anteriores ocasiones, y una vez más, como en las anteriores ocasiones, George no se resistió. En aquellas circunstancias, ella era más fuerte que él, y George se sentía indefenso. Pia le agarró por el cinturón, y él acabó el trabajo por ella. Después, le quitó el jersey y la camiseta por encima de la cabeza. Pia lo lanzó contra la cama y le dio un condón, como en las anteriores ocasiones. Él ya estaba listo, dolorosamente listo, así que ella se puso de inmediato a horcadas sobre él. Cerró los ojos y alzó la cara mientras se mecía rítmicamente y con toda su fuerza contra él. George sabía que solo era sexo, que ella buscaba el chute de endorfinas, y no tardó en provocárselo; se estremeció ligeramente al conseguirlo.

En cuanto terminó, Pia apoyó las manos sobre el pecho de George y se levantó. Le miró a los ojos, pero fue como si no le viera.

—Gracias. Lo necesitaba —dijo.

Se encaminó al cuarto de baño, abrió la ducha y, al cabo de un par de segundos, se metió en ella.

George se puso las manos detrás de la cabeza y bajó la vista unos segundos. Después, se quitó el condón, entró en el cuarto de baño, lo arrojó al retrete y tiró de la cadena. Desde la perspectiva del control de natalidad, había sido un desperdicio. Pia había terminado de ducharse y se estaba secando con la toalla. George no pudo por menos que admirar su cuerpo atlético, los pechos exquisitamente moldeados, la piel perfecta de color miel.

—¿Te mataría darme un beso?

George estaba aturdido. No sabía qué pensar. Sabía que le estaban utilizando y no entendía por qué.

—No me gusta besar. Me deja indiferente.

George se dio cuenta de que la mente de Pia ya estaba en otra parte. Era absurdo decirle «Bien, ¿y yo qué?». Ya imaginaba su respuesta: «¿A qué te refieres?». George no sabía qué podía añadir. Cada vez que practicaban sexo, él confiaba en que supusiera un adelanto en su relación, en que salieran del estancamiento y pasaran a un nivel de verdadera intimidad. Pero nunca había sucedido. Tampoco aquel día. Ella era un tren que corría por una vía diferente. En muchos aspectos, el papel de George era irrelevante; cualquiera habría podido tumbarse en su cama.

—Gracias —repitió Pia con desenvoltura cuando salió del cuarto de baño. No sentía pudor, ya fuera fingido o real. Durante su infancia no había tenido siquiera la oportunidad de fingir.

—¿Por qué? No he hecho nada.

—¡Ya lo creo! De veras. Me has reiniciado, como hay que hacer con los módems de vez en cuando. Has logrado que me dé cuenta de lo que debo hacer, en lugar de quedarme sentada aquí paralizada.

—¿De eso se trataba? Yo quiero... Quiero que nosotros... —George se sintió de nuevo como un adolescente desesperado. Pia se estaba vistiendo a toda prisa. Él estaba de pie, desnudo, y se sentía muy cohibido. Se puso los calzoncillos—. Dime, ¿qué vas a hacer?

—Meterme en más líos, supongo.

—¿Qué significa eso?

—Deberías irte, George. Mi problema es que no considero que trataran a Rothman de la forma correcta, tanto si la gente lo cree como si no. Se puso enfermo de una manera rara y le trataron de una manera rara. ¿Cloranfenicol? Ya casi nunca se prescribe. Ahora se llevan las cefalosporinas de tercera generación, de modo que ¿por qué le administraron algo antiguo que puede provocar secuelas catastróficas?

—Tú misma me lo dijiste. Lo utilizaron debido a los estudios de sensibilidad del propio Rothman.

—Eso dijeron ellos. No tendría que haber muerto, punto, pero aun así falleció transcurridas ¿cuántas?, ¿quince, dieciséis horas? Empeoró en el hospital. No hubo retraso en el tratamiento, lo llevaron directamente al pabellón en cuanto mostró los primeros síntomas. Creo que el tratamiento empeoró su estado.

—Vale, entiendo que te sientas frustrada, pero la decana te ha dicho claramente que no te inmiscuyas. Que no juegues a los epidemiólogos. ¿Quieres que te expulsen a patadas en cuarto curso?

—Tengo unos días libres. Si sigo aquí sentada, me volveré loca. Voy a hablar con Springer del tratamiento y de por qué no funcionó. Nadie me ha dicho que no pueda hablar con él.

—¡Springer! Todo el mundo sabe que odia a los estudiantes de medicina. Solo Rothman le superaba en reputación. Si te toca en la rotación de medicina interna, la mitad de los estudiantes intentan cambiarse al cabo de una semana. Y la otra mitad está haciendo cola en el tejado para saltar a la calle. Por no hablar del hecho de que ya le has cabreado.

—No te preocupes, George. Procederé con mi diplomacia habitual.

—Eso es justo lo que me preocupa.

*Centro Médico de la Universidad de Columbia*

*Nueva York*

*24 de marzo de 2011, 14.05 h.*

A pesar del rato que Pia llevaba sentada en la estrecha sala de espera del doctor Helmut Springer, su determinación de verle no flaqueaba. Su encuentro sexual con George había logrado fijar en su mente lo que debía hacer. Sentía una necesidad acuciante de saber dos cosas. El motivo por el que había enfermado el doctor Rothman era una de ellas. Otra, por qué el alabado y tan cacareado equipo médico de Columbia había, al parecer, cometido un error con el tratamiento. Sabía que solo era una estudiante de medicina de cuarto curso, pero desde su punto de vista era imposible hallar una razón convincente para la muerte de los doctores Rothman y Yamamoto, sobre todo menos de un día después de que los hombres ingresaran en el pabellón de enfermedades infecciosas del hospital. No se hallaban en algún lugar olvidado de la mano de Dios: aquella era una de las mejores instituciones médicas del mundo.

Aunque a Springer no le haría ninguna gracia verla, confiaba en que si hablaba con él le convencería de que la ayudara en la investigación de lo sucedido. Al fin y al cabo, era un especialista en enfermedades infecciosas de fama mundial. Pia conocía su reputación de no tratar a los estudiantes de medicina con el más mínimo respeto, y sabía que su entrevista del día anterior no había terminado bien. Aun así, se sentía optimista. Si ignoraba que ella había sido la primera en reconocer la incipiente peritonitis de Rothman, ella misma se lo diría, pues creía que aquello debería contar para algo.

Al cabo de tres cuartos de hora de espera, la recepcionista de Springer por fin le anunció que el médico iba a recibirla. Pia entró en su despacho a toda prisa. El doctor estaba sentado ante su escritorio, de cara hacia la pequeña habitación. No había más sillas. Era su método para abreviar las entrevistas.

—Doctor Springer, lamento molestarle de nuevo, y sé que le irrité la última vez que nos vimos. Me disculpo por ello. Pero soy estudiante de medicina, y si no puedo aprender a partir de mis experiencias, no podré considerarme una buena alumna. También le pido disculpas por cuestionar...

—Sí, sí —la interrumpió Springer. Sus disculpas estaban claramente ensayadas y no había nada que recordara al arrepentimiento en sus ojos. Lo peor era que su agenda estaba llena de residentes que, en aquel momento, esperaban su llegada a la sala de urgencias. Carraspeó—. A juzgar por nuestra última charla, sospecho que cree saber mejor que algunas de las autoridades más destacadas del país lo que ha ocurrido

aquí. Bien, quiero disuadirla de tal idea. También me gustaría decirle que no le habría dedicado tiempo esta mañana de no ser por el hecho de que descubrió las primeras señales de peritonitis en el doctor Rothman. La doctora De Silva me habló de una estudiante de medicina, a la que supuso en rotación, que detectó el signo de Blumberg, que no se había manifestado anteriormente, en el abdomen del doctor. Pasaremos por alto el hecho de que esa estudiante de medicina en realidad no estaba en rotación y básicamente había irrumpido en el pabellón sin autorización para acercarse a los pacientes. Por supuesto, más tarde me enteré de que la estudiante de medicina era usted.

Pia tardó unos segundos en darse cuenta de que Springer le estaba dedicando un pequeño cumplido, aunque encubierto por una reprimenda sardónica. Pia lo interpretó como una oportunidad.

—Lo admito, y tal vez no debería haber entrado allí, pero fue un descubrimiento importante, con consecuencias importantes. No cabía duda de que Rothman estaba empeorando, lo cual me lleva a preguntarme por qué se eligió el primer antibiótico.

—Por favor —dijo Springer. Su rostro comenzaba a tomar un cariz púrpura—. Ahí nos quedamos la última vez. Acabo de indicarle que agradecemos su ayuda, y ahora me vuelve con esas tonterías. No hay manera. Le repito que nada señala que el cloranfenicol no estuviera cumpliendo su función dadas las circunstancias. Y, tal como hemos dicho unas cincuenta veces, estábamos informados, gracias a los estudios sobre la sensibilidad llevados a cabo por el propio doctor Rothman, de que era la elección de antibiótico correcta. Actuamos bajo la asunción de que el trabajo del doctor Rothman en tal estudio era tan concienzudo y preciso como de costumbre.

Pia no daba crédito a sus oídos. ¿Estaba Springer intentando descargar parte de la responsabilidad sobre Rothman? En ese caso, parecía especialmente insensible insinuar siquiera que la culpa era de la víctima.

—Entonces ¿cómo es posible, considerando esos estudios sobre la sensibilidad, que ni el doctor Rothman ni el doctor Yamamoto mostraran la menor señal de reacción al antibiótico elegido?

Springer cerró los ojos un momento.

—La respuesta a su pregunta es sencilla. La virulencia de la cepa de salmonela implicada se impuso tanto al antibiótico como a las defensas de los pacientes. Recuerde que los antibióticos, en contra de lo que afirma el mito, no curan. Es el sistema inmunológico del paciente lo que cura. Es evidente que, en el caso de Rothman y Yamamoto, sus sistemas inmunológicos se vieron superados por completo. Así de sencillo.

Pia hizo ademán de contestar, pero Springer la interrumpió.

—Escuche, ya hemos comentado este problema. Déjeme añadir que un jefe de departamento de este hospital no sostiene este tipo de conversaciones con un

estudiante de medicina. Un jefe de departamento no sostiene este tipo de conversaciones, punto. Deben observarse protocolos, se convocan comités si surgen interrogantes sobre los diagnósticos o tratamientos. No está claro que en este caso existan interrogantes. Jesús, ¿por qué me estoy justificando ante usted? En esta casa no hacemos las cosas así.

Pia no estaba captando la creciente indignación de Springer. Le había acorralado en su despacho y quería respuestas.

—¿Por qué no controlaron a Rothman y Yamamoto con más atención?

—Se les ha controlado con muchísima atención. Cada uno tenía su propia enfermera.

—¿Con muchísima atención? ¿Cómo es posible que una estudiante de medicina tuviera que observar las señales de una peritonitis en desarrollo?

—Eso fue una casualidad. Se habría detectado enseguida. Créame. Bien, ¿puedo ayudarla en algo más, alguna otra política del hospital que desee criticar?

El sarcasmo de Springer le pasó desapercibido.

—Este caso me confunde —continuó Pia—. De hecho, es uno de los peores casos de salmonelosis o fiebre tifoidea con los que me he topado.

—A lo largo de su extensa experiencia.

—Según mi experiencia, sí.

—Bien, ¿a qué se refiere? Estoy seguro de que se refiere a algo concreto. Haga el favor de iluminarme.

—Una de las primeras cosas que nos dijeron cuando llegamos aquí estaba relacionada con el diagnóstico: «Cuando oigas un resonar de cascos, deberías pensar en caballos, no en cebras».

—Sí, por supuesto, es el dicho más antiguo en medicina. ¿Cuál es el problema?

—¿Deberíamos buscar cebras en este caso, doctor Springer?

—Aquí no estamos buscando nada más, señorita Grazdani. Pero me muero de ganas de saber qué es lo que está buscando usted. De modo que ilumíname de nuevo.

—Muy bien. ¿Es posible que este caso represente una forma extraña de una reacción anticuerpo/antígeno que pueda padecer el cuerpo, como una reacción Shwartzman? En cuyo caso, ¿no habría sido lógico utilizar Decadron o un agente antiinflamatorio similar, algo potente, para intentar atajarla?

—Si esa es su gran revelación, bien, lamento decirle que no es gran cosa. Porque utilizamos Decadron por la noche, cuando resultó evidente que los dos investigadores estaban muy graves. Tal vez debería revisar las gráficas de los pacientes antes de lanzar acusaciones como esa.

—Por supuesto. Si hubiera tenido acceso a las gráficas no habría cometido la equivocación. Pero no estoy lanzando acusaciones. Solo quiero saber la verdad, doctor Springer.

—Todos queremos la verdad, señorita Grazdani.

De pronto, un gran cansancio se apoderó de Springer. Hablar con Pia Grazdani era frustrante, y aquella tarde tendría que lidiar con otras personas que iban a resultarle una carga aún mayor. Acudirían los inevitables periodistas y las familias de los fallecidos. No sería un buen día, puesto que, a fin de cuentas, lo que más le preocupaba eran los pacientes.

—¿Cree que podría haber otra bacteria implicada, además de la salmonela, una bacteria o un virus disimulado o camuflado por la salmonela? ¿Y si esa bacteria fuera totalmente resistente al cloranfenicol y los hubiera matado?

Se hizo el silencio, mientras Springer intentaba controlar su ira. Aquello era demasiado. Clavó la mirada en los ojos de Pia, que mantuvo la compostura a la espera de una respuesta mientras se contemplaba los pies. Por fin, Springer estalló con emoción contenida.

—Me resulta totalmente imposible imaginar una posibilidad más ridícula. Realizamos el diagnóstico siguiendo la hipótesis de Koch. La enfermedad fue causada por la salmonela, cuya presencia fue determinada de múltiples maneras, pero sobre todo por el cultivo de sangre. También clasificamos la cepa de múltiples maneras, en particular por medio del análisis de ADN. El organismo causante fue, sin la menor duda, la cepa alfa de *Salmonella typhi* que el propio Rothman había cultivado en el espacio con la colaboración de la NASA. No hubo ningún otro patógeno, por el amor de Dios. Los hemocultivos solo revelaron la salmonela. ¡Nada más! ¡Nada en absoluto!

Impertérrita, Pia cambió de tema sin transición.

—¿Qué me dice de la pérdida de cabello? ¿Una salmonelosis grave provoca la caída del pelo?

A Springer le estaba costando controlarse, pero ella parecía estar muy serena.

—La tensión de casi cualquier enfermedad grave, sobre todo de las que presentan un cuadro de fiebre elevada, puede causar la caída del cabello. En cualquier caso, ¿de qué caída del cabello está hablando?

—Detecté la pérdida de cabello de Rothman antes de descubrir el signo de Blumberg. La residente sugirió que podía atribuirse al cloranfenicol.

—Eso no lo sabía —dijo Springer—. ¡Por el amor de Dios! —exclamó airado de repente—. ¡Espere aquí!

Springer se levantó de su silla de un salto, pasó como un rayo junto a Pia y desapareció. La joven esperó. Al cabo de unos minutos, Springer reapareció y se sentó, al tiempo que le lanzaba a Pia una mirada amenazadora. Convencida de que ya había sacado de la conversación todo lo que iba a obtener, Pia miró a la puerta.

—Le he dicho que espere —dijo Springer—. ¡Quédese ahí!

Confusa, Pia obedeció. Reinaba el silencio, salvo por la respiración trabajosa de

Springer. «Este hombre está echando humo —pensó ella—. No voy a llegar a ninguna parte». Pia volvió a mirar hacia la puerta.

—Doctor Springer, le agradezco de todo corazón el tiempo que me ha concedido.

—¡Quédese donde está! —exclamó el doctor con brusquedad.

Pia puso los ojos en blanco, confusa. «Primero, se muere por deshacerse de mí, y ahora quiere que me quede...». Entonces la doctora Helen Bourse, decana de estudiantes, irrumpió en la habitación.

—Ah, decana Bourse, me resulta imposible hacer mi trabajo si una estudiante de medicina convencida de que debería ser la directora de mi departamento no para de acosarme. Se cuelga en la planta y ve a pacientes sin autorización, cosa que podría causarnos toda clase de problemas legales. Cuestiona sin cesar mis conocimientos médicos y critica las decisiones que se tomaron, y ahora me viene con la disparatada insinuación de que tal vez no detectáramos otro organismo que fue el verdadero responsable de la muerte de Rothman y Yamamoto. Esto es indignante y tiene que detenerse.

Pia miró a Springer y fue incapaz de disimular el desprecio que sentía hacia él. Había huido como un cobarde y llamado a la decana para que viniera a regañarla. Miró a Bourse, que estaba inmóvil con los brazos en jarras y una dura expresión en la cara. Estaba enfadada y estupefacta.

—Me gustaría que el doctor Springer comprendiera que no intento hacer su trabajo —se defendió Pia—. Solo estoy intentando encontrar respuestas a algunas preguntas que considero importantes. Presiento que algo no encaja en lo sucedido.

Ni Springer ni Bourse daban crédito al descarado de la joven. La pregunta que apareció en la mente de ambos: ¿quién se cree esta que es? Springer fue el primero en recuperar la voz.

—¿Comprende ahora a qué me refiero? Esta joven es una maníaca. Voy a hablar con Groekest sobre la conveniencia de rescindir el puesto que se le ha ofrecido como residente y candidata al doctorado. Esto es absurdo.

Ante la mención del jefe del departamento de medicina interna, Helen Bourse le indicó a Pia con un gesto brusco de la cabeza que debía salir del despacho de Springer. La alumna obedeció de buen grado. Después, la decana cabeceó en dirección a Springer para indicarle que tenía controlada la situación.

—Ya le diré algo. Lo lamento.

Después, Bourse siguió a Pia hasta el pasillo. Tal vez la joven estuviera transitoriamente desequilibrada, pero Springer era un bravucón, y ya había dejado clara su posición. Antes de que Pia tuviera la oportunidad de decir algo, Bourse se volvió hacia ella.

—¿Qué demonios se cree que está haciendo? Cuando hablamos esta mañana y le concedí tiempo para tranquilizarse, no recuerdo que le aconsejara ir a ver al doctor

Springer ni marear al responsable de enfermedades infecciosas con preguntas sobre sus pacientes o sus diagnósticos. ¿Es que no tiene habilidades sociales? ¡Por Dios, mujer! Todo el mundo sabe que a Springer no le gustan los estudiantes de medicina en general, pero este episodio le ha llevado al límite. Nunca le había oído tan exasperado como cuando llamó.

Pia empezó a hablar, pero la decana aún no había terminado con ella.

—Se está ganando a marchas forzadas fama de persona problemática, señorita Grazdani, y eso no será bueno para su currículum si queda reflejado. Está aquí, en esencia, como invitada de una institución, y los invitados no se comportan así. Si lo hacen, se les suele pedir que se marchen. Le concedí un par de días para superar la trágica muerte de su mentor, no para venir aquí y removerlo todo de nuevo.

—Pero ¿no cree que hay que contestar a esas preguntas?

—No, sobre todo si él no lo cree.

Bourse señaló la puerta.

Pia empezó a hablar de nuevo, pero la decana ya estaba harta.

—¿Ha mostrado síntomas de fiebre?

—No.

—Pues vuelva a su cuarto. Si me entero de que está causando más problemas relacionados con este desgraciado asunto, me plantearé seriamente expulsarla de aquí. Lo cual sería una tragedia para usted, teniendo en cuenta que solo le quedan dos meses para graduarse. Y sería una tragedia para nosotros, porque estaríamos admitiendo que cometimos una equivocación al admitirla. No creo que el doctor Springer acuda al doctor Groekest por decisión propia, pero podría hacerlo. Así que vaya con cuidado, jovencita. Oficialmente se encuentra en una situación muy peligrosa. Tal vez no me expresara con claridad la última vez que hablamos. ¿Me explico ahora?

—Sí —dijo Pia—. Perfectamente.

*Centro Médico de la Universidad de Columbia  
Nueva York  
24 de marzo de 2011, 16.45 h.*

Para Pia, meterse en líos era tan natural como respirar. Había pasado casi toda su vida bajo alguna especie de supervisión condicional, a cargo de personas que no la conocían, a las que no les importaba y que no comprendían su situación. Hacía mucho tiempo se había preguntado cómo era posible que siempre terminara ante un tipo de tribunal u otro. Nunca provocaba los problemas, siempre reaccionaba contra alguien de más edad y más poderoso que intentaba aprovecharse de ella. De alguna manera, aquel hecho se perdía entre el papeleo. Por lo general, solo era ella quien se veía sometida a la inquisición y el castigo posterior. A su parecer, la injusticia y el dolor coexistían en la misma calle de sentido único.

Cuando cumplió doce años, dejó de cuestionar el mundo que le había tocado vivir. Así eran las cosas, y así serían siempre. Con los años había llegado a saber cómo funcionaban los individuos que influían en su vida. El doctor Springer pertenecía a un tipo habitual. Protegía con ferocidad su reputación y adoptaría cualquier medida que le protegiera, aun a costa de razones y hechos. Se ofendía con facilidad y carecía de agallas. Cuando Pia no se amilanó y continuó presionándolo, Springer huyó literalmente. Fue en busca de alguien que tuviera valor, la doctora Bourse, y se escondió detrás de ella. La decana era una adversaria diferente. No tenía miedo, Pia era consciente de ello, y no estaba dispuesta a elegir el camino fácil y limitarse a eliminar el problema, la propia Pia, cosa que podría haber hecho.

Pia había pasado la tarde angustiada, meditando sobre el comportamiento de Springer. No había averiguado nada. También estaba el hecho de que nadie parecía preocuparse por los problemas médicos que ella sugería, cosa que solo podía alimentar su creencia semiparanoica de que el centro médico en general, y el Departamento de Enfermedades Infecciosas en particular, no había cuidado de Rothman y Yamamoto como era debido. Para empezar, ¿cómo podía demostrarse que nadie del centro médico tuviera que ver con el hecho de que su pusiesen enfermos? Pia comenzaba a considerar la posibilidad de que se estuviese gestando una maniobra para encubrir algo, orquestada por el doctor Springer.

Y Rothman continuaba grabado en su cabeza desde un punto de vista emocional. Si no hubiera permitido que adoptase un papel tan influyente en su vida, no se encontraría en su actual situación. Si dejas entrar a alguien en tu vida, pensó, tarde o temprano terminarás sufriendo.

Una llamada a la puerta sacó a Pia de su estado de agitación. Era George. ¿Quién si no?

—¿Qué ha pasado con Springer? Estaba tan preocupado que no he podido concentrarme en todo el día.

—Ha sido un desastre.

—Lo siento. También lamento no haberme ofrecido a acompañarte, de verdad. No tendrías que haber hecho todo esto sola.

—¡George, deja de decir que lo sientes, por favor! Además, no esperaba que me acompañaras. De hecho, no lo pensé ni por un momento. Y después de lo ocurrido, me alegro de que no vinieras. Springer se ha enfadado conmigo muchísimo más que la primera vez. Fue a buscar a la decana para que me dijera que dejara de entrometerme. Y amenazó con acudir a Groekest si no lo hacía.

—¿Vas a hacerlo?

—¿El qué?

—Dejar de entrometerte.

—¿Cómo voy a hacerlo? Son ellos los que se entrometen encubriendo cosas, no yo. Ocultan algo, estoy segura.

—Si no te importa que te lo diga, eso suena a paranoia.

—Pues muy bien. Y recuerda, hasta la gente paranoica tiene enemigos de verdad.

—¿Así que la decana ha vuelto a reprenderte?

—Eso me temo.

—¿Qué ha hecho?

—Me ha echado una buena bronca. Me ha soltado un sermón sobre que soy problemática. Ha amenazado con expulsarme de la facultad.

—¡Mierda!

Pia consultó su reloj.

—De hecho, estaba a punto de volver al laboratorio de Rothman. Estoy esperando a que se haga lo bastante tarde. No quiero tropezarme con nadie, sobre todo con la decana.

—Pia, hasta donde yo sé, la decana no trabaja en seguridad. Ya hay toda una plantilla dedicada a eso. Y la última vez que fuimos al laboratorio nos pillaron al cabo de cinco minutos. Bourse te ha dejado muy claro que no debes volver al laboratorio. Ahora, ha hablado contigo por segunda vez. Puede que tengan razón. Estás loca.

—Creo que tengo aptitudes para la ciencia, George. Aquí hay datos, pruebas que carecen de sentido. Ningún científico se desentendería de esto sin más.

—Pues dime una cosa: ¿qué harás cuando te expulsen de aquí? Eso te convertiría en ex científica. O ni siquiera eso. Serías algo así como casi ex científica. No existe una gran demanda de eso en el mercado laboral actual. Con suerte te graduarás dentro de un par de meses. Sí, la muerte de Rothman es una mala experiencia, terrible, pero

podrías agravarla y encima tirar por la borda una carrera antes de empezarla.

—¿Carrera? En este momento no me parece que tenga mucho futuro. Y no podría mirarme al espejo si me rindiera ahora. ¿Sabes si el laboratorio de Rothman continúa oficialmente clausurado?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Pero sí sé que está clausurado para ti.

—Los epidemiólogos ya habrán terminado —dijo Pia sin hacer caso de las palabras de George—. Si ya no están registrándolo, no veo por qué no puedo ir. Tengo cosas allí. La decana se enfadó por el hecho de que entráramos cuando todavía estaba oficialmente clausurado. Si sigue siendo el caso, no entraré, lo prometo, pero si no está prohibido, lo haré. Como mínimo, he de comprobar el contenido de aquel congelador de almacenamiento de la unidad de bioseguridad de nivel tres, cosa que no tuvimos la oportunidad de hacer anoche, ¿recuerdas? Soy una de las pocas personas que conoce el código que Spaulding utiliza para ese congelador en el cuaderno de trabajo. Quiero estar segura de que todas las muestras que debería contener están en su sitio.

—¿Quién es Spaulding?

—El jefe técnico del laboratorio. Rothman y Spaulding discutían con frecuencia por el estado del congelador de almacenamiento. Rothman pensaba que estaba hecho un desastre, y Spaulding opinaba lo contrario. Rothman estaba pensando en echarlo. Pero no era nada raro: todo el mundo pensaba que estaban a punto de despedirlo. Spaulding era el único que le plantaba cara.

—Todo eso es muy interesante, y tal vez encuentres algo comprometedor en las dependencias de almacenaje, pero, aunque así fuera, ¿qué harías? Recuerda que ya no es el laboratorio de Rothman. Todo eso es historia. Por desgracia. Y tú serás historia si sigues haciendo lo que estás haciendo. Además ¿en serio estás insinuando que el jefe técnico del laboratorio podría estar relacionado con la muerte de Rothman? Eso es una locura.

—La verdad, ya no sé lo que pienso. Se me ocurren ideas extrañas, como que ambos planearon llevar a cabo un doble suicidio.

George miró a Pia consternado.

—Estoy bromeando. Estoy bromeando. Pero en este momento tengo muchas cosas dando vueltas en la cabeza, muchas teorías, y no puedo descartar nada. Tal vez fuera algo que no se hizo, en lugar de algo que sí se hizo. ¿Cómo lo llaman? Un pecado de omisión, no de comisión. Lo único que sí sé es que hay algo que no encaja en esta situación.

—Pues claro que hay algo que no encaja en esta situación, Pia: dos personas han muerto. Eso nunca puede encajar. Pero tampoco significa que no exista una explicación lógica y sencilla para lo sucedido.

Pia reflexionó un momento. Consideró la posibilidad de sincerarse con George y

hablar de ella y de su estado mental, pero siempre había detestado hacerlo. Lo había hecho con Rothman, y mira lo que había conseguido. Miró a George a la cara. Él no había apartado la mirada de ella en todo el rato; Pia casi no había despegado la vista del suelo. Parecía menos ansioso de lo habitual, y más serio. La joven respiró hondo. Decidió que, al menos, lo intentaría.

—No quiero pensar que Rothman estuviera relacionado con su propia enfermedad. Pero me gustaría estar segura. Si fuera así, significaría que me ha decepcionado. En realidad, me habría traicionado. Rothman era muy importante para mí, y me cuesta admitir que alguien tenga tanta influencia en mi vida. Ahora que ha muerto, tengo la sensación de que empiezo de cero. Y no quiero que sea culpa de él.

George asintió, pero le resultaba muy complicado comprender el razonamiento de Pia. Aunque Rothman se hubiera infectado por accidente, ¿por qué debería tenerle ella en menos consideración, sentirse «traicionada»?

—Fue idea de Rothman que iniciara el programa de investigación de mi formación; él sería el director. ¿Quién lo hará ahora? Iba a trabajar en su laboratorio durante mi doctorado. ¿Adónde iré ahora? Me han abandonado una vez más.

George se quedó algo sorprendido ante aquellas palabras que le parecieron egoístas, teniendo en cuenta la muerte de Rothman y Yamamoto.

—Estoy seguro de que la universidad te encontrará otro laboratorio —dijo—. Te encontraron otra rotación. Will y Lesley ya están haciendo la suya.

—Puede que sí, puede que no.

George vaciló un momento. Sabía que existía el peligro de que Pia se tomara a mal lo que iba a decir, pero decidió seguir adelante.

—Pia, lo siento, pero no entiendo cómo Rothman podría haberte «traicionado», según tus propias palabras. Se puso enfermo y murió. A veces me cuesta entenderte. No creo que debas meterte donde no te llaman. Si piensas que la muerte de Rothman no fue un accidente y que están tratando de encubrirlo, esto solo puede acabar mal.

—A menos que sea cierto.

—Estás hablando de asesinato. ¿Quién querría asesinar a uno de los mejores equipos de investigación del país?

Dándole vueltas en la cabeza, a George solo se le ocurría un motivo por el que alguien pudiera estar dispuesto a arriesgar su carrera. Sabía con seguridad que aquella línea de razonamiento iba a meterle en líos.

—Mira, no es asunto mío, y nunca he dicho nada que pudiera hacerte pensar que tenía celos de que cualquier otro tío, hum, intimara contigo, pero tu relación con Rothman, bueno...

Una sonora carcajada de Pia interrumpió a George.

—¡Oh, Dios! ¿Por eso crees que me he metido en todo esto? ¿Crees que me acostaba con Rothman?

—No. Bueno. Sí. Quizá. No lo sé. Explicaría por qué estás tan nerviosa por lo sucedido. Es lo que algunos comentan en el campus.

—¿De modo que he de acostarme con un tío para que me interese averiguar cómo murió? Muchísimas gracias, George. Dejé que intimara conmigo, pero no así. Típicamente machista. Te lo diré, por si ayuda: no, nunca hubo contacto físico entre el doctor Rothman y yo. Punto. Créeme, me doy cuenta de cuando un hombre está interesado en mí de ese modo, y no era su caso. De hecho, estaba felizmente casado y entregado a su familia, pese a lo asocial que parecía.

Pia estaba furiosa, y George no sabía qué decir. La idea que había expresado había cobrado vida propia en su mente. Pero en cuanto la verbalizó, se dio cuenta de que era muy improbable. Ahora se sentía avergonzado de haberlo siquiera sugerido.

—Muy bien, se acabó, me voy al laboratorio —dijo Pia—. La verdad es que allí tengo cosas que necesito recuperar. He trabajado en ese sitio durante más de tres años y medio. Y no te preocupes, si está prohibida la entrada, volveré enseguida, como una buena chica.

—¿Y si no?

—Miraré lo que hay en el congelador de almacenamiento y recogeré mis cosas.

—Yo iré al centro médico y te esperaré en la biblioteca.

—No tienes por qué hacerlo.

—Después de lo de Springer, es lo mínimo que puedo hacer.

—Supongo que no puedo impedírtelo.

George sabía que era lo más parecido a una invitación que iba a recibir.

*Centro Médico de la Universidad de Columbia*

*Nueva York*

*24 de marzo de 2011, 17.07 h.*

Pia y George se acercaron al edificio de investigaciones Black y atravesaron el control de seguridad con sus identificaciones de estudiantes de medicina. Iban en dirección contraria a la multitud, porque pasaban de las cinco de la tarde y casi todo el personal había terminado la jornada laboral. Se separaron en los ascensores, donde Pia le dijo a su amigo que iría a buscarle a la biblioteca cuando acabase su visita.

Ya en el interior del ascensor, la joven se alegró de que George no la acompañara. Podría hacer lo que deseaba más deprisa sin él. Se alegró, aunque no fuera una sorpresa, de que la cinta de precaución hubiera desaparecido de la entrada del laboratorio. Más buenas noticias: la puerta no estaba cerrada con llave, lo cual significaba que el laboratorio había vuelto oficialmente a la normalidad. Pero los sentimientos positivos no tardaron en desaparecer cuando vio que algunos de los habituales del laboratorio habían aprovechado la misma oportunidad para acercarse y continuar con las tareas más urgentes. Marsha Langman estaba limpiando su escritorio, pues su anterior pulcritud prístina había sido víctima del celo de los investigadores del CDC que habían registrado casi todos los archivos del laboratorio. Por desgracia, el jefe técnico, Arthur Spaulding, también se encontraba presente por motivos similares, intentando que todo volviera a la normalidad.

Ver a Spaulding le supuso una decepción. Su presencia le impedía entrar en el laboratorio de bioseguridad. Si la veía, sobre todo si la veía en la unidad de almacenamiento refrigerado, montaría una escena sin la menor duda. Pia se maldijo por lo bajo por no haber llegado al laboratorio antes que los demás. Ni Martha, ni Spaulding, ni ninguno de los demás técnicos, la saludaron; más bien la ignoraron abiertamente. Era como si no existiera. Aquello la sorprendió, porque todos estaban atravesando el mismo trauma relacionado con la muerte de sus jefes. Parecían un grupo de autómatas.

Pia se encaminó hacia la puerta abierta de su pequeño despacho con la idea de recoger sus cosas, marcharse y regresar más avanzada la noche para echar un vistazo al congelador de almacenamiento microbiológico de bioseguridad. Estuvo a punto de llevarse por delante al empleado de mantenimiento del día anterior, O'Meary.

Por supuesto, sabía el nombre de Pia.

—¡Señorita Grazdani! Me alegro de volver a verla. Nos enteramos hace diez minutos de que podemos volver mañana por la mañana para terminar el trabajo. Solo estoy echando un vistazo, comprobando que las herramientas siguen aquí. —Se

inclinó hacia Pia y susurró—: No me hace precisamente feliz estar aquí después de lo que sucedió ayer. Pero hay que terminar la faena. ¿Cree que estamos a salvo? Mi jefe dice que sí.

—Creo que estamos a salvo —contestó Pia—. No creo que nunca haya sido de otra forma.

—Me alegra saberlo.

O'Meary se irguió de nuevo y apuntó con el pulgar al techo.

—Creo que hemos identificado el problema del cortocircuito. Está ahí arriba, de manera que deberíamos poder dejarla en paz mañana hacia la hora de comer.

Pia no contestó. Dudaba que el problema llegara a solucionarse en algún momento. Además, ella no estaría allí al día siguiente a mediodía, ni ningún otro día.

—Espero que no la molestemos mucho mañana —continuó O'Meary, con la intención de ser amable.

Hizo ademán de marcharse. Pia le detuvo.

—Sé que solo llevan aquí dos días, pero ¿vio algo raro ayer por la mañana? Antes de que empezara la agitación. ¿Observó algo que le pareciera extraño?

—Ese tal Springer ya me lo preguntó, y también la gente de Control de Enfermedades. Me tuvieron mucho rato con ello.

—Estoy segura de que fueron muy concienzudos, pero me pregunto, ya que estuvo aquí toda la mañana y en diferentes partes del laboratorio con sus cables, si vio a alguien a primera hora que ya no estuviera más tarde en el laboratorio. Alguien que no tuviera pinta de trabajar aquí.

O'Meary entornó los ojos, pero en plan juguetón.

—¿Qué pasa, ahora es policía?

—No, no soy policía.

—Yo no estaba trabajando en esa unidad de biología donde enfermaron, así que no conozco a nadie de allí. ¿Está segura de que aquí no corremos peligro? La gente de enfermedades infecciosas hablaba de contaminación, en plan «Antes de la contaminación...», y cosas así. ¿De veras que esto es seguro?

—Estoy convencida. Yo he vuelto, y no tengo intención de arriesgarme con esa bacteria.

—Entonces ¿a qué vienen las preguntas? Me está poniendo nervioso.

—Solo estoy investigando un poco por mi cuenta. En teoría, no descubrieron nada anormal en el laboratorio ni en la unidad de bioseguridad. ¿Vio en algún momento a los doctores Rothman o Yamamoto?

—Ni siquiera sabía cuál era cuál. Mucha gente entraba y salía del laboratorio, para entregar cosas.

—¿Conoce a Arthur Spaulding, el jefe técnico?

—Sí, nos lo presentaron el primer día que vinimos a trabajar.

—¿Le vio cuando estaba usted en el despacho de Rothman?

—Claro, algunas veces. Entradas y salidas rápidas.

—¿Alguien más que entrara con frecuencia?

—La secretaria, Martha.

—Marsha.

—Sí, eso. ¿Sabe?, habla como un policía de verdad.

—No soy policía, tan solo una estudiante que tiene unas cuantas preguntas. Siento haberle entretenido, pero si recuerda algo raro, localíceme.

—¿Estará aquí?

—Pues no. Le daré mi número de móvil. Si recuerda algo, haga el favor de llamarme. Lo utilizo muy poco, pero recibiré un mensaje.

«Un mensaje del que puedo hacer caso omiso si no es pertinente», pensó Pia. Por lo general, se resistía a dar su número de móvil. O'Meary lo anotó.

—De acuerdo. Ya lo tengo.

Pia vio por encima del hombro de O'Meary que Spaulding le daba las buenas noches a Marsha y se iba. Aplaudió en silencio. Ahora ya podía ir a echar un vistazo al congelador de almacenamiento.

Por si acaso, Pia recorrió el laboratorio con la mirada para ver quién más había. Dos miembros del personal de mantenimiento estaban limpiando la zona principal, y Marsha estaba muy ocupada en recepción, pero no había nadie que pudiera entrar en la unidad de bioseguridad. Entró en el despacho de Spaulding y cogió el cuaderno de trabajo referente al congelador de almacenamiento microbiológico que sabía que el jefe técnico guardaba en su escritorio. Se puso el equipo a toda prisa en la antesala de la unidad y, una vez dentro, utilizó su llave para entrar en el enorme congelador. La puerta se cerró automáticamente a su espalda. Le sorprendió ver que la luz interior estaba encendida; era raro, porque Spaulding era muy escrupuloso en lo tocante a apagar la luz cuando se iba. Cuando Pia empezó a pensar qué podría significar aquella anomalía, la puerta se abrió de golpe. El corazón le dio un vuelco en el pecho. Se encontró cara a cara con un igualmente sorprendido Arthur Spaulding.

—¿Qué está haciendo aquí? —se apresuró a preguntar Pia, fingiendo indignación.

—He venido a apagar la luz. Pero me parece más relevante saber qué está haciendo usted aquí. Está prohibida la entrada a todo el mundo, salvo a Nina Brockhurst, Panjit Singh, Mariana Herrera y yo. Usted lo sabe. ¿Y cómo ha entrado, maldita sea?

—Tengo una llave —contestó Pia al tiempo que la sacaba y la hacía oscilar delante del rostro enmascarado del hombre—. El doctor Rothman me la dio y me autorizó a entrar.

Spaulding se la arrebató de la mano, cosa que volvió a sobresaltar a Pia.

—Tal vez no se haya enterado, pero el doctor Rothman ya no está para darle su

autorización.

—Estoy segura de que se alegra de ello —le espetó Pia. En cuanto el comentario se le escapó de la boca, se arrepintió.

—De momento estoy a cargo de este laboratorio, y a partir de ahora ya no tiene autorización. También me quedará eso.

Spaulding se apoderó del cuaderno de trabajo que llevaba Pia.

La alumna se quedó inmóvil un par de segundos, sin saber qué hacer. Ya se había recuperado del susto de la aparición inesperada de Spaulding, ya solo estaba enfadada. Aquel hombre nunca le había caído bien. Se dirigió hacia la puerta del congelador.

—Ya no eres la princesita, querida Pia. Tu acceso a todo el laboratorio ha sido revocado, como sin duda confirmaría sin problemas la decana si se lo preguntara.

Ella no dijo nada. Se quitó el equipo protector en la antesala y no se molestó en recogerlo del suelo. Enfurecida, volvió a entrar en su diminuto despacho y recogió las escasas pertenencias y archivos que había acumulado en algo más de tres años. Encontró una caja vacía y lo guardó todo en ella. Sin mirar atrás, cerró la puerta del despacho y caminó hacia la entrada del laboratorio. Marsha Langman no alzó la vista cuando pasó a su lado. Pandilla de gilipollas, pensó Pia.

Hecha una furia, Pia comenzó a caminar en dirección a la residencia, pero entonces recordó que George la estaba esperando en la biblioteca. Giró sobre sus talones, le localizó enseguida y llamó su atención con un gesto. Después, salió. George se apresuró a cerrar la revista que estaba leyendo y la siguió hasta el pasillo. Tuvo que correr para alcanzarla. No era difícil adivinar que estaba muy enfadada.

—¿Puedo preguntar qué ha pasado? No has tardado mucho. ¿Continuaba prohibido el acceso al laboratorio?

—Tal vez habría sido mejor que lo estuviera —contestó Pia—. Espero que tengas hambre, porque yo estoy famélica.

—Tengo hambre. Vamos a la cafetería.

—De acuerdo.

Salieron del hospital. Hacía frío y estaba oscuro. Apretaron el paso.

—Aún no me has contado qué ha pasado —le recordó él.

—Lo que ha pasado es que ese cerdo de Spaulding me ha sorprendido en el congelador de almacenamiento y ha acabado expulsándome del laboratorio para siempre. El muy imbécil se había dejado la luz encendida y volvió para apagarla. Qué mala suerte que sea tan anal. Lógico, es tonto del culo.

—No puede sorprenderte que se enfadara. ¿Y qué más da que te haya echado del laboratorio? El lunes irás a otro. Ya puedes borrar a otro miembro del personal de tu lista de felicitaciones navideñas.

—Yo no envío felicitaciones de Navidad.

—Es una manera de hablar, tú ya me entiendes. De modo que ahora tienes verdaderamente prohibido el acceso al laboratorio, ¿eh?

Pia asintió.

—Eso creo.

—No puedes hacer mucho más, entonces, a menos que quieras entrar por la fuerza en el despacho de Springer.

Pia miró a George con aire de confusión.

—Es broma. En serio, no puedes hacer nada más. Has hablado con el médico a cargo del cuidado de Rothman y Yamamoto, y ahora no puedes volver a entrar en el laboratorio. Tienes que dejarlo correr y permitir que las autoridades hagan su trabajo. No te quepa duda de que hay una investigación en marcha. O sea, que deberías dejarlo. ¿Vale?

Pia no estaba prestando atención al discurso de George.

—Pia, ¿me estás escuchando?

Lejos de dejarlo correr, Pia se estaba preguntando si Spaulding ocultaba algo. Pero ¿qué podía hacer? ¿Y qué iba a hacer con el resto de su vida? Sin su mentor y su programa, ¿continuaba la investigación siendo una posibilidad? Antes, convertirse en médico parecía aportarle seguridad a su vida, algo que anhelaba. Pero Rothman había conseguido que cayera en la cuenta de que su incomodidad con los pacientes, con la gente en general, tal vez no fuera lo más adecuado para una carrera como aquella. Se encontraba en una encrucijada y no tenía respuestas. Pensar en ello la ponía nerviosa.

Pia soltó un suspiro y George le preguntó qué ocurría. Ella ignoró la pregunta. De pronto, comprendió que su preocupación por descubrir lo que le había pasado a Rothman le estaba permitiendo evitar pensar en su carrera y en las decisiones que tenía que tomar. Era su primera línea defensiva. El futuro podía esperar. Pia dejó de andar y detuvo a George ante la puerta de la residencia.

—No pienso rendirme. Tengo que averiguar por qué ha ocurrido esta tragedia. Hay demasiados interrogantes. Cada vez que me paro a pensar, surgen más preguntas, hay más gente que actúa de una forma extraña. Los de enfermedades infecciosas insistieron en utilizar un antibiótico de hace cincuenta años y los pacientes murieron al cabo de pocas horas pese a que les habían diagnosticado y tratado. Y a nadie, insisto, a nadie, le caía bien Rothman. Todos sus colegas le tenían envidia porque tenía un Lasker y un Nobel, y posiblemente estuviese a punto de recibir otro. Sí, Spaulding se ha cabreado al encontrarme en la unidad de almacenamiento, con la que siempre se ha mostrado extrañamente posesivo, y supo que había estado en su despacho cuando vio el cuaderno de trabajo. Pero ha actuado de una forma extravagante, como si ahora el laboratorio fuera suyo. Ese tarado no es más que un puto técnico. No es investigador. ¿Y qué me dices del hecho de que yo, una simple

estudiante de medicina, fuera quien detectó la peritonitis? Tal vez si le hubieran llevado antes a quirófano todavía seguiría vivo.

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó George. Intentó mirar a Pia a los ojos, pero ella evitó el contacto visual.

—¿De veras te parezco una paranoica? No contestes. Sea como sea, no he acabado de investigar esto, ya que parece que nadie más lo está haciendo.

—¿Cuántas veces he de recordarte que este es uno de los mejores centros médicos del mundo? ¿De veras crees que puedes aportar algo? Vas a quemarte, Pia. ¿Es eso lo que quieres? ¿Acabar con tu carrera?

Pia reflexionó un momento.

—Tal vez.

—Aunque persistas en esta investigación autodestructiva o como quieras llamarla, no veo cuáles son tus opciones. Springer, Bourse, Spaulding... Todos te han dado el último aviso.

—Spaulding no me da miedo. Se ha quedado con mi llave, pero aún sé dónde guardaba Rothman la suya. Ha actuado como si tuviera algo que ocultar.

—Como ya he dicho antes, creo que esto es una locura. Escucha, si te empeñas en continuar con esto, ¿por qué no les echas un vistazo a las autopsias? Tiene que existir una explicación patológica sencilla para el tratamiento clínico de Rothman y Yamamoto. O incluso una explicación complicada, no lo sé. Pero es ahí donde encontrarás las respuestas, no cabreando a todo el personal del hospital. Es probable que las hayan llevado a cabo hoy para poder deshacerse de los cuerpos, ahora que todavía están calientes.

—¿Calientes?

—Sí, calientes, contaminados por la salmonela —replicó con brusquedad George. A veces, Pia era lenta captando las ideas. Aún parecía confusa, como si su mente no estableciera la relación—. ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

—Has dicho que alguien lleno de virus está «caliente».

—Exacto. Ningún departamento de patología quiere tener cuerpos calientes durante mucho tiempo. Te diré lo que deberías hacer: esta noche vas a ver a uno de los residentes de patología y le preguntas qué sabe, o qué puede averiguar. En ese departamento aún no te han echado, ¿verdad?

—De hecho, es una buena idea. No lo había pensado.

—Si quieres investigarlo, te acompañaré para que te portes bien.

George sonrió al decirlo. No la estaba regañando, sino bromeando, porque sabía que no sería capaz de evitar que se metiera en líos si ella estaba decidida a hacerlo. Lo había demostrado en más de una ocasión.

—Pero no voy a volver al laboratorio —añadió—. Si tú quieres hacerlo, estás sola. Es posible que Spaulding haya avisado a seguridad. Y si hubiera desaparecido

una muestra del congelador, ¿qué significaría eso? ¿Qué demuestra? Aparte del hecho de que Spaulding no es tan bueno en su trabajo cómo a él le gusta pensar. Otra cosa que tú ya sabes.

—No creo que Spaulding avise a nadie. No tiene tanta autoridad, pese a los humos que se ha dado. Pero de momento no tengo pensado volver al laboratorio. Creo que seguiré tu sugerencia e investigaré en Patología. Como ya he dicho, no lo había pensado. Es una buena sugerencia.

—En tal caso, te acompañaré. Me sentiría culpable si te abandonara a tu suerte, hicieras de las tuyas otra vez y te echaran de la facultad.

—Me da igual —contestó Pia. Se sentía intrigada. Se preguntó por qué no se le había ocurrido a ella.

*Centro Médico de la Universidad de Columbia*

*Nueva York*

*24 de marzo de 2011, 20.50 h.*

El viento soplaba con fuerza en Haven Avenue, y penetraba en el cañón de la calle Ciento sesenta y ocho. Impulsados desde atrás, Pia y George avanzaron con rapidez y mucho frío desde la residencia hasta el centro médico. Estaba lloviendo, y George forcejeó con un paraguas barato hasta que al final se le dio la vuelta por tercera vez y lo tiró a un cubo de basura. Pia continuó caminando con la cabeza gacha y la capucha de la sudadera puesta sobre la cabeza.

Una vez dentro del hospital, descendieron a las entrañas laberínticas del edificio casi centenario, camino del depósito de cadáveres. Olía fatal, estaba mal iluminado y plagado de aparatos anticuados. El depósito hacía las veces de estación de paso para los muertos. En los casos sencillos, una funeraria recogía los cadáveres. Una furgoneta del IML, el Instituto de Medicina Legal, aparecía si existían factores que los complicaban.

Tanto a Pia como a George les costaba relacionar aquel lugar sucio y destartado con el hospital y el centro médico tal como los conocían. Algunos edificios del campus estaban algo desvencijados por fuera, pero por dentro eran modernos y estaban impolutos. El depósito de cadáveres, en cambio, era un desastre por dentro y por fuera, y a aquella hora de la noche parecía que todos los habitantes del reino de los vivos lo hubieran abandonado. Abundaban las puertas anticuadas de madera con letreros metálicos que proclamaban que solo estaba permitida la entrada al personal autorizado. El único sonido que se oía en aquel lugar olvidado de la mano de Dios era un zumbido eléctrico y el goteo del agua sobre el suelo de cemento.

Siguiendo su olfato, entraron en las gradas del anfiteatro de la abandonada sala de autopsias, que parecía el decorado de una película de terror ambientada en la era victoriana. Algunos asientos estaban rotos. El foso, con sus dos antiguas mesas de autopsia, se utilizaba como almacén de fragmentos de tubería, lavabos viejos y retretes inservibles. Con la constante lucha por el espacio que tenía lugar en el centro médico, George se preguntó en voz alta por qué no habían remozado la zona.

Pia y George llegaron finalmente al depósito de cadáveres propiamente dicho. A lo largo de las paredes había una serie de refrigeradores empotrados. Los quince cadáveres de la sala descansaban cada uno sobre su camilla, algunos cubiertos por mantas, otros expuestos por completo. Algunos de los cuerpos aún llevaban sujetos los diversos tubos y cables utilizados para tratarlos y controlarlos cuando todavía estaban vivos. Un par de cadáveres estaban vestidos, otros desnudos. La mayoría

llevaba todavía las batas de hospital con las que habían expirado. También vieron un par de bolsas de cadáveres negras.

Los dos amigos se estaban preguntando por qué no había nadie trabajando allí cuando el ayudante del patólogo les sobresaltó.

—¿Qué quieren? —les preguntó el hombre. Era evidente que no le gustaba que le molestaran. Tendría unos cincuenta o sesenta años, era de corta estatura e iba vestido con una bata de laboratorio manchada. Tenía una cabeza bulbosa, demasiado grande para su cuerpo, con un emparrado que disimulaba muy mal su calvicie. Utilizaba unas gafas ovales pequeñas y entornó los ojos para mirar a sus invitados indeseados. El equipo de cásting de la película de terror victoriana había hecho un buen trabajo—. ¿Cómo han entrado? —añadió antes de que Pia y George pudieran contestar a su primera pregunta.

—Por ahí —dijo Pia señalando su ruta de entrada.

—Eso es la entrada de atrás. Se supone que los visitantes han de venir por delante. Nadie entra nunca por atrás.

—Hemos venido a interesarnos por un par de autopsias —dijo George—. Es posible que se hayan practicado hoy aquí. Los pacientes serían dos miembros del personal médico que han muerto esta mañana temprano. Los doctores Rothman y Yamamoto.

El ayudante lanzó una carcajada cínica, como si aquello fuera lo más divertido que hubiese oído en años.

—Hace cincuenta años que no se practica ninguna autopsia aquí. Jamás he oído hablar de esos pacientes. No están aquí, si es eso lo que desean saber. Y si ha habido autopsia, la habrán practicado en el departamento de anatomía de la facultad de medicina, donde todavía las hacen. Con fines pedagógicos. Han de ponerse en contacto con el residente de patología que esté de guardia. Salgan por delante.

El hombre señaló la salida acostumbrada. Después se quedó allí parado con expresión implacable.

George miró a Pia, que no parecía de humor para discutir.

—De acuerdo —dijo el joven—. Gracias.

Mientras ambos esperaban a que bajara el ascensor, George volvió la mirada hacia la cámara de los horrores.

—¿No te parece increíble ese tipo?

—He estado en unos cuantos lugares escalofriantes, pero este se lleva la palma.

—¿Crees que sale alguna vez?

—Da la impresión de que vive aquí.

—Me alegraré si no vuelvo a verle el careto nunca más.

—Yo opino lo mismo —dijo Pia—. Si volvemos a bajar aquí, significará que estamos muertos.

De vuelta en el país de los vivos, George llamó al patólogo residente de guardia. El doctor Simonov accedió a recibirles y les pidió que subieran al laboratorio de patología clínica. Cuando Pia y George lo encontraron, Simonov se estaba tomando un descanso en un pequeño despacho sin ventanas. Tenía un gigantesco tazón de café cargado sobre el escritorio, delante de él.

—¿Qué puedo hacer por vosotros? Casi nunca me llama ningún estudiante de medicina. ¿Qué pasa?

Simonov era ruso, pero había vivido en Occidente el tiempo suficiente para haber perdido casi por completo el acento. Solo el olvido de algún que otro artículo lo delataba. Había ido a la universidad y a la facultad de medicina en Estados Unidos.

—Nos preguntábamos si hoy se ha practicado la autopsia del doctor Rothman o la del doctor Yamamoto, o la de ambos —contestó George. Le había sugerido a Pia que, en aquella ocasión, le dejara hablar a él. A ella le dio igual—. Han muerto esta madrugada cuando...

—Sí, sé quiénes eran —interrumpió Simonov—. Todo el mundo les conocía en el centro médico. ¿Por qué lo preguntáis?

—Se han suscitado preguntas respecto a la rapidez con que murieron —dijo Pia antes de que George pudiera hablar—. Empeoraron sin remedio pese al tratamiento de urgencia...

—Aquí no se les ha practicado la autopsia —interrumpió de nuevo Simonov—. En general, aquí ya no se realizan muchas. Es una pena, pero así son las cosas. No hay dinero. Pero a Rothman y Yamamoto no se les habría practicado aquí bajo ninguna circunstancia. El hecho de que hayan fallecido de una enfermedad infecciosa mientras trabajaban significa que son casos que corresponden al médico forense, así de sencillo. Lo único que hicimos aquí fue meterlos en bolsas de cadáveres, cerrarlas y descontaminar el exterior. Después, vino a recogerlos el IML.

Les explicó que se trataba del Instituto de Medicina Legal.

—Sé lo que es el IML. ¿Conoces los resultados?

—¡Resultados! —Simonov se rió de la pregunta de Pia—. Puede que dentro de tres semanas o más. Allí reciben muchos cadáveres, y por lo general tardan lo suyo.

—¿Allí dónde? —preguntó Pia—. ¿Dónde está exactamente el IML?

—¿Vas a ir allí? Yo no te lo aconsejaría. Pero, vale, como quieras. Está en el East Side, Primera Avenida con la calle Trece, cerca del Centro Médico de la Universidad de Nueva York.

—Gracias. Si les llamamos, ¿crees que contestarán a nuestras preguntas?

—¿Ahora?

—Mañana.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Puede que ningún estudiante de medicina les haya

hecho preguntas. Pero está asociado con el Centro Médico de la NYU, que es un hospital universitario. Tal vez hasta tengan una asignatura optativa para estudiantes de medicina.

—¿A quién deberíamos llamar? ¿Preguntamos por alguien en particular?

—Conocía a uno de los forenses, pero ya no está allí. No obstante, hay un departamento de relaciones públicas. Yo llamaría allí. Tal vez se pongan en contacto con el investigador forense del caso.

—¿Crees que nos dirían los resultados si llamáramos? —preguntó George.

—¿Te refieres a llamar a la oficina del IML? —Simonov sonrió y lanzó una breve carcajada—. ¿Crees que con la burocracia de esta gran ciudad llamas y te dan los resultados enseguida? Ni de coña. Este caso es importante, eran peces gordos. Será un gran acontecimiento mediático. Es probable que se entablen pleitos acerca de la seguridad, ese tipo de cosas. Como es un caso de infección, es probable que ya se hayan practicado las autopsias, pero no anunciarán los resultados antes de tres o cuatro semanas, cuando se hayan terminado las pruebas toxicológicas. Pero no habrá acceso general a la información, y desde luego no van a darles los resultados a un par de estudiantes de medicina novatos.

—Es probable que tengas razón —dijo Pia. Sabía más que la mayoría de la gente sobre instituciones municipales.

—En vuestro caso, yo buscaría otra cosa que hacer. Pero es vuestra vida. Si insistís en investigar este caso, yo iría allí. No llamaría por teléfono. Si vais en persona y dais con alguien que más o menos se apiade de vosotros, tal vez averigüéis algo.

Simonov le guiñó el ojo a Pia. Ella recibió el mensaje, pero hizo caso omiso.

—Si estáis tan convencidos —continuó Simonov—, id al IML. Pero no contéis con obtener respuestas. En cuanto a llamar, sería como llamar al 311.

Simonov se refería al número de atención al ciudadano, al que la gente llamaba para informar sobre un gato atrapado en la copa de un árbol o un set de grabación demasiado ruidoso en la calle. Simonov consultó su reloj y levantó el café.

—Si decidís llamar al 311, decidles que todavía hay un gran socavón en mi calle. Está allí desde Acción de Gracias.

De vuelta en la noche lluviosa, Pia y George caminaron trabajosamente por la calle Ciento sesenta y ocho, lo más alejados posible del bordillo. Cada vez que pasaba un taxi amarillo, inundaba la acera de agua.

—Bueno, ha sido casi inútil —logró articular Pia a pesar del viento.

—No estoy seguro de que debamos considerarlo totalmente inútil. Nos ha recordado que es un caso en el que intervendrá la política. También ha subrayado que sin la menor duda va a abrirse una investigación a fondo, como prelude a cualquier

acción legal. Creo que se trata de una información que deberías tomarte en serio. Ha llegado el momento de dejarlo correr, Pia.

—Ni lo sueñes. No abandonaré hasta conseguir respuestas.

—Eres imposible —comentó George.

En aquel momento, una repentina ráfaga de viento sopló desde Haven Avenue y detuvo su avance durante un momento. Habían llegado a Fort Washington Avenue. Pia miró a un lado y vio que se encontraban frente al edificio de investigaciones Black.

—¿Qué hora es? —preguntó.

George consiguió echar un vistazo a su reloj.

—Más de las diez. Hora de ir a la cama.

A George, la idea de la cama le resultó atractiva de inmediato. Le recordó el hecho de que aquel día habían mantenido relaciones sexuales, o al menos Pia las había mantenido. Siempre optimista, se preguntaba si tal vez, después de acompañarla al hospital para averiguar lo de las autopsias, Pia se plantease una segunda parte. George cerró los ojos y se armó de valor para hablar.

—¿Quieres venir a mi habitación? ¿A pasar la noche? O podríamos ir a la tuya, si lo prefieres.

—¿Para qué? —preguntó Pia sin comprenderlo.

—Bueno, para empezar, esta tarde liquidamos el asunto un poco deprisa. Tal vez si tuviéramos más tiempo...

—No es mala idea —dijo Pia, como inquieta—. ¿Te has dado cuenta de dónde estamos?

George alzó la vista. La verdad es que no le había prestado mucha atención a su entorno inmediato.

—Estamos justo delante del edificio Black —añadió Pia—. Son más de las diez, como tú has dicho. Quiero subir al laboratorio para echar otro vistazo rápido a ese maldito congelador. No me quedaré satisfecha hasta que lo haga, y este es el mejor momento. He estado ahí cincuenta veces en noches como esta.

—¡No, Pia! —dijo George con firmeza—. Es demasiado arriesgado.

—No creo que exista el menor riesgo. Vuelve a la residencia. Solo tardaré veinte minutos, como máximo.

George miró hacia la residencia, cuya silueta se intuía en la noche neblinosa. Se le antojaba un paraíso de calor y seguridad. Miró a Pia. Ella le sonrió, segura de sí misma, como de costumbre. Lo más importante, no había dicho que no a su sugerencia de dormir juntos.

—¿De veras crees que no hay peligro, que no aparecerá nadie de repente?

—Por supuesto. Tardaré veinte minutos. Te llamaré en cuanto vuelva a la residencia.

—¿Y recuerdas que, descubras lo que descubras, no demostrará nada?

—Soy consciente de ello.

La mente de George comenzó a bullir. Tal vez fuera una buena idea. Tal vez si se quitaba de la cabeza el maldito congelador abandonara su investigación autodestructiva.

—De acuerdo —dijo George con repentina resolución—. Te acompaño. Tal vez pueda ayudarte a acabar antes.

La agarró de la mano y tiró de ella hacia la entrada del edificio Black.

Pia se resistió.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro —contestó George. La única imagen que ocupaba su mente era la de los dos metiéndose en la cama, muy apretados el uno contra el otro.

Pia se encogió de hombros.

—Puede que entre los dos sea más rápido. Muy bien, vamos allá.

Sin una sola palabra más, Pia y George entraron en el edificio Black. El hombre de seguridad conocía bien a Pia y ni siquiera pestañeó. La joven utilizó su llave para abrir la puerta principal del laboratorio, puesto que Spaulding no se la había pedido. El cuaderno de trabajo estaba de nuevo donde ella esperaba encontrarlo, sobre el escritorio del jefe técnico. Dentro de la unidad de bioseguridad utilizó la llave que Rothman guardaba en su despacho para abrir la cámara de almacenaje. Trabajaban con rapidez y eficiencia.

George no habría querido que un médico le tomara la tensión durante la visita, pero Pia parecía fría y concentrada.

Le pidió a George que le leyera en voz alta cuántos ejemplares de cada muestra había registrados en el cuaderno de trabajo mientras ella contaba las muestras reales. Tal como Pia sospechaba, faltaban tres muestras del congelador de almacenamiento, al menos según el cuaderno. En teoría, tenía que haber treinta muestras de *Salmonella typhi* cultivada a gravedad cero, divididas a partes iguales entre lo que se llamaba *alfa S. Typhi* y *beta S. Typhi*. Una de las muestras desaparecidas era de la cepa de salmonela beta, las otras dos de la cepa alfa, la que había infectado a Rothman y Yamamoto. En la parte exterior de la unidad, cerca de las campanas extractoras, Pia descubrió una pequeña colección de seis placas de Petri etiquetadas en la incubadora. Cada etiqueta decía si eran de alfa o de beta.

Una vez abandonaron la unidad de bioseguridad y se quitaron el traje protector, Pia descubrió al lado del lavamanos de Spaulding dos ejemplares sin etiquetar del mismo tipo de contenedores con tapón que se utilizaban en la instalación de almacenaje.

Después de devolver a su sitio el cuaderno de trabajo y la llave extra, Pia le dijo a George:

—Muy bien, hemos terminado.

El corazón del joven se calmó en cuanto salieron del laboratorio sin incidentes.

—¿Qué significa todo esto, Pia? —preguntó mientras bajaban en el ascensor.

—No lo sé —admitió ella—. Puede que no signifique nada, pero toda información es importante. Lo que me gustaría hacer es repasar las discrepancias con Spaulding, si consigo encontrar una forma de hacerlos.

—Buena suerte —contestó George.

Pia y George volvieron a la residencia luchando contra la climatología. Aunque estaba agotado, George se sentía extrañamente entusiasmado. Ambos habían trabajado verdaderamente unidos. Sabía que había sido de utilidad, y era muy sensible a los gestos de Pia, como la forma en que le había puesto la mano sobre la parte baja de la espalda para invitarle a atravesar antes que ella la puerta exterior de la residencia. No cabía duda de que estaba contenta con lo que habían logrado. Se detuvieron en el vestíbulo y apretaron el botón del ascensor. Ambas cabinas estaban en los pisos superiores.

Pia observó con fijeza el lento indicador de planta del ascensor. George carraspeó para hablar, pero ella no quería oír lo que tuviera que decir. Solo deseaba irse a la cama e intentar dormir.

—Pia, tienes que saber lo que siento por ti. He intentado decírtelo cien veces. Más incluso. Pia, ¿quieres hacer el favor de mirarme?

La joven se volvió hacia George de mala gana. Estaba muy serio.

—Sabes que me preocupas porque siento algo por ti. Te quiero, ya debes de saberlo. Pienso en ti constantemente.

Al escuchar aquellas palabras, algo cobró vida en el cerebro de Pia. Un animal de laboratorio aprende a dejar de repetir un determinado comportamiento, como tocar un botón rojo, si cada vez que lo hace recibe una descarga eléctrica dolorosa, aun cuando previamente ha recibido una recompensa, como comida. En la mente de Pia, existía una relación entre las manifestaciones de afecto y el dolor. Había descubierto que la gente que pronunciaba aquellas palabras le hacía daño, y debía evitarlo a toda costa, como si fuera una descarga eléctrica.

Volvió a apretar el botón del ascensor, pues parecía que la cabina se había atascado en el piso octavo. No dijo nada.

—Nuestra relación no puede ser totalmente unilateral.

—¿Qué quieres decir con «relación»? Mira, George, no es el momento ni el lugar para esto.

—¿Cuándo es el momento, Pia? Hace años que quiero decirte que te quiero.

Por fin llegó el ascensor, las puertas se abrieron y un grupo de ruidosos estudiantes salió en tromba de su interior. En la habitación de alguien había empezado una fiesta, y ahora la estaban trasladando a un bar de Broadway.

George arrastró a Pia a un lado cuando la puerta se cerró. Ella puso los ojos en blanco.

—Venga, George. Ahora no.

—Lo siento, pero he de decirlo. Ya sé que no quieres oírlo, pero es que no te comprendo.

—Ya somos dos.

—Pero nos necesitamos mutuamente, ¿no crees? Yo sé que te necesito.

—No sé lo que significa eso, «necesitar» a alguien. No quiero tener la responsabilidad de que alguien me necesite.

Llegó el segundo ascensor, con un estudiante rezagado que corrió para alcanzar a sus amigos. Pia entró en la cabina y sostuvo la puerta para que George entrara.

—Entra, George, por Dios.

Pia pulsó el botón del piso undécimo, donde estaba su habitación, y el del séptimo para George. Mensaje enviado. George entró a regañadientes. Pia ya tenía la cabeza llena de problemas difíciles (Rothman, las hermanas, África, el resto de su vida), y ahora se sumaba otro. Se preguntó cómo sería pensar en alguien siempre, como George decía que le pasaba con ella. Era un concepto extraño. Miró a su amigo, que tenía la mirada clavada en el suelo. No tenía ni idea de qué estaría pensando o sintiendo. El ascensor se detuvo en la planta séptima y Pia apretó el botón de retención. George vaciló un momento, y después salió.

—Buenas noches, George —dijo Pia.

Él se limitó a asentir mientras las puertas se cerraban. A Pia se le antojó patético.

*Centro Médico de la Universidad de Columbia*

*Nueva York*

*24 de marzo de 2011, 23.15 h.*

George sabía unas cuantas cosas acerca de lo que significaba perder a alguien. Su padre, Morgan Wilson, murió cuando él tenía tres años y, por más que se esforzara, George no recordaba nada concreto de él, aparte de una vaga sensación de alegría. Conservaba algunos recuerdos imprecisos, pero los había ido ensamblando a partir de las fotografías que su madre, Jean, le había enseñado. Conservaban una película casera muda de una vez que Jean y Morgan llevaron a George a visitar a sus abuelos, Sally y Preston, en Arizona. George había visto la cinta una y otra vez, y su padre siempre le parecía imposiblemente joven y entrañable. En aquella breve película, Morgan tiene a su hijo sentado en el regazo y va alternando abrazos con besos en la mejilla. La ausencia de Morgan le había causado a George una melancolía similar a la que estaba experimentando en aquel momento.

George se levantó de la cama donde se había tumbado después del rechazo de Pia. Necesitaba salir de su habitación, aunque solo fuera un rato. Siempre le quedaba la máquina expendedora del primer piso. Necesitaba ver a gente, gente normal, y por lo general siempre había estudiantes comprando refrescos o bolsas de patatas fritas.

Cuando se encaminó hacia los ascensores, trató de concentrarse en cuánto le quería su familia. Siempre podía refugiarse en eso cuando se sentía solo. Sabía que la situación de Pia no era equivalente, lo cual hacía que su comportamiento le resultara más confuso todavía. ¿Por qué rechazaba con tanto empeño el amor que deseaba compartir con ella y que por fin tenía el valor de expresar? No tenía sentido.

Apretó el botón de bajada. Casi como si la cabina hubiera estado esperándole, las puertas del ascensor se abrieron. Dentro estaba Will McKinley, tal vez la única persona del mundo capaz de lograr que George se sintiera más solo todavía.

—¡George! —exclamó McKinley—. Qué casualidad. ¿Vas a comprar un aperitivo? ¡Entra!

Will agarró a su compañero del brazo y tiró de él hacia dentro. El botón de la planta baja ya estaba apretado. El joven no tuvo fuerzas para resistirse.

—¿Qué pasa, George? Tienes un aspecto horrible.

—Solo estoy cansado. Ha sido un día agotador.

—¿Cómo está Pia? ¿La has visto? Se habrá tomado muy a pecho lo que le ha ocurrido a Rothman.

—Sí.

—Lesley y yo hemos intentado llamarla, pero no descuelga el teléfono.

—No se le da muy bien mantener el contacto con la gente —contestó George.

El ascensor llegó a la planta baja y Will lo guió hasta el pasillo.

—Escucha, George, si puedo ayudar a Pia en algo, avísame. Lo digo en serio. Queremos que salga de este mal trago de una pieza, es una chica estupenda.

George se limitó a asentir. Will echó a andar hacia la sala de la máquina expendedora. Cuando se dio cuenta de que el otro no lo seguía, se volvió y le hizo un gesto.

—¡Vamos! Invito yo.

George suspiró, se volvió con movimientos cansados y apretó el botón una vez más para llamar al ascensor. Quería compañía, pero no la de Will.

*Centro Médico de la Universidad de Columbia*

*Nueva York*

*24 de marzo de 2011, 23.30 h.*

En cuanto las puertas del ascensor se cerraron tras George, Pia ya lo había relegado al lugar que le correspondía en su mente, muy abajo en la lista de sus preocupaciones inmediatas. No le gustaba ser brusca con él, pero tampoco quería enzarzarse en una conversación larga y tendida. Estaba agotada por no haber dormido bien la noche anterior. Por desgracia, cuando llegó a su planta, tuvo un poco de mala suerte. Se había topado con Lesley y se había visto obligada a hablar de Rothman y Yamamoto. Pia sentía curiosidad por saber si Lesley tenía alguna idea interesante, así que había tolerado la chachara, pero al cabo de unos diez minutos, cuando quedó patente que su compañera no iba a aportar nada significativo, interrumpió la conversación.

Pia introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta de su habitación, entró y golpeó la puerta con el talón derecho para cerrarla. A oscuras por completo, tanteó la pared con la mano izquierda en busca del interruptor y lo activó. Con la mano derecha tiró las llaves en dirección al escritorio. Lo único que deseaba era darse una ducha rápida antes de acostarse. No había parado en todo el día, y el siguiente no iba a ser mucho más tranquilo, teniendo en cuenta la visita al IML que tenía planeada.

Se acercó a la ventana y cerró las persianas. Se quitó la bata de laboratorio y la tiró sobre el brazo de la butaca de lectura. A continuación, se desprendió del jersey y lo dejó encima de la chaqueta. Abrió la puerta del armario y se quitó los zapatos de un patada, primero el izquierdo, y después el derecho. A continuación, se desabrochó la falda negra y luego el sujetador y los dejó caer al suelo. Se moría de ganas de darse una ducha caliente. Apoyó la mano sobre la puerta del cuarto de baño y pensó que era raro que estuviera cerrada. Nunca cerraba la puerta del baño, ni siquiera cuando utilizaba el váter.

Antes de que pudiera procesar otro pensamiento, la abrieron con brusquedad y el pomo se le escapó de la mano. Una figura alta se materializó en el umbral, le puso la palma de la mano sobre la clavícula y la arrojó con fuerza al suelo. Pia se golpeó la cabeza contra las baldosas. Un grito involuntario se formó en su garganta, pero el hombre, montado a horcajadas sobre ella, con las rodillas sobre sus brazos y la mano izquierda tapándole la boca, lo ahogó. La joven intentó pensar con claridad, pero le zumbaban los oídos. El hombre llevaba un pasamontañas, y Pia distinguió una segunda figura casi oculta por la primera. También iba encapuchada. Ambos portaban uniformes de seguridad del hospital.

El primer hombre intentaba aplacar a Pia. Echó la mano derecha hacia atrás y el

segundo hombre le entregó un rollo de cinta adhesiva. El primero miró hacia atrás de nuevo y agitó la cinta.

—Córtame un trozo —dijo en un inglés con mucho acento, y su colega obedeció. Liberó la boca de Pia, cogió el trozo de cinta con ambas manos y se lo pegó sobre los labios antes de que ella pudiera emitir más que un chillido ahogado.

—No te muevas. No vamos a hacerte daño —dijo el primer hombre.

Pia se revolvió una vez más, pero tuvo que parar. Debía esforzarse para conseguir que le llegara el suficiente oxígeno a la nariz, y además le dolía la cabeza debido al golpe que se había dado al caer. Los brazos se le estaban entumeciendo, puesto que el hombre se los apretaba con las rodillas. Le miró a los ojos y asintió.

—Vale. Voy a dejar que te levantes. No hagas ninguna estupidez.

El hombre se puso en pie y, al hacerlo, la clavó las rodillas a Pia en la parte carnosa de los brazos. Retrocedió y ella se levantó. Se sentía muy pequeña. Solo llevaba puestas las bragas, y aunque los hombres iban provistos de pasamontañas, sabía que las miradas de ambos le estaban recorriendo el cuerpo de arriba abajo. Iban a violarla, estaba segura. Pia levantó los brazos para masajearse los tríceps doloridos y cubrirse los pechos.

Pia pensó: «Solo hay tres metros hasta la puerta».

Pia pensó: «No se esperan que haga nada».

Pia pensó: «No quiero que me violen. Otra vez no».

Pia examinó alternativamente a los dos hombres y después clavó la mirada en el suelo. Quería que se relajaran, aunque solo fuera un poco. Después, se puso de puntillas, plantó el pie derecho en el suelo detrás de ella y, con un solo movimiento, utilizando los brazos primero para conservar el equilibrio y después para golpear hacia delante, lanzó el talón derecho contra la ingle del primer hombre. Este se dobló en dos, se tambaleó hacia atrás y fue a colisionar contra su colega. La joven avanzó al instante y golpeó al segundo hombre dos veces en la cara, unos puñetazos de boxeo para aprovechar el espacio angosto en que se encontraba. Ambos estaban heridos, pero no lo suficiente. Pia lanzó un par de golpes más que les dejarían moratones, pero los dos hombres se recuperaron enseguida y cargaron contra ella. El primero, con la ingle muy resentida, hizo dos fintas, y después alcanzó a Pia en la mandíbula con un gancho de la mano derecha que la dejó inconsciente.

Cuando Pia se despertó, le dolía muchísimo la cabeza y no podía mover las extremidades. Comprendió por qué: la habían atado a la silla con cinta adhesiva, los brazos a la espalda y los tobillos juntos. Apenas podía abrir los ojos, pero vislumbró que uno de los hombres se acercaba a ella moviendo el brazo hacia atrás y luego adelante. Se estremeció, y a continuación recibió en plena cara el jarro de agua fría que el hombre le había lanzado con la fiambarrera que a veces utilizaba para guardar

harina de avena.

—Eso es lo que haces cuando te digo que no hagas estupideces, ¿eh?

El rostro oculto del hombre estaba muy cerca del de ella. Sus ojos azules se clavaron en los de Pia. Ella intentó hablar, o al menos resoplar.

—Eres una buena luchadora, pero nosotros tenemos más experiencia y somos dos. Sentimos respeto por ti porque somos hombres de familia. Pero conocemos a algunos jóvenes que son menos... ¿cómo se dice? Civilizados. De hecho, son animales. Si hubieran estado ellos aquí en lugar de nosotros... que Dios te ayude.

El hombre le hablaba en un susurro. La escaramuza y los muebles volcados habían provocado que la vecina de arriba golpeará el suelo para que se callaran. Los hombres no querían poner a prueba su paciencia.

—Lo diré solo una vez. Hemos venido para darte un mensaje. Abandona lo que estás haciendo. Deja de hacer preguntas. Tu doctor fue descuidado y él y el otro médico se infectaron. Puso en una situación comprometida a todo el centro médico. Todo se solucionará con rapidez y discreción, y todo el mundo continuará con su vida.

Pia se mecía adelante y atrás en la silla, con los ojos muy abiertos de par en par y llenos de furia. Su rebeldía volvía a surgir.

—¡Deja de mecerte!

Pia no paró. El hombre la abofeteó en la cara, no con mucha fuerza, solo lo suficiente para que la mandíbula le doliera todavía más que antes. Ella se quedó inmóvil.

—Te vigilarán. Nosotros no, nuestros amigos. Si continúas entrometiéndote, si llamas a la policía, nuestros otros amigos, los animales, vendrán, te raptarán y al cabo de un par de días les pedirás que te maten. Se lo suplicarás. ¿Comprendido?

Pia miró al hombre. Él se acercó todavía más y la tela tosca del pasamontañas le rozó piel. Sintió su aliento cálido a través de la lana húmeda. Habló apenas en un susurro.

—¿Comprendido?

Pia esperó un momento, y después asintió.

—No le dirás a nadie que hemos estado aquí. Si hablas con alguien, como con el chico con el que estás, también lo matarán. Si vas a la policía o a las autoridades médicas, te matarán. Es fácil. Solo abandona, sigue con tu vida y todo esto pasará.

El hombre se levantó. Su colega se adelantó y hundió la aguja de una jeringuilla en el muslo de Pia. Ella lanzó una exclamación ahogada de dolor y perdió el sentido casi al instante. El hombre le arrancó la cinta adhesiva que le inmovilizaba las manos; la piel que había estado en contacto con ella estaba roja e hinchada. Cuando le quitaron la de la boca, le desgarró la herida de la mandíbula y le abrió más un corte en el labio. La sangre le resbaló por la barbilla. El primer hombre la secó con un

pañuelo de papel que sacó de una caja que había sobre el tocador de Pia. Se lo guardó en el bolsillo después de utilizarlo. La levantó en volandas y la depositó sobre la cama con la cabeza colgando a un lado. Sabía que el fármaco que le había administrado tenía tendencia a causar vómitos.

Los hombres se quitaron el pasamontañas, preparados para marchar. Si Pia hubiera estado consciente, habría visto al instante que la cara de uno de los hombres, el líder, se distinguía por su labio leporino. El otro tenía la nariz peculiarmente puntiaguda. El primero de ellos abrió la puerta unos centímetros y, al ver el pasillo desierto, salió a toda prisa de la habitación, seguido por el segundo hombre. Se pusieron sus gorras oficiales, se ajustaron los uniformes y caminaron a buen paso hacia la escalera.

*Centro Médico de la Universidad de Columbia  
Nueva York  
25 de marzo de 2011, 8.07 h.*

Pia se despertó por fases. Primero, cuando aún era de noche, rozó la superficie de la conciencia pero enseguida volvió a sumirse en la oscuridad. Después, más tarde, ya había luz fuera, y tomó conciencia de su respiración, del agudo dolor que sentía en la nuca y de una sensación palpitante en la mandíbula. Por fin despertó, y estaba histérica: había hombres en su habitación, la perseguían, tenía que huir. Intentó levantarse, pero su cuerpo no obedecía sus órdenes. Se derrumbó de nuevo sobre la cama y cerró los ojos.

Entonces recordó. Había unos hombres escondidos en su cuarto de baño y la habían atacado. Lo último de lo que se acordaba era de que la habían pinchado con una aguja. Se palpó aquel punto de la pierna, y le dolía. Miró la herida de la punción. De modo que la habían drogado y golpeado. No era de extrañar que se sintiera tan mal. Se tocó entre las piernas: nada. Experimentó cierto alivio.

Aturdida entre la neblina de la resaca de las drogas, Pia no sabía muy bien qué hacer. Pensó en George. Recordó la conversación que habían sostenido delante del ascensor, las confesiones de su amigo y su expresión cuando ella le dijo que no pensaba en aquel tipo de cosas en aquel momento. La noche anterior quería que George la dejara en paz; en aquel instante deseó que estuviera allí con ella.

Cuando los efectos de la droga empezaron a disiparse, el dolor de la mandíbula se intensificó. La joven se levantó. Estaba mareada. Consiguió llegar al cuarto de baño. Se miró la cara en el espejo, y estaba hecha un espanto. Un verdugón de un rojo cárdeno, acompañado de una pequeña laceración, le cubría gran parte del lado izquierdo de la mandíbula. Tenía el labio hinchado y ensangrentado, y marcas rojas donde le habían arrancado la cinta adhesiva. Recordó el forcejeo, que le había propinado una patada a uno de los hombres en la ingle y que la habían abofeteado como respuesta. Se inclinó hacia delante y se miró los ojos. Vio que estaban hinchados y rodeados por círculos oscuros. Hacía siglos que no gozaba de una buena noche de sueño. Estar inconsciente durante horas no contaba. Volvió a mirarse y confió en encontrar una respuesta a la pregunta: ¿qué iba a hacer ahora?

Se lavó la cara con agua fría y se dio una larga ducha caliente. Se puso la sudadera y los pantalones de pijama más cómodos que tenía. Localizó un bote de Advil en su bolsa de viaje y se tomó cuatro pastillas con ayuda de dos vasos de agua. A continuación llamó a George al móvil. No contestó, y Pia no le dejó un mensaje, pues temía no poder articular algo coherente. En lugar de eso, le envió un mensaje de

texto: «Ha pasado algo. Ven, por favor. Urgente. P.».

Se tumbó en la cama y esperó.

El teléfono de George vibró en su bolsillo. Se alejó un poco del grupo que hacía las rondas de radiología y leyó el mensaje. Se acercaba la pausa para el café y supuso que podría esperar hasta entonces para contestar. Era probable que Pia hubiera imaginado una manera de acusar a alguien más en su teoría conspirativa, y él se lo había pasado bien siendo un simple estudiante de medicina durante las dos últimas horas. Volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo y se reunió con su grupo.

George llamó a Pia después de terminarse una taza de café en la sala de descanso de los técnicos de radiología. Eran las diez menos cuarto de la mañana. Al principio, creyó que había poca cobertura, porque no entendía lo que Pia le decía. Salió de la sala para evitar su cháchara de fondo y, una vez en el pasillo, se situó junto a una ventana.

—¿Me oyes, Pia? Yo te oigo muy lejos. ¿Qué pasa?

Lo que la joven intentaba decirle era «¿Puedes venir a mi habitación, por favor?». Pero al principio no sonó así.

—Repítelo, Pia. No te entiendo.

Ella lo repitió.

—¿Quieres que vaya?

—Sí.

El chico se sintió confuso por cómo sonaba la voz de su amiga, y se preguntó si el estado mental de Pia estaba relacionado con la forma en que había concluido su conversación de la noche anterior. Se le pasó por la mente que Pia estaba borracha, pero más bien parecía que tuviera la boca llena de algodón.

—Vale, ya voy.

George le explicó a otro de los estudiantes que le habían llamado por asuntos relacionados con el hospital y se encaminó hacia la habitación de Pia. Descubrió que estaba menos ansioso por verla de lo habitual. La noche anterior había tomado una decisión y reconoció que iba desencaminado con Pia. No confiaba en ser capaz de ceñirse a ella, pero al menos iba a intentarlo. Por su tranquilidad.

Un cuarto de hora más tarde, llamó a su puerta. Cuando ella abrió y le vio la cara, todos sus planes, dudas y recriminaciones se desvanecieron. Se convirtió al instante en el perrito fiel que era desde hacía tres años.

—Oh, Dios mío, ¿qué te ha pasado?

Pia sacudió la cabeza y se señaló la mandíbula. George fue a buscar la silla del escritorio de Pia y la sentó.

—Despacio, cuéntame qué te ha pasado.

—Había dos hombres en mi habitación. Anoche —dijo Pia. Hablaba con lentitud y determinación.

—¿Anoche? ¿Esto sucedió anoche? ¿Por qué no me llamaste?

—Me drogaron. Acabo de despertarme.

—Jesús. ¿Quiénes eran esos hombres? ¿Qué te hicieron? ¿Te...?

George vaciló, no estaba seguro de que quisiera saberlo.

—No, no me violaron, si es lo que ibas a preguntar. Me advirtieron que me mantuviera alejada del caso Rothman.

—Por Dios, Pia. ¿Quieres acostarte?

—No, estoy bien.

—Voy a llamar a seguridad. Y después a la policía.

—¡No! ¡No lo hagas!

La joven sacudió la cabeza vigorosamente, un movimiento que le provocó mucho dolor. Todavía estaba aturdida a causa del sedante, pero las nubes iban despejándose.

—Ni a seguridad ni a la policía. He de tomarme muy en serio lo que dijeron. Estaban esperándome en mi habitación. Dijeron que me vigilarán. O sea, que ya me estaban vigilando. ¿Comprendes lo que eso significa, George? Significa que yo estaba en lo cierto. Hay una conspiración detrás de las muertes de Rothman y Yamamoto.

—Espera un momento, Pia, para el carro. ¿Esos dos hombres que estaban en tu habitación, y que obviamente te pegaron, te dijeron específicamente «Mantente alejada del caso Rothman»?

—No de esa forma, pero lo dijeron.

George estaba horrorizado, pero su primera reacción fue de escepticismo.

—¿Los reconociste?

—Llevaban la cara tapada con pasamontañas, pero iban vestidos con el uniforme de seguridad del hospital. Mierda, George, tal vez fueran de seguridad del hospital. Eso significaría que el hospital está encubriendo algo. Spaulding, la decana, Springer, toda esa gente...

Pia se levantó como si quisiera huir.

—Oh, venga, Pia. Esto es Nueva York. Estados Unidos. Tal vez en las películas o en una dictadura del Tercer Mundo maten a sus propios médicos y den palizas a estudiantes de medicina, pero aquí no. No puedo creer que pienses eso. Cálmate.

—¡Pues alguien me ha hecho esto! —dijo Pia, y se señaló la cara temblorosa, en parte de rabia y en parte de miedo—. Sé de qué son capaces las instituciones, George, lo que la gente es capaz de hacerle a una persona de quien, en teoría, ha de cuidar. Si hubieras crecido en el mismo sistema que yo, quizá fueses un poco más cínico. De algo estoy segura: todo el mundo tiene motivaciones secretas. Si te entrometes, te

pasan cosas como esta.

Pia sollozó y se encogió de hombros.

—Tranquila, Pia.

George se puso en pie y estiró los brazos hacia Pia, que se refugió en ellos. Él la abrazó con fuerza.

—Creo que deberíamos llamar a la policía. Necesitas una ambulancia, y también...

—¡No! —Pia se deshizo de George de un empujón—. Necesito pensar en lo que esto significa. Si llamamos a la policía, llamarán a administración y a seguridad, y hasta donde yo sé, son los que me atacaron. Necesito pensar. —Pia se agarró la cabeza con ambas manos y la sacudió—. La droga. No puedo pensar con claridad.

—Tal vez deberíamos ir a mi habitación —sugirió George.

—Lo saben todo sobre ti, George. Allí no estaremos más seguros. Ahora no van a hacer nada, solo estoy sentada en mi cuarto.

George paseó la vista a su alrededor.

—¿Crees que te están vigilando tan de cerca?

—Bueno, piensa un poco. Cada vez que nos movíamos, nos atrapaban. Sucedió dos veces en el laboratorio.

—En una ocasión no.

—Pero no encontramos nada importante esa vez, ¿recuerdas? Y nos dejaron llegar al depósito de cadáveres sin problemas porque no había nada que descubrir.

—Me cuesta mucho creer que toda esa gente esté involucrada en una conspiración. Bourse, Springer... La doctora Da Silva, que trató a Rothman. ¿Por qué, Pia? ¿Cuál es el objetivo de la conspiración? Además, no existen pruebas de que las muertes hayan sido más que accidentes.

—Deja que te refresque la memoria otra vez. No tienes ni idea de cuánta gente odiaba a Rothman. Yo lo veía cada día en su laboratorio. No le caía bien a nadie. Era grosero, desconsiderado, mezquino. Y tenían celos de él por el trato que recibía del hospital, por el Nobel y la posibilidad de que le concedieran otro. Tenía montones de enemigos, por todo tipo de motivos, incluida gente de su propio laboratorio.

—Vale, pero no matas a alguien porque te caiga mal. ¡Es demasiado, es una exageración!

—Bien, ¿cómo explicas esto? —Pia se señaló la cara—. Me atacaron —gritó—. Me ordenaron que me mantuviera alejada. Ahora estoy segura de que asesinaron a Rothman. Su muerte no fue accidental, sino deliberada. De lo único de lo que no estoy segura es de por qué no me mataron anoche en lugar de tan solo advertirme. Debe de darles más miedo la reacción de la gente a mi desaparición que el hecho de que no acate la advertencia. Como ellos mismos dijeron, si yo callo, todo esto se termina. Si desaparezco, hablarán contigo y descubrirán qué pensaba yo del caso.

George experimentó un súbito escalofrío. Si Pia tenía razón, él podría ser el siguiente en recibir una visita. Pero ¿cómo podía estar en lo cierto? Era demasiado excesivo. George también necesitaba tiempo para pensar.

—¿Quieres que vaya a buscarte un poco de hielo para la cara? Solo me alejaré unos metros.

—Claro, gracias.

El joven fue hacia la máquina de hielo que había al final del pasillo de Pia, pero estaba averiada. Podría bajar a la cafetería, donde sabía que siempre había hielo disponible, pero eso significaría dejar sola a su amiga en su habitación durante unos minutos. Volvió hacia su puerta y la abrió, lo cual sobresaltó a Pia.

—Mierda, George, ¿no sabes llamar?

—Lo siento. La máquina de hielo no funciona. Voy abajo a buscar un poco. Vuelvo enseguida.

*Centro Médico de la Universidad de Columbia*  
*Nueva York*  
*25 de marzo de 2011, 11.20 h.*

George volvió con el hielo. Pia estaba sentada a su escritorio, escribiendo furiosamente en una libreta, intentando encontrarle un sentido a lo que había sucedido durante las últimas cuarenta y ocho horas. Él cogió un poco de hielo y lo envolvió en una toalla para que Pia se la apretara contra la cara. El resto lo dejó en el lavabo. Después, se sentó en la cama y la observó mientras escribía página tras página.

La joven puso a prueba su prodigiosa memoria con la intención de aislar los hechos de las especulaciones. Trabajó hacia atrás, a partir del hecho incontestable de que la habían atacado y amenazado en su propia habitación. Aquel era, sin la menor duda, un acto delictivo, pero ¿qué más hechos de los dos últimos días habían supuesto una actividad ilegal? Mientras trabajaba en el «qué», también trabajaba en el «quién». Intentó ensamblar un reparto de personajes a partir de la información de la que se sentía segura. Dos hombres habían entrado en su habitación, pero ¿quién más estaba implicado, y cuán amplia era la conspiración de cuya existencia ya no dudaba?

Al cabo de una hora, Pia se detuvo.

—Esto no va a llevarme a ningún sitio. Podría ser cualquiera. Además, han sucedido muchas cosas, y apuesto a que no sabemos ni la mitad.

—¿Qué te parece si intentamos establecer una cronología? ¿No es lo que hacen en las series policíacas de la tele? Utilizan una pizarra: «18.42, sospechoso visto en el bar de O’Leary...».

—Pero no sabemos quiénes son los sospechosos, a menos que incluyamos a todo el mundo. Y no podemos investigar nada. Pongamos que consideramos que Springer está implicado de algún modo. Los únicos momentos en que sabemos lo que estaba haciendo son aquellos en que yo estuve con él. No puedo descolgar el teléfono y exigirle que me conteste a unas preguntas sobre su paradero en cualquier otro momento.

—Por eso creo que deberíamos llamar a la policía —dijo George—. Pueden investigar en profundidad y preguntarle cualquier cosa que les plazca.

—Dado que existe una conspiración, una de las cosas que no sabemos es por qué.

—Solo que, como tú dices, la mitad de la raza humana odiaba a Rothman. Por supuesto, eso suscita la pregunta ¿por qué mataron también a Yamamoto? Era bastante popular, ¿no?

—Sí, la gente le adoraba. Estaba dedicado a Rothman en cuerpo y alma. Eran como carne y uña cuando trabajaban juntos. Si no estaban trabajando juntos, ya fuera

en la unidad de bioseguridad o en la unidad de baños de órganos, Yamamoto estaba en el despacho de Rothman. Hasta comían juntos si dedicaban algún rato a comer, que no siempre era el caso. Yamamoto era la única persona a la que Rothman permitía utilizar su máquina de café particular o beber el agua mineral embotellada de la nevera particular de su despacho. Eran como gemelos siameses.

—Por lo tanto, son más las cosas que no sabemos que las que sabemos en cuanto a lo que otras personas pensaban o hacían. ¿Qué sabemos, aparte de que te atacaron anoche y te dijeron que dejaras de investigar el caso?

Pia se volvió hacia su escritorio, levantó la pluma y añadió un par de líneas a la página.

George consultó su reloj. Estaba preocupado por volver al hospital, pero decidió que Pia le inquietaba más. El residente que le habían asignado aquel día era bastante vago, por decirlo con delicadeza, y era probable que ni siquiera hubiera reparado en la ausencia de George. Además, quería quedarse para distraer un rato a su amiga. Le preocupaba que hubiera sufrido una conmoción cerebral a causa del ataque y quería estar seguro de que su estado mental no se alteraba. Además, razonó, Pia no podría meterse en más problemas mientras estuvieran en su habitación.

De repente, ella se dio media vuelta.

—¿Sabes sobre qué sabemos más?

George se encogió de hombros.

—Sobre la enfermedad de Rothman y Yamamoto, aun sin los resultados de la autopsia y sin ver sus gráficas. Estaba en el laboratorio cuando se manifestó, los vi en el hospital, hablé con la médico que les trató, examiné a Rothman en persona, diagnosticué síntomas nuevos, hablé con el jefe del departamento implicado.

—Bien, sí.

Ya habían hablado de aquello antes, pero teniendo en cuenta las circunstancias, a George no le importaba volver a hacerlo. Pia arrancó de la libreta las hojas que había escrito, formó una bola con ellas y la arrojó en dirección a la papelera. Falló. Se puso a escribir de nuevo, esta vez más despacio.

—Vale —dijo mientras trabajaba—. Hagamos una cronología de la infección. El inicio fue extremadamente rápido. Rothman o Yamamoto apretaron el botón del pánico y un equipo médico se presentó en el laboratorio casi al instante. Yo los vi llegar. Ambos doctores sabían lo que debían buscar, así que desde el primer síntoma hasta la llegada del equipo médico debieron mediar solo diez minutos, a lo sumo. Springer hizo acto de aparición y entró en el laboratorio. Después, se quedó y habló con el personal mientras se llevaban a Rothman y Yamamoto a la planta de enfermedades infecciosas y los metían en aislamiento. Iniciaron el tratamiento. Yo diría que llegaron allí en cinco o seis minutos. Y Springer nos dijo que era un caso clásico de fiebre tifoidea: fiebre elevada, delirios, etcétera, de modo que el

diagnóstico fue inmediato. Sin demoras. Se les administraron antibióticos al cabo de una hora de manifestarse los síntomas iniciales.

Pia se había apoyado la libreta sobre las rodillas.

—De modo que Rothman y Yamamoto presentaron todos los síntomas desde el primer momento. Por lo visto, no se trató de la secuencia habitual, en la que un paciente presenta un síntoma al principio y después otro al cabo de unas horas. Fue veloz como el rayo. Por lo que yo sé, la fiebre tifoidea no se desarrolla así. Luego, los pacientes presentaron el signo de Blumberg, mucho más ominoso, aquella misma noche. Todo sucedió muy deprisa.

—Has dicho que se trataba de una cepa particularmente virulenta.

—Es cierto. Una de las cepas de gravedad cero. La cepa alfa. Pero aun así...

—Y también has dicho que los estudios sobre sensibilidad del propio Rothman sugerían que el antibiótico administrado habría tenido que dejar a dicha variedad fuera de combate.

—Exacto, el cloranfenicol y después la ceftriaxona.

—Entonces ¿qué me estás diciendo? ¿Estás insinuando que no pudo ser la cepa de salmonela?

—No. La cepa tuvo que intervenir, puesto que se cumplieron los postulados de Koch.

—Lo cual significa que consiguieron el cultivo a partir de muestras tomadas del paciente.

—O utilizando técnicas de ADN más modernas, sí.

—Pia —se lamentó George—, me estás confundiendo. ¿Cuál es la conclusión? ¿Qué estás intentando decirme?

—Le sugerí a Springer que tal vez hubiese una segunda bacteria implicada. Una bacteria o un virus más virulento que la salmonela, y resistente a los antibióticos. Eso podría explicar el sorprendentemente rápido curso clínico que experimentaron Rothman y Yamamoto.

—¿Cuál fue la reacción de Springer a tu sugerencia?

—Se puso hecho una furia conmigo —dijo Pia con desagrado—. Fue el final de la entrevista, porque se fue en busca de refuerzos, es decir, de la decana.

Pia dejó la libreta y la pluma sobre el escritorio.

—De modo que crees que podría haber dos bacterias implicadas —comentó George.

—En este momento es lo único que se me ocurre. El curso clínico fue demasiado rápido, sobre todo teniendo en cuenta que les administraron dos antibióticos al cabo de pocas horas de que se presentaran los síntomas iniciales, y se sabe que ambos son eficaces contra la salmonela. Sé que va en contra de las normas de diagnóstico reconocidas; la más importante dice que hay que buscar un solo agente causante

incluso con síntomas múltiples. Pero es la única manera que se me ocurre de explicar lo que hemos visto en Rothman y Yamamoto.

Se volvió hacia el escritorio y leyó sus notas.

—Aquí tenemos todos los síntomas: fiebre, delirios, postración, aumento de la fiebre, sudoración, recuento bajo de leucocitos (algo que suele asociarse con la salmonelosis), y todo ello conduce a la aparición del signo de Blumberg debido a perforación intestinal. Y por fin, a la muerte.

George se levantó de la cama y fue al cuarto de baño. Pia le estaba agobiando. Le asombraba que se acordara de los postulados de Koch, que habían estudiado en microbiología de segundo. Él no, desde luego. Puso un poco de hielo, que ya se estaba fundiendo en el lavabo, en una toalla limpia, la enrolló y la acercó al escritorio. La cambió por la primera que había utilizado. Pia estaba contemplando la hoja, dándole la espalda.

—Toma un poco más de hielo —dijo.

Pia se volvió en su silla y George se estremeció cuando vio su mandíbula tan de cerca.

—¿Te duele mucho?

—No demasiado. Estoy un poco mejor con el hielo.

Ella cogió la toalla nueva y se la apretó contra la cara. Una imagen destelló en su mente: Rothman tendido en su lecho de muerte, sudando en la almohada, delirante... De pronto, miró a George a los ojos con una intensidad tan feroz que obligó a su compañero a desviar la mirada.

—¡La pérdida del cabello! —exclamó Pia poco a poco, con énfasis—. ¿Qué me dices de la caída del cabello?

*Centro Médico de la Universidad de Columbia*

*Nueva York*

*25 de marzo de 2011, 12.15 h.*

Pia se levantó de la silla, dejó la toalla llena de hielo sobre el escritorio y empezó a pasear de un lado a otro de la habitación describiendo círculos alrededor de George. Al principio, el chico se había puesto nervioso debido a la intensidad de la mirada de Pia cuando efectuó su descubrimiento, fuera cual fuese; y en aquel momento la joven estaba dando vueltas por la habitación como un gato al acecho de un ratón.

—¿Qué pérdida del cabello? —preguntó.

—¡La de Rothman! Recuerda que vi unos mechones sobre su almohada antes de descubrir el signo de Blumberg.

—Sí, me acuerdo. Se lo indicaste a la residente y, si no recuerdo mal, ella sugirió que tal vez se debiera al cloranfenicol.

—Exacto.

Pia se quedó inmóvil.

—¿Puedo utilizar tu ordenador?

El portátil de la chica era viejo y lento. El año anterior, George había invertido en un Dell nuevo con una CPU mucho más rápida.

—Claro. ¡Vamos!

Recogió la toalla mojada del escritorio de Pia y le hizo un gesto con ella. La joven negó con la cabeza. George llevó la toalla al cuarto de baño mientras Pia sustituía su pantalón de pijama por otro de chándal. También se tomó otro Advil a toda prisa.

Pia recogió sus notas, se encaminó hacia la puerta, hizo una pausa y miró hacia atrás. Había experimentado una punzada de angustia. Aunque la habían atacado en su habitación, todavía se sentía más segura en ella que fuera. Sus atacantes estaban al acecho. Tal vez fuera cierto que la estaban vigilando, tal como habían amenazado. George intuyó su inquietud, le puso una mano alentadora sobre el hombro y se lo apretó un poco. Intercambiaron una mirada tranquilizadora. Pia respiró hondo y salió del cuarto al tiempo que apagaba la luz.

—Vamos por la escalera —dijo Pia. George y ella bajaron los cuatro tramos, recorrieron el pasillo y entonces se detuvieron delante de la puerta de George. Ambos habían pensado lo mismo: si sabían de la existencia del joven, era probable que supieran su número de habitación.

—¿En qué piensas? —preguntó él. No era tan absurdo imaginar que los dos hombres se propusieran hacerle una visita también a él.

—Creo que nos estamos comportando como unos paranoicos —contestó Pia.

—Pero, como muy bien dijiste, hasta los paranoicos tienen enemigos reales. ¡Espera aquí! —George abrió la puerta de par en par. Pia y él estaban preparados para huir si algo parecía anormal. No era así. El chico entró en su cuarto, comprobó que todo estaba en su sitio y después abrió también la puerta del cuarto de baño—. Todo despejado —anunció.

—Pongámonos a trabajar —dijo Pia.

George encendió su ordenador portátil, comprobó la señal inalámbrica y le cedió la silla del escritorio a Pia mientras él se sentaba en la cama. Su habitación era como un reflejo de la de ella.

Pia se conectó a internet enseguida, tecleó «caída de cabello» y «cloranfenicol» en el buscador y dedicó unos minutos a examinar los resultados.

—En ningún sitio aparece la pérdida de pelo entre los efectos secundarios del cloranfenicol. De hecho, algunos curanderos alternativos lo venden para invertir la caída del pelo. Vaya, De Silva cometió una gran equivocación cuando dijo que el cloranfenicol podía ser la causa de la pérdida de pelo.

Después, continuó navegando.

—Springer lo atribuyó a la fiebre y el estrés —dijo mientras leía—. Parece que el estrés puede causar pérdida de cabello, pero no creo que tenga nada que ver en este caso. Es decir, Rothman y Yamamoto estaban muy estresados con su fiebre y todo eso, pero para que esa sea la causa de la pérdida del cabello ha de prolongarse durante un período de meses, no de horas.

Pia continuó su búsqueda. George no podía ver la pantalla desde donde estaba, pero sí la luz que destellaba sobre el rostro de su compañera mientras iban apareciendo páginas en ella. De pronto, percibió una luz fija, y Pia se inclinó hacia delante en la silla.

—Sí, aquí está. Pérdida de pelo y estrés. Bien, yo tenía razón. —Pia leyó en voz alta—. «A menos que el paciente estresado se arranque el pelo, el estrés grave solo hace que el folículo piloso pase de un estado activo a un estado de reposo. El pelo no cae de inmediato, sino al cabo de un período de varios meses».

Pia miró a George.

—Está claro que la sugerencia de Springer no era mucho mejor que la de De Silva.

—¿En qué estás pensando?

—Como jamás he oído que la salmonela cause pérdida de cabello, hemos de pensar en otra cosa que la explique, lo cual nos lleva a la idea del segundo agente, como otra bacteria o virus. Pero si hubiera otro microbio implicado, tendría que ser uno cuyos síntomas clínicos fueran los mismos que los de la fiebre tifoidea, porque todos los demás coincidían. ¿Me sigues?

—Creo que sí.

—Estoy diciendo que hemos de localizar un agente que imite la fiebre tifoidea desde el punto de vista sintomático, pero que además cause la caída del cabello y pueda matar a las pocas horas en presencia de cloranfenicol y, posiblemente, ceftriaxona. Está claro que sin acceso a las gráficas no puedo estar segura de que se les administrara ceftriaxona, pero vamos a suponer que sí.

»¿Sabes que me habría gustado? —dijo Pia al cabo de unos minutos de silencio—. Me habría gustado examinar también a Yamamoto. Solo para verificar que sufría los mismos signos y síntomas.

—Quizá podamos pedir la opinión a la doctora De Silva.

—No creo que quiera saber nada más de mí. Prosigamos.

Pia alzó la vista hacia el tablón de corcho que colgaba de la pared que había detrás del escritorio de George. Al lado de una foto de la madre y la abuela de su amigo, tenía clavada la tarjeta de un servicio de taxis. Junto a ella, había una postal de Hungría. De repente, Pia se volvió en redondo de nuevo.

—¿Cuáles son las causas más habituales de la caída del cabello, aparte de las que he mencionado?

—Esto ya parecen las rondas de medicina interna. Me gustaría olvidarlas. No era nada brillante en ese campo.

—Venga. ¿Qué causa la caída del cabello?

—Hum, cambios hormonales, alopecia, estrés, como tú has dicho.

Pia le hizo un gesto a George para que siguiera, y él se devanó los sesos.

—Enfermedades dermatológicas del cuero cabelludo, sobre todo enfermedades cicatriciales. Uau, esa ha estado bien. Es el tipo de respuesta que me habría dado puntos en las rondas. El problema era que siempre me trababa al hablar.

—¿Qué más? —le azuzó Pia. Agitó la mano para indicarle que quería que siguiera.

—Vale, ciertas drogas.

Pia asintió y miró a George expectante, como si ella ya supiera la respuesta y estuviera esperando que él la recordara. Era como una charada.

George se impacientó; estaba decidido a rendirse cuando recordó algo más.

—¿Qué hay de la quimioterapia y la radiación?

Lo dijo con inseguridad. Cierto, causaban pérdida del cabello, pero ¿qué podía importar eso?

—¡Exacto! —exclamó Pia—. ¡Radiación! Viste a gente sometida a radioterapia cuando estuviste en oncología durante medicina interna.

George asintió.

—La quimioterapia y/o la radioterapia destruyen los folículos pilosos y el pelo cae de inmediato.

—¿Qué estás insinuando?

George observó que la cara de Pia se había iluminado por completo.

—Ya te he dicho que me estaba preguntando si Rothman se habría infectado con otro agente, además de la salmonela, otro agente que no fuera sensible al cloranfenicol ni a la cefalosporina que le estaban administrando.

—Exacto, la ceftriaxona.

—Pues ahora creo que no fue otro microbio —dijo Pia—. Maldita sea, George, tú mismo lo dijiste, ¿te acuerdas? Dijiste que tuvieron que practicarles la autopsia a los cadáveres el mismo día de su fallecimiento porque todavía estaban «calientes». En aquel momento pensé que habías utilizado una palabra rara, pero ahora tengo la sensación de que estuviste más acertado de lo que te imaginabas. No creo que estuvieran calientes porque estuviesen infectados de bacterias. Creo que tal vez lo estuvieran debido a la radiación.

*Instituto de Medicina Legal*  
 520, Primera Avenida, Nueva York  
 25 de marzo de 2011, 12.32 h.

Laurie Montgomery estaba sentada en su despacho del Instituto de Medicina Legal charlando con un viejo amigo, el capitán detective Lou Soldano, cuando sonó el teléfono. Vio que era su jefe, se disculpó y atendió la llamada. No tardó en poner los ojos en blanco, y Lou sonrió.

Laurie Montgomery había vuelto a trabajar en el IML hacía once meses, después de los angustiosos sucesos del infame caso de Satoshi Machita, en el cual estuvieron implicados la mafia de Nueva York y la yakuza japonesa, y que condujo al secuestro de su hijo, John Junior. De la historia se habían hecho eco todos los medios durante varios días, a medida que se iban conociendo los detalles del caso. Después del rescate de JJ, Laurie había vuelto al trabajo, pero solo después de encontrar a una canguro interna, Paula, que demostró de inmediato ser una bendición de Dios. Con Paula al cuidado de JJ, Laurie se sentía segura. En aquel momento, su marido y compañero, el médico forense Jack Stapleton, estaba trabajando en el mismo edificio que ella, y JJ estaba sano y salvo con Paula en casa de la pareja, en la calle Ciento seis. También fue una suerte que su marido y ella tuvieran amigos como el capitán detective Lou Soldano. Justo después del secuestro, este había insistido en que un destacamento de seguridad vigilara el hogar de los Stapleton las veinticuatro horas.

A juzgar por lo que decía Laurie, y conociendo al jefe de esta, el doctor Harold Bingham, Lou presintió que tendría que esperar un rato. Sacó su ejemplar del *New York Post* del maletín y lo hojeó hasta que vio el titular: MUEREN LOS MÉDICOS DEL GERMEN ESPACIAL. Leyó a toda prisa los primeros párrafos. Quería enseñarle el artículo a Laurie, y ese había sido uno de los motivos de que se hubiera dejado caer por su despacho.

—Lo siento, Lou —dijo Laurie cuando colgó el teléfono—. Era Bingham.

—Ya me lo he imaginado. Ningún problema. ¿Has visto este artículo?

Levantó el periódico.

—Sí, pero no ese en concreto. La misma historia aparecía en el *Times*.

—Demencial y aterrador al mismo tiempo. Dice que dos investigadores de Columbia se contaminaron en un laboratorio con un virus cultivado en la estación espacial, o algo por el estilo. En teoría, han trasladado los cadáveres aquí, al IML. ¿Es eso cierto?

—Casi todo. Pero el agente contaminador no fue un virus. Fue una bacteria llamada *Salmonella typhi*, la que causa la fiebre tifoidea. Jack practicó ayer las dos

autopsias. Muy triste. Tengo entendido que eran investigadores de células madre y que estaban realizando gigantescos avances en el cultivo de órganos humanos.

—Eso tengo entendido yo también. ¿Algo especial en las autopsias? El artículo mencionaba ciertas teorías extravagantes sobre las muertes. Por lo visto, uno de ellos era un investigador muy importante que no caía muy bien a sus colegas.

—Jack no me ha dicho nada, aparte de que la patología le había impresionado. Nunca había visto un intestino en tan mal estado, y en ambos pacientes. La fiebre tifoidea no suele ser tan invasiva. Sea como sea, era el caso del que estaba hablando con Bingham. Supone que habrá repercusiones políticas. Si programan una rueda de prensa, quería comunicarme su intención de que sea yo quien la encabece. Sabe que a Jack no le gusta hacerlo, y no es demasiado diplomático.

Lou rió, porque Jack era uno de los hombres menos diplomáticos que conocía.

—Hacéis una buena pareja porque os complementáis mutuamente. —Cambió de tema y propuso—: ¿Qué te parece si comemos juntos? ¿Tienes tiempo para algo rápido?

—Lo siento, Lou, pero por aquí parece que están cayendo como moscas.

Lou volvió a reír. Se alegraba de que el público no oyera el humor negro que solía utilizarse dentro de las paredes del IML.

—Ya me dirás algo.

Lou levantó su corpachón de la silla de Laurie, se puso la gabardina y se despidió.

*Centro Médico de la Universidad de Columbia*  
*Nueva York*  
*25 de marzo de 2011, 13.18 h.*

La primera vez que George oyó la teoría de Pia, pensó que había perdido el juicio sin remedio. Afirmaba creer que Rothman y Yamamoto habían sido asesinados utilizando un agente radiactivo, el polonio 210, enmascarado por la bacteria de la salmonela que también les habían administrado. George le había preguntado con sarcasmo de qué película de James Bond lo había sacado, pero Pia lo decía muy en serio.

—George, en realidad es algo que ya ha pasado, así que se trata de un crimen copiado. Ya asesinaron a una persona de esa manera. De veras. El hombre se llamaba Alexander Litvinenko, un ruso. Lo mataron en Londres en 2006. ¿No te acuerdas? Salió en todos los telediarios.

—No me acuerdo —admitió George.

Pia le hizo un gesto para que se acercara al escritorio y viera algunos de los artículos periodísticos que había encontrado en internet, y después le explicó los hechos básicos del caso.

—Litvinenko era del KGB, y después el FSB, la organización que lo sustituyó. Huyó de Rusia y le concedieron asilo político en Inglaterra. Escribió un par de libros críticos con el presidente ruso, Putin. Cualquiera pensaría que iba con mucha cautela, después de lo que había hecho. Queda con unos tipos, ex KGB como él, en el bar de un hotel de Londres para tomar el té. Al cabo de unas horas enferma y le ingresan en un hospital. Al cabo de unos días le diagnostican envenenamiento por radiación, y más adelante descubren que es por polonio 210. Empeora progresivamente, puesto que los médicos no podían hacer gran cosa, y muere unas tres semanas después.

—Tres semanas. Eso es mucho más que en el caso de Rothman y Yamamoto.

—Sí, lo sé, pero los efectos del polonio están relacionados con la dosis. No sabemos cuánto polonio utilizaron, ni cuándo envenenaron a Rothman y Yamamoto.

«Ni siquiera sabemos si los envenenaron», pensó George, pero no dijo nada. No había quien callara a Pia.

—De modo que los ingleses investigan, descubren lo del bar y el té, y había radiación en todo el local, sobre todo en la tetera. Al final se demostró que murió a causa de un envenenamiento deliberado. Cuando le practicaron la autopsia, los patólogos tuvieron que ponerse trajes protectores. El aparato digestivo de Litvinenko estaba muy caliente, por utilizar tu palabra. Tuvieron que enterrarlo en un ataúd forrado de plomo.

—Vale, entiendo por qué un espía utilizaría algo así para matar a otro espía, pero ¿por qué utilizarlo con un par de médicos? Si quieres matarles, ¿para qué tomarse tantas molestias? ¿Por qué no se limitaron a pegarles un tiro?

—Esa es la parte inteligente. El culpable no quería que nadie supiera que era un asesinato. Quería que pareciera un accidente. La salmonela camufló los síntomas de envenenamiento por radiación: fiebre, postración, delirios, síntomas estomacales, recuento de leucocitos bajo. Todo es igual, salvo la pérdida de pelo. Contaban con que nadie buscaría ese tipo de agente, debido al diagnóstico de fiebre tifoidea. El polonio es único en cuanto a que al descomponerse solo emite partículas alfa, que únicamente se detectarían si alguien las buscara a propósito, pero nadie lo hizo porque el diagnóstico de fiebre tifoidea era obvio.

Pia se estaba acelerando de nuevo. Todo parecía encajar.

—Las partículas alfa tampoco contagiarían a nadie más, y ese ha sido el caso. Las partículas alfa solo pueden desplazarse en torno a un centímetro, y hasta una simple hoja de papel puede bloquearlas. El polonio 210 solo es peligroso si se ingiere o se respira, aunque entonces es realmente peligroso, sobre todo en dosis grandes, que pueden ser rápidamente fatales. Incluso una millonésima de gramo puede matarte.

Pia se recostó en la silla con una expresión de triunfo en la cara.

—¿Qué opinas, George?

Su amigo estaba abrumado tanto por la cantidad de información que Pia le había proporcionado como por su entusiasmo. Todo encajaba, pero no podía evitar preguntarse si su compañera no estaría perdiendo los papeles.

—Has de asumir que la pérdida de pelo no tenía otra causa —contestó George. Pensó un poco más—. Pero supongo que eso explicaría por qué los antibióticos no funcionaron. O quizá sí, pero la radiación pudo con ellos.

—Exacto. Es diabólicamente malvado. Quienquiera que esté implicado es listo, tal vez un médico o un científico que sepa mucho de medicina.

George reflexionó un poco más. Empezó a pasear de un lado a otro de la habitación.

—Supongo que es posible —dijo. No veía que la teoría presentara problemas insuperables—. Deberíamos contárselo a las autoridades para que investiguen.

—No, no podemos. No sabemos quién lo hizo.

—Supongo que hemos de dar por sentado que los tipos que te atacaron estaban relacionados con ello.

—Sin duda, pero tiene que ser una conspiración a gran escala. ¿Sabes para qué se utiliza ese material? Se utiliza para fabricar mecanismos de disparo de armas nucleares. Nadie admite fabricarlo, aunque se supone que la fuente principal es Rusia. Lo he leído hace un par de minutos. De modo que el FSB puede hacer una simple llamada y conseguirlo. Pero ¿cómo lo introduces en Nueva York? Tiene que haber

mucha gente implicada. Gente importante, con acceso a ese material. Y creo a esos tipos cuando me advirtieron que no acudiera a la policía. No recurriré a las autoridades hasta que cuente con pruebas suficientes para acudir a los medios al mismo tiempo.

—¿Los medios?

—Ya te dije que no confío en «las autoridades». —Pia hizo el gesto de las comillas en el aire con los dedos—. Si cuento esta historia a los periódicos, los implicados no podrán enterrarla.

—¿Qué pruebas necesitamos?

Pia se volvió hacia el ordenador e hizo otra búsqueda.

—¡Muy bien! El polonio 210 tiene una vida media de ciento treinta y ocho días, lo cual significa que tarda ciento treinta y ocho días en perder la mitad de su radiactividad. Si eso es lo que utilizaron, tienen que existir rastros en algún lugar, ya sea en el laboratorio o en las habitaciones que Rothman y Yamamoto ocuparon en el hospital. Aunque fueran muy cuidadosos a la hora de administrárselo, tiene que haber residuos, como ocurrió en Londres en 2006.

George se unió a Pia ante el ordenador y miró la pantalla por encima de su hombro.

—¿Cómo se detecta el polonio?

—Aquí está —dijo Pia, y se lo señaló en el monitor—. Las partículas alfa pueden detectarse con un contador Geiger. Muy sencillo.

—¿De dónde vamos a sacar un contador Geiger? Vale, utilizaremos el mío. Tendría que estar en el último cajón de tu derecha.

—Muy gracioso. Los contadores Geiger no son tan extraños, sobre todo en un centro médico como este. En medicina nuclear deben de tener. Iremos allí, a ver si nos prestan uno.

—No he podido evitar fijarme en que has hablado en plural. ¿Es una invitación oficial?

—Por supuesto —contestó Pia.

—Bien, muchas gracias —dijo él. De hecho, no habría permitido de ninguna manera que su amiga fuera al hospital sin él. Tocó la mandíbula de la joven—. Aprovechando la coyuntura, podríamos hacerte una radiografía. Conozco a un técnico que nos lo haría como un favor.

Pia le apartó la mano.

—No quiero correr ese riesgo.

—De acuerdo, este es el plan: te ayudaré a buscar un contador Geiger, pero antes tengo que hablar con mi residente y encontrar una excusa para no estar en el hospital.

—Vale. No me irán mal unos minutos de descanso. No sé qué droga me administraron, pero vuelvo a sentirme soñolienta. Descansaré un poco mientras tú te

dedicas a lo tuyo. ¿Te importa que me tumbe en tu cama? Despiértame cuando estés preparado.

Pia se acercó a la cama y se acostó. Cerró los ojos y exhaló un suspiro. Estaba cansada y acelerada al mismo tiempo.

George se acercó a ella, se sacó la linterna del bolsillo y la obligó a abrir los ojos. Comprobó a toda prisa la reacción de la pupila a la luz. Era normal.

—Dios, me has deslumbrado —se quejó ella, y apartó la cabeza a un lado—. ¿Qué demonios estás haciendo?

—Me preocupa que sufras una conmoción cerebral —explicó George.

—Qué idea más alegre.

—Hay que tenerlo en cuenta, sobre todo si tienes sueño.

—Bien pensado, pero creo que estoy bien, solo cansada.

—Iré a radiología y pondré una excusa. Vuelvo enseguida. Encaja la silla bajo el pomo de la puerta. ¿Llevas el móvil encima?

Ella asintió.

—Comprueba que esté cargado. Mi cargador está encima del escritorio. Y llámame si me necesitas.

George se habría sentido mucho más tranquilo llamando a la policía o alquilando un coche para sacar a Pia de la ciudad y llevarla lo más lejos posible. Pero había llegado hasta allí con ella. Solo tenía que inventarse algo, y podría estar con Pia durante el tiempo que fuera necesario para resolver aquel enigma. Conseguirían un contador Geiger y encontrarían la prueba, si existía. O no la encontrarían, y Pia tendría que abandonar aquella teoría, como había abandonado otras. Tal vez entonces dejara de jugar a los detectives.

*Centro Médico de la Universidad de Columbia*

*Nueva York*

*25 de marzo de 2011, 14.01 h.*

El breve sueño de Pia se vio interrumpido cuando George llamó con suavidad a su propia puerta. Se despertó sobresaltada y se dio cuenta de que no estaba en su habitación. Se incorporó con la sensación de tener resaca. Al instante cayó en la cuenta de en dónde estaba y recordó de nuevo toda la experiencia de la noche pasada. Se levantó de la cama, se tambaleó un momento y caminó hacia la puerta.

—¿Quién es?

—George.

Pia apartó la silla con la que había atrancado la puerta. Después, corrió al compulsivamente limpio cuarto de baño de George y se miró la cara; hizo un gesto de dolor cuando se tocó la parte izquierda de la mandíbula, amoratada, y volvió a fruncir el ceño cuando se dio cuenta por primera vez de que se le estaba poniendo el ojo morado. Cerró el que tenía sano para comprobar que veía bien. También se examinó el corte del labio, y luego se enjuagó la sangre incrustada en las fosas nasales. A continuación, empezó a llenar el lavabo para lavarse la cara.

—¿Qué hora es? —preguntó a través de la puerta abierta. Estaba recuperando la lucidez mental, y el mareo que había experimentado al levantarse de la cama de George había desaparecido por completo.

—Más o menos las dos, un poquito más tarde —contestó George—. ¿Quieres comer algo?

—¡No! No hay tiempo. Hemos de ponernos en marcha. Cuanto más esperemos, menos probabilidades habrá de encontrar algo. Tal como hemos averiguado, el polonio tiene una vida media relativamente breve y puede eliminarse con facilidad, como si fuera tierra.

—¿Así que sigues con la idea del polonio?

George albergaba alguna esperanza de que Pia hubiera desechado su extravagante teoría para cuando él volviera.

—Por supuesto. Encaja muy bien. Admitiste que encajaba, ¿verdad?

—Eso parece. Siempre que no se nos ocurra otra explicación para la caída del cabello. Pero los detalles prácticos parecen abrumadores. Y estás segura de que se le había caído el pelo, ¿verdad?

—Oh, Dios, sí, George, estoy segura. Tú mismo lo viste.

El chico la miró cuando salió del cuarto de baño. La expresión de su cara era de determinación. Parecía sentirse muy complacida con los poderes de su razonamiento

deductivo, o al menos con la elegancia de la trama para asesinar a su mentor.

—¿Tienes idea de lo difícil que debe de haber sido montar esto? —preguntó la joven—. A su lado el asesinato de Kennedy parece fácil.

—Creo que Oswald actuó solo.

—Vale, un mal ejemplo. Tiene que ser una conspiración de una envergadura considerable, con bastante gente implicada. Una vez confirmemos lo del polonio, no puedo permitir que las autoridades tergiversen la historia, cosa que harán. Tengo que asegurarme de que mi versión de la historia, que es la verdadera, salga a la luz.

—Pero si existen pruebas, la policía te protegerá.

—Chorradas. A quien más temo es a la policía. Escucha, cuanto más pienso en ello, más convencida estoy de que tienen que haber sido otros investigadores o médicos. La ciencia en que se apoya es impresionante. O sea, tuvo que ser alguien con conocimientos médicos quien lo planificó todo. De lo contrario, como tú has dicho, ¿por qué no pegarles un tiro? —Pia se detuvo—. Me estoy precipitando. Hemos de buscar restos de radiación en el laboratorio. Si hay en algún sitio, tiene que ser allí, de eso estoy segura. Necesitamos ese contador Geiger, pero antes pasaremos un momento por mi habitación. Tengo que maquillarme un poco. El hecho de que parezca que me ha atropellado un coche suscitará curiosidad.

—Pues démonos prisa. Solo he conseguido arañar un par de horas más. Debo estar de vuelta en el Departamento de Radiología a las cuatro, porque hay una conferencia importante.

Un residente del Departamento de Medicina Nuclear les prestó un contador Geiger sin poner trabas. Era un aparato que ya no se utilizaba y que iban a reciclar, aunque era mejor para detectar partículas alfa que los modelos nuevos. Con el detector en mano, se dirigieron al laboratorio de Rothman para comprobar si había restos de radiación.

Vacilaron ante la puerta del laboratorio.

—La única persona con la que no quisiera toparme es Spaulding —dijo Pia—. Solo él podría causarnos problemas. Nunca tuve la impresión de caerles bien a los demás técnicos, pero no creo que vayan a impedirnos el acceso por la fuerza.

—¿Quieres que entre y pregunte si está? —preguntó George.

—Buena idea.

Su amigo tardó menos de un minuto. Cuando volvió a aparecer, dijo que la secretaria le había informado de que Arthur Spaulding había salido a comer.

—Qué suerte —repuso ella—. Entremos.

La pareja accedió al laboratorio, con Pia al frente. Marsha Langman alzó la vista. La joven le dijo que iba a recoger algunos objetos personales. Marsha se encogió de hombros y retomó su trabajo, fuera el que fuese.

Pia caminó en línea recta hacia la unidad de bioseguridad. Ambos se pusieron el equipo protector rápidamente. Tenían prisa y no querían que les interrumpieran. Pia quería empezar por la unidad, porque era donde Rothman y Yamamoto habían pasado toda la mañana del fatídico día, así como toda la jornada del día anterior.

El contador Geiger era una pequeña caja amarilla del tamaño de una linterna grande, con un asa encima. Pia sujetaba el instrumento principal con la mano izquierda y, con la otra, pasaba el sensor, muy parecido a un micrófono, sobre las superficies de los bancos. El aparato emitía leves chasquidos cada pocos segundos debido a la radiación de fondo. Para disgusto de Pia, no encontraron nada, ni siquiera bajo la campana de gases.

No hablaron mientras se quitaban los equipos protectores. Salieron al laboratorio y se encaminaron hacia el pequeño despacho de Pia para contentar a Marsha. Le habían dicho que iba a recoger algunos objetos personales, así que continuaron fingiendo. Como de costumbre, O'Meary seguía en el despacho, con la mitad del cuerpo dentro del techo. Bajó la cabeza cuando oyó entrar a los estudiantes.

—¿Ha vuelto, señorita Grazdani? Dios mío. ¿Qué le ha pasado en la cara?

Pia no dijo nada.

—Buenas noticias. Al fin he localizado el cortocircuito. Estaba entre este espacio y el despacho del doctor. Hoy nos iremos. Lamento los inconvenientes.

Pia no le hizo caso.

—¿Eso es un contador Geiger?

—Hicimos un marcaje de radioisótopos aquí —contestó Pia—. Estamos comprobando si el lugar está limpio. Y así es.

—¿Cómo funciona ese trasto?

—Mírelo en internet. Como hice yo.

George se sintió incómodo por el hecho de que Pia fuera tan seca con aquel individuo. Como su familia era de clase obrera, George sentía cierta afinidad con gente como los empleados de mantenimiento.

Decepcionada por no haber encontrado la menor contaminación en la unidad de bioseguridad, Pia empezaba a sentirse muy desilusionada. No obstante, había otro sitio que quería investigar: el despacho de Rothman. Además de en la unidad de bioseguridad y la unidad de baños de órganos, era el único lugar en que tanto Rothman como Yamamoto pasaban algo de tiempo. El problema eran Marsha y su mentalidad de perro guardián. Incluso con Rothman fallecido, sospechaba que Marsha se comportaría como siempre.

Mientras Pia y George regresaban al laboratorio, ella iba dándole vueltas en la cabeza a posibles maneras de manejar a Marsha. Por suerte, el asunto se solucionó por sí solo. Marsha ya no estaba sentada a su mesa. Pia supuso y esperó que hubiera salido a comer tarde, como Spaulding.

Como la secretaria ya no estaba montando guardia, Pia y George entraron con sigilo en el despacho de Rothman. Era evidente que lo estaban desmontando, porque había cajas de cartón abiertas y medio llenas de libros y papeles. Pia pasó la sonda por el escritorio, los estantes de detrás del mismo, el sofá y la mesita auxiliar donde los invitados de Rothman, por lo general periodistas, tomaban asiento y confiaban en perforar las firmes defensas del científico. Siempre acababan decepcionados, sin excepción. A continuación, probó en el cuarto de baño privado de Rothman, un espacio que se había ganado gracias a su condición de celebridad. Ningún otro laboratorio contaba con un cuarto de baño como aquel. Pero el contador Geiger guardó silencio en todo momento salvo por los chasquidos de fondo, como en la unidad de bioseguridad.

Pia casi se olvida, pero había otra sala; no era tanto una habitación como una zona de almacenamiento donde Rothman guardaba suministros científicos y de oficina. El lugar estaba atestado de papel higiénico y toallas de papel, vitrinas con vasos de precipitación y tubos de ensayo, resmas de papel y expedientes antiguos. Y allí se encontraba también la querida máquina de Nespresso de Rothman. Bien, pensó Pia, quizá. Solo quizá.

El contador Geiger emitió unos cuantos chasquidos caprichosos al lado de la máquina de café y a Pia se le aceleró el pulso. Al lado de la Nespresso había una bayeta, doblada por la mitad y meticulosamente extendida en el pequeño espacio que había entre la cafetera y los utensilios del café. Cuatro tazas de porcelana descansaban sobre un paño: dos de tamaño exprés y dos normales. Estaban boca abajo. Se oyeron más chasquidos cuando Pia pasó el sensor sobre las dos tazas grandes. Entonces, sujetó el contador con la mano izquierda y les dio la vuelta a las tazas. Introdujo la sonda en la primera y después en la segunda. Existía actividad, no cabía duda. No superaba los límites, pero había más actividad en las tazas que en el resto del laboratorio.

—Envenenaron a Litvinenko con un té —dijo Pia muy nerviosa—. Tal vez en este caso hayan utilizado el café. Eso explicaría por qué los dos resultaron afectados al mismo tiempo y que nadie más enfermase.

—No parece que haya mucha radiación. ¿Crees que es significativa?

—No es gran cosa, pero está registrando partículas alfa. Debieron lavar las tazas, pero aún queda algo. En cualquier caso, no hay duda de que es significativo. Salgamos de aquí.

Pia cogió una de las tazas y la agarró con cautela por el asa. Buscó un sobre acolchado, introdujo la taza en su interior y la guardó en la bolsa de la compra que contenía el contador Geiger.

George y Pia volvieron sobre sus pasos y salieron a la parte principal del laboratorio. Por desgracia, les aguardaba una sorpresa. Al parecer Marsha no había

ido a comer, y Spaulding había regresado ya. Los dos, con expresión indignada, les cortaron el paso. Spaulding tenía los brazos en jarras y fulminó a Pia con la mirada.

—¿Cómo se atreve? —le espetó con altivez—. Le dije que no volviera por aquí. ¿Y qué está haciendo con eso?

Señalaba el contador Geiger.

Pia le indicó a George que la siguiera. No tenía intención de darles conversación. Empezó a rodear a Spaulding, pero el jefe técnico la agarró del brazo. George se dispuso a interponerse entre ellos para proteger a su amiga.

—Tranquilo, George —le dijo ella con voz calma—. Arthur, suéltame el brazo o te denunciaré a las autoridades del centro médico por acoso sexual.

Spaulding la soltó.

—¿De quién es ese contador Geiger? ¿Pertenece a este laboratorio?

Escupía al hablar.

—No te preocupes, Arthur, firmamos la salida en el departamento correspondiente.

—Pero ¿por qué están utilizándolo en mi laboratorio? Le exijo que me lo explique.

—Es un detector de sandeces, Arthur. Ah, mira. —Pia levantó el sensor hasta la altura de su cara, y el aparato emitió sus habituales chasquidos de fondo—. Parece que funciona bien, al fin y al cabo.

Pia sorteó a Spaulding y le lanzó una mirada de indiferencia a Marsha antes de salir de la oficina.

*Centro Médico de la Universidad de Columbia  
Nueva York  
25 de marzo de 2011, 14.48 h.*

George se sintió aliviado al alejarse de Spaulding y del laboratorio ileso. Albergaba la esperanza de que no le comunicaran a Bourse su transgresión. Corrió para alcanzar a Pia, y la encontró esperándolo en el ascensor.

—Tercer encuentro con ese individuo. Deberías mantenerte alejada de él.

—No pasa nada —contestó Pia—. Ya no tengo motivos para volver al laboratorio. Captamos unos cuantos chasquidos en las tazas de café, pero no era lo que yo esperaba. No sé si será lo bastante concluyente. Necesitamos más pruebas.

—Temía que fueras a plantarle cara a Spaulding por el cuaderno del congelador.

—Lo pensé. Es un capullo. Carece de autoridad para impedirme el acceso adonde sea. No tengo ni idea de si lo que descubrimos en la instalación de almacenamiento es relevante. Si alguien utilizó una muestra de salmonela del congelador para infectar a Rothman y Yamamoto, no habrá forma de saberlo.

—¿De veras crees que Spaulding tuvo algo que ver con la muerte de Rothman?

—Si fue así, tuvo un papel muy pequeño en algo más grande. No es lo bastante listo para haberlo pensado todo él solo.

Pia pensó en lo que eso podía implicar, en quién podría estar involucrado si existía una conspiración más amplia. Si habían reclutado a Spaulding, cualquiera podría significar una amenaza para ella, y aquella idea le provocó un escalofrío. Se sentía extraordinariamente vulnerable, igual o más que durante su infancia. Por difícil que fuera, tenía que hacer acopio de valor y buscar más pruebas.

—George, ¿puedo quedarme en tu habitación esta noche? No quiero estar sola.

—Pues claro —contestó él. Le gustó que se lo pidiera. Ojalá las circunstancias fueran diferentes.

Cuando llegaron a la calle, el joven supuso que Pia se dirigiría hacia la residencia. En cambio, le acompañó al hospital. Estaba lloviendo y el viento soplabla de lado. La gente avanzaba con la cabeza gacha, con el cuello del abrigo subido para protegerse del frío.

—Entonces ¿no estás satisfecha con las lecturas de las tazas de café? —le preguntó—. ¿No consideras que sea suficiente para acudir a los medios?

—Creo que no. Puede que los escasos chasquidos que oímos no sean tan extraños. No lo sé, la verdad. Es evidente que han lavado las tazas, pero no a fondo. Quiero inspeccionar el pabellón de enfermedades infecciosas. Es posible que el asesino haya podido limpiar el laboratorio, pero no creo que también lo haya hecho

en el pabellón. A menos que tengan gente entre el personal de limpieza.

Lo cual era muy posible, pensó Pia.

—¿Es ahí donde vamos? —preguntó George. Consultó su reloj. Aún faltaba un poco para que empezara la conferencia.

—Sí.

Llegaron al pabellón y enseguida se dieron cuenta de que su esfuerzo iba a ser inútil. Había nuevos pacientes en las habitaciones que habían ocupado Rothman y Yamamoto. Un pabellón de enfermedades infecciosas tenía que mantenerse impoluto, debido a la naturaleza de las enfermedades e infecciones que allí se trataban. El hospital siempre era meticuloso con sus precauciones generales, y allí todavía más.

Al cabo de un par de minutos de merodear por allí, Pia consultó su reloj.

—Estamos perdiendo el tiempo. Volvamos al depósito de cadáveres.

En aquella ocasión bajaron en ascensor al sótano, siguiendo la ruta oficial. De día, había un poco más de actividad que la que habían encontrado en su visita de la noche anterior, cuando el lugar estaba presidido por el ayudante forense del casting central. El lugar no había ganado lustre. Como no tenía ventanas, podía ser de día o de noche, seguía estando lúgubre y deteriorado. Había varios hombres cincuentones de aspecto normal cuyo trabajo consistía en controlar las idas y venidas de los cadáveres. Se mostraron colaboradores, como si agradecieran la visita de personas vivas. Pia y George les preguntaron si recordaban haberse ocupado de los cadáveres de Rothman y Yamamoto. En efecto, se acordaban porque se había producido cierto alboroto, entre otras cosas por el aviso de la posibilidad de que hubiera tifus y por las instrucciones sobre precauciones generales.

—Desinfectamos el exterior de las bolsas de cadáveres después de que depositaran los cuerpos dentro —explicó el primer hombre—. Fuimos muy precavidos en todo momento, por supuesto.

Pia y George vieron que los hombres no llevaban placas de identificación y consideraron prudente no decir sus nombres.

—¿Qué camillas utilizaron? ¿Fueron tratadas después?

—Claro que las trataron. Aún siguen donde lo hicieron.

—¿Le importa que eche un vistazo?

El ayudante condujo a los dos estudiantes a otra antigua sala de autopsias. Esta contaba con un sistema de ventilación especial, porque la utilizaban para casos «sucios», o de cadáveres en descomposición. Pia procedió a pasar el detector de radiación por las camillas, pero no encontró nada.

—¿Qué están buscando, exactamente? —preguntó el ayudante.

—Uno de los pacientes se había sometido a una terapia de isótopos radiactivos —se apresuró a explicar Pia—. Queremos asegurarnos de que no se produjeron escapes. Y no se han producido, de manera que gracias.

Mientras los dos jóvenes volvían hacia el ascensor, George felicitó a Pia por lo rápido que se le había ocurrido la idea de los isótopos radiactivos.

—Tenía que inventarme algo. Quizá utilice la misma historia cuando vaya a las oficinas del IML. —Después añadió—: ¡Ni hablar! El médico forense no se lo tragaría. Por la autopsia ya sabrán que ninguno de los dos hombres padecía cáncer.

Volvió a reflexionar.

—Ya lo sé. Diré que Rothman y Yamamoto estaban utilizando un emisor alfa en su investigación y queremos asegurarnos de que no se contaminaron con él, además de contraer la salmonela. Les diré que se trata de un problema de seguridad.

—Suenan bien.

Ya habían llegado al vestíbulo del hospital.

—He de comer algo antes de ir al centro. Las oficinas del IML cierran a las cinco, creo, pero me desmayaré si no como algo. Ni siquiera sé si comí algo ayer. Sé que hoy no. ¿Cómo vas de tiempo?

—Quedan unos minutos para la conferencia.

Fueron a la cafetería del hospital. Había mucha gente, incluso a aquella hora, pues las enfermedades y sus tratamientos no se ceñían al horario de nueve a cinco. El personal médico, los pacientes y los visitantes comían cuando podían. Pia se decantó por algo sustancial, mientras que George pidió un café y una galleta.

—Bien —comenzó el chico—, ¿qué te parece si reconsideramos la idea de ir a la policía y contarle lo de los chasquidos que obtuvimos con el contador Geiger? No puedo creerme que se trate de una conspiración. Aunque lo asesinaran con polonio, estoy seguro de que existe una explicación mucho más banal. Algo en lo que no hemos pensado. No sé, tal vez contrajera deudas de juego.

—No podría estar menos de acuerdo. Si fuera polonio, tendría que ser algún tipo de operación de alto nivel. Es imposible conseguirlo. Significaría que la planificación se estuvo gestando durante semanas, incluso meses. Tiene que haber gente poderosa implicada, por fuerza. Yo prácticamente viví en una conspiración durante años. Ya te dije, George, que si hubieras visto lo que yo, sabrías que la gente es capaz de cualquier cosa.

George era consciente de que un par de clientes, gente a la que no conocía, les estaban mirando desde sus mesas. El maquillaje de Pia no alcanzaba a disimular todas sus contusiones, sobre todo bajo las ásperas luces fluorescentes de la cafetería. Se inclinó hacia su amiga y bajó la voz.

—¿Qué intentas hacer exactamente antes de tirar la toalla?

—Solo hay un sitio más donde buscar radiación significativa: los cadáveres que hay en el IML. Si no la hay o no puedo entrar para comprobarlo, abandonaré la investigación. ¿Te parece bien?

—¿Cómo vas a franquear la puerta del IML? —preguntó su compañero al recordar su conversación de la noche anterior con el residente de patología.

—Todavía no lo sé —replicó ella con un toque de irritación—. Si me limito a contarles lo que creo, pensarán que estoy loca. «¿Recuerda a esos investigadores de Columbia que les trajeron? Pues me parece que alguien les puso polonio en el café...». Tal vez utilice la idea del emisor alfa de la que te he hablado. No lo sé. Ya veré cómo está el patio. Tendré que improvisar sobre la marcha.

—Quizá deberías limitarte a ir a descansar a tu habitación. Deja por hoy lo de ir al IML. Has estado yendo de un sitio a otro como una loca y anoche te dieron una paliza, por el amor de Dios. Esta tarde no puedo acompañarte, pero tal vez podríamos ir juntos por la mañana.

—Mañana es sábado. No tengo ni idea de si el IML abre. Tampoco sé cuánto tiempo conservan los cadáveres allí. Imagino que el instituto pide a las familias que la funeraria vaya a recoger a sus parientes lo antes posible. Además, si vamos mañana, es probable que haya poco personal. Lo más seguro es que nos digan «Vuelvan el lunes». Y yo no puedo quedarme sentada sin hacer nada. Tengo que saberlo.

—Es posible que tengas razón con respecto a lo de los sábados, pero...

—No, George, voy a ir hoy. Tú vete a clase. Es imposible que me meta en líos en el IML.

—Cuentas con muchos recursos —dijo George con una sonrisa irónica.

Pia hizo caso omiso del comentario.

—Me voy. ¿Te importa quedarte la taza de café? Yo me quedaré el contador Geiger, y ojalá lo necesite.

Su compañero cogió la bolsa.

—En absoluto. Nos veremos en cuanto vuelvas. —Contempló cómo una concentrada Pia se levantaba de un brinco y cogía la bandeja de la cafetería—. ¡Y ve con cuidado! ¡Intenta no meterte en líos!

Ella se limitó a mirarle con el ceño fruncido antes de marchar.

George la vio alejarse entre las mesas, depositar la bandeja en la ventanilla y salir. Se le ocurrió la idea de llamar a la policía ahora que Pia ya no estaba delante. Pero sabía que si lo hacía, fuera cual fuese el resultado, su amiga no volvería a dirigirle la palabra. Estaba seguro de que lo consideraría una traición.

Apuró los restos de su café y se puso en pie. Al menos, iba a llegar puntual a la conferencia.

## Tercera parte

*Barrio de Belmont, Bronx*

*Nueva York*

*25 de marzo de 2011, 15.28 h.*

Aleksander Buda finalizó su llamada de móvil y sostuvo el aparato en la mano para después utilizar su dedo índice, que parecía una espátula, para presionar el botón de fin de llamada. Había surgido un problema en una operación que hasta el momento había ido como la seda, y él detestaba los problemas. Le causaban acidez de estómago. Localizó el envase de pastillas de antiácido de diferentes colores que siempre llevaba encima, cogió un puñado y las masticó a toda prisa, una tras otra. Buda tenía cincuenta y pico años; el pico no lo sabía, porque su familia había abandonado Albania con unas cuantas ollas y sartenes y algo de dinero, pero sin documentación que indicara cuándo había nacido. Con el tiempo, primero en Italia y después en Estados Unidos, había conseguido los papeles esenciales de un inmigrante, incluida una fecha de nacimiento en 1958, pero no tenía ni idea de si era cierta.

Buda no era un hombre grande, mediría tal vez un metro setenta y dos, pero llevaba el pelo muy corto y lucía una cicatriz que se le hundía en el cuero cabelludo por el lado derecho de su cara ancha, además de suficientes tatuajes carcelarios en los brazos como para que cualquiera, si se tomaba la molestia de enseñárselos a alguien, se lo pensara dos veces antes de abordarle. Buda vestía con discreción, aquel día con una camisa de manga larga de color tostado, vaqueros y mocasines. Cualquiera pensaría que era el manitas de un grupo de edificios de apartamentos del East Side, trabajo para el que se ofrecía de vez en cuando, en lugar de lo que era en realidad: el jefe de una banda de la mafia albanesa.

La banda, o clan, de Buda estaba menos organizada desde un punto de vista jerárquico que una familia de la Cosa Nostra; el liderazgo solía ser fluido y se basaba solo en los resultados. Mediante una combinación de prudencia y brutalidad, nadie había desafiado el poder de Buda desde hacía años. Los miembros de la banda compartían la reputación de hombre despiadado y violento de su compatriota, que se la había ganado durante más de veinticinco años de actividad criminal agresiva. Los albaneses habían llegado tarde a la escena de Nueva York, y se habían esforzado por recuperar el tiempo perdido. Aceptaron cargos de escasa importancia en las organizaciones italianas para luego ir escalando y desafiar a los incondicionales de la mafia.

En Europa, los grupos albaneses contaban con una fuerte presencia en el tráfico de drogas duras y suaves, dominaban el negocio de la heroína en muchos países y

transportaban el material en bruto desde Afganistán a través de Turquía hasta Albania. La heroína procesada y otras drogas podían distribuirse desde allí a cualquier parte del mundo mediante núcleos como las terminales de Port Newark, New Jersey. La heroína era solo uno de los muchos negocios en que las bandas estaban implicadas. También tenían intereses en actividades tan prosaicas como la extorsión, la usura a intereses exorbitantes y el juego ilegal. Aleksander Buda contaba con lugartenientes que se encargaban de tales operaciones para que él pudiera pasar desapercibido y dedicarse a proyectos más lucrativos, como aquel en el que estaba trabajando en aquellos momentos, el que le estaba causando problemas.

Buda era muy consciente de que las bandas albanesas habían desarrollado mala fama. Una con base en Queens había sido desarticulada por el FBI hacía unos años; otra, de Staten Island, fue disuelta en 2010. En aquel momento vivían más de doscientos mil albaneses en la zona metropolitana de Nueva York, tal vez trescientos mil. La inmensa mayoría, salvo unos doscientos, trabajaba con ahínco y respetaba la ley. Buda y sus hombres entraban y salían de aquella diáspora albanesa y se escondían entre ellos a plena vista. Los grupos de la mafia eran exclusivistas y reservados, hipersensibles a cualquier tipo de insulto y propensos al uso de la violencia para vengarse. Según el código albanés de la *besa*, la palabra de un hombre era vinculante, y un apretón de manos suponía un trato inquebrantable. Buda había acordado terminar su tarea, y se dio cuenta de que tendría que arriesgar a algunos de sus hombres para ocuparse de aquel problema en particular. Y trabajar en público era otra de las cosas que le ponía nervioso.

Después de que Jerry Trotter le hiciera su propuesta a Edmund tres semanas antes, este había tardado dos días en llamar al número que Trotter le había proporcionado. Diez, quince veces se había dicho que no llamaría, que arrojaría a la chimenea el trozo de papel y se olvidaría de todo. En otros momentos, se autoconvencía de que Jerry estaba intentando poner a prueba su determinación, de que si llamaba a aquel número sería Trotter quien contestaría. Pero en otros momentos, por lo general a altas horas de la madrugada cuando estaba solo en su estudio bebiendo whisky, Edmund meditaba sobre cómo sería hacer aquella llamada. Suponiendo que aquel tipo fuera un asesino a sueldo, ¿cómo te presentas a alguien así? ¿Qué dices? Imaginaba que si llamabas por un asunto semejante, no lo hacías desde tu propio teléfono.

Por fin, llamó al número desde la cabina de un Laundromat de la Segunda Avenida, en la parte de las calles Sesenta de Manhattan, un lugar muy frecuentado y sin cámaras de seguridad visibles. Se armó de valor, introdujo las monedas y marcó el número. Alguien descolgó, pero no habló, y Edmund recitó las frases que había ensayado.

—Hola, un amigo me ha dado este número. Quiero hacerle una propuesta. No es

broma.

Edmund no dijo nada más. La comunicación se cortó enseguida.

Una hora después, Edmund volvió a llamar desde la misma cabina.

—¿Podemos reunirnos en alguna parte? Creo que va a interesarle lo que tengo que decirle...

Clic.

Al día siguiente, al cuarto intento, a las diez de la mañana, una voz con un acento marcado dijo:

—Llame dentro de una hora. Hilera de cabinas de Grand Central. Vestíbulo de la planta baja.

Edmund obedeció.

—Tome el tren seis hasta Morrison Avenue, salga por el andén del lado norte y espere.

Había llegado al punto de no retorno. Hasta el momento se había limitado a hacer unas cuantas llamadas telefónicas, pero ahora iba a reunirse con alguien que sabía que era un asesino. Miró a los viajeros que atravesaban la Grand Central, gente corriente, como él. Si seguía adelante, ya no sería corriente. Durante los últimos días y noches, interminables e insomnes, Edmund había sopesado los posibles costes de hacer lo que Jerry exigía y los de no hacer nada. Si no actuaba, se arruinaría económica y personalmente. Pero el terrible plan de Trotter le daba una oportunidad.

A Edmund se le ocurrió otra idea que no pudo ignorar. Aquellos médicos estaban destruyendo su negocio. Era culpa de ellos que estuviese en aquella situación, y no iba a permitir que se salieran con la suya.

Fue en metro hacia un barrio del Bronx que jamás había pisado. Bajó del tren en un andén elevado azotado por el viento. Apenas había nadie a las once de la mañana, solo dos hombres que se habían bajado del metro, uno que iba sentado en el vagón de Edmund y otro en el de atrás. Mathews salió de la estación, bajó a la calle y se paró junto a la salida. Consultó su teléfono y cruzó y volvió a cruzar la calle en busca de alguna señal de vida.

De repente, una furgoneta azul oscuro se acercó a él y las puertas traseras se abrieron. Una voz le dijo desde el interior que subiera, y él obedeció. La furgoneta arrancó y al instante le inmovilizaron los brazos, le taparon la boca con cinta adhesiva y le pusieron en la cabeza una bolsa de tela. Lo cachearon de arriba abajo, le metieron las manos en las axilas y en las ingles. Después, le quitaron la ropa, todas las prendas, y se quedó desnudo, atado y amordazado, en el suelo del vehículo. Avanzaron traqueteando por la calle, y después, tras lo que se le antojó una eternidad, aparcaron en algún sitio.

—Muy bien, señor Edmund Mathews, rico banquero de Greenwich, ¿cómo ha conseguido ese número de teléfono?

La voz procedía de la parte delantera de la furgoneta.

Edmund intentó hablar, pero tenía la boca tapada. Masculló algo.

—Qué grosero soy —dijo la voz—. Dejad hablar a este hombre.

Le arrancaron la cinta con brutalidad, y Mathews tuvo arcadas.

—Me lo dio un amigo mío. No me dijo dónde lo había conseguido.

—Eso ya lo veremos. ¿Qué quiere?

Edmund expuso sus deseos. No tardó mucho, pero tuvo que explicar un par de veces la necesidad de utilizar polonio para llevar a cabo los asesinatos.

—Muy bien, esto es lo que vamos a hacer: vaya a la estación de metro de Middletown Road mañana a las once. Llévenos un anticipo como gesto de buena voluntad. Digamos, cincuenta mil dólares en billetes de Ben Franklin. A fondo perdido. Devolvedle la ropa a este hombre.

Le liberaron los brazos y las piernas y Edmund se vistió a toda prisa. La furgoneta volvió a moverse, paró al cabo de unos minutos y las puertas se abrieron. Mathews bajó en un desierto aparcamiento que había detrás de un edificio abandonado. Averiguó dónde se encontraba, a menos de un kilómetro de donde le habían recogido, y volvió a Manhattan en metro.

Aquella noche, más que en cualquier otro momento de aquel calvario, Edmund sintió un intenso deseo de huir. Si llamaba al FBI, podría denunciar a Jerry y al otro individuo, fuera quien fuese, y al menos se vería libre de aquel complot demencial. Pero eso no le libraría de LifeDeals, Gloria Croft y su inminente destrucción. Los datos de Statistical Solutions habían llegado por fin, y se limitaban a subrayar lo que Russell y Edmund ya sabían. Su modelo saltaría en mil pedazos en cuanto la medicina regenerativa se convirtiera en realidad. Su necesidad de plantar cara se impuso.

Mathews se desplazó de nuevo al Bronx, y aquella vez también lo recogieron en una furgoneta, aunque de otro color. Una vez más, le ataron y desnudaron, pero en aquella ocasión no tardaron tanto en devolverle la ropa ni le amordazaron con cinta adhesiva, cosa que agradeció. Notó que el sobre con los cincuenta mil dólares ya no estaba en el bolsillo de su chaqueta.

—Gracias por el dinero —dijo la misma voz—. Un hombre más precavido le arrojaría de la camioneta ahora mismo y se alegraría de lo recaudado en un solo día de trabajo, pero he leído acerca de usted, señor Mathews, y me siento intrigado. Después, investigué acerca de la gente que quiere que muera y pensé «¿Qué están haciendo? No lo entiendo, soy un estúpido palurdo». Luego, pensé «Este tipo va en serio». No sé por qué pero es lo que opino. También creo que es una idea muy cara. Alguien ha de ir a Rusia, comprar ese material radiactivo a unos hombres muy malos y no morir en el intento. Tienen que administrarle el material a los objetivos, además de las bacterias, y no morir en el intento. Podemos hacerlo, pero no por un millón de

dólares.

—¿Cuánto, pues?

—Dos. Y medio.

—Jesús.

—Señor millonetas, sé dónde vive, cuánto dinero gana. Esto no es una negociación de Wall Street. Yo no negocio... Ese es el precio. Y mañana será mayor.

—De acuerdo.

—Lo siento, hable en voz alta, por favor.

—De acuerdo.

Los dos hombres se encontraron una vez más, tres días después. Edmund le dijo a Russell que necesitaba una enorme cantidad de dinero, pero no para qué. Su socio se lo preguntó una vez, y Mathews le contestó con muy malos modos, de modo que Russell se limitó a hacer lo que le pedía. Tardó dos días y medio en reunir un millón y medio de dólares de diversos negocios y cuentas personales. Edmund lo metió en una bolsa grande de béisbol y fue en coche a la dirección que le habían dado por teléfono. Era el mismo aparcamiento donde le habían abandonado el primer día. Una vez más, subió a la furgoneta y fue sometido al mismo proceso degradante.

—Supongo que confía en mí —dijo la voz—. Ahora tengo un millón y medio de dólares suyo y no he hecho una mierda. Pero soy un hombre de negocios, y cumpliré mi parte del trato.

El hombre le dio instrucciones para pagar el resto del dinero una vez concluido el trabajo, que se llevaría a cabo el mes siguiente. Edmund no dijo nada.

—Pero antes, una cosa más. Tengo que saber algo, de lo contrario me temo que no podré continuar adelante.

Edmund calló.

—¿Quién le dio mi número de teléfono? ¿Fue su socio, el señor Russell?

—No.

—Bien, ¿quién fue?

Mathews guardó silencio.

—Necesito saberlo, en serio.

Edmund se lo dijo.

—De acuerdo, gracias. Liberad al señor Mathews.

Un hombre se volvió hacia Edmund desde el asiento delantero de la furgoneta. Llevaba gafas de sol y una gorra de béisbol, pero Edmund distinguió en su frente una cicatriz cárdena que ascendía hacia el cuero cabelludo. El tipo le tendió la mano derecha.

—Estrécheme la mano, y trato hecho.

Los hombres se estrecharon las manos, y Edmund no supo nada más de ellos hasta el 25 de marzo.

Aleksander Buda reflexionó un poco más sobre la información que acababa de recibir y, con el teléfono todavía en la mano, llamó a Edmund Mathews.

—Ayer seguimos al pie de la letra el procedimiento que usted recomendó y no funcionó. Ya me lo imaginaba. Tengo a alguien infiltrado en las instalaciones, y me dice que hoy la ha visto rondar con un contador Geiger, ella y ese chico con el que sale. ¿Sabe lo que eso significa? Significa que alguien ha descubierto su brillante plan.

—Mierda.

—Sí, mierda. En la que estamos hundidos hasta las rodillas. A menos que hagamos algo ahora mismo, nos ahogaremos en ella.

La conversación era demasiado específica para el gusto de Buda, pero creía que debía obtener el visto bueno del banquero y asegurarse de que se diera cuenta de que el precio había aumentado. El trabajo en sí no debería ser difícil, la chica no estaba siendo nada discreta, pero a él le esperaba una tarea muy fastidiosa. Cuando supo que el apellido de la chica era Grazdani, hizo una pausa. Parecía albanés y quería estar muy seguro de que, al asesinar a una chica albanesa, no iba a perjudicar a nadie. No quería ser la causa de una reyerta familiar como las de los noventa. Tendría que secuestrarla, retenerla y enviar exploradores a averiguar si había más Grazdanis en las bandas de las zonas vecinas. Pero ¿qué probabilidades había?

—De acuerdo —dijo al fin Edmund, con la misma sensación de entumecimiento que había experimentado cuando accedió al acuerdo por primera vez.

—Son dos, en realidad —le dijo Buda—. Será otro diez por ciento.

—¿Diez por ciento del total o del resto?

—Ah, siempre pensando en el dinero. Del total.

Buda colgó y llamó a su despacho, situado en un remolque aparcado en un almacén de techo bajo, a Prek Vllasi y Genti Hajdini. Buda les echó una severa reprimenda en albanés a sus lugartenientes principales.

—Anoche os comportasteis como unos inútiles. No la asustasteis. ¿No le hicisteis nada?

—¿Lo ves? —dijo Genti a Prek—. Tendríamos que haberle dado un escarmiento cuando pudimos. Como te dije anoche. Darle una paliza no iba a ser suficiente. —Se volvió hacia Buda—. Es una zorra resistente.

—Ya me doy cuenta —dijo Buda. Genti había estado cuidando todo el día de su ojo amoratado—. Ahora todo el plan se va a venir abajo por su culpa. Sabe lo ocurrido, Dios sabe cómo. Vais a volver allí ahora mismo, eliminaréis a ese novio suyo y a ella la secuestraréis en plena calle.

—¿Novio? —preguntó Prek—. ¿Qué novio? ¿Se refiere al chico que iba con ella

anoche? A menos que esté con ella cuando la raptemos, no sé si le reconoceremos.

—¡Es el tipo que se la tira! —replicó Buda con brusquedad. Estaba muy cabreado, pero pronto comprendió que Prek tenía razón al pedir cautela. Matar al hombre equivocado podría ser antiproductivo.

»Conseguiré una foto del chico en la base de datos de la facultad de medicina y os la enviaré a los teléfonos. Se llama... George Wilson —dijo al tiempo que consultaba una nota.

»Y acordaos, secuestrad a la Grazdani —dijo Buda—. Y tú no la toques, animal, a menos que no sea pariente de nadie importante, en cuyo caso es toda tuya. ¿Comprendido, Genti? Dicen que estaba en el laboratorio de Rothman hace unos minutos, husmeando. Llevadla a la casa de campo y llamadme cuando lleguéis. Y llevaos a Neri Krasnigi con vosotros. Parece que entre los dos sois incapaces de manejarla.

Krasnigi era relativamente nuevo en la banda, más joven, inexperto, y más cruel que Genti o Perk. La orden ofendió a los dos hombres, pero no lo demostraron.

Cuando los dos salieron del remolque, Buda gritó:

—Utilizad la furgoneta blanca para el rapto, y después abandonadla. Id a la casa con la azul.

Prek alzó un pulgar y se fue.

Prek y Genti encontraron a Neri Krasnigi sentado en una vieja butaca raída que había en la parte trasera del almacén leyendo un *Playboy* alemán. Prek le dijo que les siguiera y los tres hombres subieron a la furgoneta blanca. Las matrículas estaban ocultas por lo que parecía barro seco, pero en realidad se trataba de yeso aplicado con astucia.

Cuando salieron a Lorillard Place para ir en dirección a East Fordham Road, Prek informó a Neri sobre los detalles de la operación de la tarde. Tenían intención de emplear un par de especialidades albanesas: un velocísimo secuestro, y a plena luz del día si era necesario. Para la mentalidad albanesa, aquello no importaba. Neri estaba entusiasmado; aquel iba a ser su primer golpe oficial. Comprobaron que sus pistolas automáticas estaban cargadas. Amontonados en la parte trasera de la furgoneta estaban la cinta adhesiva, las mantas, los pasamontañas, dos uniformes de policía del Centro Médico de la Universidad de Columbia y una lata de Ultane, un anestésico volátil y de inducción rápida.

La furgoneta blanca entró en un garaje. Genti se bajó y se subió a la azul. La puso en marcha y siguió a Prek, que continuaba en la furgoneta blanca. Aparcaron la azul cerca del puente George Washington y se dirigieron de nuevo en la furgoneta blanca hacia el Centro Médico de la Universidad de Columbia.

*Centro Médico de la Universidad de Columbia*

*Nueva York*

*25 de marzo de 2011, 15.54 h.*

Sin que George Wilson lo supiera, en el mismo momento en que él estaba pensando en llamar a la policía, Pia también se lo planteaba. No muy en serio, pero sí se le había pasado por la cabeza. Era muy cierto que, si había que poner en marcha una investigación, ellos tenían mucha más capacidad y podían apartar obstáculos impensables para ella. Pero estaba el problema de qué iba a decirles. ¿Les decía que había captado unas solitarias partículas alfa en una taza de café y que creía que era la prueba de una enorme conspiración? Claro que no. No le cabía duda de que no la tomarían en serio, lo cual, a la larga, aumentaría su vulnerabilidad en lugar de reducirla. La policía pensaría que estaba loca, y quizá llamaran a la decana, convencidos de que lo hacían por su bien. Ir a la policía presentaba, además, otro inconveniente. Tal vez tuvieran la tentación de buscarla en el ordenador y, si bien se suponía que la información negativa de su adolescencia ya no constaba, nunca se sabía. No, no acudiría a la policía. Más bien, tal como había pensado, iría al IML en un último intento de dilucidar el misterio. Si aquello no aportaba pruebas abrumadoras de que se hubiera cometido un delito, tiraría la toalla, tal como le había dicho a George.

Cuando Pia salió a la calle desde la cafetería del hospital, tenía intención de encaminarse a Broadway para ir al centro en metro, pero al notar la temperatura y observar que la lluvia había aumentado de intensidad, decidió volver un momento a la residencia para coger una chaqueta más apropiada y un paraguas. Sabía que el metro no la dejaría muy cerca del IML, y que tendría que andar. Cuánto, no tenía ni idea.

Ya en la residencia, vaciló ante la puerta, tal como George y ella habían hecho un poco antes. El hecho de que la hubieran asaltado en su propia habitación la noche anterior la ponía muy nerviosa. Ignoraba cómo habían conseguido entrar allí.

Repitió lo que George y ella habían hecho: giró la llave con sigilo y abrió la puerta de repente, dispuesta a huir en caso necesario. También examinó el cuarto de baño para cerciorarse de que estaba vacío. Lo estaba.

Con una chaqueta más abrigada y el paraguas, Pia se encaminó al metro. Había guardado el contador Geiger en otra bolsa de la compra para transportarlo con más facilidad. Consultó la hora. Eran casi las cuatro, de modo que para llegar al IML antes de que cerrara tenía que darse prisa.

Caminó a buen paso bajo el cielo encapotado y dejó atrás el edificio Black.

Recorrió otros quince metros por la calle Ciento sesenta y ocho Oeste, y entonces vio a dos policías de seguridad del hospital que caminaban hacia ella. Se detuvo. No les veía bien por culpa de la luz desfalleciente y la niebla que se elevaba desde el asfalto, pero distinguía sus uniformes a la perfección. Eran los mismos uniformes que habían utilizado sus atacantes la noche anterior. Para empeorar las cosas, daba la impresión de que tenían la misma estatura y corpulencia.

Pia reprimió las ansias de huir y se detuvo en seco. Delante, a su derecha, había una entrada de servicio al hospital. Pia sopesó la posibilidad de correr hacia ella y entrar en el edificio, donde podría perderse entre las multitudes. Pero había vacilado demasiado. Tendría que sortear a los guardias de seguridad antes de llegar a la entrada.

Miró hacia atrás y vio que había muy poca gente en la calle, un hecho sorprendente. Pensó en volver corriendo al edificio Black, pero imaginó que, si los hombres querían atraparla, lo harían antes de que pudiese llegar. Se volvió y miró a los guardias que se acercaban. Daba la impresión de que la estaban observando con fijeza. Se quedó petrificada, y de repente recordó una escena similar, imbuida del mismo miedo y pavor.

En aquella época tenía trece años y llevaba tal vez un año en la Academia Femenina de Hudson Valley. La tensión de estar siempre en guardia, el miedo a ser atacada en cualquier momento, la crispaban. Se había desmoronado y tratado de huir de la academia en un par de ocasiones, y entonces lo hizo de nuevo. Aquella vez se extravió y tuvo que pasar una espantosa noche sin luna en el bosque que rodeaba los terrenos del colegio. La noche era interminable y bullía de amenazas. Pia intentó volver a la academia con la esperanza de entrar con sigilo antes de que nadie reparase en su ausencia, pero no lo consiguió.

Había pasado las horas previas al amanecer derrumbada contra el tronco de un árbol, echando alguna que otra cabezada. Se levantó con las primeras luces y caminó hacia el este en dirección al sol, hasta que se encontró en una calle desconocida que serpenteaba colina abajo. Fue entonces cuando vio a dos policías a media distancia. Avanzaban de una forma implacable y amenazadora hacia ella, la miraban sin pestañear, silenciosos como autómatas. Pia se quedó petrificada, como si permaneciendo inmóvil no pudieran verla. Cuando se hallaron a tres metros de ella se separaron: uno caminó hacia la izquierda, el otro a la derecha. ¡Quizá no la hubieran visto! ¡Quizá ni siquiera la estuviesen mirando! Pero cuando los hombres llegaron a su altura, saltaron de repente sobre ella y la agarraron con rudeza de los brazos. Una vez más, era prisionera del estado, totalmente vulnerable.

En aquel instante, las mismas sensaciones invadieron el cerebro de la joven. Los guardias de seguridad se acercaban a ella con la misma silenciosa determinación, la traspasaban con sus ojos como cuentas. Pia permaneció inmóvil y cerró los ojos.

Como los policías de Eden Falls, los hombres se separaron, uno a la derecha y otro a la izquierda, pasaron uno por cada lado... y continuaron andando. El hombre de la izquierda le rozó el torso, y después se volvió y dijo algo (¿se disculpó, dijo «apártate de mi camino», o hizo un comentario obsceno?). Pia lo ignoraba. Exhaló un gran suspiro de alivio y entonces se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento.

Se sintió avergonzada por la magnitud de su paranoia. Se estremeció y un escalofrío le recorrió la espina dorsal. El inquietante episodio solo había durado unos segundos. Se secó el sudor de la frente y después corrió hacia Broadway. Para cuando pasó ante la entrada del hospital, su respiración y su pulso casi habían recuperado la normalidad. Ya en Broadway, se sintió más tranquila, pues había bastante gente. Allí se sintió más segura; de hecho, allí estaba más segura. Divisó la entrada del metro, que engullía peatones como un monstruo insaciable. Una ráfaga de viento estuvo a punto de arrebatarse de la mano el paraguas y tuvo que forcejear un momento para recuperar el control. Después, lo cerró y corrió hacia la escalera.

*Calle Ciento sesenta y ocho con Broadway*

*Nueva York*

*25 de marzo de 2011, 15.56 h.*

—¡Hostia puta, allí está! —exclamó Genti señalando hacia delante con el dedo. Prek estaba girando a la derecha desde Broadway hacia la calle Ciento sesenta y ocho, que se extendía entre el Centro Médico de la Universidad de Columbia a la izquierda y el Armory a la derecha. La mirada de Genti se había posado en la mujer, cargada con una bolsa de la compra, cuando el viento sacudió su paraguas y amenazó con llevárselo por los aires. Distinguió su cara con claridad, y era la tal Grazdani, no cabía duda. Caminaba a buen paso hacia la entrada del metro.

—¡Para! —gritó Genti al tiempo que Prek disminuía la velocidad.

—¿Quién va con ella?

—Nadie, no he visto a nadie —gritó el primero de ellos—. Déjame bajar. Esperadme aquí.

Genti, que hacía las veces de guardia armado, saltó de la furgoneta en cuanto Prek pudo parar. Corrió detrás de Pia, que iba unos veinte metros por delante de él en dirección a la entrada del metro. Mientras corría, Genti comprobó que tenía el arma a mano en el bolsillo de la chaqueta. No estaba seguro de qué iba a hacer si la alcanzaba. ¿Debía dispararle en plena calle? ¿Agarrarla y conducirla a rastras hasta la furgoneta?

Solo sabía que lo único que no podía hacer era perderla.

Vio que Pia desaparecía de su vista cuando bajó a toda prisa a la estación mientras él esquivaba coches, taxis ilegales, autobuses y furgonetas en la transitada esquina de Broadway con la calle Ciento sesenta y ocho. Llegó a la entrada del metro y bajó corriendo la escalera, pero no la vio. ¿Iba a coger el tren A o el 1? Probablemente el expreso, el A, pensó. La buscó con desesperación y avanzó apartando a la gente a empujones.

—Perdón, perdón.

No quería ponerse demasiado agresivo. Los neoyorquinos eran propensos a reaccionar con violencia. Genti iba muy pocas veces en metro y no tenía tarjeta multiviajes para poder atravesar los tornos, ni tampoco tiempo para pararse a comprar una en las máquinas. Con la esperanza de que no hubiera policías a la caza de infractores, siguió a un colegial y atravesó el torniquete detrás de él.

Genti tenía que elegir, el A o el 1. Cambió de opinión y optó por el 1. Cuando se acercó al gigantesco y achacoso ascensor que llevaba a los viajeros al andén subterráneo, divisó a Pia a la cabeza de un grupo de pasajeros que acababan de subir.

Las puertas empezaron a cerrarse. Vio que la chica estaba parada a un lado, preparada para ser la primera en salir. Corrió hacia delante.

—¡Paren el ascensor! —gritó—. Paren.

Genti se lanzó hacia las puertas cuando estaban a punto de cerrarse y trató de detenerlas. Durante un momento, la mano se le quedó atrapada y se vio obligado a apartarla de inmediato. Paseó la vista a su alrededor. Escaleras. El albanés desechó toda cautela. Empujó a un lado a una anciana y bajó las escaleras de tres en tres. No sabía que la distancia hasta el andén equivalía a ocho pisos, de manera que continuó descendiendo, esquivando a los pasajeros que subían o bajaban, gritando a la gente que se apartara de su camino. Estaba sin aliento cuando llegó abajo, pero descubrió que el ascensor ya había descargado a sus pasajeros, y otros nuevos estaban entrando.

Inhaló profundas bocanadas de aire con las manos apoyadas en las rodillas. Era el primero en admitir que no estaba en su mejor forma. Después, oyó cerca el chirrido agudo de los frenos del metro. ¿A la parte alta de la ciudad o al centro? Supuso que la chica se dirigía al centro, como la mayoría de la gente. Siguió adelante y oyó el sonido mecánico de las puertas del tren al abrirse. Entró en un pasillo abovedado que conducía a la estación en sí. De pronto, una multitud de personas avanzó hacia él y llenó el túnel de un extremo a otro. Acababan de bajar del convoy y el hombre tuvo que abrirse paso entre ellas. Cuando llegó al andén, miró a uno y otro lado y vio a Pia a unos metros de distancia.

La vio con claridad meridiana. Estaba allí, quizá unos tres metros por delante de él. Entró en un vagón.

Entonces, el hombre cometió un error. Mientras esperaba la advertencia de «Por favor, tengan cuidado con las puertas al cerrarse» que siempre precedía a la salida del tren, avanzó por el andén para intentar entrar por la misma puerta que ella. En aquel momento, cuando llegó a su altura, las puertas se cerraron sin previo aviso. Genti las golpeó con los puños y miró hacia el revisor, que se hallaba a unos dos metros de distancia.

—¡Eh, tío, la puerta!

El revisor no le hizo caso y los frenos del tren se liberaron con un siseo de aire. Genti miró al interior del coche. Su mirada se cruzó con la de Pia durante un breve instante, antes de que el tren empezara a alejarse de la estación. Pia tan solo vio a un tipo que intentaba subir al metro.

El albanés se volvió para mirar al revisor, que metió la cabeza en su cabina con una leve sonrisa en el rostro mientras el tren aceleraba. Genti lo contempló mientras se internaba en el túnel, con la vista clavada en los faros traseros hasta que el tren desapareció en la negrura.

Había fallado.

Regresó caminando al ascensor. En cierto sentido, se sentía avergonzado por no

haber atrapado a la chica, pero razonó que era mejor así. Tal vez hubiera tenido problemas para sacarla de la estación sin interferencias. Además, siguió pensando, si también debían atrapar al chico, sería más fácil pescarlos juntos y ocuparse de los dos al mismo tiempo. Si la hubieran raptado a ella, tal vez el chico se hubiese escondido y habría sido más difícil encontrarle.

Cuando Genti subió al ascensor, se sentía mucho mejor por haber perdido a Pia. Y había recordado lo guapa que era. Ansiaba secuestrarla en la calle y llevarla a la aislada casa de verano de Buda, donde nadie podría oír lo que pasaba dentro.

Salió a la calle y buscó con la mirada la furgoneta blanca, pero no la vio. Llamó a Prek, que le dijo que se encontraban pasado el Instituto Neurológico, donde había dado con una buena plaza de aparcamiento entre la facultad de medicina y la residencia, justo después de que la calle Ciento sesenta y ocho desemboque en Haven Avenue.

Genti caminó hacia el oeste y no tardó en ver la furgoneta. Subió y les contó que la había perdido en el ascensor, y después, por segunda vez, cuando estaba subiendo al vagón del metro. Dijo que le había faltado tan poco que se sentía frustrado.

—No es lo peor que habría podido suceder —dijo Prek, como un eco de los anteriores pensamientos de su compañero—. Este lugar es perfecto. Si hay suerte, cuando aparezca será con su novio, y nosotros estaremos esperando. Creo que nos conviene cogerlos juntos.

—¿Cómo sabremos que es él? —preguntó Genti—. Apuesto a que tiene un montón de novios.

Como si Aleksander Buda les estuviera leyendo el pensamiento, el móvil de Prek zumbó. Era un correo electrónico de su jefe con un adjunto. Cuando abrió el JPEG se encontró mirando la foto de admisión en la facultad de medicina de George, con los datos de su altura y peso.

—Metro noventa, pelo rubio —dijo Prek—. Más alto que la mayoría. Identificarlo no debería darnos muchos problemas.

—Tal vez venga solo —repuso Genti.

—No, mi intuición me dice que estarán juntos; parece que pasan mucho tiempo juntos últimamente. Yo lo haría si fuera él. Imagino que se reunirán cuando ella vuelva del sitio al que haya ido.

*Primera Avenida con la calle Treinta*

*Nueva York*

*25 de marzo de 2011, 16.40 h.*

Cuando las últimas luces del día amenazaban con desvanecerse por completo gracias a las nubes bajas y la lluvia, Pia se detuvo delante del Instituto de Medicina Legal y contempló la fachada del edificio de medio siglo de antigüedad. No era acogedor, por decir algo, con su extraña fachada de losas azules esmaltadas, que le recordaban la puerta de Ishtar de la antigua Babilonia. Había visto fotos de aquella construcción en una *Enciclopedia Británica* casi igual de antigua, en la academia. Echó un vistazo a las losas y después a las anticuadas ventanas con marco de aluminio estilo años sesenta. Era feo con avaricia.

Pia estaba preocupada por si no llegaba a tiempo, pero tuvo suerte con los trenes. Ahora que ya estaba allí, no se sentía tan segura de presentarse así, sin más. Carecía de contactos en la institución, no tenía a nadie de confianza, y no le gustaba aquella sensación. Era muy consciente de que aquello era el IML de Nueva York, y de niña había tenido muy malas experiencias con diversas agencias municipales. Puede que el estado le hubiera proporcionado comida y techo, pero también había alimentado y hospedado a sus enemigos, además de abusar de ella. No había muchos motivos para no pensar en que aquella agencia municipal no fuera igual de desagradable.

Pia pensó de otra forma. ¿Qué sucedería si entraba y tenía éxito en su misión? ¿Y si solicitaba ver el cuerpo de Rothman, le concedían permiso y descubriría que había sido irradiado? Aquello demostraría que Yamamoto y él habían sido asesinados. Su mente bullía de ideas. Se produciría una enorme intervención policial y ella estaría en el centro. Sería un circo mediático. Ella y George serían interrogados, tendría que verbalizar su miríada de sospechas, colaborar en las pesquisas, hacer declaraciones y, tal vez, presentarse ante un tribunal. Pero después se tocó la mandíbula dolorida y recordó la paliza y la advertencia que había recibido la noche anterior. No tenía alternativa. Las respuestas a sus preguntas se hallaban en aquel edificio, o en ninguna parte.

Respiró hondo para darse ánimos, se encajó el paraguas bajo el brazo y entró por la puerta principal.

La zona de recepción era una clara demostración de los cincuenta años de antigüedad del edificio. Estaba oscura y algo deslucida; tenía un sofá de piel marrón oscuro y algunas sillas gastadas y desparejas. El suelo de linóleo estaba agrietado y rayado. Sobre una mesita auxiliar baja descansaban varias revistas muy manoseadas, con la etiqueta de la dirección arrancada de la portada. Había un montón de gente

apoyada contra los muebles o la pared. No tardó en hacerse evidente que iban todos juntos, eran miembros de una afligida familia negra en la que había, como mínimo, tres generaciones representadas. Dos chicas adolescentes estaban abrazadas en un rincón y lloraban en voz baja.

—Perdón —dijo Pia cuando se acercó a la recepcionista. Un guardia de seguridad estaba sentado a otra mesa situada a un lado, junto a unas puertas de cristal. La recepcionista, muy bien vestida y agradablemente rellenita, llevaba una placa de identificación que rezaba «Marlene». Alzó la vista. Su sonrisa era cordial.

—¿Sí, cariño?

—Hola. Soy estudiante de medicina y me gustaría mucho hablar con uno de los forenses.

—¿Has venido para informarte sobre las oportunidades pedagógicas del IML, como la optativa para estudiantes de medicina?

—Quizá —contestó Pia, que prefería dejar abiertas sus opciones.

—¿Quizá? —preguntó Marlene con una sonrisa—. ¿De qué quieres hablar exactamente con el forense?

La joven titubeó.

—La verdad es que me gustaría comentar un caso concreto. Dos casos, para ser más precisa.

—¿Parientes tuyos?

—No.

—Tal vez sea mejor que hables con el departamento de relaciones públicas si se trata de información sobre un caso concreto, teniendo en cuenta que no eres pariente.

Pia se dio cuenta de que estaba perdiendo terreno. Lo último que deseaba era que la derivaran al departamento de relaciones públicas, que sin duda le impediría el acceso al cadáver de Rothman. Con miedo a que la rechazaran, Pia estudió el rostro de la recepcionista mientras pensaba en la mejor manera de abordarla. Daba la impresión de que Marlene era una persona simpática, y durante un breve instante Pia jugueteó con la idea de decirle, al menos, una verdad parcial. Desechó la posibilidad de inmediato. Cualquier forma de explicar el motivo de su presencia allí que se acercase a la verdad sonaría demasiado extravagante.

—En realidad, también quiero hablar de las oportunidades docentes que se ofrecen aquí. Los dos casos que he mencionado son casos pedagógicos de los que me han hablado. He venido desde Columbia. —Pia sonrió para intentar disimular las posibles inconsistencias—. Estoy interesada en la ciencia forense. Muy interesada.

Marlene estaba confusa. ¿Qué quería en realidad aquella chica? También se sentía impresionada por el hecho de que hubiera ido desde el Centro Médico de Columbia, en Washington Heights. Aquello implicaba un cierto esfuerzo, sobre todo un viernes por la tarde. La recepcionista no tuvo valor para despedirla sin que hablara con

alguien. Además, era muy guapa, y Marlene sabía exactamente quién se sentiría más que complacido de hablar con ella.

—Muy bien. Llamaré al doctor McGovern.

—¿Es forense?

—Es forense, y resulta que también es el coordinador de docencia del IML.

—Gracias.

Pia estaba encantada.

Marlene llamó a Chet McGovern y le indicó a Pia que tomara asiento. Esta se alejó del mostrador de recepción. No se sentó porque no había sillas libres. Eran cerca de las cinco de la tarde, de modo que debía hacerse una impresión rápida del tal McGovern. Un momento después, las puertas de cristal se abrieron y apareció una mujer corpulenta con bata de laboratorio y sosteniendo una tablilla. Se presentó a la llorosa familia como Rebecca Marshall, coordinadora de identificación, y les pidió que la siguieran. Todo el clan, obediente, desapareció a través de una puerta con el letrero de SALA DE IDENTIFICACIÓN.

Pia ocupó una de las sillas vacías y trató de armarse de paciencia. Mientras esperaba, intentó decidir cómo debía abordar al forense. ¿Debería mostrarse agresiva o tímida? Al final, decidió esperar a ver qué tipo de hombre era el doctor McGovern. Confiaba en que fuera relativamente joven, alguien con quien pudiera flirtear hasta cierto punto. A lo largo de los años había descubierto que atraía a la mayoría de los hombres, y pensó que aquella era una esas situaciones en que podría sacar alguna ventaja de dicha circunstancia. Por lo general, era todo lo contrario.

Pocos minutos después, sus oraciones fueron atendidas cuando un hombre joven atravesó las puertas interiores. Llevaba una bata larga de laboratorio y aparentaba el típico aire de seguridad en sí mismo de un médico. Cuando echó un vistazo a Pia, la única persona que había en la sala de espera, su rostro se iluminó. Ella reconoció la reacción. La había observado muchas veces. El hombre parecía tener unos cuarenta años, cincuenta a lo sumo. Era rubio y apuesto de una forma masculina, muy norteamericana, más o menos como George, y Pia observó que estaba en buena forma.

Se dirigió hacia ella como una abeja hacia la miel y se presentó. Pia hizo lo mismo, pero evitó su mirada. Reconoció el tipo de inmediato: un Lotario incontenible que consideraba que toda mujer atractiva más joven que él y sin compromiso era un desafío. Aquello la animó.

Después de las presentaciones, durante las que el hombre repitió orgullosamente que era el actual coordinador de docencia del IML, McGovern dijo:

—Vayamos a mi despacho a ver si puedo ayudarla. Gracias, Marlene.

El doctor le guiñó un ojo a Marlene sin que Pia le viera, y la recepcionista puso los ojos en blanco.

Mientras McGovern acompañaba a Pia a su despacho del tercer piso, la ametralló a preguntas sobre en qué parte de la facultad de medicina estaba, qué año cursaba y en qué quería especializarse. Le habló de lo interesante que era la medicina forense y detalló sus credenciales.

Pia le siguió la corriente, contestó a sus preguntas de McGovern y se comportó como si estuviera interesada en la historia de su vida y milagros. Entraron en el pequeño despacho de doctor y se sentaron uno a cada lado del desordenado escritorio del forense.

—Disculpa el desorden. Bien, ¿en qué puedo ayudarla, señorita, hum...?

Los ojos de McGovern brillaron cuando se esforzó sin éxito en recordar su apellido.

—Grazdani. Gracias por recibirme sin previo aviso.

—Es un placer, se lo aseguro.

—Quiero informarme sobre las autopsias que se les practicaron aquí al doctor Tobias Rothman y al doctor Junichi Yamamoto, del Centro Médico de la Universidad de Columbia. Murieron la madrugada del 24 de marzo, ayer, de fiebre tifoidea. —Pia fue al grano, y pilló desprevenido a McGovern—. Doy por sentado que las autopsias ya se han practicado.

—Hum, bien, eh, yo no participé en ninguna, y no me he enterado de mucho, aparte de que uno de ellos era el famoso investigador galardonado con el premio Nobel. Solo me dijeron que murió de una infección muy agresiva. Pero déjeme comprobar qué sabemos.

McGovern estaba más que dispuesto a ayudarla. La miró, y ella le dedicó una media sonrisa. El forense utilizó el ordenador de su escritorio para buscar los nombres y averiguar así los números de acceso del IML. Después localizó los casos individuales.

—Aquí los tenemos. Sí, dice que las autopsias se practicaron la tarde del 24, y eso fue, sí, ayer. El día que murieron.

McGovern examinó un archivo y después el otro.

—En ambos casos se trataba de infecciones graves con severa erosión del intestino, tanto el grueso como el delgado. ¡Vaya! De todos modos fueron considerados casos OSHA, y ese es el principal motivo de que se les practicara la autopsia.

—¿Casos OSHA? —preguntó Pia. Había oído el acrónimo, pero no recordaba qué significaban las iniciales.

McGovern levantó la vista.

—La Administración de Seguridad y Salud Ocupacional. Es una agencia gubernamental que interviene cuando se producen muertes en el puesto de trabajo relacionadas con problemas de seguridad pública. Los resultados de la autopsia le

serán comunicados a la OSHA, pues la ley así se lo exige al IML.

El hombre volvió a mirar la pantalla.

—Bien. El doctor Jack Stapleton se ocupó de ambos casos. Es nuestro supermédico y se ocupa de más casos que nadie. Nunca está satisfecho, siempre busca más, trabaja como si no tuviera vida.

»Vamos a ver. La causa de la muerte en ambos casos se define como enfermedad infecciosa, fiebre tifoidea, y la forma de la muerte es accidental. Permítame preguntarle, ¿sabe por qué la forma de la muerte se considera accidental?

Pia contestó que no, sin añadir que tal vez ella cuestionara aquel veredicto oficial.

—Si los dos investigadores hubieran enfermado de tifus después de comer en un restaurante, como la cafetería del hospital, sus muertes se habrían considerado naturales, puesto que el tifus es un patógeno que se transmite por la comida. Pero como contrajeron la enfermedad en el laboratorio, o en el puesto de trabajo, es accidental, porque no puede considerarse un proceso natural.

McGovern intentaba imprimir a su voz un tono autoritario.

—Y si por algún motivo los investigadores se infectaron a sí mismos a propósito, la causa de la muerte sería suicidio. Y por último, pero no menos importante, si alguien les infectó a propósito, sería homicidio.

McGovern rió y extendió las manos a los lados, como diciendo «Mira qué buen profesor soy».

Pia no le acompañó en sus risas, ni siquiera sonrió. Para ella la actuación de aquel hombre era de lo más obvia. «Me está hablando como a una colegiala», pensó.

Después de una pausa algo incómoda por la falta de respuesta de Pia, el forense continuó:

—¿Tiene alguna pregunta concreta sobre la autopsia? En ese caso, puedo llamar a Jack y preguntárselo a él. Sé que todavía sigue en el edificio.

Nada le habría gustado más a Chet McGovern que hacer que Pia estuviera en deuda con él por su ayuda. Una hora antes se había enterado de que sus planes para la noche del viernes se habían ido al garete, y detestaba pasar solo la mejor noche de la semana. Estaba a punto de preguntarle si estaba libre y quería cenar con él cuando observó que la joven depositaba su bolsa sobre el escritorio. Después introdujo la mano en su interior y sacó un instrumento amarillo, una sonda y con una especie de micrófono incorporado. Tardó un momento en darse cuenta de que era un contador Geiger.

—Bien —dijo Pia—, para ser sincera, lo que de verdad me gustaría es comprobar si Rothman y Yamamoto emiten una pequeña cantidad de radiactividad. O sea, si le parece bien.

—Supongo que sí —dijo McGovern. No quería negarse, pero aquella extraña petición lo hizo sentirse confuso. Era evidente que la chica le estaba ocultando algo,

pero decidió seguirle la corriente—. ¿Por qué cree que podrían emitir radiactividad?

Aquella era la pregunta del millón. Pia aún no había decidido cómo iba a responder, aunque estaba casi totalmente segura de que la pregunta iba a surgir. Podía jugarse el todo por el todo y verbalizar sus sospechas o ser más prudente y tratar de hacerse la tonta. Se decidió por esto último.

—Estoy participando en un proyecto para una tesis relacionada con los radioisótopos utilizados en la investigación —contestó. Decidió que no era el momento de despertar sospechas sobre el motivo de su presencia en el IML. Aún no quería enseñar sus cartas. No quería que llamaran al centro médico y hablaran de su visita, porque revelaría a quien estuviera implicado en la conspiración que no había dejado de entrometerse.

»Trabajé en el laboratorio del doctor Rothman durante más de tres años, y sé que en ese período se utilizaron ciertos isótopos para diversos experimentos. Solo quiero asegurarme de que el personal no se ha contaminado. Comprobé su laboratorio y descubrí en el despacho una cantidad muy pequeña de lo que queremos creer que era radiación aislada, al lado de la cafetera. Espero que pueda ayudarme. Es para que todo el mundo se quede tranquilo.

Pia calló. Sabía que lo que acababa de decir no era del todo lógico, pero sonaba bien. Le dedicó su sonrisa más agradable y confió en que no pareciera tan falsa como ella creía. Intuía que McGovern se sentía suspicaz y vacilante, pero que no había descartado aceptar su petición.

—¿Ha sido eso lo que le ha dicho a Marlene abajo? —preguntó.

—Le he dicho que estaba interesada en un par de casos concretos.

—Ah, vale. A mí me ha comentado que usted quería informarse sobre las optativas del IML. Da igual. Escuche, tenemos detectores de radiación en la zona del depósito de cadáveres por si acaso, y últimamente no ha sonado nada, sobre todo ayer. Lo sé con certeza.

—Bueno, no me sorprende, porque los isótopos que hemos estado utilizando en el laboratorio eran todos emisores alfa para terapia alfa, como el bismuto 213 y el plomo 212; los detectores de radiación general, fabricados para radiación beta y gamma, no los habrían detectado.

Pia sonrió de nuevo y McGovern asintió con aire de complicidad, aunque no tenía ni idea de lo que la joven estaba diciendo. Hacía más de una década que no leía nada sobre radioisótopos, debió de ser cuando todavía estudiaba para obtener la especialidad. El forense adoptó una expresión pensativa. Pia supuso que estaba pensando en las partículas alfa. Pero en realidad McGovern estaba repasando una lista mental. Al principio, había dudado; pero no, ahora ya estaba seguro. Jamás había visto una estudiante de medicina tan atractiva, lo cual era decir mucho, puesto que, en su opinión, cada año eran más guapas, al menos en la Universidad de Nueva York, de

donde procedían la mayoría de los estudiantes de medicina que llegaba a conocer por su cargo de coordinador de docencia del IML. Debería pasar más tiempo en Columbia, pensó.

—Por lo tanto, ¿tan solo quiere asegurarse de que los cuerpos de los doctores Rothman y Yamamoto no emiten radiación alfa? —preguntó solo para estar seguro de que la había entendido.

—Exacto. Por eso he traído este contador Geiger. Está especialmente programado para detectar partículas alfa.

McGovern volvió a su monitor.

—Vamos a ver. Podría haber un problema. Los cuerpos de los casos infecciosos no se quedan aquí mucho tiempo, por motivos evidentes... ¡Sí! —dijo de repente, y dio unos golpecitos en la pantalla con el dedo índice—. Justo lo que pensaba. Hay un problema. Como ya le he dicho, en casos infecciosos graves, como fiebre tifoidea y algunas otras enfermedades contagiosas, los cuerpos no se quedan en el IML. Después de finalizar las autopsias y confirmar la causa de la muerte, se les entregan a las familias y a las respectivas funerarias para ser incinerados. En otras palabras, los cuerpos de los investigadores ya no están aquí. Ha llegado unas veinte horas demasiado tarde.

Pia masculló un «mierda» reprimido, cosa que McGovern captó y apreció. Asociaba el lenguaje subido de tono con ser guerrero, y le encantaba que las mujeres fueran guerreras. Confiaba en que, tras comprobar que los cuerpos ya no se encontraban en el IML, pudieran pasar a temas más interesantes, como los planes para el viernes por la noche. Entretanto, Pia tenía la mirada perdida, estaba pensativa. No podía reprochárselo a sí misma. Veinticuatro horas antes, cuando los cuerpos fueron trasladados, ni siquiera había oído hablar del polonio 210.

Al ver la expresión de la estudiante, Chet de repente tuvo miedo de que, tras recibir aquella información, la joven se levantara y se marchara. No cabía duda de que se sentía muy decepcionada. Para el forense, que Pia se fuera entonces constituiría una gran tragedia, porque hasta el momento no había averiguado ni su móvil ni su dirección de correo electrónico.

—El tipo que practicó las autopsias está justo al final del pasillo —le recordó—. Es amigo mío. Si quiere formularle alguna pregunta concreta sobre lo que descubrió, será un placer para mí ir a formularsela.

Pia estaba desilusionada. Jamás se le habría ocurrido que ya hubieran enviado los cuerpos de Rothman y Yamamoto a las funerarias. Durante un instante pensó en tratar de averiguar los nombres de las funerarias, pero no sabía cómo hacerlo sin levantar montones de sospechas. En cuanto a hablar con el forense del final del pasillo, ¿de qué iba a servir?

*Centro Médico de la Universidad de Columbia  
Nueva York  
25 de marzo de 2011, 17.25 h.*

Antes, mientras Prek y Genti permanecían sentados en la furgoneta, Neri Krasnigi, el recluta que Buda les había endosado por razones que solo Dios sabía, se había dedicado a pasear por la calle Ciento sesenta y ocho y el pequeño tramo de Haven Avenue comprendido entre la entrada de la facultad de medicina y la furgoneta. Le habían ordenado que tuviera el móvil en modo radio para que funcionara como de walkie-talkie y pudiesen mantenerse en contacto. Neri iba vestido con uno de los uniformes de guardia de seguridad, que en aquel momento parecía muy mojado debido a la lluvia. Prek sabía que corrían el riesgo de que Neri se topara con un guardia de seguridad de verdad, pero había decidido aceptarlo. Quería detectar a Pia o George en cuanto aparecieran, camino de la residencia. No obstante, al final le había ordenado a Neri que regresara al vehículo.

Prek estaba bastante satisfecho, teniendo en cuenta la situación. Estaba nervioso, como siempre antes de un golpe, sobre todo porque se había tomado un par de Red Bulls. Tenía otro al lado por si acaso lo necesitaba. En la radio de la furgoneta sonaba heavy metal, con el volumen bajo. Mientras esperaba, se masajeara metódicamente la cicatriz del labio superior. Era una costumbre de la que no se daba cuenta. Eran casi las cinco y media.

Aleksander Buda había llamado para ver cómo iban las cosas a las cinco, y Prek había tenido que explicarle que habían avistado a la chica, pero que la habían perdido en el metro. Buda soltó una ristra de improperios en albanés que cuestionaba la virtud de la madre y toda la parentela de Prek, así que este tuvo que apartarse el teléfono del oído y hasta enrojeció un poco. A Neri, que oía a Buda con claridad aunque estaba sentado sobre una caja de leche en la parte posterior de la furgoneta, se le escapó una risita sin poder reprimirse, lo cual le granjeó una mirada furibunda de Prek. En cuanto el volcán de Buda se calmó, Prek volvió a acercarse el teléfono al oído.

—¿Iba cargada con algo, como una bolsa de viaje?

—No. Solo una bolsa de la compra y un paraguas. Estoy seguro de que volverá.

—Más le vale... ¿Y el chico?

—Aún no le hemos visto. Puede que esté en clase o lo que sea que hagan los estudiantes de medicina. Ahora están saliendo, pasan muchos al lado de la furgoneta. Siempre es posible que ya esté en la residencia, si había salido antes de que llegáramos. Pero como la hemos visto a ella, estamos seguros de que habrán quedado. Y nosotros estaremos aquí.

—No la caguéis —dijo Buda, y finalizó la llamada.

Prek paseó la vista alrededor de sus pies y cogió una de las latas de Red Bull vacías que había tirado al suelo; a continuación la arrojó hacia la parte posterior de la furgoneta en dirección a Neri.

—Capullo, ¿crees que esto es divertido? Ponte el uniforme de seguridad seco. Vas a dar un paseíto.

La charla magistral sobre radiología que George Wilson no había querido perderse había terminado al fin. Por desgracia, no había sido gran cosa. El conferenciante tenía una voz soporífera, y a George y al resto de los asistentes les había costado permanecer despiertos. Las conferencias a horas avanzadas de la tarde suponían un problema para la mayoría de la gente, sobre todo cuando las luces disminuían de intensidad para proyectar las diapositivas de rigor. A mitad de la charla, el chico había desconectado para preguntarse qué estaría descubriendo Pia en el centro, y si estaría a salvo y sin meterse en líos. Sabía que si causaba problemas y llamaban a Bourse desde el IML para quejarse, aquello significaría, probablemente, el final de la facultad de medicina para Pia, al menos en Columbia. Mientras el conferenciante continuaba dando la lata, George se dio cuenta de que habría deseado acompañarla.

Recogió sus cosas y salió de la sala de conferencias. No había aprendido nada, de aquello sí estaba seguro. Cuando llegó a la calle, se puso el abrigo y se subió el cuello. Más que llover, lloviznaba. Tenía un nudo en el estómago debido a la preocupación que sentía por Pia. Estaba angustiado por haberla dejado marchar sola y se preguntó cuándo tendría noticias de ella.

George, espoleado por el aire que anticipaba la noche, caminó hacia la residencia entre un grupo compacto de estudiantes de primero y segundo. Dejó atrás a un joven guardia de seguridad que parecía patrullar la fachada del edificio. Se fijó en él brevemente porque el individuo no llevaba paraguas y su chaqueta negra de piel falsa, con su cuello de piel falsa, parecía empapada. Aparentaba unos diecisiete años, y George no le prestó atención. Entró en el edificio de la residencia y esperó el ascensor junto con el resto del grupo. Por enésima vez, le echó un vistazo al móvil. No había mensajes de Pia, ni llamadas o correos electrónicos.

Cuando llegó a su habitación, se dejó caer sobre la cama, exhausto y hambriento. De pronto, se sintió solo y asustado. Sabía que estaba muy lejos de ser tan duro como Pia. Por lo poco que sabía de su infancia, era consciente de lo mucho que su amiga había sufrido en la vida. Él no había padecido ni la mitad de penurias. Sí, su padre había muerto cuando él era joven y nunca dispusieron de mucho dinero durante su infancia y adolescencia, pero su madre siempre había demostrado que le quería y cuidaba. Prestaba atención a su educación, se aseguraba de que estudiara, y estuvo a su lado durante el instituto y la universidad hasta que llegó a la facultad de medicina.

Siempre estaba ahí, comprobando que se esforzaba lo suficiente como para justificar las becas que necesitaba para matricularse en la Universidad Estatal de Arizona y después en la Facultad de Medicina de Columbia. En general, George había gozado de apoyo y seguridad toda su vida, justo lo contrario de Pia. Se preguntó vagamente dónde estaría hoy de haber compartido las experiencias de su compañera. Lo más probable es que fuese camarero en una hamburguesería.

De repente, George echó de menos oír una voz amiga. Llamó a su madre, pero solo consiguió contactar con el antiguo contestador automático que la mujer se empeñaba en conservar. No dejó mensaje. Después, consultó su reloj y llamó a su abuela, Sally Mason, a Phoenix. Pensó que aquella hora de la tarde sería un buen momento para localizarla, pero no fue así. Aquella vez, sí dejó un mensaje.

Después de que George pasara de largo y entrara en la residencia, Neri se acercó a la ventanilla del conductor de la furgoneta. Prek la bajó, miró al novato y sintió pena por él. Tenía un aspecto horroroso con el pelo oscuro pegado a la frente.

—Vale —dijo Prek—. Vuelve a la furgoneta, pero no te quites el uniforme.

—Gracias —dijo Neri, y lo agradecía de corazón. Entró a toda prisa por la puerta deslizante del vehículo.

Prek le miró por el retrovisor mientras se quitaba la chaqueta mojada. Genti seguía el ritmo de la música golpeteando el salpicadero con un lápiz.

—¿Te ha mirado ese tal George? —preguntó Prek, sin dejar de observar al sicario por el espejo. Era más fácil que darse la vuelta.

—Sí. Me ha mirado a los ojos. ¿Por qué lo preguntas?

—Simple curiosidad.

—Da igual, ¿verdad?

—Ni puta idea. Esperaba que vinieran juntos, pero qué vamos a hacerle. Cuando acabes de cambiarte, trae esa caja de leche aquí delante y siéntate con nosotros. Quiero que vigiles a través del parabrisas por si aparece la Grazdani. Seis ojos valen más que cuatro.

El reguero de estudiantes de medicina se había convertido en una horda. Eran como ganado que volviera al establo desde los pastos.

La furgoneta estaba aparcada en el lado oeste de Haven Avenue, encarada hacia el sudeste. Prek y los demás vigilaban a los alumnos que llegaban desde el complejo del centro médico y pasaban junto a la furgoneta por el lado del pasajero.

—Tenemos un pájaro en el nido. Bien, ¿dónde coño está el otro? ¿Adónde demonios habrá ido?

*Instituto de Medicina Legal*  
*520, Primera Avenida, Nueva York*  
*25 de marzo de 2011, 17.30 h.*

Chet McGovern esperaba impaciente a que la hermosa estudiante de medicina sentada frente a él le dijera si deseaba preguntarle algo a Jack Stapleton, el encargado de practicarles la autopsia a los investigadores muertos por los que estaba interesada. El forense intentó leer su expresión. Unos minutos antes, cuando le dijo que los cadáveres ya no estaban en el edificio, había dado la impresión de sentirse decepcionada pero en aquel momento parecía haberse animado. Al cabo de unos instantes de reflexión, debió de ocurrírsele una idea.

—Bueno, tal vez podría preguntarle algo —dijo Pia.

—¿Qué? ¿Qué quiere que le pregunte?

McGovern intentó disimular su ansiedad, preocupado por si la asustaba.

Pia recordó el signo de Blumberg de Rothman, que había sido la primera en detectar. Era un síntoma de peritonitis, demostración de lo que estaba pasando en el intestino de Rothman. El tifus atacaba el intestino delgado. Por sus recientes investigaciones sabía, que el aparato intestinal también era sensible a la radiación, sobre todo las células que lo recubrían. Pero eran ambos intestinos, no solo el delgado. Si el polonio había intervenido, todo el intestino estaría afectado.

—Me gustaría saber si los resultados de la autopsia fueron típicos de la fiebre tifoidea.

—Voy a buscarle —dijo McGovern al instante—. Ningún problema. ¡No se mueva!

Antes de que Pia pudiera cambiar de opinión se puso en pie de un salto y salió como un rayo del despacho, en dirección al despacho de Jack Stapleton. Llamó con los nudillos a la puerta y entró sin esperar respuesta. Para su disgusto, vio que el despacho estaba desierto.

—¡Maldita sea!

Corrió al despacho de Laurie, la esposa de Jack, cuya puerta estaba entreabierta, como de costumbre. Descubrió complacido que ambos estaban dentro.

A Laurie y a Jack les gustaba reunirse en alguno de sus despachos al final de la jornada laboral, comentar los casos del día y, tal vez, hacer planes para la noche. El tráfico de la hora punta, especialmente intenso los viernes, se calmaría un poco si esperaban y salían después de las seis; con la canguro interna que atendía las necesidades de JJ, no había prisa. Aquel era su momento de tranquilidad, y lo disfrutaban porque no abundaban, pues siempre estaban muy ocupados.

—Jack. Gracias a Dios. Ah, hola, Laurie, ¿cómo estás? Escucha, Jack...

Chet comenzó hablando con gran nerviosismo y en voz alta, pero luego adoptó un tono conspiratorio. Miró hacia atrás y cerró casi del todo la puerta del despacho de Laurie para que nadie pudiera escucharle.

—Jack, tengo en mi despacho a la estudiante de cuarto más atractiva que haya visto en mi vida. En serio, en toda mi vida. Necesito que mantengas su interés hasta que pueda extraerle información. Esta noche no tenía nada que hacer, pero entonces apareció ella. Es como una señal. Tienes que ayudarme, tío.

Como de costumbre, a Jack le hizo gracia la actitud de Chet, su antiguo compañero de despacho y amigo desde hacía mucho tiempo. Había oído innumerables episodios de las andanzas sociales de McGovern. Laurie, por su parte, estaba harta de aquel mujeriego. No pudo resistir la tentación de atormentarle un poco.

—Chet, ¿cuántos años tienes? —preguntó.

—Lo sé —contestó él fingiendo sentirse avergonzado.

—No, en serio, ¿cuántos años tienes?

Jack pensó que debería mediar entre su esposa y su amigo.

—¿En qué puedo ayudarte, Chet?

McGovern se asomó al pasillo para asegurarse de que Pia no se había ido.

—¡Escucha! Ha venido una estudiante de medicina de Columbia a preguntar por los dos casos de tifus en los que trabajaste ayer. De hecho, en teoría había venido para interesarse por la optativa, pero supongo que solo era una coartada. Por algún motivo quiere comprobar los cadáveres para ver si hay restos de radiación alfa, porque en el laboratorio donde trabajaban tus dos pacientes habían estado utilizando radioisótopos emisores alfa. Hasta se ha traído su propio contador Geiger. Cuando le he dicho que ya se habían llevado los cuerpos, se ha quedado decepcionada. ¡Gracias por ser tan eficiente con los certificados de defunción y el registro de los casos, Jack!

—De nada, colega.

Jack y Laurie intercambiaron una mirada de complicidad. Era el típico comportamiento de McGovern. Todas las semanas aparecía en su vida una nueva y excitante perspectiva. Antes Laurie sentía lástima por él, pues creía que se sentía solo. Pero aquello había cambiado. Ahora estaba convencida de que Chet no quería encontrar pareja. Lo que gustaba era la emoción de la caza, y nunca se cansaba.

—Cuando le he comentado que los cuerpos ya no estaban, ha querido que te preguntase si tus resultados eran los típicos del tifus.

—Dile que sí, pero de un caso muy grave, de una variedad extremadamente virulenta.

—¿Por qué no se lo dices tú mismo? Se quedará más impresionada.

Jack miró a Laurie, que se encogió de hombros como diciendo «Allá tú». Jack se

puso en pie, le dijo a su esposa que volvería enseguida y siguió a Chet hasta su despacho.

McGovern hizo las presentaciones y Jack comprendió el entusiasmo de su amigo. Grazdani era impresionante. Se fijó en el contador Geiger. Interrogó a Pia sobre su interés por los casos. Ella le contó la misma historia que a Chet, y Jack no le llevó la contraria, aunque estuvo tentado. Finalmente le dijo:

—Tengo entendido que le interesa saber si los resultados de la autopsia fueron los típicos de la fiebre tifoidea. Sí, lo fueron: de una forma muy virulenta de esa enfermedad. El intestino, su órgano objetivo, se hallaba en muy mal estado, por eso murieron con tanta rapidez. Había múltiples perforaciones en la cavidad peritoneal.

Pia se irguió en la silla.

—¿Había visto antes algo así? —preguntó.

—Pues no, al menos no hasta tal punto. Pero ha de recordar que la fiebre tifoidea, y sobre todo un caso tan extremo, se ve muy poco en la actualidad. Ya no es la plaga que solía ser antes de los antibióticos.

Laurie apareció de repente. Había decidido que no quería quedarse al margen. Chet se la presentó a Pia, que le estrechó la mano y después volvió a centrar su atención en Jack.

—La cepa con la que estaban trabajando, la que causó la infección, era extremadamente virulenta porque se cultivó en el espacio, en un programa de la NASA.

—¿De veras? —preguntó Jack. Tomó nota mental de preguntar por qué nadie le había mencionado aquel dato.

—¿Solo estaba afectado el intestino delgado, o todo el aparato intestinal?

—Todo el aparato. Desde el duodeno hacia abajo incluyendo el recto. En ese sentido, es un caso único. El tifus suele concentrarse en el intestino delgado. Es algo tan peculiar, que guardé algunas muestras grandes en formol. Pensé que podrían utilizarse en un futuro para proyectos docentes. Aquí nos tomamos muy en serio nuestras responsabilidades pedagógicas, ¿verdad, doctor McGovern?

La pulla logró que Chet McGovern murmurara algo, y Jack se echó a reír. Pia parecía confusa, pero en realidad estaba aturdida. No había oído el comentario sarcástico de Jack. ¡Solo había oído que había guardado partes del intestino! Los cadáveres ya no estaban, pero los fragmentos del intestino de marras estaban a su disposición.

—Es decir, no puedo enseñarle platinas porque las muestras todavía no han sido procesadas, ya que la autopsia se practicó ayer. Pero si quiere ver las muestras grandes, se las enseñaré con mucho gusto. En cuanto a las platinas, si me da su información de contacto, la avisaré cuando estén preparadas para que vuelva o, si lo prefiere, podría enviarle algunas a la Facultad de Medicina de Columbia.

—Oh, me encantaría ver esas muestras grandes —dijo Pia—. Y también querré ver las platinas cuando estén preparadas.

Jack miró a McGovern con una sonrisa.

—Doctor McGovern, no se olvide de apuntar la información de contacto de la señorita Grazdani.

—Será un placer —contestó su amigo, también sonriente.

—Bien, vamos —dijo Jack, y los cuatro salieron del despacho de Chet en dirección a la escalera.

Pia cargaba con el paraguas y la bolsa de la compra que contenía el contador Geiger.

Al llegar a la cuarta planta entraron en el laboratorio de histología. La supervisora, Maureen O'Conner, aún estaba trabajando. Jack habría podido jurar que, como las pelirrojas se habían puesto de moda últimamente, los rizos de Maureen se habían vuelto aun más rojos de lo que ya eran.

—¿Qué os trae por aquí un viernes por la tarde? —bromeó Maureen—. ¿Es una fiesta o va de trabajo?

Miró primero a Jack y luego a Pia, pasando por Laurie y Chet. Este se encargó de las presentaciones y Maureen le estrechó la mano a la joven.

—Querría mirar unas muestras, si no te importa, Maureen —dijo Jack—. Sé que es tarde.

—Ay, nunca es tarde para ti, Jack —dijo la mujer, y Laurie puso los ojos en blanco. Jack le había caído muy bien desde el principio, y le mimaba con especial atención. Las platinas de Jack siempre estaban disponibles antes que las de cualquier otro.

Siguiendo las instrucciones de Stapleton, Maureen sacó varios frascos de muestras llenos de formol de la zona de almacenamiento y los dispuso sobre un banco cercano y razonablemente vacío.

Después de ponerse unos guantes, Jack sacó las pálidas muestras de intestino y las dejó sobre la encimera. Le mostró a Pia las perforaciones y la marcada erosión del epitelio mucosal interno que forraba el órgano. Cuando vio que el hombre se disponía a devolverlas a los frascos de muestras, Pia le formuló una pregunta con la mayor indiferencia posible.

—¿Le importa que compruebe la muestra con mi contador Geiger?

Jack se encogió de hombros.

—Por mí, ningún problema.

Pia sacó el aparato de la bolsa de la compra. Después de abrir la ventana de mica especialmente diseñada para detectar las partículas alfa, la chica conectó la máquina y colocó el contador Geiger lo más cerca posible de la muestra de intestino sin llegar a tocarla. El contador empezó a emitir de inmediato los chasquidos que anunciaban la

presencia de radiación. Cuando Pia acercó más el instrumento, los chasquidos se intensificaron hasta convertirse en un ruido continuo. Después, la aguja del calibrador del contador se salió de la escala.

—Uau —dijo Jack—. ¿Qué es eso?

Pia no dijo nada, alejó el contador de la muestra y luego volvió a acercarlo. No había duda, el fragmento de intestino emitía radiación, un montón de radiación. Repitió la maniobra solo para asegurarse y después apagó el contador y lo devolvió a la bolsa de la compra.

Los tres estupefactos forenses se miraron entre sí, y a continuación observaron a la joven estudiante de medicina. Algo no cuadraba. La muestra de intestino era de un hombre que había sido catalogado como fallecido a causa de envenenamiento por salmonela, pero la muestra emitía altísimos niveles de radiación de partículas alfa. Aquella chica les había dicho que habían utilizado radioisótopos en el laboratorio con fines experimentales, pero ¿podría ser aquello la causa de tal radiación?

—¿Qué está pasando aquí? —le preguntó Laurie a Pia. Su voz era calma y neutra—. Todo esto es bastante sorprendente. ¿Tiene alguna explicación?

A Pia se le había acelerado el corazón, se sentía como si estuviera a punto de entrar en estado de shock. No estaba preparada para afrontar la realidad de que las muertes de Rothman y Yamamoto fueran una copia del caso de Alexander Litvinenko en Londres. Hasta entonces, la había aterrado la posibilidad de fracasar a la hora de descubrir la verdad. En aquel instante, cuando daba la impresión de que la había descubierto, solo sentía angustia y paranoia. Lo único que deseaba era salir a todo correr del IML, volver a la residencia y tener oportunidad de pensar en las consecuencias del descubrimiento y en cuál debía ser su siguiente paso.

—Señorita, tiene que decirnos lo que cree que está sucediendo —exigió Laurie, y su voz se endureció hasta cierto punto—. Se trata de un hallazgo inesperado y muy significativo.

Pia siguió sin decir nada. Sentía las miradas de los forenses clavadas en ella. Nunca había tenido motivos para confiar en alguien que ostentara una posición de autoridad. Aquellos tres no eran de la policía, ni de seguridad del hospital, pero trabajaban para la ciudad. ¿Quiénes son los buenos y quiénes son los malos? No lo sabía. La pregunta más importante era: ¿hay buenos? Tenía que salir de allí.

Jack estaba tan atónito como los demás.

—Ha hablado de isótopos, radioisótopos que se utilizaban en el laboratorio del doctor Rothman, ¿no es cierto?

—Hum, tendré que hacer más averiguaciones para asegurarme —dijo Pia—. Volveré por la mañana. ¿Abren los sábados?

Recogió el paraguas y se colgó del hombro la bolsa de la compra. Lanzó una mirada a la puerta que daba al pasillo.

Chet McGovern intentaba recordar lo que Pia le había dicho sobre los emisores alfa.

—Antes ha dicho algo acerca de plomo y bismuto, algo como plomo 213 y bismuto 212, ¿no es así?

—Era al revés: plomo 212 y bismuto 213, en realidad. Pero sí, he mencionado esos isótopos. Ahora he de volver a comprobar que fueron los que utilizaron. Tengo que irme. —Consultó su reloj—. Oh, Dios mío, son casi las seis. Prometí volver a las seis, y hay tres cuartos de hora en metro hasta Washington Heights.

Los forenses captaron la intensa angustia de Pia. Su exhibición de sorpresa no había convencido a nadie.

—Creo que debe quedarse aquí hasta que lleguemos al fondo del asunto —intervino Laurie—. Es posible que se haya expuesto a la radiación. Los emisores alfa son peligrosos si se ingieren o aspiran. Puede que haya más gente que deba someterse a análisis.

—Muchísimas gracias por su ayuda —dijo Pia nerviosa, con la vista fija en Laurie y Jack pero sin mirarles a los ojos. Se moría por largarse—. Ya me pondré en contacto con ustedes mañana para comentar lo de los isótopos.

Pia no quería quedar atrapada cuando los forenses llamaran a las autoridades, cosa que harían enseguida. Tenía que poner fin a aquella situación de manera ventajosa.

—Jovencita, ¿qué está pasando? —preguntó Jack—. Aparece con un contador Geiger en una bolsa de la compra y moratones en la cara. ¿Es usted estudiante de medicina de verdad? ¿Quién la ha enviado aquí?

—No me ha enviado nadie —contestó ella—. Sé que esto parece extraño, pero soy estudiante de medicina. Deben confiar en mí. Nadie más ha resultado contaminado, estoy segura. Pero no puedo quedarme aquí, tengo que volver, lo siento.

Pia empezó a caminar hacia la puerta, pero Jack la detuvo.

—No puede retenerme aquí si quiero marcharme —se revolvió Pia—. Y quiero irme. ¡Ahora mismo!

Laurie tocó a Jack en el hombro, y él se detuvo. Pia dio media vuelta y se marchó a toda prisa. Chet la siguió y se volvió para mirar a Jack con desconcierto pintado en la cara. No tenía ni idea de lo que debía hacer. Ni siquiera tenía su número de móvil. Pia y Chet desaparecieron. Maureen también estaba confusa, se preguntaba si debería llamar a seguridad.

—Tiene razón, Jack, nadie puede retenerla. Ha dicho que estudia en Columbia, no será difícil localizarla.

—Si es que eso no era también mentira.

En parte, a Jack y Laurie les gustaba el trabajo en el IML por las cosas

inesperadas que sucedían. Aquello era algo nuevo por completo.

—¿Qué deduces de todo esto? —preguntó ella.

—No lo sé —contestó Jack—. Oculta muchas cosas. Sospechaba que existía radiación en los cuerpos. Está claro, ¡hasta se ha traído su propio contador Geiger! Pero cuando ha descubierto lo que estaba buscando, se ha asustado mucho. Estaba aterrorizada.

—Sin la menor duda —admitió Laurie—. Hemos de seguirle la pista.

—Estoy de acuerdo.

Jack pensó un momento.

—Vamos a examinar al otro sujeto enseguida.

Maureen se alegró de poder hacer algo. Fue a buscar las muestras de Yamamoto. Buscaron con ahínco lo mismo que en Rothman, imágenes especulares en realidad. Pero no tenían ni idea de si proyectaba radiación. Pía se había llevado el contador Geiger.

—¿Llamamos a De Vries para averiguar cómo podemos determinar cuál es el radioisótopo al que nos enfrentamos? —sugirió Jack. Se refería al jefe de toxicología del IML.

De repente, Laurie recordó un kit de emergencias que el IML había reunido después de que la agencia se recuperara del 11-S, cuyos acontecimientos les habían pillado, a ellos y a casi todas las agencias de la ciudad, totalmente desprevenidos. Se preocuparon porque, si el 11-S hubiera sido un atentado terrorista nuclear, el IML no habría podido superarlo. Con el fin de que no les cogieran desprevenidos, habían preparado aquel kit de catástrofes.

—Creo que en el kit hay un instrumento que detecta la radiación —dijo Laurie—. Podría identificar los isótopos implicados. ¿Te acuerdas? Bingham insistió en tenerlo.

Jack no se acordaba, pero confiaba en la memoria de Laurie. Cuando ella se marchó para ver si podía obtener el artefacto, Jack llamó a John de Vries, el toxicólogo, y le preguntó si sería capaz de identificar el material radiactivo.

—La verdad es que no tengo ni idea, Jack. No he tenido que hacerlo en toda mi carrera, gracias a Dios. Los únicos casos radiactivos que han pasado por el IML desde que estoy aquí fueron pacientes tratados con medicina nuclear, de manera que ya conocíamos la identidad del radioisótopo. Supongo que utilizaréis absorción atómica, pero tendré que llamaros otra vez. Es viernes por la noche, Jack.

—Lo sé, John. Muchas gracias.

Habían llegado, de momento, a un callejón sin salida. Entonces regresó Laurie. Había encontrado el kit y, dentro, un Sistema de Vigilancia y Medida Modelo 935 portátil de la Berkeley Nucleonics Corp., capaz de identificar isótopos individuales. Ambos leyeron las instrucciones y después utilizaron el aparato para medir las emisiones del intestino de Rothman. Al cabo de unos cinco minutos, obtuvieron el

resultado. Aunque la mayoría de las partículas emitidas eran alfa, también existía un nivel bajo de radiación gamma. Fue la radiación gamma lo que condujo al resultado: ¡polonio 210!

—Los certificados de defunción están mal, los dos —dijo Jack—. Maldita sea, se me escapó por completo. No fue un accidente.

—Es evidente. ¿Qué sabes del polonio?

—Resulta que tengo alguna idea. En primer lugar, no se utiliza en medicina. De hecho, ¿sabes para qué se utiliza principalmente? Se mezcla con berilio, de manera que las partículas alfa del polonio provocan que el berilio libere neutrones, que, a su vez, actúan como disparador de armas nucleares.

—¡Santo Dios! —exclamó Laurie—. ¿Cómo lo sabes?

—No sé cómo lo sé, pero lo sé. —Jack recordó otra cosa—. Lo utilizaron para asesinar a aquel tipo en Londres, ¿te acuerdas?

—Ah, sí, ¿el ex agente desertor del KGB?

—Exacto.

El matrimonio se había interesado por el caso desde el punto de vista profesional unos años antes, como la mayoría de los patólogos forenses.

—Hemos de informar de esto a Seguridad Nacional —dijo Laurie.

—Sí. No significa que Rothman y Yamamoto estuvieran fabricando armas nucleares, pero sí que no murieron solo de fiebre tifoidea. Padecían fiebre tifoidea debido a la salmonela, pero no cabe duda de que hubo radiación sobreañadida. Yo diría que el tifus sirvió para disimular el polonio, que debió de ser el agente letal. Tendría que haber cuestionado el hecho de que todo el aparato intestinal estuviera afectado.

—No te atormentes. Puedo asegurarte que nadie habría podido llegar a ese diagnóstico.

—Supongo que tienes razón —admitió Jack, aunque durante un instante se preguntó si no se estaría excusando—. Debo decir que es un método diabólicamente ingenioso de matar a alguien. Y quienquiera que lo haya hecho ha estado a punto de salirse con la suya. Me ha engañado. Se le habría pasado por alto a todo el mundo, de no ser por esa chica. ¿Dónde estará Chet? ¿La habrá convencido para que se quede?

Jack sacó el móvil y llamó a su amigo.

—Chet, ¿la chica sigue aquí?

Stapleton escuchó un momento.

—De acuerdo. Será mejor que vuelvas. —Jack cortó la comunicación y miró a Laurie—. Se ha ido. Según Chet, le daba igual lo que le dijeran; ha salido corriendo del edificio. Y no ha conseguido su información de contacto.

—Hay que encontrarla. Podría estar en peligro.

—Tienes toda la razón. Si alguien implicado en el caso sabe lo mismo que ella...

—Jack no terminó la frase. Laurie supo instintivamente a qué se refería—. Llamaré al jefe. Esto será una bomba y un circo mediático.

—Y yo llamaré a Lou. Y después a Paula. Tengo la sensación de que vamos a pasar aquí parte de la noche del viernes.

Jack asintió. Miró a Maureen.

—Lamento todo esto —dijo—. Una emergencia. ¿Te importaría traer el resto de las muestras? Habrá que ponerlas en un contenedor blindado.

—Lo haremos —contestó Maureen. Había captado la angustia de Jack y Laurie.

La pareja salió corriendo del laboratorio de histología, bajó la escalera y volvió al despacho de Laurie. Mientras tecleaba el número del doctor Harold Bingham, jefe del IML, Jack ya era consciente de los problemas que iban a plantearse: era un caso de perfil alto que implicaba a importantes investigadores médicos, y ellos habían errado en el método y en la causa de la muerte. Al menos, lo habían descubierto, pero era improbable que aquello aplacara a Bingham. Era él quien tendría que informar del descubrimiento a las diversas agencias gubernamentales y lidiar con ellas, un trabajo que Jack agradecía no tener que hacer.

Mientras su marido llamaba a Bingham, Laurie llamó al móvil de Lou Soldano.

—Lou, soy Laurie. ¿Puedes hablar?

Pasó de las cortesías de rigor.

—Hola, Laurie, me alegro de oírte —dijo el policía en tono cauteloso—. ¿Qué pasa?

—Se ha producido un problema en el despacho. Parece que tenemos un caso de envenenamiento por polonio. ¿Recuerdas aquel caso de hace cuatro o cinco años en Londres?

—¡Pues claro! —replicó Lou muy serio.

Laurie le informó de lo que sabía: la misteriosa estudiante de medicina que había llegado con su contador Geiger, el hecho de que la había disgustado la ausencia de los cuerpos de los investigadores y de que al final había podido analizar el tejido guardado por Jack, y su radical reacción ante los resultados.

—Si tienes razón y es una copia de lo de aquel tipo ruso, y además sumas las palabras «KGB» y «radiación», se va a desencadenar una tormenta de mierda, y perdona la expresión. Todas las agencias del alfabeto, los medios... Y si los rusos están implicados, el asunto es grave. Hay que mantenerlo en secreto.

—Jack está llamando a Bingham en este momento. Yo llamaré a la gente de RP para que silencie el asunto.

—Te lo agradezco, Laurie. Ahora hemos de encontrar a esa chica. ¿Algún motivo para pensar que no volverá a Columbia?

—Espera un segundo, Lou, Chet acaba de entrar.

Laurie se volvió hacia McGovern.

—Chet, ¿la chica ha dicho adónde iba?

—No, se fue casi corriendo por la calle Trece, en dirección oeste. Supuse que volvía a Columbia. ¿Por qué lo preguntas? ¿Qué pasa, Laurie?

Laurie ignoró su pregunta.

—Supongo que va de regreso al metro, Lou. Hará unos diez o quince minutos que salió.

—¿Lou? ¿Estás hablando con Lou Soldano?

Laurie le indicó que se callara con un gesto de la mano. Jack estaba de pie en un rincón, con el teléfono en una mano y un dedo en la otra oreja, sin parar de repetir «sí, señor» y «no, señor».

—Lanzaré una orden de busca y captura si me das su descripción. ¿Dices que parecía asustada?

—Mucho. Se moría de ganas de largarse de aquí.

—Da la impresión de que sabe más de lo que debería. ¿Cómo la describirías?

—Tal vez uno sesenta y cinco, esbelta, pelo negro largo hasta los hombros. Piel exquisita.

—«Piel exquisita» no es una descripción, Laurie.

Jack había terminado de hablar con Bingham e intervino.

—Es increíblemente atractiva. Tal vez una mezcla de francesa, marroquí y esclava. Chet McGovern babeaba como un perro.

Chet le cogió el teléfono a Laurie.

—Yo diría que parece más bien italiana. Piel morena, como de color oliva. Facciones dulces, ojos castaño oscuro. Muy atractiva, como una supermodelo. Me ha dicho que su apellido era Grazdani, nada más. ¿Crees que corre peligro?

Laurie le arrebató el teléfono.

—Lou, soy Laurie. No te olvides de que es estudiante de medicina y cursa cuarto en Columbia.

—Bien visto —le dijo Lou—. Si tenemos suerte, podríamos conseguir una foto en Columbia, si es que de verdad estudia allí. Bien, tenéis que cerrar la boca a cal y canto, chicos. Mantenedme informado si pasa algo. Tengo que dejarte, Laurie. Voy a reunir un grupo de trabajo que incluya a la unidad del crimen organizado del NYPD. Esto es grave, Laurie. Lleva «crimen organizado» escrito por todas partes. Y los rusos están implicados de alguna manera. Dios mío, Laurie, el polonio está relacionado con armas nucleares.

*Delante del Centro Médico de la Universidad de Columbia  
Broadway, Nueva York  
25 de marzo de 2011, 18.45 h.*

Pia salió del metro por la misma entrada que había utilizado para salir de camino al IML. Se detuvo cerca del plano de la zona metropolitana, a la sombra de los edificios art déco del Centro Médico de la Universidad de Columbia. Había salido corriendo del Instituto de Medicina Legal, con la cabeza dándole vueltas a toda velocidad. Estaba oscuro, las calles estaban mojadas y resbaladizas y daba la impresión de que había cientos de personas en las aceras. Pia no podía soportar la idea de atravesar la ciudad bajo la lluvia, incluso con paraguas, así que tomó una ruta diferente. Caminó hasta Park Avenue South y la estación de la calle Veintiocho para coger la línea 6 y después viajó hasta la estación Grand Central y tomó el tren S, la lanzadera que atravesaba la ciudad hasta Times Square. Allí había hecho transbordo al tren expreso A hasta Washington Heights.

Durante todo el desagradable trayecto, había actuado como una zombi, aparentemente ajena a su entorno. Algunas personas, casi todos hombres, habían intentado hablar con ella, pero no respondió a nadie. Estaba como aturdida, repasando una y otra vez los acontecimientos ocurridos desde que Rothman y Yamamoto habían enfermado. Era como si estuviera viviendo una pesadilla en directo. El hecho de haber corroborado sus sospechas en el IML no le había deparado la menor satisfacción. Lo único que había conseguido era fortalecer sus temores y la sensación de pavor. No sabía si el agente letal que les habían suministrado era polonio, pero su intuición le decía que sí. Qué debía hacer a continuación era una pregunta para la que carecía de respuesta. Quizá debería huir y esconderse en algún sitio hasta que las piezas encajaran donde debieran. Lo cierto era que en el IML había abierto las compuertas. Le gustara o no, fuese aquella su intención o no, la policía iba a intervenir, junto con alguna otra agencia del orden público. Como se decía en su lengua vernácula, la mierda estaba a punto de llegar al ventilador.

Pia pretendía volver corriendo a la residencia cuando saliera del metro. Creía que George era su único recurso. Aunque no albergaba la menor esperanza de que su amigo supiera qué debían hacer, sí confiaba en poder utilizarle como tabla de salvación. Lo cierto era que no tenía a nadie más. Durante un momento pensó en implicar a los otros dos pilares incondicionales de su vida (Sheila Brown y la madre superiora) para que le dieran consejo, pero la historia era demasiado larga y complicada y, más importante todavía, se negaba a ponerlas en peligro. En aquella situación, estar informado era un riesgo.

Aunque Pia estaba desesperada por llegar a la residencia, también tenía mucho miedo. En cuanto salió de la relativa seguridad del metro, se sintió extraordinariamente vulnerable. Los hombres que la habían atacado le habían dicho que la tenían vigilada, y les creía. Aquello quería decir que estaban allí, al acecho bajo la oscuridad que rodeaba el centro médico. Aunque el punto donde se encontraba en aquel momento, cerca de la esquina de Broadway con la calle Ciento sesenta y ocho, estaba iluminado y atestado de transeúntes, el tramo de aquella calle en dirección oeste era muy distinto.

Se puso el paraguas bajo el cuello y sacó el móvil, que había desconectado antes de entrar en el IML. Lo encendió. Observó de inmediato que tenía más de diez llamadas perdidas y tres mensajes de voz. Llamó a George, pero su amigo no contestó. Entonces le dejó un mensaje: «George, soy yo. Son las siete menos cuarto. Estoy en la entrada del hospital que da al metro de la calle Ciento sesenta y ocho. ¿Puedes venir a buscarme para volver juntos a la residencia? Vale, te esperaré aquí».

*Centro Médico de la Universidad de Columbia  
Haven Avenue, Nueva York  
25 de marzo de 2011, 18.59 h.*

George no tenía intención de quedarse dormido, pero lo había hecho. Era el legado de la soporífera conferencia. Por no mencionar el hecho de que no dormía tan bien como de costumbre por culpa de lo que estaba pasando. No solo estaba dormido, sino en una fase tan profunda del sueño que ni siquiera oyó que el móvil emitía su chirrido de grillo. El teléfono descansaba sobre su escritorio, a menos de tres metros de distancia. Tampoco lo oyó cuando chirrió de nuevo veinte minutos después. Pero la llamada le sustrajo del lugar donde se encontraba, porque cuando el móvil sonó por tercera vez, se levantó y contestó.

—¿Hola?

—George, soy tu abuela. He llamado antes, pero no has contestado. ¿Cómo estás?

George se sintió muy despierto de repente. No sabía cuánto rato había dormido y consultó su reloj. Eran casi las siete, y el pánico se apoderó de él. ¿Dónde demonios estaba Pia?

—Estoy bien, abuela, pero tendré que llamarte después, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, George. No dejes de hacerlo. Hace tiempo que no hablamos. ¿Va todo bien?

—Sí, muy bien. ¡Te llamo luego! ¡Tengo que dejarte!

George vio que tenía dos llamadas perdidas y escuchó el mensaje que Pia le había dejado la primera vez. Consultó su reloj. Mierda, llevaba catorce minutos esperando. Mientras se ponía los zapatos, intentó llamarla, pero saltó el buzón de voz. Salió corriendo al pasillo, en dirección a los ascensores.

Prek y Genti estaban sentados en la parte delantera de la furgoneta examinando angustiados a los transeúntes a través del parabrisas. Neri estaba incómodamente sentado sobre la caja de leche, un poco más atrás y entre sus dos compañeros. Lo que antes era fácil, echar un vistazo a los estudiantes cuando pasaban a su lado, en la oscuridad resultaba mucho más difícil. Había una farola en la esquina de Fort Washington con Haven, pero estaba lo bastante lejos como para ser de mucha ayuda. Continuaba lloviendo y estaba mucho más oscuro. Llevaban tanto tiempo esperando que se sentían entumecidos y doloridos, y de muy mal humor.

—¿Dónde coño está esa tía? —preguntó Prek irritado. No esperaba respuesta, y no la obtuvo—. Esto es un coñazo.

Neri, el que tenía menos experiencia, era el que más estaba sufriendo. Al

principio estaba muy entusiasmado, pero la espera le estaba deprimiendo. Aunque su papel iba a ser el más fácil, porque sería él quien daría el golpe, nunca había matado a nadie. Tenía la mano derecha en el bolsillo, aferrada a su Beretta M9 semiautomática de origen militar, que llevaba el seguro puesto. Había detonado el arma cientos de veces haciendo prácticas y se consideraba un buen tirador. Pero disparar a un hombre en la cabeza a quemarropa era algo muy diferente a hacerlo contra blancos estáticos situados a siete, quince o treinta metros. No obstante, sabía que debía hacerlo para escalar puestos en la banda. Al igual que Prek y Genti, tenía el pasamontañas de lana sobre el regazo, preparado para cubrirse la cabeza con él y entrar en acción.

Pasó un coche del NYDP, y los tres se agacharon en un acto reflejo. Prek vio por el retrovisor que los agentes desaparecía. Después, pasó otra patrulla, y Prek se puso un poco más tenso. La observó mientras también desaparecía.

—¿Habéis visto eso? —preguntó.

—Por supuesto —contestó Genti—. Es viernes por la noche. Yo no me preocuparía mucho.

—No me gusta ver polis en la zona donde voy a hacer un trabajo. ¿Dónde coño está esa zorra?

—Cada vez cuesta más ver las caras de esos chicos hasta que casi se te echan encima —comentó Genti.

Un grupo de tres estudiantes con bata de laboratorio pasó junto a la furgoneta, seguido por un par de personas que iban solas. Una de ellas llamó la atención de Genti, que se inclinó hacia delante al tiempo que cogía el pasamontañas. Un instante después, se derrumbó en el asiento. Había sido otra falsa alarma.

Pia paseaba de un lado a otro junto a la escalera del metro, a la espera de que George la llamara, mientras intentaba imaginar dónde podía estar su amigo. Habían planeado reunirse cuando ella regresara del IML. En más de una ocasión, había pensado en dejar de esperar a George y volver sola a la residencia, pero solo hasta que miró la calle Ciento sesenta y ocho y vio que estaba más oscura y desierta que un cuarto de hora antes. Estaba a punto de llamarlo por tercera vez cuando notó que le ponían una mano sobre el hombro y se asustó. Se volvió en redondo y tuvo que contenerse para no abofetear a su presunto atacante. Pero no era un atacante. Era Will McKinley, que había salido del metro y la había visto paseando de un lado a otro. Después de intercambiar unas cuantas trivialidades y condolencias mutuas por el fallecimiento de Rothman y Yamamoto, Pia se había pegado a él para que la acompañara hasta la residencia. A modo de aliciente, como si le hiciera falta, le había ofrecido al chico compartir el paraguas.

Después de recordarse mutuamente los fallecimientos, cada uno había regresado a su propio mundo. Caminaron en silencio hasta pasada la entrada del hospital de la

calle Ciento sesenta y ocho. Pia se preguntó qué diría Will si le contara lo que había averiguado. Pensó que, lo más probable, sería que no la creyera.

—Me ha sorprendido verte —dijo Will—. ¿Salías del metro, como yo?

—Sí —contestó Pia. Trató de pensar en qué le diría si le preguntaba adónde había ido, de modo que cambió de tema—. ¿Has visto a George hoy?

—¿A Wilson? No, pero he estado ausente desde la hora de comer. Lesley y yo aún no hemos encontrado plaza para nuestra optativa de investigación del mes. He aprovechado la oportunidad para ir de compras.

Alzó una bolsa.

Pia vio un coche de la policía que se dirigía hacia ellos por la calle Ciento sesenta y ocho. Incluyó el extremo del paraguas para impedir que le vieran la cara; Will reparó de inmediato en ello, pues le golpeó en la frente. La reacción de Pia había sido automática. No la habría sorprendido que la policía fuera en su busca. Aunque no deseaba que la detuvieran, al menos de momento, era la primera en admitir que sería muchísimo mejor que enfrentarse de nuevo a sus atacantes.

—¿Qué pasa, te persigue la justicia? —bromeó Will, que, sin saberlo, había interpretado el gesto de Pia de la manera correcta.

—No creo —dijo ella con una falsa carcajada. Se estaba acercando otro coche de la policía, de modo que mantuvo inclinado el borde del paraguas.

Llegaron a Fort Washington Avenue y esperaron a que cambiara el semáforo. Faltaban solo un par de cientos de metros para alcanzar la residencia. Pia se relajó un poco. No habían visto a ningún hombre con el uniforme de seguridad del centro médico de Columbia. Estaba ansiosa por llegar a la relativa seguridad de la habitación de George.

Genti fue el primero en divisar a Pia y Will cuando doblaron la esquina en dirección a ellos, iluminados desde atrás por la farola de la calle.

—Allí delante, a cincuenta metros.

—¡Los dos! —gritó Prek complacido—. ¡Fantástico! Esperad a mi señal. ¿Estás preparado, Neri?

—¡Claro! —dijo el joven con más entusiasmo del que sentía. Le quitó el seguro al arma y se puso el pasamontañas. Prek y Genti lo imitaron.

Neri miró por la ventanilla trasera de la furgoneta para ver si se acercaba alguien por la otra dirección.

—¡Esperad! —dijo—. ¿Quién es ese que viene desde la residencia? ¿No es él?

—¿Quién? —preguntó Prek. Se volvió para mirar a George. Después, abrió el móvil y estudió la foto que Buda le había enviado. La única iluminación de la furgoneta procedía de las farolas de la calle, y la imagen era pequeña. Se dio la vuelta hacia el otro lado para mirar al hombre que acompañaba a Pia. Podrían haber sido

gemelos bajo aquella luz neblinosa—. Debe de ser el tipo que va con Pia. ¿Qué es esto, el equipo olímpico sueco? Todos son rubios.

Esperó un par de segundos más para que la pareja se acercara.

—Es él. Joder, la rodea con el brazo. ¿Está muy cerca el tipo que viene por el otro lado?

Neri volvió a mirar.

—A unos doscientos metros.

Prek cogió un trapo del salpicadero y lo empapó con una buena dosis del anestésico, Ultane, que iban a utilizar para raptar a la chica. Le lanzó una mirada a Genti y este asintió.

—¡Vale, vamos!

Justo cuando Pia y Will llegaban a la altura de la furgoneta, los tres hombres enmascarados saltaron fuera, Prek y Genti uno por cada lado de la parte delantera y Neri por atrás. El más joven rodeó el vehículo por detrás y Will McKinley se quedó petrificado y boquiabierto delante de él. Neri le apuntó con la pistola a la cabeza y una fracción de segundo después Will reaccionó volviéndose hacia Pia, que había lanzado un grito. Neri disparó, y le metió una bala de nueve milímetros a Will por un lado de la cabeza. Al mismo tiempo, Genti agarró a Pia con un abrazo de oso mientras Prek le cubría la cara con el trapo impregnado de Ultane. Casi al instante, la chica perdió la conciencia y dejó de resistirse.

Neri corrió hacia la parte delantera de la furgoneta y ocupó el asiento del conductor. Entretanto, Genti arrastraba a Pia a la parte posterior y la metía dentro. Cuando Prek corrió para ayudar a su compañero, vio el casquillo de la bala de Neri. Lo recogió de la acera justo antes de saltar al interior de la furgoneta, detrás de Genti, y cerrar las puertas a su espalda. Neri ya había puesto el motor en marcha y, en cuanto oyó el «¡Vámonos!» de Prek, aceleró, hizo un cambio de sentido a toda prisa y se dirigió hacia el norte por Haven Avenue. Habían dado el golpe en unos siete segundos.

Hubo tres testigos que vieron todo lo ocurrido, y ocho más que oyeron el disparo y vieron alejarse la furgoneta. Uno de ellos tenía motivos para no querer hablar con la policía aquella noche, de modo que continuó caminando como si no hubiera ocurrido nada. El segundo era un estudiante de medicina que iba de regreso a la residencia, veinte metros por detrás de Pia y Will. Había contemplado horrorizado el suceso. Al principio pensó que estaban rodando una película, pero estaba oscuro y no había cámaras. Y la sangre que manaba de la cabeza de la víctima parecía muy real. Llamó al 911 y trató con desesperación de recordar qué había aprendido durante los dos últimos años sobre víctimas de tiroteos.

El tercer testigo fue George. Había visto a Pia y Will antes del suceso y se había parado para esperar a que llegaran. Se sintió aliviado al ver a su amiga, pero aquella

sensación duró muy poco. Un segundo después vio a los hombres saltar de la furgoneta, disparar a Will y secuestrar a Pia. Sucedió tan deprisa que ni siquiera tuvo la oportunidad de moverse. Parpadeó, como si aquello fuera a devolver la escena al punto en que Pia y Will iban caminando hacia él. Pero no fue así. Solo entonces echó a correr hacia donde el otro estudiante se encontraba arrodillado sobre el cuerpo de Will McKinley.

Dentro de la furgoneta, Prek utilizó una jeringa que tenían preparada para meterle a Pia, que apenas estaba consciente, una inyección de Valium, lo suficiente para dejarla sin sentido por completo.

—No conduzcas demasiado deprisa —le gritó a Neri—. Ve a una velocidad constante.

Prek y Genti enrollaron a Pia dentro de una alfombra raída. No fue fácil, porque el vehículo no paraba de oscilar y saltar.

A Neri le temblaban las manos y tuvo que hacer un gran esfuerzo para reprimir las náuseas. El hombre le había mirado. Parpadeó con rapidez y se concentró para no salirse de la carretera.

—Por cierto, Neri... —dijo Prek.

—¿Qué?

—Buen trabajo.

En una calle tranquila, justo al norte del puente George Washington, el joven frenó detrás de la furgoneta azul que los estaba esperando y los tres trasladaron su carga a toda prisa. Una vez terminado el trabajo, Prek volvió al asiento del conductor con Genti de copiloto. Le dijeron a Neri que vigilara a la chica.

Tras abandonar la furgoneta blanca, Prek continuó hasta la autopista Henry Hudson para dar la vuelta y tomar el puente George Washington en dirección a New Jersey. Tal como esperaban, el puente estaba paralizado debido al tráfico de la hora punta. Pero a la banda le daba igual. La operación había sido impecable, y estaban satisfechos de su éxito. Era, como dijo Prek, un tributo a la tradición mafiosa albanesa.

—Hasta he recogido esto —dijo Prek orgulloso mientras sacaba el casquillo de la bala de Neri y lo levantaba—. ¿Somos buenos o no?

Después, le entregó su móvil a Genti y le dijo que le enviara un mensaje a Buda para comunicarle que la operación había ido como la seda.

*Barrio de Belmont, Bronx*

*Nueva York*

*25 de marzo de 2011, 20.05 h.*

Aleksander Buda se alegró cuando recibió el mensaje de texto de Prek. Estaba algo preocupado por la operación, aunque se tratara de un trabajo relativamente sencillo. Sabía por dolorosa experiencia que «la mierda a veces pasa». Fuera como fuese, aquella muchacha entrometida estaba inconsciente en la parte posterior de la furgoneta y sus hombres iban de camino hacia el lugar concertado de antemano, la casa de verano de Buda. El novio había muerto. Habían abandonado la furgoneta blanca utilizada en el golpe. Ahora el único enigma que quedaba por resolver era el destino de la chica.

Buda confiaba en que Pia Grazdani no estuviera relacionada con ninguna de las bandas mafiosas albanesas importantes de la zona. Habría oído el apellido, que sin duda era albanés. El problema consistía en que si estaba emparentada con alguien de una banda de cualquier punto de la Costa Este hasta Detroit, la costumbre dictaba que se le debía conceder cierto grado de protección. Aun así, Buda había debatido consigo mismo si habría estado justificado acabar con ella al mismo tiempo que con su amigo. Habría sido pulcro y eficiente. Desde luego, se había convertido en un grano en el culo, sobre todo por haber descubierto, sin ayuda, lo del polonio. Pero los baños de sangre de la mafia albanesa se habían prohibido salvo que mediara una provocación. Buda había decidido que debía asegurarse.

Hombre precavido, había adoptado la medida de investigar a Pia de una manera discreta. El FBI le conocía, por supuesto, y Buda sabía que a dicha agencia le encantaban las pautas y no creía en las coincidencias. Si el jefe de una banda albanesa, como él, llamaba de repente a los demás jefes locales en rápida sucesión, sabía que había muchas probabilidades de que los federales se enteraran y fuesen a husmear.

Por lo tanto, había enviado emisarios a las bandas de Queens y Staten Island y le había pedido a un socio que llamara a una banda de Pennsylvania por si acaso. También se había ocupado de Manhattan y Brooklyn, y como controlaba el Bronx, aquella estaba cubierta. Había recibido informes negativos de todas partes, incluso de Detroit. No había ningún Grazdani relacionado con ellos. El futuro de la joven no era prometedor.

Pero quedaba una unidad por investigar: la banda de Berti Ristani, con base en Weehawken, New Jersey. Ristani era un cliente particularmente desagradable, capaz de hacer cualquier cosa por labrarse un nombre. Buda cayó en la cuenta de que hacía

un año que no veía al sujeto. Pensó que no sería mala idea hacerle una visita por motivos políticos, además de para proporcionarse una coartada para aquella noche, por si acaso. Cogió las llaves del coche y partió hacia Weehawken. Sabía que no tenía que llamar por anticipado. A Ristani siempre se le podía encontrar en el mismo lugar.

*Centro Médico de la Universidad de Columbia*

*Nueva York*

*25 de marzo de 2011, 20.31 h.*

El capitán detective Lou Soldano se sentía frustrado. Estaba de pie en la calle, dentro de la zona acordonada que marcaba la escena del asesinato de McKinley. Toda una unidad de investigadores de la escena del crimen había peinado la zona en busca de pistas, pero sin resultados. Ni siquiera habían encontrado el casquillo de la pistola utilizada para disparar contra el estudiante. Solo tenían una bolsa de la compra que la mujer llevaba cuando la secuestraron. Contenía un aparato que uno de los técnicos identificó como un contador Geiger.

Los agentes estaban tomando declaración a los testigos con la esperanza de reunir información sobre los culpables y sobre la furgoneta que habían utilizado. Los informes que habían llegado a sus oídos eran muy contradictorios, desde en lo referente a la estatura de los hombres hasta a su ropa. Un testigo juraba que solo había dos hombres implicados, mientras que todos los demás afirmaban que eran tres. Lo único en lo que coincidían era en que todos ellos llevaban pasamontañas. También estaban de acuerdo en que la furgoneta era de un blanco sucio, pero no sabían nada de la marca o la matrícula.

George Wilson había aportado la versión más detallada, y hasta le había contado a Lou algo importante y, con toda probabilidad, relacionado con lo ocurrido. Le dijo que habían atacado a Pia en su habitación de la residencia la noche anterior y que la habían amenazado con actos violentos, algo que acababa de suceder. Cuando le preguntaron por qué no había denunciado la agresión, el joven contestó que ella tenía miedo de la policía debido a las experiencias de su infancia. Dijo que aun así él la había animado a acudir a la policía en numerosas ocasiones. Cuando le preguntaron por qué no lo había denunciado él, contestó que respetaba sus deseos y privacidad y que ella le había pedido que no lo hiciera.

La frustración de Lou no solo se debía a la escasez de pruebas en la zona. También influía que la comisaría local del NYDP no hubiese enviado a la escena del crimen el contingente de fuerzas que él esperaba, después de haberlo solicitado de manera específica. Les había proporcionado la descripción de Pia, gracias a Jack y Laurie, y añadido la información de que cargaba con un paraguas y una bolsa de la compra. Había confiado en que la policía o la seguridad del hospital de Columbia hubieran podido recogerla. Le habría gustado detener a Pia no solo para averiguar exactamente qué sabía, sino para protegerla, pero los malos se le habían adelantado. Si los chicos de la zona hubieran hecho lo que les había pedido, tal vez habrían

evitado el secuestro.

La única parte de la operación que parecía funcionar bien era el tema de la radiación. Lou sabía que el IML había notificado a las autoridades pertinentes la posibilidad de radiación alfa en cuatro puntos de Nueva York: el Centro Médico de la Universidad de Columbia, el propio IML y las dos funerarias adonde habían conducido los cuerpos del doctor Rothman y el doctor Yamamoto. Pero el IML no podía movilizar a las fuerzas de la ley. Soldano se había encargado de eso, y su grupo de trabajo existía más sobre el papel que en la práctica.

Otra de las cosas que frustraba a Lou era lo mucho que habían tardado en conseguir una foto de la tal Grazdani. El propio Lou había llamado a seguridad del hospital de Columbia para confirmar que Pia era estudiante de medicina. También había pedido detalles sobre Pia, así como una foto reciente, pero al hospital le había costado encontrarla porque estaba cerrada con llave en el despacho de la decana de estudiantes, y la decana estaba ilocalizable. Por lo tanto, hasta después del secuestro no enviaron la foto a las fuerzas de la ley. Era algo así como cerrar la puerta de la caballeriza después de que robaran los caballos.

—Maldita sea —dijo Lou en voz alta por enésima vez.

Daba la impresión de que nada de lo relacionado con el caso iba bien. El único acontecimiento positivo era que habían localizado lo que creían que era la furgoneta blanca utilizada en el secuestro. En aquel momento, otro equipo de expertos forenses iba hacia allí. El capitán no tenía ni idea de si aportaría alguna pista, pero se sentía esperanzado. Entretanto, se había enviado una orden de busca y captura a Nueva York, Connecticut y New Jersey. Lou confiaba en que hubiera suerte. Pero dudaba que la tuvieran. Su intuición le decía que el crimen organizado estaba implicado a fondo. Sabía con absoluta certeza que no se trataba de un rapto por dinero, lo cual significaba que temía por la vida de la joven.

De repente, varias furgonetas de distintos medios de comunicación aparecieron y aparcaron al otro lado de la cinta de la escena. Mientras sus antenas se alzaban, las puertas se abrieron de golpe y de los vehículos bajaron cámaras y periodistas.

Lou emitió un gemido. Sabía que aquello iba a convertirse en un circo mediático, y se preguntó cuánto tardaría el alcalde en intervenir.

Primero, Will McKinley tuvo mala suerte (dos veces, en realidad), y después tuvo buena suerte otras dos veces. Tuvo mala suerte, para empezar, por haberse visto implicado en el caso Rothman, y por encontrarse con Pia en la calle y ser confundido con George, lo cual dio como resultado que le consideraran un acompañante que sabía demasiado. Will también tuvo la mala suerte de que el arma de Neri Krasnigi se hubiera disparado. Cuando el joven había limpiado y cargado el arma, no había sido tan cuidadoso como creía. Varias motas de arenilla se habían encajado en la primera

bala cargada y alojada en la recámara. En diferentes circunstancias, o si los fragmentos de arenilla hubieran sido un poco más grandes, el arma podría haberle estallado en las narices a Neri en lugar de fallar levemente y proyectar la bala a un cincuenta por ciento de la velocidad habitual. Aquel fue el golpe de suerte.

Will tuvo suerte otra vez, si es que puede decirse que la ha tenido alguien que ha recibido un disparo en la cabeza. Había vuelto la cabeza, de modo que recibió la bala en la sien, no en la frente, lo cual hizo que el proyectil le atravesara el lóbulo frontal de parte a parte, un tipo de herida que había presentado milagrosas recuperaciones en el pasado. También podía considerarse afortunado que le hubieran disparado a cien metros de un departamento de urgencias importante, donde se le dispensó ayuda experta de inmediato. Un soberbio equipo de médicos había tratado a McKinley al cabo de escasos minutos de recibir el disparo y continuaba controlándole de cerca. En aquel momento se hallaba en coma inducido, conectado a una serie de monitores y máquinas. Todo el mundo confiaba en que a Will no se le agotara la suerte.

*Green Pond, New Jersey*

*25 de marzo de 2011, 20.45 h.*

Prek entró con cautela en Green Pond, una comunidad privada de Morris County, al norte de New Jersey. Lo que habría podido ser una hora de desplazamiento se había convertido en un viaje de casi dos, en parte por culpa del tráfico, en parte porque él había conducido por debajo del límite de velocidad incluso en los tramos despejados de la carretera. Habría costado mucho explicar la presencia de algunos artículos en la furgoneta en el caso de que le hubieran obligado a parar.

El estanque verde que prestaba su nombre a la población era, en realidad, un lago. Aquella noche, su superficie estaba oscura, porque la luna no había salido todavía. Prek tomó la sinuosa y escarpada carretera de la orilla este, donde las pocas casas que había, situadas al final de largos caminos de acceso, estaban ocultas en su mayor parte por un espeso bosque de árboles de hoja caduca aún desnudos. Había tan solo un puñado de casas sobre los acantilados del lado oeste, a las que solo se podía acceder por barca. El pueblo se hallaba hacia el norte. Al cabo de un kilómetro y medio, la carretera se acercaba al lago y las viviendas de la orilla. Algunas de ellas pertenecían a residentes que vivían todo el año, y en sus ventanas se reflejaban luces incandescentes, cálidas y algún destello ocasional de los sempiternos televisores gigantes. En el extremo sur del lago había cierto número de casas de verano, que estaban a oscuras, con sus muelles amontonados en pulcras pilas y las barcas bajo lonas impermeables.

Prek tomó el camino de entrada a la casa de Aleksander, situada en una península en el mismo extremo sur del lago, encarada a una caleta de unos doscientos metros de diámetro. La casa había atraído a Aleksander por su retirado emplazamiento en una lengua de tierra. Le había complacido averiguar que, durante siete u ocho meses al año, las casas a ambos lados de la suya, en la parte este de la caleta, estaban a oscuras y abandonadas, con la calefacción apagada y las tuberías secas. Solo había dos casas en el lado oeste de la península, y siempre estaban desiertas salvo en los meses de verano. A Buda le encantaba el lugar por su serenidad, sobre todo en invierno, cuando el lago se helaba.

Prek aparcó en la parte posterior de la casa, de cara a la carretera, localizó su llave y abrió la puerta; encendió las luces y la calefacción alimentada con aceite.

—Cariño, ya estoy en casa —gritó Prek, y se echó a reír.

Cuanto más se acercaban al refugio, más alegre era el ambiente que reinaba en la furgoneta. Prek se sentía muy satisfecho de que todo hubiera salido bien. Seguro que el jefe se iba a poner muy contento.

Los tres hombres descargaron la alfombra enrollada que contenía a Pia y la llevaron dentro a toda prisa. La puerta de entrada daba directamente a la zona de estar, donde había dos sofás de cuero, uno negro y otro marrón, encarados entre sí en el centro de la sala, delante de una chimenea de piedra vista. Prek hizo a un lado una mesita auxiliar baja sobre la que había diseminadas revistas de automóviles para que Genti y Neri pudieran depositar allí la alfombra con su contenido. Después, la desenrollaron, hasta que la joven cayó boca abajo, despatarrada sobre la inmensa alfombra persa falsa de la sala.

Prek llamó a Buda. Quería informar a su jefe de que habían llegado y todo había salido bien. También esperaba recibir el visto bueno para liquidar a Pia. Era una noche perfecta, silenciosa y oscura, para arrojar un cadáver al pantano que se extendía a lo largo de casi un kilómetro y medio desde el extremo sur del lago hasta el bosque virgen protegido, que rodeaba un arsenal gubernamental llamado Picatinny. Era el tipo de paisaje salvaje que sorprendía a casi todos los residentes de Nueva York. Desde luego, había sido muy útil para Buda y su banda en más de una ocasión.

Para irritación de Prek, Buda no contestó. No le dejó un mensaje. Su jefe vería la llamada perdida y sabría que Prek estaba intentando comunicarse con él.

El enfado del albanés aumentó cuando se percató de que, a pesar de toda la planificación, habían olvidado llevar comida. Había una tienda siguiendo la carretera, unos ocho kilómetros hacia el norte, pero Prek no consideró buena idea que alguno de ellos se mostrara en público, sobre todo cuando iban a deshacerse de un cadáver. Fue a la cocina y echó un vistazo a la nevera. Había un cartón de leche caducada. Los armarios resultaban todavía más deprimentes. Había una caja de cereales abierta, pero una esquina estaba mordisqueada y se veían excrementos de ratones.

Desalentado, Prek volvió a entrar en la sala de estar. Se hizo un repentino silencio. Imaginó que Genti y Neri estarían hablando de algo y habían enmudecido de repente.

—¿Qué pasa? —preguntó Prek.

Los dos hombres estaban mirando a Pia. Se había producido un desacuerdo.

—¿Cuánto falta para que despierte? —preguntó Neri.

—Lleva encima diez miligramos de Valium, de modo que estará dormida un rato —replicó Prek—. Empezará a despertar, pero se sentirá muy aturdida. Siempre podemos administrarle otra inyección en caso necesario. Buda no ha contestado al teléfono.

—Es guapa —dijo Neri.

—Nuestro joven amigo aquí presente estaba diciéndome lo que le gustaría hacer con ella —dijo Genti—. Supongo que podríamos turnarnos, tal vez hasta sería interesante mirar. ¿Qué opinas tú, Prek? Tendríamos que haberlo hecho cuando estuvimos en su cuarto anoche.

—Me gusta que mis novias participen —explicó Prek—. Y en cualquier caso, no vamos a hacer nada hasta que Buda me dé permiso para deshacernos de ella. Recordad que su apellido es albanés. Hemos de asegurarnos de que no vamos a mancillar el honor de nadie, ya sabéis a qué me refiero.

—Oh, venga, Prek —dijo Genti—, ¿qué probabilidades hay? Hay doscientos cincuenta mil albaneses en la zona, y solo se trata de una chica. Nunca he visto a ninguna tía tan atractiva emparentada con alguno de nosotros. No se parece a tu hermana, desde luego.

Genti y Neri rieron. Prek no. Presintió que, después de que todo hubiera ido tan bien, iban a surgir problemas.

Sus dos compañeros estaban sentados en sofás diferentes. Neri parecía un perro en celo, prácticamente jadeaba mientras intentaba contenerse. Miraba alternativamente a Pia y a Genti, quien también debía de estar decidido a defender lo suyo. Genti Hajdini había ido escalando en los rangos de la banda al mismo tiempo que Prek, pero Buda delegaba más responsabilidad y mejores trabajos en el primero de ellos. Como consecuencia, Prek ganaba más dinero que su compañero, y cuando Buda no estaba, él mandaba. Sabía que Genti estaba resentido por eso, pero nunca había supuesto un problema entre ellos. Prek era consciente de que Genti seguía ofendido porque no le había permitido violar a Pia la noche anterior.

—El chico se ha portado bien esta noche —dijo Genti, y señaló a Neri al tiempo que imitaba el sonido de una detonación. Ambos volvieron a reír y después se callaron y miraron a Prek—. Tal vez deberíamos recompensarle. Tal vez todos deberíamos recibir una recompensa.

Se hizo un pesado silencio en la sala.

—De todos modos, ¿quién te ha nombrado jefe? —preguntó Neri en voz baja.

Prek miró a Neri y luego a Genti, y después al revés. El más joven todavía llevaba la chaqueta negra que había utilizado mientras disparaba al chico en la calle, así que Prek supuso que aún guardaba la pistola en el bolsillo de la chaqueta. Era posible que Genti también fuera armado, hasta donde él sabía. Su pistola, en cambio, se había quedado en la guantera de la furgoneta. ¿Pensaba en serio que Neri y Genti podrían liquidarle? En aquella banda, tal como Prek y Genti sabían muy bien, se habían visto cosas más raras. Prek devolvió su atención a Neri y le sostuvo la mirada impertinente.

—Buda dijo que yo soy el jefe cuando él no está.

Pia emitió un gemido.

—¡Escuchad, capullos! Buda me dijo que esperáramos hasta que estuviese seguro de que no había ninguna familia emparentada con esta mujer. Si la cagáis con ella y Buda se entera de que es la hija o la sobrina de alguien y de que vosotros no habéis sido capaces de guardárosela dentro del pantalón... El tío o el padre, sea quien sea, no se pondrá precisamente contento. Se disgustará mucho con Buda, y eso significa que

él se va a disgustar mucho con vosotros.

—Está inconsciente —señaló Neri—. Sin sentido. Ni siquiera se enterará, al menos no del todo. Qué desperdicio. Es como un crimen.

—Claro que se enterará, gilipollas.

—¿Ya no te interesan las chicas, Prek?

Ahora llegó el momento de mirar a Genti. Sabía que la intención del comentario de Genti era sacarle de quicio, pero decidió ignorarlo.

—Es una chica muy guapa, sin duda, pero hay montones de chicas guapas.

—No veo más en la sala —adujo Neri. Miraba a Genti en busca de su apoyo.

—Será mejor que no te conviertas en causa de una reyerta familiar, créeme.

—Por desgracia, tiene razón —dijo Genti. Se levantó del sofá y caminó hacia Prek. Lo rodeó con el brazo y le dio un achuchón—. Solo te estamos tocando los huevos. Si recibimos el visto bueno, Neri recibe el suyo, ¿vale? Yo podría coger el siguiente turno, ¿por qué no?

Genti se acercó al cuerpo de Pia y le levantó la falda con un dedo.

—No está mal, no está nada mal. ¿Qué dices tú?

—Digo que no la tocaremos hasta recibir luz verde para liquidarla. Cuando eso suceda, vosotros dos podréis hacer lo que os plazca. De momento, ayudadme a ponerla sobre la cama para que no esté a la vista. Sois como adolescentes.

Prek se acercó a Pia y la agarró por ambos tobillos.

—¡Vamos! ¡Echadme una mano!

Cuando Genti y Neri la asieron uno por cada brazo, los tres cargaron con Pia hasta el dormitorio y la arrojaron sobre la cama.

—Y ahora dejadla en paz —ordenó Prek, y les indicó con un ademán a sus dos compinches que le precedieran hacia la sala de estar. Mientras Prek les seguía, se preguntó por qué demonios Buda no llamaba.

*Weehawken, New Jersey*

*25 de marzo de 2011, 20.48 h.*

—Bien, Berti, ¿qué me dices de esa tal Grazdani? —preguntó Buda—. ¿Alguien de tu organización podría estar emparentado con ella? Me han dicho que tiene unos veinticinco años y es muy atractiva. Un bombón.

Berti Ristani estaba sentado detrás de su escritorio, en su despacho de un pequeño edificio industrial de Weehawken. El despacho de Berti parecía el puesto de trabajo de un respetable constructor. Había catálogos de suministros apilados sobre la mesa, la habitación estaba forrada de archivadores y al fondo había un baúl para guardar planos arquitectónicos. Buda sabía que Ristani era constructor, pero no todos sus contratos estaban relacionados con aquel mundo.

Berti se reclinó en la silla y su enorme cuerpo provocó que el armazón se quejara amargamente. El rostro rubicundo de Berti, surcado de vasos sanguíneos rotos, se contrajo un poco mientras meditaba sobre la pregunta de Buda.

—Ah, sí, el asunto por el que has venido. Pero ya no te veo nunca, Aleksander, ¿es necesario que hablemos de negocios? ¿Te apetece una copa?

—Es un cabo suelto, Berti. Es algo de lo que he de ocuparme cuanto antes, y trato de hacer lo correcto. No puedo dejar que la situación se prolongue demasiado.

Berti Ristani no quería hablar de negocios con Buda, y se sentía un poco ofendido por su insistencia en hablar del problema de la tal Grazdani. Le habría gustado hablar con él de los viejos tiempos, cuando llegaron de Albania. En aquellos días, no era fácil entrar en Estados Unidos. Ambos habían tenido suerte. Además de tener un pasado común con él, Aleksander Buda era uno de los líderes de bandas que Berti respetaba, y se llevó una agradable sorpresa cuando apareció sin anunciarse.

—Muy bien, vamos a averiguarlo. No conozco a nadie con ese apellido, pero dos de mis mejores hombres tienen un apellido similar. Eso sí, no es albanés. Es italiano. En cualquier caso, aunque me queje, agradezco tu preocupación al respecto. Ya ha habido demasiadas reyertas familiares. Gracias por venir a hablar conmigo.

—De nada, Berti. Sería una imprudencia actuar de otra manera.

Ristani inclinó su peso hacia delante y la silla volvió a quejarse. Apoyó sus carnosos brazos sobre la mesa y oprimió el botón de un intercomunicador.

—Drilon, ¿puedes venir a mi despacho un momento? —Ristani miró a Buda—. Drilon es uno de mis hombres más leales. Él y su hermano, que ha ido a hacer un trabajo.

—¿Algo especial?

—No. Lleva un puñado de cuentas en South Jersey, hasta Filadelfia. Le gusta

pasar a cobrar los viernes por la noche. Es más listo que el hambre, al contrario que Drilon, que, como suele decirse, no es el más listo de la clase. Ah, Drilon, entra.

Drilon ya estaba acostumbrado a que el jefe le llamara a su despacho en numerosas ocasiones todas las noches que estaba de guardia, apostado cerca de la entrada del edificio. Por lo general, Ristani quería comer algo, y eso era lo que su hombre esperaba que sucediera en aquella ocasión. Entró en el despacho y vio la espalda de una figura sentada delante del escritorio de Ristani.

—Drilon, el señor Buda quiere preguntarte algo.

¿Buda? ¿Había oído bien? El hombre se volvió en su asiento y Drilon le vio la cicatriz de la frente. Era Aleksander Buda, un tipo importante. ¿Qué querría?

—Una pregunta sencilla —dijo Buda sin emoción—. ¿Conoces a una mujer llamada Pia Grazdani?

—Repítalo —dijo Drilon. Pensó que estaba alucinando.

—Pia Grazdani.

Había oído bien. El nombre activó una película que se reprodujo de manera acelerada en la mente de Drilon. Hacía unos veinte años o así, como mínimo, había estado bebiendo, bebiendo mucho. Va a la casa donde vive con su hermano, Burim, y la esposa de este, Pia, y allí está ella casi en cueros y guapísima. Y Burim se va del apartamento para hacer un recado, como hacía siempre, para intentar ascender en la organización de Rudaj, una de las primeras y más notorias mafias albanesas. Pero la muy zorra rechaza sus insinuaciones, aunque lo estaba pidiendo a gritos, y le clava las uñas en el pecho, y Drilon pierde los papeles. Se vuelve loco. Lo que sucede a continuación, no lo tenía planeado. Coge su pistola encolerizado y le mete una bala en la cabeza. ¡Bam! Fin de la historia. Pero la niña está allí, la pequeña Pia. Piensa si también debe matarla, pero de repente oye gente en la casa de al lado, de modo que le pega un golpe en la cabeza con la pistola, registra el apartamento y se lleva el alijo de quinientos dólares que los hermanos habían escondido en el horno. Vuelve al bar donde había estado bebiendo, bebe más, se queda hasta que cierra, duerme una hora en un banco del parque y vuelve a casa para dar la alarma de que su cuñada ha sido asesinada por unos intrusos.

Las consecuencias fueron mínimas. Burim aceptó la historia del intruso como si estuviera contento de haberse librado de su esposa y hubiese estado pensando en dejarla plantada. La organización de Rudaj y la banda se ocuparon de todo. No hubo investigación, nada. Para todo el mundo, era como si Pia hubiera desaparecido y abandonado a su hija.

¿Se refería Buda a alguna de las dos Pias?

—¿Y bien? —insistió Buda. Había reparado en la pausa y la expresión estupefacta de Drilon—. ¿Conoces a una tal Pia Grazdani?

Drilon sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Se ruborizó, y lo notó. Tres

preguntas cruzaron a toda prisa por su mente. Una: ¿el hombre hablaba de Afrodita, su sobrina, o de Pia, su cuñada? Drilon no había pensando en ninguna de ambas desde hacía más de veinte años, pero una estaba muerta, y la otra, a saber. Dos: ¿le habría formulado Buda la misma pregunta a Burim? Y tres: ¿cuál coño era la respuesta correcta?

—Hum, no creo —contestó—. ¿Por qué lo pregunta?

Drilon se había dirigido a Buda, pero fue Berti Ristani quien habló:

—Lo pregunta porque quiere saberlo. Yo también te lo pregunto a ti, Drilon. No he llamado a tu hermano porque está ocupado en este momento. He asumido que sabrías si tú o tu hermano sois parientes de esa chica. El apellido es muy parecido.

—Déjeme pensar, somos una familia numerosa —repuso Drilon. De modo que Burim no lo sabía. Aquello le concedía ventaja. Y quizá no fuera ella, al fin y al cabo. Aunque le daba miedo que fuera la niña a cuya madre había asesinado, un secreto que había ocultado durante todo aquel tiempo. Pero si Aleksander Buda preguntaba por ella, debía de estar ya medio enterrada. Drilon no veía motivos para cambiar la situación. Nada podía relacionarle con la chica—. Creo que nunca he oído ese nombre.

—¿Estás seguro, Drilon? Lo has pensado mucho.

—Ya me conoce, jefe, no soy muy listo. Y, como ya le he dicho, somos una familia muy numerosa, pero la mayoría vive en la patria.

—Eso me han dicho —dijo Ristani.

—Exacto, jefe.

—¿Cuál es tu apellido? —preguntó Buda. La expresión de su rostro no se había alterado en todo aquel rato.

—Graziani —contestó Drilon.

Había sido idea de Burim abandonar el apellido Grazdani después de que la banda de Rudaj fuera disuelta y muchos de sus miembros enviados a la cárcel. Graziani fue el nombre que se le había ocurrido a su hermano cuando le pidió trabajo a Ristani, ya hacía años. Era el apellido de uno de sus jugadores de fútbol favoritos, italiano, y le gustaba además el hecho de que se pareciese mucho al suyo, del que se diferenciaba solo por una letra.

—Se parece, pero es diferente. Italiano, en lugar de albanés —dijo Berti—. Parecido, pero no exacto. Gracias, Drilon.

El hombre salió del despacho. Estaba sudando y había empalidecido por completo. Quería esconderse lo más lejos posible de Buda hasta que el tipo se marchara.

—¿Quieres interrogar a alguien más? —preguntó Buda.

—No, conozco a las familias de los demás chicos y nunca he oído hablar de un Grazdani.

Los dos hombres se abrazaron un momento, pero a Buda le costó rodear a Berti con los brazos.

—No dejemos que pase tanto tiempo —dijo Berti mientras le despedía con un gesto de la mano.

Buda subió a su coche, pero antes de ponerse en marcha llamó a Fatos Toptani, su hombre de confianza en el Bronx. En la organización de Buda, Fatos era el número dos.

—Soy yo. Necesito que secuestréis a alguien ahora mismo. Se llama Burim Graziani, es de la banda de Ristani. Está trabajando en New Jersey... No, no, nada fuerte, solo quiero hacerle una pregunta. Sí... Hay algo que no encaja.

Ristani, en su despacho, esperó un par de minutos, y cuando pensó que Buda ya estaría lejos, también hizo una llamada.

*Green Pond, New Jersey*

*25 de marzo de 2011, 20.52 h.*

A Prek le gustó abandonar la atmósfera tensa de la casa, aunque solo fuera para llevar a cabo la mezquina tarea de limpiar la furgoneta, algo que debería hacer Neri. Se estaba volviendo loco esperando la llamada de Buda, que debía darles el visto bueno o el malo. Los otros dos gilipollas no paraban de hablar de sexo y de quién iba a ser el primero a pesar de que la mujer había desaparecido de su vista.

En un armario de la casa encontró una fregona y un cubo, así como una serie de artículos de limpieza, entre ellos una aspiradora manual a pilas montada en la pared. Prek llenó el cubo de agua y añadió una generosa cantidad de Pine-Sol, cargó con la aspiradora y salió en dirección a la furgoneta. Por la mañana llevarían el vehículo a un túnel de lavado y se ocuparían del exterior. De momento, Prek quería asegurarse de que el interior quedara libre de rastros de la chica. Pasó la aspiradora por los asientos delanteros y lavó todas las superficies con Windex. Cuando terminó, se trasladó a la parte de atrás para continuar el trabajo, y entonces sonó el teléfono.

Por fin, pensó.

Neri Krasnigi se levantó del sofá de la sala de estar, caminó hacia la ventana y vio que Prek subía a la parte posterior de la furgoneta con la fregona mojada. «Ahí está Prek, haciendo un trabajo propio de mujeres», pensó para sí. Le resultó apropiado. No había conseguido sacarse a Pia de la cabeza, y además se sentía ninguneado por la actitud de Prek hacia él. Durante todo el trabajo, no había parado de darle órdenes, le había tirado cosas en la furgoneta, le había reservado la parte más difícil de la misión pero sin demostrar el menor respeto hacia él. Incluso cuando le dijo que había hecho un buen trabajo, lo había hecho con el tono de voz que utilizas con un cachorrillo que ha salido a mear fuera.

Neri había olvidado el terror inicial que había experimentado después de disparar contra el estudiante. En aquel momento se sentía intrépido, experto, con derecho a todo, sentimientos que se habían intensificado tras engullir el último Red Bull. Tal vez tuviera la oportunidad de lucirse ante Prek y de paso divertirse, aunque tuviese que ser un triunfo privado.

Fue a ver a Genti, que se había dormido en un sofá. Con Prek fuera de la casa y ocupado y Genti dormido, Neri pensó que podía arriesgarse a echar uno rapidito. Al fin y al cabo, ¿qué podría hacer Prek? Metió una mano en el bolsillo de la chaqueta y acarició un momento la pistola. Le proporcionó valentía. Él era su propio jefe.

Con cuidado de no hacer ruidos que pudieran despertar a Genti, Neri entró en la

habitación de matrimonio y se acercó a la cama. Repasó a Pia con la mirada. Estaba de nuevo boca arriba, respirando con normalidad, pero parecía tan muerta como cuando la habían metido en la casa. Volvió de puntillas a ver qué estaba haciendo Prek y, cuando se acercó a la ventana de la cocina, vio que las puertas de la furgoneta estaban abiertas y que había alguien dentro. Ya que Prek estaba dedicado a sus labores de ama de casa, Neri fue a la puerta principal y echó el pestillo. Después, volvió de puntillas a toda prisa al dormitorio principal, temblando literalmente de excitación. Cerró la puerta.

—¿Qué significa eso para nosotros? —le preguntó Prek a Buda. No estaba seguro de entender lo que su jefe intentaba decirle.

—Significa que no haremos nada con la chica hasta que descubra qué oculta ese subnormal de Drilon.

—¿Está seguro de que miente?

Prek no podía comprender por qué alguien mentía cuando le formulaban una pregunta sencilla y directa sobre si alguien era o no familiar de él.

—Estoy muy seguro. Su comportamiento me dijo claramente que estaba mintiendo. Le hice una pregunta directa y vaciló, y después contestó tartamudeando que no sabía si eran parientes o no. Para mí es evidente que conoce el apellido. Además, es prácticamente igual que el suyo. Si cambias de apellido, hazlo bien.

—¿Y su jefe no dijo nada? —preguntó Prek en referencia a Berti Ristani.

—Nada. O no se dio cuenta o no quiso decir nada delante de mí. Apuesto a que se trata de esto último, porque no es tonto. El tonto es Drilon.

—¿Por qué iba a mentir sobre algo así? Debe de saber cuáles son las consecuencias.

—Yo también opino lo mismo —contestó Buda.

Aquella era, por supuesto, la pregunta que le atormentaba. Si Drilon Graziani mentía, significaba que lo que intentaba ocultarle a su jefe era más importante para él que la vida de la chica, aunque fueran parientes. Paradójicamente, aquello convertía a la muchacha en un elemento más valioso para Buda, aunque no supiera por qué. Aquel era el motivo de que fuera tan importante para él hablar con Burim Graziani, si es que se llamaba así. Buda suponía que Ristani también se había dado cuenta de que Drilon mentía, lo cual daba pie a una serie de consecuencias totalmente distintas.

A Buda no le hacía ninguna gracia que le mintieran, sobre todo si se trataba de un subordinado, y no le habría gustado estar en el pellejo de Drilon si sus suposiciones eran ciertas. Aquello también colocaba a Aleksander en una posición delicada. Su visita habría causado un problema en la banda de Ristani. Esperaba que Berti no le echara la culpa.

—No quiero hablar más de esto —dijo Buda, lo cual significaba que no se sentía

cómodo manteniendo aquella conversación por un móvil—. Voy a ir a la casa de verano. Asegúrate de que nuestra invitada sea tratada como tal hasta que todo esto se aclare.

—Lo haré —contestó Prek, y concluyó la llamada. Había dejado a Genti a cargo de la casa y confiaba en él, casi siempre. Pero pensó que lo mejor sería ir a comprobarlo.

Nada más hablar con Prek, Buda recibió otra llamada en el pinganillo.

—Aleksander, soy Berti. Lamento molestarte.

—No me molestas, Berti.

—He hablado con Burim. Le he preguntado por Pia Grazdani, si le sonaba el nombre. ¿Y sabes qué? Me ha dicho que sí. ¿A que es increíble?

—Sí —contestó Buda, aunque no se lo parecía tanto.

—Después, Burim ha vuelto a llamarme y me ha dicho que uno de tus chicos ha intentado contactar con él.

Berti no dijo nada más y dejó que su frase quedara suspendida en el aire. Buda pensó que lo mejor sería ser sincero.

—Le he ordenado a uno de mis chicos que llamara a Burim —admitió—. Sabes tan bien como yo, Berti, que Drilon ha actuado de una forma muy extraña ante mi pregunta. Intuí que estaba mintiendo. Supongo que el que te mienta es problema tuyo, pero me mintió a mí también. Si pudiera interrogar al hermano, tal vez no tuviese que molestarte directamente. Pero he de averiguarlo para ocuparme de la mujer que estoy reteniendo sin provocar una reyerta familiar.

—Te lo agradezco, Aleksander. Ninguno de nosotros quiere una reyerta familiar, por supuesto: hermano albanés contra hermano albanés. Pues claro que me he dado cuenta de que Drilon mentía, así que le he llamado después de que te fueras y he vuelto a preguntarle. Le he dicho: «Nada de chorradas», y me ha contestado que sí, bueno, que quizá conociera a una tal Pia Grazdani. Ha intentado justificarse diciendo que se había olvidado porque no había oído el apellido o visto a la chica desde hacía más de veinte años.

Buda se sintió aliviado al saber que Berti opinaba lo mismo que él.

—Entonces ¿qué hacemos, Berti?

—Espera, puedo ponerte en contacto con Burim.

—Antes he de hacer otra llamada rápida.

—De acuerdo. Haz lo que debas y después vuelve a llamarme.

Buda se estaba complicando la existencia, pero llamó a Prek tranquilamente. Cuando su hombre descolgó, Buda habló y ni siquiera le concedió la oportunidad de responder. Le dijo a Prek que tenía que hablar con un hombre llamado Burim Grazdani antes de poder decidir sobre Pia Grazdani. Comentó que estaba a punto de

hablar con él, de modo que volvería a llamarle para darle la respuesta definitiva.

—Controla la situación con nuestra invitada una media hora más —dijo Buda—. También te informo de que estoy a más o menos media hora de vosotros. Estoy en Wayne, en la Ruta 23. Te llamo enseguida.

En cuanto Prek colgó por segunda vez, después de haber recibido la orden de controlar la situación, bajó de un salto de la furgoneta. Durante un momento, se quedó parado y aguzó el oído. Esperaba oír hablar en voz baja a sus dos sicarios hambrientos de sexo, pero no oyó nada, lo cual resultaba inquietante. Media hora antes, aquellos dos no podían parar de cotorrear. Prek se dirigió con rapidez hacia la puerta de entrada y oyó a Buda en su mente diciéndole que debían tratar a la mujer como a una invitada.

Mientras su intuición no dejaba de emitir alarmas, Prek se hizo reproches. No tenía que haber dejado solo a aquel par por más que deseara salir de la casa. Intentó abrir la puerta y la encontró cerrada.

—¿Qué...?

Rodeó la casa corriendo en dirección a la ventana de la habitación de matrimonio. Neri no se había molestado en correr las cortinas. Prek la golpeó dos veces y después corrió de nuevo hacia la furgoneta, cogió su pistola de la guantera, regresó a la ventana a toda velocidad y la destrozó con la culata del arma. Estaba furioso. Introdujo la mano y disparó una sola vez.

*Salida de la Ruta 23*

*Wayne, New Jersey*

*25 de marzo de 2011, 21.19 h.*

—Tengo entendido que intentas localizarme —dijo Burim Graziani.

—¿Sigues al teléfono, Berti? —preguntó Buda.

—Voy a colgar. Hablad vosotros dos.

Se oyó un clic cuando Berti colgó.

—Sí, necesito hablar contigo —le dijo Buda a Burim—. No nos conocemos, ¿verdad?

—No, creo que no. Pero sé quién eres, por supuesto.

En su profesión, todo el mundo conocía a Aleksander Buda. Iba a ser una conversación complicada, Buda lo presentía. También quería asegurarse de que no fuera demasiado comprometedor. Era fácil intervenir los móviles, hasta los nuevos, como el que utilizaba él.

—Por ese motivo, hemos de ser precavidos.

—Comprendo.

Ninguno de los dos deseaba empezar. La llamada de Ristani había sorprendido a Burim. Iba en su coche, de vuelta hacia Weehawken desde New Jersey, donde había concluido temprano su trabajo. La pregunta de su jefe le había conmocionado tanto que casi había embestido el camión que iba delante. «¿Pia Grazdani?», había repetido en voz alta, y pensó en su mujer, no en su hija. Recordaba su personalidad fogosa, las peleas, las noches en que se iba de juerga y le dejaba solo con la niña. Su repentina furia hizo que no escuchase como era debido lo que le estaba preguntando Berti.

—Tendrá unos veinticinco años —le había dicho Ristani—. Por lo visto es muy guapa. Burim, mierda, ¿me oyes?

La conexión no era buena, se entrecortaba. Fue entonces cuando Burim reparó en que Berti no se refería a su difunta esposa, sino más bien a su hija, Afrodita Pia Grazdani.

Buda se aclaró la garganta.

—Berti me ha dicho que has reconocido el nombre de Pia Grazdani. ¿Existe algún parentesco?

—La recuerdo por un nombre diferente. Afrodita, como yo la llamaba. Su segundo nombre era Pia, como su madre. Era mi hija.

Afrodita. La cría había sido un grano en el culo, igual que su madre, puesto que había heredado su personalidad. Drilon era el único que se llevaba bien con ella. Una criaja miserable que requería mucha atención en un momento en que Burim estaba

demasiado ocupado intentando escalar en la organización de Rudaj. No tenía tiempo para la niña. Después de que los servicios municipales se la llevaran, Burim se dijo que iría a recuperarla cuando tuviera los papeles que legalizasen su situación en el país, pero cuando obtuvo la carta verde decidió que era un hombre más feliz sin la carga de la responsabilidad. Después, tuvo que desaparecer como Burim Graziani y nunca logró establecer su nueva personalidad más allá de sacarse el permiso de conducir por si acaso le detenían conduciendo. Imaginaba que ahora tendría que explicárselo todo a Berti Ristani, algo que para él constituía un problema más grande que el destino de su hija.

—¿Crees que la chica podría ser tu hija? —preguntó Buda sin dar crédito a lo que estaba pasando.

—Es posible, sin duda. No es un apellido corriente, y la edad coincide, veintipico años.

Por más que se esforzaba, Burim no podía recordar la fecha del cumpleaños de Afrodita, ni el día ni el año.

—¿Cuál es la historia del cambio del apellido familiar?

Burim le explicó el problema. Buda, que como todos los mafiosos albaneses conocía los detalles de la debacle de Rudaj, lo comprendió. Cuando el FBI intervino, montones de personas pasaron a la clandestinidad.

—¿Perdiste el contacto con tu hija hace mucho tiempo?

—Sí, ya sabes cómo son las cosas en este negocio.

En aquella época Burim era uno de los recaderos de la banda del barrio, muy metida en el tráfico de drogas, y aquello no le convertía en la figura paterna ideal. Tanto Buda como Burim lo entendían. Burim no consideró necesario aportar más detalles. Se daba por supuesto que la poli había ido, se había llevado a la niña para luego derivarla al programa de acogida, que el padre no se había molestado en ponerse en contacto con ella, todo eso. Burim guardó silencio de nuevo.

—¿Crees que se acordaría de ti?

—Tenía seis años, creo, cuando se marchó, y supongo que los niños ya se acuerdan de las cosas sucedidas a esa edad.

Burim no pudo por menos que preguntarse por qué un hombre como Buda se preocupaba por aquella mujer que tal vez fuera su hija.

—¿Cómo ha aparecido esa tal Pia Grazdani? ¿Cómo se ha mezclado contigo?

—Está relacionada con un trabajo que me pidieron que llevara a cabo —contestó Buda con vaguedad—. Estudia medicina en la Universidad de Columbia y trabajaba con un investigador que sufrió un accidente y murió.

Burim se sorprendió una vez más. ¿Podía estudiar medicina su hija? ¿Y en una universidad tan famosa? Parecía increíble. Si le hubieran preguntado, habría jurado que la chica había seguido un camino similar al de su madre; que había acabado con

un tipo como él, o quizá incluso en la calle. ¿Estudiante de medicina? Se asombró cuando sintió algo parecido al orgullo.

—¿Y es guapa, como dice Berti?

—Yo no la he visto, pero me han dicho que es preciosa. Y, hum, rebelde.

—¿Quieres decir que le gusta pelear?

—Podríamos decirlo así.

—Eso suena bien —dijo Burim con pesar—. Su madre era una tigresa. Entonces ¿de qué va esto?

—¿Dónde estás? Dadas las circunstancias, hemos de hablar en persona.

Resultaba que Graziani se encontraba a solo unos veinticinco kilómetros de donde estaba aparcado Buda, cerca de la salida del túnel Lincoln, en el puesto de peaje de New Jersey.

—¿Conoces el Swiss House Inn? —preguntó Burim. Aleksander lo conocía. El restaurante estaba al lado de la Ruta 80, a mano tanto para Graziani como para Buda, y tampoco muy lejos de Green Pond.

—Quiero que venga mi hermano —dijo Burim.

—De acuerdo —aceptó Buda que sentía curiosidad. Los dos hermanos eran como la noche y el día. Aleksander no lograba comprender para qué quería que fuese el burro de su hermano, pero le daba igual. Al fin y al cabo, era un asunto de familia.

—Yo también iré con un socio —dijo Buda pensando en Fatos Toptani. Si conseguía que llegara a tiempo, pensó—. Una media hora —añadió, y después colgó.

No le gustaba que la llamada se hubiera prolongado tanto, pero no había tenido otro remedio. ¿Qué probabilidades había de que el tal Burim fuera el padre de Pia? Desde aquella perspectiva, se alegraba mucho de haber investigado el asunto. Matar a la hija de un hombre bien relacionado, aunque se tratase de una hija perdida mucho tiempo antes, incluso una hija sobre la que el padre se mostraba ambivalente, habría supuesto un problema grave, sobre todo para un hombre relacionado con la banda de Ristani. Eran más adictos a la violencia que cualquier otra banda que Buda conociera. Para ellos, era como un deporte.

Aleksander telefoneó enseguida a Berti y le hizo un resumen de la conversación.

—Por extraño que pueda parecer, cabe la posibilidad de que esa Pia Grazdani sea la hija extraviada de Burim. —Berti estaba tan sorprendido como cualquiera—. Vamos a vernos en persona —añadió Buda.

—Bien —contestó Ristani—. Agradezco el tacto que estás mostrando con esto. No quisiera que ocurriera nada entre nuestras organizaciones.

—Yo tampoco —respondió Buda, y hablaba en serio.

Después, Aleksander realizó una llamada más antes de dirigirse hacia la cita en el restaurante con Burim. Llamó a Prek. Ahora era más importante que nunca que trataran a Pia con delicadeza. El destino de la chica estaba en manos de Burim.

*Green Pond, New Jersey*

*25 de marzo de 2011, 21.24 h.*

El teléfono de Prek sonó de nuevo. Era Buda, tal como esperaba. Escuchó la noticia sin apenas decir nada hasta que su jefe hubo terminado. Después, le aseguró que todo iba bien en la casa y antes de colgar le pidió que les llevara algo de comer si le iba bien. Buda accedió y dijo que lo compraría en el Swiss House.

—¿Qué pasa? —preguntó Genti después de que Prek colgara.

—Buda va con Fatos camino de un restaurante no lejos de aquí para encontrarse con dos tipos de Ristani que son hermanos. Es posible que la chica esté emparentada con ellos, hija de uno y sobrina del otro. Si resulta que es cierto, yo diría que charlarán un rato y decidirán cómo responderán por su silencio del mismo modo que nosotros hemos respondido por su seguridad. Después, vendrán aquí y descubrirán que nuestra promesa no vale nada. Entonces le pegarán un tiro en la cabeza a Neri y otro a ti en las piernas. Si tienes suerte.

Prek señaló primero a Neri y después a Genti. El primero se había sentado hecho un ovillo en la esquina del sofá. Tenía las manos enlazadas entre las rodillas y el cuerpo derrumbado hacia delante, aunque mantenía la cabeza erguida y miraba a Prek. Tenía un ojo rojo e hinchado a consecuencia del golpe que le había asestado su compañero con la pistola. Se convertiría en un gran moratón si vivía para contarlo. Genti estaba sentado en el otro extremo del sofá. Le habría gustado estar sentado con Prek, que se había acomodado sobre el respaldo del sofá de enfrente con los pies sobre el asiento, pero comprendía el simbolismo. Había caído en desgracia casi tanto como Neri.

—Puto imbécil —le espetó Prek.

—Eh, yo también confiaba en él —respondió Genti.

—¡Yo confiaba en ti! Y tú le pusiste caliente con tanto hablar de sexo.

—Bueno, no me dijiste «Me voy a la furgoneta, Genti. Procura que Neri no se quite los pantalones». Dijiste «El jefe dice que aún no lo sabe, dejad en paz a la chica», y nos lo dijiste a los dos. Supuse que él lo había oído tan bien como yo.

—De modo que decidiste echar una siestecita.

—Tú saliste a tomar el aire, Prek. Si estabas tan preocupado por ella, ¿por qué no te quedaste? Tienes tanta culpa como yo.

—¿Yo tengo la culpa?

—Vale, no fue culpa tuya, pero yo no la he tocado. ¿Qué pasa con este cabronazo?

Agitó la mano en dirección a Neri.

—No he hecho nada —dijo el joven en voz muy baja.

—¿Qué has dicho? —preguntó Prek.

—Ha dicho que él no ha hecho nada —intervino Genti—. Dice que se lo has impedido. Ya te lo había dicho.

—A mí no me dio esa sensación.

—Yo me inclino por creerle. Yo lo haría, si alguien estuviese a punto de volarme la cabeza, como tú hiciste, y después me golpeará en la cara con una pistola... Yo a ese tipo le digo la verdad. Escucha, Prek, la chica no recordará nada, con independencia de lo que haya pasado.

—Esa no es la cuestión. —Prek había empezado a chillar—. Está diciendo que él no ha hecho nada, y yo digo que eso no es lo que he visto.

—¿Qué parte, Prek?

—¿Cómo que qué parte?

—¿Qué has visto?

Lo que Prek había visto por la ventana había sido a Neri con los pantalones bajados y encima de Pia. No había otra conclusión, la estaba violando. Cuando destrozó la ventana y disparó la pistola, fue con la intención de asustar a Neri, pero la bala había pasado demasiado cerca, apenas unos siete centímetros por encima de la cabeza del joven, para atravesar a continuación un armario barato y hundirse en la pared de ladrillo de detrás. Pero había logrado el efecto deseado. El disparo despertó a Genti, que dejó entrar por la puerta al furibundo Prek. Este se abalanzó enseguida sobre Neri, que todavía tenía los pantalones caídos alrededor de los tobillos, y le golpeó en la cara.

Neri se sentía muy humillado y más que un poco asustado. Estaba diciendo la verdad, no había violado a la chica, pero no porque no lo hubiese intentado. Descubrió que padecía el mismo problema con una bella durmiente que con cualquier puta: no podía conseguir una erección. Había querido demostrarse algo, pero había fallado. Y en aquel momento, aquello no era lo peor. La chica se había retorcido a base de bien debajo de él. Tenía miedo de que no estuviera tan dormida como aparentaba.

Pia iba sintiéndose cada vez más despierta. Le dolía la cabeza, pero recordaba algunas cosas. Recordaba estar en una estación de metro cerca del hospital, y que George iba a ir a buscarla. Y que Will estaba con ella. A Will le había pasado algo. Recordaba que la calle estaba mojada porque estaba lloviendo. Se había hecho daño en una rodilla al caer. ¿Por qué se había caído?

La habitación en la que se encontraba era un lío de formas que le costaba descifrar. Estaba tumbada en una cama, lo notaba. Oía voces en una sala cercana. ¿A quién pertenecían aquellas voces? Sacudió la cabeza. Exacto, estaba en un coche. No,

una furgoneta. Y alguien le clavaba una aguja en el muslo. Ay. Escuchó. Las voces pertenecían a los hombres que la habían atacado en la habitación de la residencia. Eran los hombres que le habían hecho algo a Will. «Y uno de ellos me estaba haciendo algo. He de largarme de aquí», pensó para sí.

Podía mover los brazos y las piernas. Le sorprendió descubrir que no estaba atada. Echó un vistazo a su alrededor y vio una puerta cerrada a un lado y una ventana rota en el otro. También había oído un ruido muy fuerte. Y un hombre encima de ella. Algo reaccionó en el cerebro de Pia. Tenía que salir de aquella habitación, aunque solo fuera pasar al otro lado de la puerta o huir por la ventana; cualquier cosa sería mejor que quedarse allí. Las voces de los hombres se oían cada vez más altas y le llegaban desde el otro lado de la puerta. Por la ventana, entonces.

Bajó las piernas por el lado de la cama y trató de ponerse en pie, pero cayó de rodillas, y después sobre las manos. Evitó las esquirlas de cristal, caminó a cuatro patas hasta la ventana y se irguió. Aquella vieja ventana tenía un pomo al que pudo aferrarse. Cuando lo giró, el bastidor que no tenía cristal se abatió y ella quedó medio colgando sobre el marco. Le costó cierto esfuerzo apoyar las manos en la tierra, al pie de la ventana, y arrastrarse hacia delante utilizando las manos hasta que pudo levantar una pierna, después la otra, y pasarlas por encima del alféizar. Se derrumbó en el suelo. Pia supuso que había hecho mucho ruido, que quienes gritaban en la otra habitación la habrían oído. No obstante, continuaba oyendo las voces, tenues pero aún presentes, que seguían discutiendo.

—¿Qué le vas a decir a Buda? —preguntó Genti. Ahora estaba asustado.

—¿Qué crees que debería decirle?

—Dile que no ha pasado nada. Mírale a los ojos y dile que no ha pasado nada.

—No quiero mentirle. ¿Por qué he de hacerlo? Sois vosotros los que habéis fallado.

Neri miró hacia la puerta del dormitorio donde dormía Pia. «Será mejor que no recuerde nada —pensó—, o soy hombre muerto».

Acuclillada, la joven reprimió el ansia de cerrar los ojos, tumbarse y volver a dormir aunque todos los huesos de su cuerpo se lo estaban pidiendo. No era la primera vez en su vida que una descarga de adrenalina la impulsaba a continuar. Miró hacia la furgoneta, pero comprendió que debía verse perfectamente desde el lugar de donde procedían las voces. Y no se hallaba en estado de conducir. Se estrellaría contra el primer árbol que se cruzara en su camino.

No tenía ni idea de dónde estaba, de modo que intentó analizar la situación. Tenía frío, eso sí lo sabía. Había estado en una casa, y no veía ninguna otra a su alrededor,

ni luces. Clavó la mirada en la oscuridad que se extendía delante de la vivienda. ¿Aquello era agua? Sí. ¿Un río? ¿Un lago? ¿El mar? No tenía ni idea. Vio la luz de una luna mediada, oculta casi por completo por las nubes, pero no supo decir si estaba saliendo o poniéndose. Pia continuó agachada, pero empezó a desplazarse hacia la derecha, lejos de la furgoneta. Ya veía mejor, y al otro lado del agua distinguió una casa solitaria en la que brillaba una luz. Había otras casas, pero las que veía al otro lado del agua y cerca eran simples formas geométricas.

Había un camino de entrada de gravilla que se alejaba de la casa formando una curva, y Pia lo siguió en paralelo con paso inseguro, intentando no pisar las piedras. Tenía la sensación de que las piernas iban a fallarle de un momento a otro. Cuando llegó a un tramo de calzada, no supo qué dirección tomar, si izquierda o derecha. Observó que se hallaba en el campo, rodeada de bosque. Tomó una decisión arbitraria y giró a la derecha. En la carretera intentó acelerar el paso, pero se tambaleó como si estuviera borracha. Supuso que le habrían administrado alguna droga. Una vez más, recordó el dolor del pinchazo en el muslo.

La calzada era lisa y recta, y Pia fue dejando atrás caminos de entrada a la derecha, pero ninguno a la izquierda. Los árboles mantenían la carretera a oscuras. No había luz en ninguna de las viviendas ante las que pasaba. Aguzó el oído por si escuchaba el ruido del motor de la furgoneta al encenderse. De pronto, la carretera murió y se dividió en una explosión de caminos de entrada que se adentraban en la oscuridad. La luz de la luna se había abierto paso entre las nubes y, entre un hueco de los árboles, Pia distinguió agua a su izquierda. Agua a su izquierda, agua a su derecha. Experimentó la inquietante sensación de que estaba avanzando hacia el final de una península.

Volvió sobre sus pasos, pero entonces oyó que el sonido estridente de un motor al encenderse rompía el silencio del bosque. Procedía de delante de la casa de la que acababa de escapar. La luz de los faros osciló cuando la furgoneta bajó a toda prisa por el camino de entrada. Si el vehículo giraba a la derecha, sería un blanco fácil. Pia dio media vuelta y bajó corriendo por un camino de entrada que había a su izquierda, intentando hacer el menor ruido posible sobre la grava. Al llegar a la casa, se desvió por unas losas hundidas en la hierba que la rodeaba y no tardó en llegar a una pequeña playa arenosa. Entonces pudo ver que se encontraba al borde de una caleta circular de unos doscientos o trescientos metros de longitud, cuyo istmo, relativamente estrecho, se alejaba a su izquierda hacia un lago de buen tamaño. En aquel punto, la orilla opuesta distaba unos doscientos metros, y allí era donde se hallaba la casa con la luz encendida.

Pia sopesó sus opciones. Si gritaba, sabía que solo la oirían los hombres de la furgoneta. Podía esconderse, pero a la larga tendría que moverse y, cuando alguna luz la iluminara, los hombres que la habían secuestrado la verían sin problemas. Al

reparar en una pila de piedras que rompían la superficie del agua en mitad del angosto trecho que la separaba de la orilla opuesta, se preguntó si la profundidad del agua sería lo bastante escasa como para poder atravesar la distancia a pie. Aunque sabía que el agua estaría muy fría, concluyó que cruzar la caleta representaba su mejor oportunidad.

Se quitó los zapatos y la falda, los apretó contra su pecho y entró en el agua. Tal como esperaba, estaba helada. Cogió aire y miró hacia atrás, pero no distinguió las luces de la furgoneta. El fondo de la caleta era de arena, después encontró barro resbaladizo y algunas piedras. Cuando el agua le llegó a la cintura, predominaban las rocas y resbaló, de manera que se sumergió en el agua casi por completo. Recuperó el equilibrio y continuó adelante. De pronto, los faros destellaron sobre el agua delante de ella y después seis metros a su derecha. Pia caminó más despacio cuando llegó a la pila de rocas. Tenía las piernas y los pies entumecidos por completo; parecían más zancos que piernas. Después de sortear las piedras, solo le quedaban unos quince metros por recorrer.

Sin previo aviso, el fondo cedió y los pies de Pia se deslizaron por una pendiente cubierta de sedimento viscoso. Un instante después, estaba intentando vadear el agua con una mano mientras sujetaba los zapatos y la ropa por encima de la cabeza con la otra. Trató de nadar conteniendo el aliento en el agua helada. Casi de inmediato, sus músculos empezaron a perder algunas de sus funciones. Jadeó en busca de aliento. Sentía todo el cuerpo entumecido, salvo la cara. Dejó de sostener su ropa por encima de la cabeza. Tiró los zapatos e intentó nadar algunas brazadas. Consiguió avanzar un poco más deprisa, aunque tenía la sensación de que apenas se movía.

Por fin, su pie derecho tocó un fondo arenoso. Se irguió con el agua hasta el cuello y avanzó hacia la orilla. Temblaba tanto que le costaba sujetar la ropa mojada. Al cabo de unos metros, el agua descendió hasta el nivel de su cintura. La casa iluminada se hallaba a unos treinta metros a su izquierda. Intentó gritar, pero solo pudo emitir un susurro. Se tambaleó. Las piernas le fallaban. Por fin, salió del agua a una especie de promontorio con laderas tanto en el lado del lago como en el de la caleta. Pero la ruta hasta la casa iluminada, que seguía el borde del lago, estaba bloqueada por grandes rocas, maleza y numerosos árboles. Tendría que llegar hasta ella por la carretera.

Pia descubrió una especie de sendero que atravesaba un terreno irregular y vio que un largo camino de entrada sumido en la oscuridad comunicaba la carretera con la casa. Se encaminó hacia él para alcanzarla. Sintió piedras afiladas bajo sus pies entumecidos, e iba cargada con su ropa empapada. ¿Qué pensaría aquella gente? Llegó a la calzada y torció a la izquierda. Caminar era difícil, pero la casa ya estaba más cerca.

Entonces, detrás de ella, oyó que un vehículo se acercaba. No sabía a qué

distancia se encontraba. Mientras el pánico se iba apoderando de ella, miró hacia la oscuridad que se cernía a su espalda y vio el resplandor de los faros que se acercaban. No tenía tiempo para esconderse y sabía que tampoco podía correr. Intentó gritar, pero el débil sonido que emitió quedó ahogado cuando una luz brillante la bañó. Tal vez fuese otra persona, le dijo una parte de su cerebro. Pia miró, protegiéndose los ojos adaptados a la oscuridad con la mano libre. El vehículo frenó y se detuvo a escasos centímetros de su cuerpo semidesnudo y tembloroso.

«Por favor, por favor, por favor».

El corazón de Pia dio un vuelco. Era una furgoneta, una furgoneta azul.

*Swiss House Inn, New Jersey*  
*25 de marzo de 2011, 22.09 h.*

Aleksander Buda esperaba en el aparcamiento del Swiss House Inn la llegada de Fatos. En la banda solían bromear acerca de que Fatos era el tipo más delgado que conocían, pero nadie se lo había dicho a la cara más de una vez. Fatos era delgado y nervudo como un galgo, tenía las manos rápidas y aquello le convertía en un elemento muy eficaz con un cuchillo. Pocas veces se le veía sin su gorra de béisbol, que llevaba girada hacia atrás como un devoto del hip-hop. Cuando Buda quería contar con un apoyo como el que necesitaba para aquella noche, siempre llamaba a Fatos.

Tan fiable como siempre, cinco minutos después de la llegada de Buda Fatos aparcó su Cadillac sedán negro en una plaza vacía al lado de la de su jefe. Ambos coches estaban aislados de los demás en la parte posterior del aparcamiento. Ninguno de los dos hombres bajó. Buda apenas saludó a Fatos con un cabeceo. No necesitaban hablar mucho.

Aleksander barrió con la mirada el aparcamiento medio lleno. Un tipo que podría ser Burim estaba sentado en un Chevy Camaro nuevo, en una plaza que no estaba a más de veinte metros a su derecha. El conductor, sentado al volante, se empeñaba en ignorar a Buda. Después, apareció otro coche, un Escalade, y Aleksander reconoció a Drilon al volante. El recién llegado le dirigió un destello de luces al Camaro.

—La banda ha llegado —comentó Buda para sí.

Drilon aparcó y, primero Burim y después Buda, seguidos de los otros dos hombres, bajaron de sus coches, se encontraron en medio e intercambiaron saludos.

—Vamos a comer algo —dijo Aleksander—. Me muero de hambre.

El restaurante y el bar estaban situados en una casa de dos pisos y estructura de madera, de aspecto bastante vulgar y pintada de un verde intenso con ribetes blancos. Salvo por el letrero iluminado delante del edificio contiguo a la carretera, que anunciaba SWISS HOUSE INN, aquello no parecía un restaurante, sino otra casa erigida al borde de la carretera, en mejor estado que las demás. El aparcamiento estaba casi lleno, de modo que debía de ser un lugar popular los viernes por la noche. Burim fue el primero en entrar, y la mujer de la puerta le dedicó grandes aspavientos, le preguntó por su salud y le dijo que su mesa estaba preparada. Buda supuso que había llamado para reservar y que era un cliente habitual. Otros comensales que esperaban mesa echaron un vistazo al grupo, pero decidieron no convertir en un problema el hecho de que los hombres se saltaran la cola. Todos iban vestidos con voluminosas chaquetas de cuero, el atuendo habitual de la mafia albanesa.

En la parte trasera del abarrotado restaurante había un solo reservado, a mitad de camino entre la cocina y la sala principal. El único tráfico consistía en los empleados que salían de la cocina, varios de los cuales se pararon a saludar a Burim.

—Te conocen aquí —comentó Buda. Se sentía algo decepcionado. De haber sabido que Burim era cliente habitual, no habría aceptado aquel local.

—Doy unas propinas estupendas —contestó Burim, y le guiñó un ojo a Drilon, sentado enfrente.

Buda estudió a los dos hombres. Drilon estaba sudando y parecía muy inquieto. Burim estaba relajado y proyectaba una serena confianza en sí mismo. Aquel hermano se había quedado con la apostura y el cerebro, pensó Aleksander.

—¿Qué os traigo, chicos?

Era la recepcionista, que ejercía doble función. Pidieron cuatro cervezas y el especial, escalope, para todos.

—Bien, caballeros, este es el problema. —Buda fue al grano, sin detenerse en trivialidades—. Estoy haciendo un trabajo para alguien, y cuando ya estábamos a medias ha surgido un problema. El problema es esa chica que se dedica a husmear, investigar un asunto y ponerme las cosas difíciles. Intentamos disuadirla, pero no funcionó. Lo sensato sería eliminar el problema, de modo que lo hablé con mi cliente y se mostró dispuesto a pagar cien de los grandes por el trabajo extra, lo cual significa liquidar a la zorra entrometida.

Buda hizo una pausa para tomar un sorbo de agua y miró a Fatos. Él sabía que el contrato era de doscientos cincuenta mil dólares, pero no había motivos para que aquellos tipos lo supieran.

—Si se diera el caso de que esa chica fuera tu hija, has de responsabilizarte de ella, y tú y yo nos repartiremos el dinero. Pero eso significa que tu responsabilidad consiste en asegurarte de que desista de investigar este caso, de ir husmeando por ahí, de hablar con gente, de pensar en ello, de soñar con ello. Y si no es tu hija, entonces cumpliremos el contrato y tú tienes que prometer no hablar con nadie de lo que hemos hecho. En tal caso, te llevarás una cuarta parte del dinero por los inconvenientes que te hemos causado.

—¿Dónde está ella ahora? —preguntó Burim. En aquel momento, estaba impaciente por verla.

—No lejos de aquí. Está sana y salva.

—¿Y qué estaba husmeando, si puede saberse?

—Preferiría no decirlo. Ah, aquí viene la comida.

Los humeantes platos de escalope y fideos llegaron. Al recordar la petición de Prek, Buda pidió cuatro más.

—Lo principal es que deje de hacer lo que está haciendo —dijo Aleksander al tiempo que pinchaba un trozo de ternera—. Debo decirte que está haciendo cosas

muy peligrosas para mí. Sería bueno que se tomara unas largas vacaciones.

—Estoy seguro de que podremos solucionarlo —dijo Burim. No tenía motivos para creer que pudiera lograrlo, pero le gustaba la idea de ganarse un sobresueldo—. ¿Verdad, Drilon?

—Claro.

Drilon se estaba enfrentando a sus propios demonios, pero no podía hacer más que seguir la corriente. Empujó un fideo alrededor del borde de su plato con el tenedor.

—Será un placer ayudarle, señor Buda, pero esto nos causará algunos gastos más —aseguró Burim.

—No te preocupes —contestó él—, nosotros pagaremos la cena.

—No, de veras, su dinero carece de valor aquí. Habrá otros gastos, por la chica.

Burim ya había decidido que la chica tenía que ser su hija desaparecida. Las coincidencias eran demasiado extraordinarias. Y si la personalidad de la muchacha recordaba a la de su fallecida esposa, iba a necesitar un poco de dinero para intentar controlarla.

—Por supuesto —dijo Aleksander. Ya se lo esperaba—. Creo que diez mil dólares es una cantidad justa por la chica.

—Por los inconvenientes que se le han causado —añadió Burim. Buda cabeceó en dirección a Fatos, quien se inclinó hacia atrás, contó unos cuantos billetes por debajo de la mesa y le entregó a Burim un grueso fajo doblado por la mitad.

—Eso es para ti de cualquier modo —continuó Buda—, sea o no tu hija. Si no lo es, puedes guardarte el dinero para tus gastos.

—Es usted muy considerado.

—Y tú muy servicial.

Buda y Burim se estrecharon la mano por encima de la mesa y los cuatro hombres repitieron la ceremonia por turnos, convirtiendo el acuerdo en algo tan vinculante como cualquier documento legal dentro de la tradición y la lógica albanesas. Terminaron de cenar deprisa y se fueron con la comida para llevar. Burim, que había dejado tres billetes de veinte dólares de propina sobre la mesa, recibió la instrucción de seguir a Buda, quien abriría la marcha en una especie de caravana de vehículos.

Cuando Burim salió del restaurante, se palmeó el bolsillo abultado por el dinero y sonrió pensando que iba a ser una velada interesante y lucrativa.

*Green Pond, New Jersey*

*25 de marzo de 2011, 23.15 h.*

Lo único que podían hacer los ocupantes de la casa de verano era esperar. Prek estaba sentado al lado de Neri en un sofá, mientras que Pia y Genti permanecían en el de enfrente. Había pensado en atarla, como tendría que haber hecho antes, pero no quería dar una impresión todavía peor. Además, la chica no iba a ir a ninguna parte. Prek había encontrado una vieja camiseta en un armario y se la había dado para que la llevara con uno de los jerséis de los New York Jets que guardaba en la casa. El jersey le llegaba hasta la mitad de los muslos. También llevaba unos calcetines de fútbol subidos hasta las rodillas. Se había echado una toalla sobre los hombros, pero continuaba temblando.

Pia le lanzaba miradas asesinas a Neri. Era el tipo que la había tocado, estaba segura. También echaba miradas furtivas a los otros dos tipos, el que parecía estar al mando, con la gruesa cicatriz en el labio superior, y el tipo de la nariz prominente. No estaba del todo segura, pero creía que eran los que la habían atacado la noche anterior. Había reconocido las voces.

Prek acunaba una pistola en la mano. Se preguntó si tendría que utilizarla aquella noche y, en tal caso, quién sería el objetivo. Todos se lo merecían: Neri por desobedecer una orden de manera flagrante y Genti por no impedirselo. La única persona con la que Prek no estaba furioso era Pia. La admiraba por intentar escapar y por haber llegado tan lejos en su huida. Si tenía que matarla, no sería algo emocional. Sería solo trabajo.

Al menos, aquel fiasco llegaría pronto a su conclusión, pensó Prek cuando percibió que un grupo de coches entraban en el camino de acceso, uno tras otro. Un momento después, oyeron que se abrían las puertas de los vehículos y que después se cerraban en rápida sucesión.

—Ve a esperar en el dormitorio —le dijo a Pia.

En cuanto Buda, Fatos, Burim y Drilon entraron en la casa, todos se dieron cuenta de que algo iba mal. El ambiente entre los tres hombres que esperaban dentro era muy tenso. Neri estaba sentado en el sofá con la vista clavada en el suelo y no se levantó. Genti no estableció contacto visual, y Prek actuaba como si estuviera muy nervioso. Buda tenía que averiguar qué había ocurrido, y de prisa.

—Caballeros —dijo, y se volvió hacia Burim y Drilon—, he dejado la comida que trajimos en la parte posterior de mi coche. ¿Les importaría? Me gustaría intercambiar unas breves palabras con mis chicos.

Burim y Drilon salieron de la sala y cerraron la puerta. Buda se volvió hacia Prek.

—¿Qué cojones está pasando aquí? ¡Levántate, Neri! ¡Genti, mírame cuando te hablo! ¿Dónde está la chica?

—En el dormitorio —contestó Prek—. Saltó por la ventana, se zambulló en el lago y huyó nadando.

—¿Qué? ¿Hablas en serio?

—Sí, pero la encontramos enseguida.

—¿La ha visto alguien?

—No, estoy seguro. Aquí solo estamos nosotros.

—¿Estás absolutamente seguro?

—Sí.

Los tres hombres de Buda estaban de pie como escolares culpables delante del director.

—¿Y a ti qué te ha pasado? —le preguntó Aleksander a Neri, cuyo ojo se estaba cerrando rápidamente. El joven no habló, pero miró a Prek.

—¿Te lo ha hecho ella?

—No —dijo Prek—. He sido yo.

—¿Por qué? —Buda se inclinó hacia delante, con los brazos en jarras. Fatos estaba de pie junto a la puerta con los brazos cruzados. El mensaje estaba claro: nadie iba a entrar o salir de allí—. Prek, más te vale contarme qué ha pasado ahora mismo, o tendremos un problema serio.

—Atacó a la chica —contestó Prek. Neri se quedó boquiabierto. Tenía la esperanza de que su compañero se inventara alguna historia.

—¿Y eso fue antes o después de que escapara?

—Antes.

—¿Y dónde estabas tú?

Silencio.

—Muy bien, ya me ocuparé de esto más tarde. Todo dependerá de si la chica es la hija de ese. Esperemos que no. Fatos, déjales entrar.

»Burim, Drilon —dijo Aleksander en el tono más cordial que pudo—. Lo que ha pasado es que la chica intentó escapar, pero no lo ha conseguido. Mis hombres están muy avergonzados, como debe ser.

Burim miró a Neri, pero nadie dio ninguna explicación sobre su herida.

—Mi esposa era una tigresa —dijo—. Tal vez esta mujer también lo sea. Señor Buda, estoy preparado para conocerla.

Buda acompañó a Burim hasta el dormitorio y se fue. Pia estaba sentada en la cama, de cara a la ventana.

—Afrodita. Pia —dijo Burim—. ¿De veras eres tú? Yo soy Burim. Burim

Grazdani. Creo que soy tu padre, Pia. Mírame, por favor.

La joven tardó un segundo en volverse. Cuando lo hizo, fulminó con la mirada al hombre; tenía el rostro ensombrecido por la furia, odio en estado puro. La expresión de Burim pasó de la incredulidad al asombro.

—Oh, Dios —exclamó—. Eres la viva imagen de tu madre.

Burim conocía la expresión de aquella cara por la primera Pia, una mujer hermosa llena de odio. El albanés estaba experimentando sentimientos que jamás había tenido, y era incapaz de articularlos.

—Me han dicho que estudias en la facultad de medicina de Columbia. Es asombroso. Debes de ser muy inteligente. —Pia se había vuelto de nuevo, y Burim continuó hablándole a su espalda—. Te pareces mucho a tu madre, ¿sabes? No creo que lo sepas. El mismo pelo, los mismos ojos, es asombroso.

Pia no dijo nada. ¿Era posible que fuera él?

—Creo que nuestro encuentro es un milagro. Pia, di algo, por favor.

Silencio.

—Tu tío Drilon está aquí.

Aquello sí que hizo reaccionar a Pia. Escupió ruidosamente al suelo, junto a la cama. Burim se quedó desconsolado.

—Pia, lamento no haber ido nunca a buscarte. Era joven y estúpido. Quise ir, muchas veces, pero sabía que si lo hacía descubrirían que estaba de ilegal en este país y me enviarían a casa. Así nunca tendría la oportunidad de volver a verte. Estaba trabajando con aquellos tipos, el grupo Rudaj; desmantelaron la organización y Drilon y yo tuvimos que pasar a la clandestinidad. Fue entonces cuando empezamos a trabajar para Ristani, pudimos cambiar de nombre y dejar atrás nuestro pasado. Ojalá no hubiéramos tenido que hacerlo, pero las cosas fueron así. Pia, por favor.

En cuanto Pia vio la cara de Burim, supo quién era. Era el hombre al que había esperado durante años, el hombre que la condenó a los tormentos mientras ella esperaba con ansia que fuera a salvarla. Nunca lo hizo. Ahora hacía acto de aparición, ¿y para qué? ¿Y por qué había llevado a aquel monstruo con él? ¿Qué iban a hacer con ella, matarla? En aquel momento, apenas le importaba.

—Escucha, ya sé que te abandoné, pero de repente, ahora que te veo, es importante para mí que seas mi hija y que estés a salvo.

—¿A salvo? ¿Tienes idea de lo cómo lo pasé en el programa de acogida? —rugió Pia. Burim se quedó sorprendido por el sonido de su voz—. ¿Lo sabes?

—¡Pero vas a ser médico, mira cómo terminó todo!

—Así es como termina todo, imbécil. Pistolas, gángsteres, asesinos. Eso es lo que recuerdo de cuando era niña. Mi madre estaba allí, y de repente ya no. ¿Qué le pasó?

—No lo sé.

—¡Mentiroso!

Pia se volvió y le gritó a la cara. Buda abrió la puerta. Debía de estar esperando al otro lado.

—¿Va todo bien?

—Déjanos, por favor —dijo Burim. Lágrimas silenciosas resbalaban por la cara de Pia. Se volvió hacia la pared. No entendía nada de lo que estaba pasando. ¿Cómo se había implicado su padre con la gente que había asesinado a Rothman, Yamamoto y Will McKinley? Habían estado esperando a que él apareciera, lo cual significaba que tal vez pudiese impedir que la mataran también a ella. Cuando Pia volvió a hablar, lo hizo en voz más baja:

—Es lo único que sé de ti. Que eres un mentiroso.

—Ahora estoy aquí.

—¿Has venido a terminar el trabajo que empezaron ellos?

—Entiendo por qué dices esas cosas, pero has de creerme, he venido a salvarte.

—Tú y tu caballo blanco.

—¿Qué?

—Nada.

—Lo que te estoy diciendo no es ninguna mentira. A esos tipos de la otra habitación les han pagado para que te pongan freno porque estabas investigando unas muertes. Y quieren que dejes de hacerlo. —Pia no dijo nada—. Saben que tu apellido es albanés y preguntaron por ahí si alguien te conocía, y yo dije, «Sí, es posible». Resulta que un albanés no puede matar a otro albanés, al menos en nuestro negocio, a menos que el asesino quiera morir también. Si no fueras albanesa, si no fueras mi hija, ya estarías muerta. ¿Lo comprendes?

—Es muy amable por tu parte.

—La verdad es que sí.

—Asesinaron a mi profesor y a otro médico inoculándoles la fiebre tifoidea y una dosis masiva de polonio. Esta noche han asesinado a un amigo mío de un disparo en la cabeza solo porque me estaba ayudando. ¿Debería estar agradecida con ellos porque me han perdonado la vida?

—No puedo hacer nada por los demás. Lo que sí puedo hacer es salvarte a ti.

—¿Y cómo vas a hacerlo?

—Les garantizaré que abandonarás tu investigación. Y que no hablarás con las autoridades de su implicación. Tómate unas vacaciones. Haz algo. Ya lo arreglaremos.

—¿Tú? No me has visto desde que tenía seis años. ¿Aceptarán tu palabra?

—Si se la doy, sí. He estrechado su mano, y el honor de mi familia está en juego.

—O me matarán.

—O te matarán.

—¿Y tú aceptarás mi palabra de que abandono?

—Si me das tu palabra, sí.

Pia resopló. Daba la impresión de que la única persona capaz de salvarla era su padre, la persona más improbable del planeta, la persona en la que menos confiaba y a la que más odiaba, el hombre que era la causa de todos sus males. Aquella era una situación que desafiaba la cordura, pero Pia intentó hablar de una manera desapasionada. Su organismo aún no había eliminado la droga por completo, era consciente de ello. Se sentía más fatigada que nunca, asustada, disgustada y furiosa. Pero tenía que pensar.

Si quería vivir, tenía que prometer dejar de investigar, pero ¿sería capaz de hacerlo? Quedaba muy poco por investigar. En el IML había demostrado que el polonio era el causante de la muerte de Rothman y Yamamoto, y estaba segura de que los forenses investigarían lo que ella había descubierto. La policía habría invadido Columbia en busca de los asesinos de Will y de sus secuestradores. No podía hacer nada más para contribuir a la investigación, aparte de aportar pruebas y aquel hombre no había dicho nada de eso. Su trabajo había terminado.

—Como si te importara el honor de la familia —dijo.

—Me importa, pero, si no lo crees, acepta mi palabra de que me preocupo por mi honor.

—¿Y eso es lo único que debo hacer, dejar de investigar?

—Pero tienes que abandonar de verdad, tal vez marcharte una temporada. Has de creerme, de lo contrario te matarán. Pienses lo que pienses de mí, debes pensar en la alternativa. Tienes que guardar silencio. Si conduces a la policía hasta Buda, jamás podrás testificar contra él.

Pia comprendió que no le quedaba otra opción. Pero tal vez su padre pudiera hacer algo por ella y subsanar algunos agravios que había sufrido. Pia se volvió hacia él.

—De acuerdo. Pero deberías saber que no todos esos hombres se han portado de manera honorable conmigo.

—Me alegro de que aceptes, Pia, pero ¿a qué te refieres?

—Cuando llegué aquí me drogaron. Pero recuerdo que uno de ellos, como mínimo, me forzó. El joven sin la menor duda. Pero tal vez fueran todos.

Burim reaccionó tal como Pia esperaba. La miró un momento, con el rostro púrpura, y después se levantó de un salto y abrió la puerta.

—¡Señor Buda! Tengo que hablar con usted.

Buda comprendió que Burim tenía ganas de pelea y que lanzaba miradas furiosas a Neri. La chica le habría contado lo sucedido en la casa. Todo el mundo se levantó y la tensión se elevó de inmediato. Aleksander se llevó a Burim a la cocina. Los paquetes de comida para llevar descansaban sobre el horno, aún sin abrir. Burim habló en voz baja, pero con furia reprimida.

—Es mi hija. Y dice que la han violado. El más joven con toda seguridad, tal vez más. ¿Lo sabía?

—Escucha, me han dicho que un hombre perdió el control un momento, pero no hubo contacto sex...

—Pero...

—Comprendo que esto te afecte, pero existían muy pocas probabilidades de que fuera tu hija...

—Eso no es excusa. Tal vez hubiera sido mejor que la mataran que deshonrarla así. Le he estrechado la mano, pero tal vez tenga que romper el trato.

Buda miró a Burim a los ojos. ¿Hablaban en serio o solo estaba intentando sacarle más dinero? Diez minutos antes el tío ni siquiera sabía que tenía una hija ¿y ahora estaba preocupado por su honor? Aquellos tipos seguían siendo unos paletos.

—Castigaré a esos hombres, te lo aseguro.

Burim negó con la cabeza y se abrió la chaqueta para dejar al descubierto su pistolera.

—La única solución es que yo me encargue del castigo. ¿Quiere que llame a Berti?

—No, claro que no. Te llamé precisamente para evitar este tipo de situación. Un asesinato solo conduciría a más asesinatos: siempre es así. Castigo, sí. Asesinato, no. Le pediré disculpas en persona.

—Dudo que vaya a aceptar cualquier disculpa. Por eso supe que era ella, porque tiene el mismo carácter que su madre.

—Escucha, le pediré disculpas. Os daré dinero a los dos, dinero que les quitaré a esos tres hombres de ahí fuera. Pero no quiero reyertas familiares por esto. No tendría que haber pasado. Lamento la situación. En última instancia, el culpable soy yo. Pero te necesito, Burim, para que cumplas tu compromiso y para que ella abandone su investigación.

Burim hizo una pausa para pensar. Aleksander no permitiría que un hombre de otra banda castigara a sus hombres. Una reyerta familiar no interesaba a nadie, y él no quería ser la causa de una disputa entre Aleksander Buda y Berti Ristani.

—De acuerdo. Déjeme hablar con ella.

Burim volvió al dormitorio. Pia sabía que debía aceptar la ayuda de aquel hombre, por desagradable que le resultara. En aquel momento, lo que más deseaba era salir de allí e ir en busca de George. Burim cerró la puerta y le refirió lo que Buda había dicho. ¿Querría ella renunciar a la venganza a la que tenía derecho? La joven supo que le estaban negando lo que era justo por segunda vez: le impedían denunciar a los asesinos de Rothman y también vengarse de la persona que la había atacado.

—Si ha de ser así, quiero hablar con esos hombres de ahí fuera —dijo.

—De acuerdo —aceptó Burim—. Pero quiero rubricar nuestro acuerdo: un

apretón de manos albanés.

El hombre extendió la mano. Pia la miró. Le daba igual. Se estrecharon la mano y se le erizó el vello cuando tocó la de él.

Entraron en la sala de estar, donde todo el mundo seguía de pie, aunque en una postura algo más relajada.

—Voy a aceptar la oferta —anunció Pia—. Haré lo que piden y abandonaré la investigación. Pero tengo que decir un par de cosas.

Pia se acercó a Neri y se plantó frente a él. Él se echó a temblar, miró primero a Prek, después a Buda, y por fin a Burim.

—Eres un pedazo de mierda.

—Juro que no hice nada. No puedo, es imposible...

Pia le hundió el índice en el esternón.

—No eres tan duro cuando la chica está despierta, ¿eh? ¿Sabes lo que va a hacer mi padre contigo? Te va a cortar tu diminuta polla y te la meterá por el culo.

—No, no, yo no...

—¿Perdona?

Pia volvió a hundir el dedo. Neri se había puesto a llorar, grandes torrentes de lágrimas brotaban de sus ojos. Juntó las manos y le suplicó a Pia.

—Y tú —le dijo Pia a Drilon—, nunca más volverás a dirigirme la palabra ni te acercarás a mí. —El hombre miró a Burim y levantó las manos como diciendo «No entiendo nada». Pia se apresuró a continuar—: Ahora voy a hacerle una pregunta a usted.

Pia miró a Buda, que enarcó las cejas.

—¿A mí?

—¿Unos hombres le han pagado para que me asuste?

—Sí.

—¿Unos hombres le han pagado para que me mate?

—Sí.

—¿Son los mismos hombres que le pidieron que asesinara a los doctores Rothman y Yamamoto?

Buda hizo una pausa.

—Sí.

—¿Por qué lo hicieron? Cuando me di cuenta de que las muertes no eran accidentales, no fui capaz de imaginar por qué alguien querría tomarse tantas molestias para matar a dos médicos investigadores. El trabajo que estaban haciendo... Estaban a punto de cambiar el mundo.

Buda miró a Burim. ¿Era posible controlar a aquella mujer?

—Algunas personas habían hecho inversiones que esa investigación amenazaba.

—¿Inversiones? ¿Quiere decir que lo han hecho por dinero?

—Supongo —contestó Buda. ¿Por qué lo hace todo la gente si no?, pensó.

Pia no podía creérselo. Pensó en su charla a corazón abierto con Rothman, que le había parecido el inicio de algo importante en su vida: el padre que nunca había tenido. Recordó la amabilidad de Yamamoto. Y a Will, su vida extinguida también. Entonces recordó haber entrado en una habitación iluminada de azul y contemplar los baños palpitantes de los órganos artificiales, y la enorme emoción que había experimentado. Y la gran alegría que había sentido al ver los páncreas artificiales. Ahora era muy posible que clausuraran aquellas dos salas y dejaran aparcado el proyecto. La investigación continuaría, pero no en Columbia y no con ella. Pia se sentía vacía y desconsolada.

Era probable que los asesinos de Rothman y Yamamoto se encontraran en aquella sala de estar. Pia no podría tocarlos, lo sabía. Su vida dependía de que ellos no fueran acusados de asesinato. Pero no había perdido todo el poder.

—En ese caso, quiero que haga una cosa. Y después, prometo que me desentenderé del caso y me morderé la lengua.

Pia les contó su idea a los hombres. A Buda le gustó: aquel trabajo tenía demasiados cabos sueltos. Burim admitió que aquello satisfaría el honor de su hija. Los hombres volvieron a estrechase las manos y después todos estrecharon la de Pia.

Buda estaba contento con cómo se habían solucionado las cosas, aunque le quedaba más trabajo por hacer, y además debía decidir qué haría con sus hombres, sobre todo con Neri, que daba la impresión de haberse desmoronado por completo. Prek y Genti estaban comiéndose la comida tibia, pero el otro seguía derrumbado en el sofá.

Buda localizó un par de zapatillas de su mujer, demasiado grandes para Pia, pero debería conformarse con aquello de momento. Las llevó al dormitorio donde la joven estaba descansando.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—¿Cree que se lo voy a decir? —le contestó ella.

—Escucha, lamento que sucediera así.

—Es un poco tarde para eso. Déjeme en paz, por favor.

Cuando Pia volvió a la sala, estaba llena de humo de cigarrillos. Los hombres charlaban de pie, y un par de ellos reían. Pia se acercó a Buda.

—¿Dónde está mi móvil?

Aleksander miró a Prek, que se encogió de hombros.

—Dáselo. Pero no lo enciendas hasta que hayamos terminado aquí.

—De acuerdo.

Prek se sacó del bolsillo el móvil, la identificación de estudiante y el billetero que

Pia utilizaba para llevar la tarjeta de crédito y el dinero, y se los devolvió.

—Estaré fuera —dijo Pia—. Esto apesta.

Sin más palabras, salió y cerró la puerta con fuerza suficiente como para que la casa se estremeciera.

Burim sacudió la cabeza.

—Es clavada a su madre.

—Deberíamos salir. Podría llamar a alguien —dijo Prek.

—No lo hará —aseguró Buda—. Es albanesa, lo ha prometido.

—Es medio albanesa —rectificó Burim—. Y medio italiana. Será mejor que vaya a ver.

Los hombres rieron.

Pia, escondida al otro lado de la furgoneta, había encendido el teléfono, que estaba inundado de mensajes, correos electrónicos y mensajes de texto. Vio que había uno de Lesley Wong.

«Dios te bendiga —decía—. Rezando por la recuperación de Will».

—¿Pia?

Era Burim. Apagó el teléfono y salió de detrás de la furgoneta.

—Nos vamos —dijo Burim.

Pia solo podía pensar en una cosa. ¿Recuperación? ¿Era posible que Will estuviera vivo?

*Green Pond, New Jersey*

*26 de marzo de 2011, 12.03 h.*

Buda les dio a sus hombres la orden de partir. Él volvería al Bronx con Prek y Genti, mientras que Neri se quedaría en la casa para limpiarla, al igual que la furgoneta, con el fin de borrar toda huella de la estancia de Pia. Aleksander fue muy concreto respecto a los productos que Neri debería utilizar y al tiempo que debía dedicar a cada parte de la tarea. Subrayó que quería que Neri hiciera un muy buen trabajo y que aquello le llevaría todo el fin de semana. Así ganaría tiempo para pensar qué debía hacer con él. Antes de abandonar la casa, se guardó las llaves de la furgoneta en el bolsillo. Fatos debía acompañar a Drilon hasta el aparcamiento del restaurante para que recogiera su coche, porque Pia se había negado en redondo a subir al mismo vehículo que él. No estaba dispuesta a explicar por qué.

La joven se sentó en el asiento del copiloto del coche de Burim, con la mirada clavada en el frente, mientras los hombres se despedían en el camino de entrada. Burim y Pia se marcharon en dirección a Weehawken. El hombre encendió la calefacción pensando en Pia.

—¿Cuál es tu problema con Drilon?

—No pienso hablar de ello —replicó Pia.

—Espero que lo hagas más adelante. Bien, esta noche iremos a mi casa.

«¿Está de coña?», pensó ella. Estaba desesperada por apartarse de aquel hombre.

—No, quiero volver al hospital.

—No puedo permitirte.

—Claro que sí. Prometí no entrometerme más y no voy a hacerlo. Tendrás que confiar en mí. Es lo mismo esta noche que dentro de una semana o de un mes. He de comprobar algo.

—El lugar estará lleno de polis.

—Tarde o temprano tendré que hablar con ellos. ¿O crees que pienso mudarme contigo y vivir en New Jersey para jugar a las familias felices? Porque va a ser que no. No puedes volver a mi vida así como así, ¿no lo entiendes? Hemos llegado a un acuerdo, eso es todo. Tú has de confiar en mí, yo he de confiar en ti. Nos estrechamos las manos, ¿recuerdas?

—No puedes decirle nada a la policía, como ya comprenderás. Nada sobre Buda o sus hombres, o que nos has visto a mí o a Drilon.

—No te preocupes, no será difícil olvidarte.

Burim hizo caso omiso de la pulla.

—Tenemos que inventarnos una historia sobre lo que te ha pasado.

—La policía sabrá lo mismo que yo acerca del polonio. Pero yo no sé quién los mató, solo sé por qué.

—Cuanto menos sepa yo, mejor.

—Imagino que se darán cuenta de que tengo el organismo lleno de drogas. Por lo tanto, diré que me drogaron y que después me retuvieron en una casa fuera de la ciudad, pero que conseguí escapar.

—¿Cómo volviste a Nueva York?

—Vale, desperté en Nueva York y no sé dónde he estado.

—¿De dónde has sacado la ropa?

—No me acuerdo, y eso sí que es verdad.

—Bien, la cosa quedará así: perdiste el conocimiento, drogada. Unos tíos te llevaron de un sitio a otro, pero no llegaste a ver sus caras. Pararon en una casa y te dieron ropa diferente. Después, te metieron en el coche de nuevo y te abandonaron en Manhattan. Yo no puedo acompañarte hasta el hospital, no puedo correr el riesgo de que me vean. Será mejor que pases al asiento de atrás para que no te graben las cámaras del puente. Yo te dejaré en la parte alta de Manhattan, en Broadway. Allí podrás parar un taxi.

—De acuerdo.

Pia pasó al asiento de atrás y se acurrucó. Estaba agotada y todavía tenía temblores.

—Pia, tenemos que mantenernos en contacto. ¿Cuál es tu número de móvil?

La joven supuso que podría averiguarlo si quería, de modo que se lo dio, y él le dijo que lo recordaría. No se molestó en darle el suyo a Pia.

Burim continuó hablando, le contó pequeñas anécdotas sobre momentos que recordaba de cuando Pia era pequeña. Estaba convencido de que su memoria no se equivocaba, de que aquellas cosas habían ocurrido tal como él las recordaba. Iba concentrado en la carretera, y sabía que Pia tal vez no le estuviera escuchando. Intentaría establecer un lazo con ella, pero no confiaba en obtener una reacción positiva. Al cabo de un rato dejó de hablar y continuaron el viaje en silencio.

Transcurridos cuarenta minutos, Burim llegó a Broadway, en la parte alta de Manhattan. En mitad de una manzana tranquila, aminoró la velocidad y Pia saltó del coche sin despedirse ni mirar atrás. El hombre detuvo el vehículo y vio que su hija caminaba hasta un cruce y alzaba la mano para parar un taxi. Se detuvo un taxi ilegal, Pia se inclinó hacia la ventanilla y le dijo algo al conductor. Antes de subir al coche, Burim pensó que parecía menuda y vulnerable con su absurdo atuendo desparejado. Pero tenía la sensación de que se recuperaría bien.

*Centro Médico de la Universidad de Columbia  
Nueva York  
6 de marzo de 2011, 1.00 h.*

Pia le pidió al conductor que la dejara lo más cerca posible del edificio de su residencia en Haven Avenue. Todavía había presencia policial, con iluminación artificial en el punto del secuestro y el tiroteo. La carrera costó doce dólares, y ella le entregó al hombre los veinte que Burim le había dado y no esperó el cambio. Durante el viaje de regreso, se había concentrado en Will, sin hacer caso a su padre, que parloteaba sin cesar en el asiento de delante. Intentó no pensar en su odisea. Al menos, ya estaba a salvo. Pia no se había planteado si intentaría establecer una relación con su padre, pero sí sabía que no quería tener nada que ver con Drilon. Todos sus escasos recuerdos de él eran dolorosos.

Pia se concentró. No le preocupaba el hecho de tener que hablar con la policía. Al fin y al cabo, no sería la primera vez. Construiría una muralla alrededor de lo que había sucedido en la casa y no contaría nada al respecto. En todos los demás aspectos podía ser sincera. Y existían algunas verdades de las que estaba decidida a informar a todo el mundo. Sería imposible encubrir las.

Se acercó al mostrador de recepción de la residencia. Había dos policías uniformados al lado del ascensor, pero Pia confió en que su extraña indumentaria y el hecho de que se hubiera recogido el pelo debajo de una gorra de béisbol la ayudarían a pasar desapercibida. Pese a lo avanzado de la hora, llegaban alumnos que habían estado estudiando en el Centro de Ciencias de la Salud o salido a tomar algo. Otros salían tras haber recibido una llamada urgente del hospital.

Pia conocía a la persona que estaba de guardia en el mostrador de recepción, y le preguntó por Will McKinley.

—¿Eres tú, Pia? —dijo el joven—. La policía te anda buscando. Dicen que te han secuestrado o alguna locura por el estilo.

—No, estoy bien. ¿Cómo está Will?

Pia se llevó el dedo índice a los labios para evitar que el hombre llamara la atención sobre su presencia.

—Ostras, tía, me han dicho que le han pegado un tiro en la cabeza, pero que ha sobrevivido. Se lo llevaron al Instituto Neurológico y lo operaron. Uno de cuarto me ha dicho que está en cuidados intensivos.

Sin decir ni una palabra más, la chica se dio media vuelta y se encaminó hacia Cuidados Intensivos de Neurocirugía. Vio montones de policías y guardias de seguridad, pero iban en busca de una mujer de pelo negro, no de alguien vestido con

una sudadera de los New York Jets hasta medio muslo, calcetines de fútbol y gorra de béisbol. Parecía una animadora.

A las puertas de Cuidados Intensivos había más policías. Las enfermeras pararon a Pia y le echaron un vistazo a su poco apropiada ropa y al morado que le oscurecía la mandíbula. Ella les explicó que era estudiante de medicina y enseñó su tarjeta de identificación con el dedo encima del nombre. Confió en que los presentes hubieran estado de guardia toda la noche y no hubieran visto ni oído las noticias. La jefa de enfermeras le prohibió entrar en Cuidados Intensivos, pero llamó al busca del residente.

Cuando llegó el residente, le lanzó una mirada burlona a Pia. Aun así, se mostró más considerado cuando se enteró de que era una estudiante de medicina interesada en el caso. Supuso que era la novia del joven.

—Mantenemos al señor McKinley en un coma posquirúrgico inducido —le explicó el residente, el doctor Hill—. Recibió un disparo en la cabeza, pero la bala atravesó el lóbulo frontal de parte a parte. Es una herida de la que se ha recuperado bastante gente. Pero me gustaría subrayar que es posible que alguien que haya sufrido esa clase de herida tal vez no vuelva a ser la misma persona de antes del disparo y de ser sometida a cirugía cerebral.

—Es amigo mío —dijo Pia—. Yo estaba con él cuando le dispararon.

—En ese caso, es muy importante que sepa que será diferente, aunque se produzca una recuperación en apariencia total.

—¿Diferente en qué?

—Sería demasiado largo explicárselo ahora. Busque el caso de Phineas Gage, de 1848, que implicó un trauma mucho más severo en el lóbulo frontal. Fue el primer caso documentado acerca de cómo las lesiones con penetración en la cabeza pueden afectar a la personalidad.

—¿Puedo verle?

—No veo por qué no. Su familia viene de camino. Tendrá que ponerse una bata y todo eso.

—Por supuesto.

Pia fue a ponerse las prendas protectoras.

Solo entonces el doctor Hill recordó algo acerca de que estaban buscando a una mujer joven.

En la habitación de Will McKinley, Pia encontró a George de pie al lado de la cama.

—¡Pia, Dios mío! —exclamó su amigo, y la estrechó entre sus brazos—. ¿Te encuentras bien? ¿Qué te ha pasado?

—Estoy bien. Te lo contaré más tarde. Will... ¿Cómo va?

—Nadie lo sabe. Tengo que volver y hablar con más policías, pero quería verle.

Lo presencié todo. Vi que le disparaban y te secuestraban. No puedo creer que esté vivo. Y tú también. Gracias a Dios. ¿Qué ha pasado?

George la miraba como si fuera una aparición, pero ella se volvió para observar a Will. Una máquina controlaba su respiración, estaba rodeado de una maraña de cables y tubos, y también de hileras de aparatos con lecturas luminosas. Su cara tenía un aspecto sereno y plácido, y su color era normal. Salvo por el equipamiento médico y los pitidos y chasquidos, podría haber estado durmiendo. Una enfermera merodeaba por allí cerca. Pia paseó la mirada a su alrededor y vio su reflejo en la amplia ventana de la unidad. Tenía un aspecto espantoso, estaba hecha un desastre. Devolvió su atención a George.

—George, siento mucho haberte metido en esto. Te ruego que me perdones —se disculpó—. Si te hubiera hecho caso, todo habría sido diferente, lo sé.

—Pia, me siento tan mal como tú por esto. Estaba dormido mientras tú me esperabas en la estación. No oí tus llamadas. Tendría que haber ido a buscarte. Tendría que ser yo el que está tendido ahí.

—Eso no hace que me sienta mejor. Will no tenía ni idea de lo que estaba pasando, y yo no le dije nada. No sé qué va a ser de mí, de modo que hay un par de cosas que quiero decirte, ahora que todavía puedo.

»Quiero darte las gracias por desviarte de tu camino para ayudarme. No comprendo por qué lo hiciste sin que yo te lo pidiera y sin que te lo agradeciese. Pero hay montones de cosas que no comprendo.

»Creo que la cosa que menos entiendo es a mí misma. Y que tú sí te comprendes a ti mismo, por eso eres capaz de decir que amas a alguien, como hiciste conmigo. Y lamento no haberte escuchado entonces. Siento celos de que seas capaz de hacer eso, y me pregunto por qué yo no lo soy. Creo que hay algo que no funciona en mi interior, o que jamás existió, y hasta ahora no había llegado a darme cuenta. Por muchísimos motivos, me resulta muy difícil confiar en la gente. Como si hiciera falta que te lo dijera... Pero tampoco sé cómo amar a alguien, o cómo aceptar su amor. Que te amen es una gran responsabilidad, y habría que pensárselo mucho antes de rechazar el amor de alguien.

»Pero tú has conseguido que quiera saber más de mí, ver si puedo reparar esa parte rota. Creo que estuvimos juntos en aquella clase, en primero de psicología, sobre las personas con problemas de personalidad que nunca aceptan que ellos son los diferentes, de forma que, cuando van caminando, si empiezan con el pie derecho mientras que todos los demás utilizan el izquierdo, afirman con convicción inquebrantable que son los demás quienes lo hacen al revés, en lugar de ellos. Creo que yo soy así.

Pia echó un vistazo a su alrededor. No se había dado cuenta de que la enfermera había salido, ni tampoco había visto u oído entrar al hombre en la habitación. Era

corpulento, y llevaba gorro y bata, como George y ella, sobre la ropa de calle. Estaba de pie en la parte posterior de la habitación, del mismo modo en que ella estaba de pie con George al lado de la cama de Will. El hombre movió la mano como diciendo «¡No se preocupe por mí! ¡Continúe!».

—Nunca he comprendido los sentimientos de la gente, George. Me burlaba de las personas que decían estar enamoradas porque nunca he sabido qué significaba eso. No sé si puedo cambiar, y no sé si es posible enseñar a alguien a amar. Pero sí sé que quiero intentar cambiar.

Pia alargó la mano y le acarició la mejilla a George con la yema de un dedo.

—Intenta perdonarme, por favor.

George cerró los ojos.

—Pia, no hay nada que perdonar. Solo me siento feliz de que estés a salvo.

La joven retrocedió y estudió el rostro plácido de Will, y después se volvió hacia el visitante. Presintió que había ido a hablar con ella.

—Señorita, soy el capitán detective Lou Soldano. Usted es Pia Grazdani, si no me equivoco.

—Sí.

—Tiene que acompañarme.

—Lo comprendo. ¿Le importa que vaya antes al cuarto de baño?

—Por supuesto que no.

Después de decirle a George que le vería más tarde, Pia y Lou salieron de la unidad de cuidados intensivos.

—Me alegro de verla —dijo Lou—. ¿Se encuentra bien?

—Estoy bien —dijo ella antes de desaparecer en el lavabo de señoras, cerca de a los ascensores.

Después de cerrar la puerta con pestillo, sacó su *smartphone*. Envío a toda prisa un correo electrónico, un mensaje bastante largo que ya había escrito. Después de comprobar que había salido, utilizó el váter. A continuación se miró en el espejo que había encima del lavabo y dijo: «Ahora es cuando la mierda llega al ventilador». Respiró hondo y se calmó para ir al encuentro del detective Lou Soldano, que representaba a su vieja némesis, la ciudad de Nueva York.

*Calle Diez Este, Nueva York*  
*26 de marzo de 2011, 2.13 h.*

El hombre se percató de que un teléfono zumbaba junto a su oído. Pasó de inmediato de un sueño profundo a una conciencia parcial, pero tardó unos segundos en darse cuenta de dónde estaba. Descolgó el teléfono, no reconoció el número, pero aceptó la llamada solo para parar el ruido.

—McGovern. Será mejor que valga la pena, sea quien sea.

—¿Es usted Chet McGovern? —preguntó una voz femenina.

—Eso creo, pregúnteme mañana. ¿Qué hora es, de todas formas?

—Alrededor de las dos y cuarto, le pido disculpas.

—¿La conozco?

—Me llamo Jemima Meads. Llamo del *New York Post*.

—¿El *Post*?

La mención del periódico logró que el forense se incorporara. Miró a la pelirroja que dormía como un tronco al otro lado de la cama. La cama de ella, recordó, en algún lugar del Village. ¿Cómo se llamaba?

—Doctor McGovern, estamos investigando una historia sobre dos profesores de Columbia que fueron asesinados con un agente radiactivo, el polonio 210, igual que el coronel del KGB en Londres. ¿Quiere hacer algún comentario?

—Son las dos y cuarto de la mañana —contestó medio dormido.

—Le pido disculpas, pero queremos ser los primeros y asegurarnos de que la historia es correcta.

—Pero pensaba que no íbamos a revelar la causa de la muerte...

—¿Así que nos lo puede confirmar?

—Yo no he dicho eso.

—Más o menos.

—Escuche, hable con mi colega, Jack, él practicó las autopsias. Pero le recomiendo que lo haga mañana, durante el horario laboral habitual.

—¿Jack Stapleton, el forense?

—Sí, ese.

—De acuerdo, gracias. Y siento haberle molestado.

La mujer concluyó la llamada y Chet volvió a la cama. ¿Qué estaba pasando?

## Epílogo

*Greenwich, Connecticut*

*26 de marzo de 2011, 6.05 h.*

Aunque era sábado, Russell Lefevre había puesto el despertador a las seis menos cuarto. Paró el timbre con la mano antes de que despertara a su esposa. Lefevre fue al cuarto de baño y después bajó para preparar café y consultar las noticias en internet. Mientras hervía el café, Lefevre examinó los titulares de *The New York Times*, *The Wall Street Journal* y *The Washington Post*. Siempre le había dado pereza estar informado de la actualidad, pero durante las últimas semanas se había convertido en una obsesión, sobre todo desde que Edmund se mostraba cada vez menos comunicativo.

A pesar de que Russell se lo había preguntado en numerosas ocasiones, su socio nunca le había contado de qué había hablado con Jerry Trotter en su casa unas semanas antes, aunque Edmund había estado muy inquieto después. Pasada una semana, más o menos, Jerry Trotter desapareció. Cuando Lefevre llamó a Max Higgins, este le dijo que Jerry se había ido a Asia para investigar y que no tenía ni idea de cuándo regresaría. Edmund no dijo nada al respecto. Luego leyó que habían asaltado a Gloria Croft una mañana mientras corría por Central Park, y su socio le dijo que no tenía ni idea de qué había pasado después.

Dos días antes, todos los periódicos destacaban la noticia de Rothman y Yamamoto. Primero hablaron de su enfermedad. Después informaron de que ambos habían fallecido tras un trágico accidente en el laboratorio. Russell no supo qué sentir o pensar. Primero Jerry desaparecía, después asaltaban a Gloria y luego morían Rothman y Yamamoto. Los dos últimos acontecimientos, por separado, significaban un golpe de suerte, pero combinados eran algo más que una coincidencia. ¿Tendría Edmund algo que ver con ello? ¿Podrían ser aquellos sucesos el tema de la conversación entre Jerry y él? Parecía imposible aceptar que Mathews estuviera implicado, pero Russell no se atrevía a interrogar a su socio.

Preparó el café y buscó el *New York Post*. Cuando vio el titular recién actualizado de su página de inicio, estuvo a punto de atragantarse.

¿MÉDICOS DE COLUMBIA ASESINADOS COMO EL AGENTE DE LA KGB?

Jemima Meads firmaba una exclusiva sobre Rothman y Yamamoto. Protegida por las palabras «presuntamente» y «supuestamente», el artículo decía que la periodista, gracias a un chivatazo anónimo, había entablado contacto con los miembros del Instituto de Medicina Legal de Nueva York que estaban trabajando en la teoría de que el exótico agente radiactivo polonio

210 estuviese implicado en la muerte de los dos importantes investigadores de la Universidad de Columbia. El descubrimiento había sido efectuado por el equipo formado por el matrimonio Jack Stapleton y Laurie Montgomery, quienes, al ser abordados por la reportera en su domicilio del Upper West Side, se negaron a confirmar o negar la historia y derivaron a la reportera al departamento de relaciones públicas del IML.

Tal descubrimiento fue comunicado de inmediato al FBI, la CIA, Seguridad Nacional y el Grupo de Trabajo Conjunto para el Crimen Organizado del NYPD, debido a sus significativas implicaciones y similitudes con el asesinato en Londres en 2006 de un agente ruso desertor del FBS, actual encarnación del KGB soviético.

El polonio 210, decía el artículo, es un componente notablemente venenoso, millones de veces más mortífero que el cianuro si se ingiere o respira. También es extraordinariamente difícil de conseguir, debido a que se emplea para disparar armas nucleares, así que se cree que solo es posible adquirirlo en Rusia, Pakistán y Corea del Norte.

En aquel momento aún no se sabía si las muertes estaban relacionadas con un tiroteo sucedido aquella noche delante del Centro Médico de Columbia.

Russell se precipitó hacia el teléfono y llamó a Edmund. Sabía que le estaba despertando cuando sonó por sexta vez.

—Russell, ¿qué coño pasa?

Tenía la voz ronca por el sueño.

—Edmund, conéctate a internet, mira el *Post*. Dice que los investigadores fueron asesinados con un veneno nuclear. Oh, Dios mío, Edmund.

—De acuerdo, Russell, cálmate. Será mejor que vengas aquí.

Mathews colgó. Lefevre tenía ganas de vomitar, pero se serenó, subió a la habitación y se vistió.

Fue en coche a casa de Edmund, con la cabeza embotada, intentando establecer conexiones, pensando en las coincidencias que en aquel momento le parecían algo muy diferente. Asesinato, por ejemplo. Mientras conducía, Russell no alcanzó a fijarse en un viejo Toyota Corolla que le seguía por las sinuosas carreteras secundarias de Greenwich.

Edmund había abierto las puertas y Lefevre entró en el patio amurallado que había delante de la mansión erigida junto al agua. Bajó del coche, subió a toda prisa los escalones de la puerta principal y apretó con impaciencia el timbre de la puerta, cuyos acordes apagados distinguió al otro lado de la hoja maciza. ¿Dónde estaba Edmund? Volvió a tocar el timbre. Solo se oía la suave cacofonía de los pájaros.

Por fin, Russell oyó que descorrían el pestillo de la pesada puerta, y después otro sonido, el de un coche que subía a toda prisa por el camino de entrada. Se volvió y vio, aturdido, que un sedán de color tostado frenaba a escasos centímetros de su vehículo y dos figuras bajaban de un salto y corrían hacia él. Llevaban pasamontañas e iban armadas. La puerta se abrió; Russell volvió la cabeza y dijo una sola palabra.

—Edmund.

—Nos han vendido —contestó su socio.

Entonces los hombres abrieron fuego, ambos con pistolas provistas de silenciadores. Russell cayó sobre el umbral de Mathews. Este no tuvo tiempo de procesar lo que estaba viendo, solo distinguió que dos hombres le estaban disparando, que se la había jugado y había perdido. Cayó hacia atrás, propulsado por tres balas hundidas en su pecho. Se desplomó como un saco; lo único que se le veía eran las suelas de sus zapatillas más cómodas.

El primer hombre subió la escalera, miró a Edmund, lo apuntó con el arma y le disparó una vez más en la frente. El segundo hombre dio una patada al cuerpo de Russell e imitó a su compañero. Ambos intercambiaron una mirada y asintieron. Localizaron y recogieron los casquillos, volvieron al coche, subieron a él y se quitaron los pasamontañas antes de marcharse.

Al volante, Prek Vllasi salió por la puerta y desembocó en la carretera. Se volvió hacia Genti Hajdini y dio un golpe contra el volante. Ambos hombres sonrieron.

# Notas

[1] Securities and Exchange Commission, agencia gubernamental estadounidense encargada de hacer cumplir las leyes federales de los valores y regular dicha industria, los mercados financieros y las bolsas (N. del T.). <<

[2] Food and Drug Administration, Administración de Alimentos y Medicamentos.  
(N. del T.) <<